Carlos Martínez Moreno / Coca

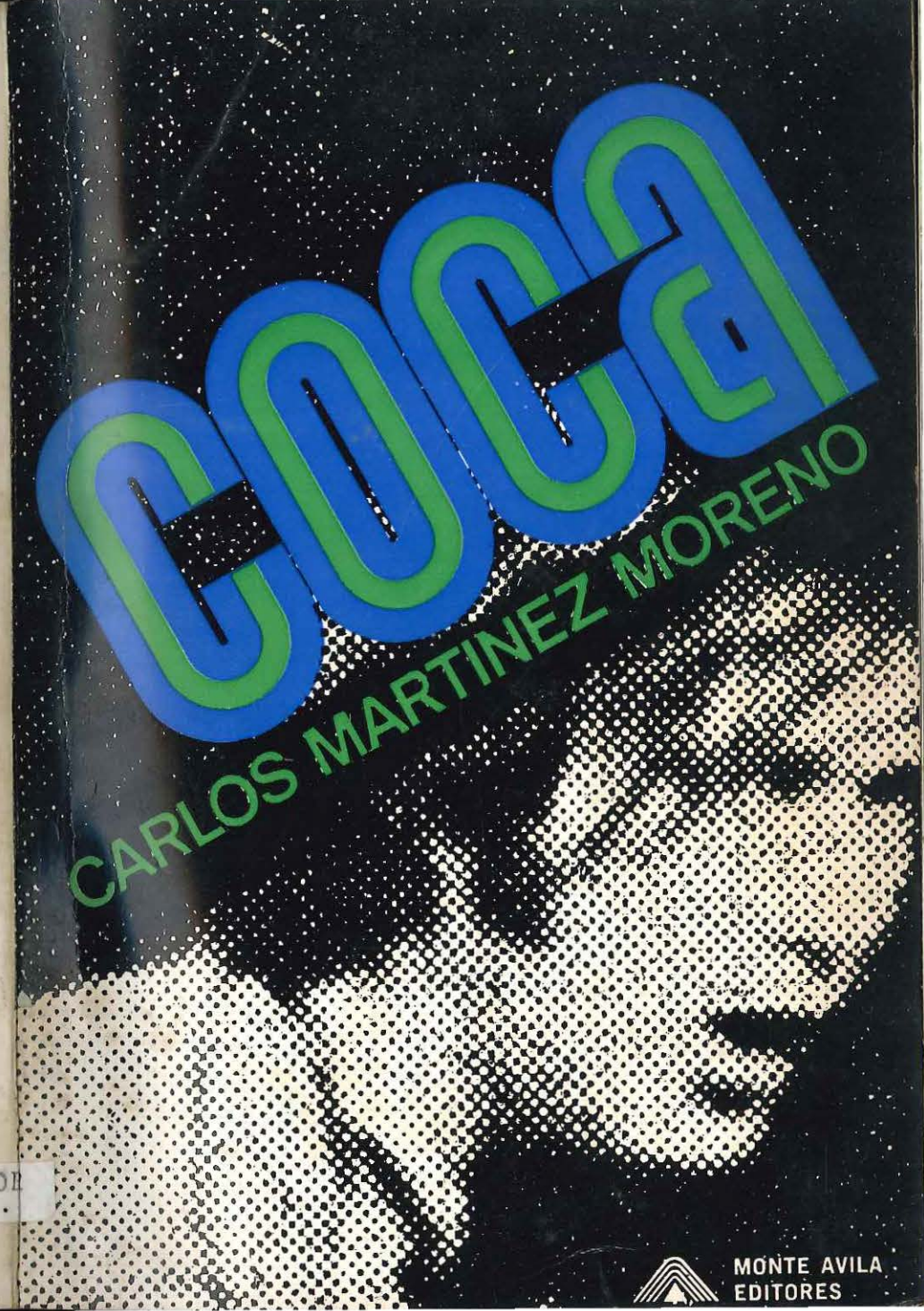
Coca —escrita en 1969— es la cuarta novela de Carlos Martínez Moreno; antes había escrito *El paredón* (1963), *Con las primeras luces* y *La otra mitad* (ambas editadas en 1966), además de varios tomos de cuentos.

Aunque no es un libro lineal —va desde el final hacia el principio y contiene, al modo de los novelones tradicionales, un epílogo— es una novela que se desarrolla con la más espontánea fluidez discursiva. Relata una historia y fue escrita para relatarla: contar se convierte en el fin último del narrador y las otras posibles implicaciones del relato se dan sin estorbar esa fluencia. Es, en este sentido, la novela profesionalmente mejor ajustada de Martínez Moreno; cada lector puede tener luego la preferencia que quiera acerca del orden de importancia de los cuatro títulos. En *Coca,* Martínez Moreno sólo se siente aludido como observador: registra, narra, recoge; sus intransferibles experiencias personales no cuentan. La experiencia de su relación con los demás (el autor puede ser identificado con el abogado que abre la historia y a quien algunos personajes se dirigen) cuenta, en cambio, en grado máximo.

La anécdota es la de unos improvisados traficantes de coca sobre un paisaje de ciudades de América. Como tales, esos traficantes son torpes: cometen errores, vacilan, se dejan sorprender. Como seres humanos, tejen una trama más sutil, a veces feliz, a ratos desprolija, patética, desamparada. De ese modo, la historia del tráfico de coca puede ser leída también como una historia de amor (historia de las plenitudes y los escarmientos del amor) e incluso como un episodio del choque de dos culturas (la europea, la sudamericana), aunque las criaturas que lo viven sean siempre individuos, jamás estén propuestos como caracteres o tipos.

Sin seguir en un sistema cerrado, el libro está escrito según la técnica del punto de vista. El dibujo de las versiones encontradas (e idiomáticamente tan disímiles) de todos esos personajes, va dando la historia. Una historia narrada con gran economía de recursos y con un constante sentido de la progresión de la peripecia.

Carlos Martínez Moreno / COCA



54 - Valeriano - 64 - indemnizatorio 105 - secretario
126 - precautoriamente
137 Ausencia terapéutica del sol loco
190 - El juego era permutativo (Dice H. Jamis)

CARLOS MARTINEZ MORENO

6º — P. 14.
139 y compar
Encuadra de 158 por P. 172
193.
(1)

R. Quieran. En justicia dones
P. 18
Gr. de Style

Pl. El Pretendiente Usa [illegible] en 2º p. La 1ª p. es la voz
14 La clínica del Teléfono 1ª p. (Humanidad)
El Capitán 3ª p.
Marie-Louise 3ª p.
El embajador. 1ª p. Estilo [illegible]

(1) Compare la historia del joyero contada en 3ª p. [illegible] el narrador (Cap. de El Capitán P. 121) y en 1ª p. [illegible] Farmacéutico (Cap. 19 p. 171)

El joven Antonelli [illegible] Encarnación [illegible] Marie-Louise no tienen [illegible] el teléfono

COCA

Novela

MONTE AVILA EDITORES C. A.

© Copyright para todos los países
by **Monte Avila Editores C. A.**
Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

EL ABOGADO

Los veo, de pie ante mí aunque sin dirigirme sus miradas. Acaban de firmar y no saben qué hacer de sus manos, de sus manos que vienen de condenarlos, de sus manos que han legitimado las confesiones, de sus manos que me han elegido en un papel, de sus manos que ya parecen haberse resignado a la cárcel.

Los veo, ambos de pie. El Capitán (como ella misma le llama, como el Juez le llama, como yo le llamo) la cabeza ligeramente depuesta hacia el hombro izquierdo, la noble ensenada de su calvicie precoz despidiendo un reflejo mate bajo la única luz que cuelga del techo. Boliviano, militar, casado, de treinta y dos años, adscripto al agregado militar de la Embajada de Bolivia en la Argentina: así se ha presentado en las generales de la ley, y casi no parece serlo, envuelto en su gabán color castaño, sostenido con la mano izquierda en una esquina de la mesa, apoyando allí el dominado desequilibrio que le causa su pierna coja; la martingala del gabán se afloja hacia ese lado, marca la incurvación y el vencimiento del cuerpo. Hay sueño en los ojos del Capitán: están allí la noche última, la conducta temerosa, desentendida o tránsfuga de su Embajador en Montevideo, los largos interrogatorios en la División de Investigaciones. Pero entre los pozos de ese sueño aborigen, de ese sueño traído de otro sitio, el Capitán la mira.

Marie-Louise Marquet, Malou dans son enfance à Perpignan, francesa, soltera, de veintinueve años, nacida en el sur de Francia y residente en Buenos Aires, con sólo tres días de

permanencia en Montevideo, es más alta que él, con su tirante pelo de un rubio blanquecino, con su escueto y hermoso perfil facial de moneda romana, con la gallardía encogida de un cuerpo flexible y casi denegado bajo el abrigo de piel de camello. La mano larguísima que ha firmado, la mano increíblemente blanca y exangüe que ha consentido, empieza a crecer desde la bocamanga leonada y abruma más todavía, al posarse sobre él, el hombro caído del Capitán. Lo mira entonces como si estuviese obligada a juzgarlo y a juzgarse con imparcialidad, sin una sonrisa, sin una condescendencia, adjudicándose la misión de decirle "Aquí estamos", o acaso, con una pequeña ternura reprimida, "De todos modos y aunque sea así y aunque nos toquen esos años y la prisión vaya a separarnos de nuevo, en este instante estamos los dos juntos".

El Juez ya ha levantado la incomunicación, les ha dicho que pueden hablarse y hablar conmigo. Yo también me juzgo y me encuentro torpe por lo que acabo de decir, culpable de ese gesto de la mano de la mujer en el hombro del Capitán, que yo he venido a provocar con la lectura del Código. El libro está abierto ante mí, estoy sentado tras la mesita en que la máquina Remington acaba de correr y cantar y golpear por las declaraciones, de brotar desde su vientre Bolivia, de brotar desde su vientre Francia, de brotar desde su vientre Río, de brotar desde su vientre Santiago, de dibujar y martillar con sus teclas todas las letras de la historia, el padre del Capitán muerto en su fundo cercano a Cochabamba, en lucha con los indios o sorprendido y asesinado por ellos, la pierna del Capitán acribillada por una ráfaga de ametralladora el 9 o el 10 de abril de 1952 —no puede precisarlo bien, fueron tan absurdamente revueltos los días de la Revolución Nacional en La Paz— el ciático seccionado, las doce operaciones, el encuentro entre Marie-Louise y Marcel en un avión de Air Bleu, en travesía de Argel al mediodía de Francia, el amor, una piscina en Olivos, otra vez y con otro el amor, el largo Impala color marfil del Capitán, la mujer del Capitán y el hijo del Capitán en la pensión alemana de Palermo, el Bazar de las Liberaciones, instalado bajo la supervisión del General Ichazo en el departamento de la calle Galileo, el proyecto de la salita de té, el encuentro con Lucha de Sánchez, un caso de indemnización o gratificación sentimentales que se convierte en cosa de un Juzgado.

Entonces, después de todo eso, con su voz suave, con su voz Malou à Perpignan, ella me ha dicho:

—Soyez gentil, Maître: ¿para cuánto tenemos?

Y yo, el libro abierto y cabalgando sobre las teclas recién acalladas, sobre la Remigton que el funcionario acababa de abandonar al irse tras el Juez, no he encontrado nada más imaginativo o consolador o simpatizante que leerles el 223, sin ningún comentario. Ésta es la ley, yo no la he hecho, así que ya saben. Y el caviloso civilizado comentario de mi agresión es esa mano que se acartucha y aprieta en el hombro del Capitán, esa mano tan vacilante y entumecida como el cuerpo, tan sabia como él, tan concisa.

Antes de irse y dejarlos conmigo —o librados a ellos mismos— el Juez les ha inquirido si hay alguna necesidad a la que el Juzgado pueda proveer (y no dice que la guardia escoltar), algo que él pueda ofrecerles, incluso su propio despacho para conversar allí. Se los ha propuesto con un acento de bondad o de compasión que escapa de su rutina profesional, de su don judicial de infundir confianza para canjearla por datos.

Han agradecido, no han querido aceptar. El Juez ha saludado con una imperceptible inclinación de cabeza, se ha ido con la escolta que él usa a su vez, la de su mecanógrafo de confianza. Y entonces Marie-Louise Marquet se ha dirigido a mí y su pregunta ha soltado desde mis labios la máquina de estupidez que dice *El que fuera de las circunstancias previstas reglamentariamente ejerciere el comercio de sustancias estupefacientes* y anuncia una pena.

Aquello podría haberlos agraviado. Sólo ha tenido la virtud de liberar una mano, de empujar un hombro, de perfilar el encuentro de dos rostros. Entonces me sumerjo en el legajo y lo cotejo con el Código, como si fueran dos piezas a periciar en la semejanza, como si alguna línea de al-

guno de esos textos pudiera haber saltado al otro y hubiese que restituirla a su sitio.

Los rostros —al margen de mi intromisión, no de mi espionaje— se aproximan (lentes de leer, lentes de foco cercano y distancias borrosas), creo que no se besan. El Capitán acaba por deponer —eso lo atisbo sobre el montante del anteojo, eso está claro— su sien izquierda en el hombro de la mujer, la mano derecha de ella le sostiene la nuca, la otra baja para verificar si esa amada pieza del juego está también intacta; y la mano baja con titubeos, se ahueca en el omoplato derecho del Capitán, resbala sin prisa por el cauce central de la espalda, termina colgándose de la martingala, quedándose perezosa o ateridamente allí. Los brazos del hombre acaban en los bolsillos aplicados del gabán, rematan seguramente en dos puños flojos y semicrispados, dan la imagen de esa indecisión que ella ha declarado que fue —por contraste con la hosquedad de Marcel, con su torva dura historia de *réxiste,* por diferencia con su engreimiento sombrío de mitrailleur, de cruzado anticomunista en Rusia, de condenado a muerte en rebeldía, de contrabandista en diamantes y relojes— lo que en el Capitán, hijo de Cochabamba y tan triste, hijo de una patria áspera y él tan suave, hecho a los oficios de la guerra y tan débil, más la sedujo.

No llega a ser un abrazo, los puños de él seguramente lo rehúsan, los labios de ella seguramente están muy fríos y despintados y hasta corroídos por una noche del carcelaje femenino, mejor que el de los hombres —cambian detalles— mejor que el de los hombres pero horroroso, de todas maneras.

Es el momento en que me pongo a hablar. Tengo doce años de abogado y he defendido a presos que matan, a presos que violan, a presos que matan y violan, a resentidos que saquean una casa y luego desparraman por el suelo los libros y caudalosamente los orinan, he defendido a la hija histérica que mata al padre, al hermano borracho que asesina al hermano, al marido parásito que ajusticia a la mujer adúltera, a la proxeneta que catequiza jovencitas con la historia del secretariado. He defendido a decenas, a cientos de

presos. Pero esta pareja tallada así en silencio, en un bloque de silencio insular delante de mí me devuelve a los días de la graduación y la incertidumbre. Y entonces me pongo a hablar. Sin decirlo, mi discurso se dirige al Capitán y refiere la entrevista de la noche antes con el Embajador, cuando me suplicó (digo que me suplicó, quiero exagerar su interés por la suerte del Capitán) que tomara el caso.

Ofrezco cigarrillos, me aceptan.

—Prefiero no hablar de mi Embajador... *mi* Embajador que no hizo valer mis inmunidades diplomáticas y se prestó a los engaños y me entregó a la Policía. Esto tal vez usted no lo sabe...

Una errante banda de humo sale comprimida de la doble fila de dientes apretados, esos dientes que el Capitán, como buen boliviano, no separa al hablar.

Sí, lo sé y no lo juzgo. He visto en la cara abotagada del Embajador la historia de su comodidad y de su inercia, *La gente nos atribuye cualquier cosa, que importamos heladeras llenas de medias para señoras,* la historia de su comodidad y de su exilio político apenas disimulado, *nos becan para que hablemos mal de nuestro gobierno y eso mismo nos obliga a elogiarlo,* la historia de sus bebidas, de sus tabacos y sus comidas y sus colecciones de antigüedades recién adquiridas y su Jaguar rojo que padece el error de lucro de no llamarse *Mercedes-Benz en esta plaza.* El embajador me lo ha pedido, me ha dicho que la Embajada corre con los honorarios y con los gastos, me ha solicitado sin súplica que defienda a *Ese pobre desgraciado de buena familia que ha caído en las redes de una aventurera francesa.* No me atrevo a repetírselo, no me atrevo siquiera a corregir, ahora y ante ellos, el error de ese juicio a priori, porque la Señora Señorita Marquet, larga mujer de dos hombres tan distintos, ex tísica de Río curada en Santiago enamorada en Olivos, no parece una aventurera, no se comporta con el talante de las aventureras, tropieza en sus gestos y en sus palabras con un fondo de timidez violada y aún presente, que es lo primero que las aventureras matan o ahogan dentro de ellas cuando deciden ser.

El Capitán reprocha a su Embajador que no haya querido recibirlo, que no haya sabido evitar las emboscadas de la Policía, la revisión de las maletas en el hotel, las vejaciones inútiles; por un momento, quita el cigarrillo de su boca y comenta, con una risita corta y amarga, que alude a su condición de preso:

—Usted dirá, doctor, ¿de qué puede quejarse un traficante de coca?... ¿a qué puede tener derecho?

..será castigado con seis meses de prisión a cinco años de penitenciaría, les he leído unos minutos antes. No necesito responder, y también fumo.

—Yo no conozco a este señor Embajador, y espero que tenga el buen gusto de no visitarme en la cárcel. Dígaselo usted, doctor, que es su amigo. Y eso sí... (vuelta a la risita) que no olvide de telefonárselo al Embajador en Buenos Aires, así lo saben de una vez el General Ichazo y mi mujer...

"Mi mujer": Marie-Louise ni siquiera lo toma en cuenta. Es una simple fórmula, debe estar pensando, porque esa su mujer en lo que importa es ella, y él se lo confirma mirándola. La mujer legítima en la pensión alemana de Palermo, recibiendo la noticia, abrazando a su hijo sin lágrimas, haciendo a conciencia su estampa de honra española. Para algo se es patricia de Tarija... El General Ichazo, en cambio, tendrá otro tema para afligirse: el emporio de las liberaciones por vender.

Ahora el Capitán se dirige a Marie-Louise y no a mí:

—¿Trajiste de Buenos Aires el otro juego de llaves?... Oh, el pobre general se va a desesperar de veras. No tiene cómo entrar....

"El pobre general" habrá expuesto su cuero en el Chaco, todo lo que quiera, y habrá sobrevivido a la Revolución Nacional que devastó a tantos de sus camaradas de armas, pero ahora va a quedarse tieso delante de una puerta cerrada, separado infranqueablemente de sus tesoros de caviar y porcelana, de sus cuchillerías, de sus mantelerías y de sus cristales. Un general muerto de miedo por el negocio turbio que

ellos concluían por él —adscrito al agregado militar, por algo al Capitán se le llamaba así— abandonado en el campo del honor sin un anuncio de retirada, separado de su vanguardia de lacas y botellas finas, cortado de la retaguardia de explicaciones oficiales a la Cancillería. El pobre gordo general Ichazo, veterano del Boquerón, Comendador de la Orden del Cóndor de los Andes.

—¡Qué dirá mi general!, insiste el Capitán, sin advertir que ella reprueba todas estas minucias, aunque ya estén en la copiosa y especiosa y despaciosa declaración escrita del Capitán. —¡Ya habían nombrado en mi lugar al Capitán Líbera, está llegando en estos días a Buenos Aires!...

Hay que imaginarse al general Ichazo en la tribulación del cambio, en la taimada y escabrosa emergencia de transferir su bazar clandestino de ventas... ¿a quién? ¿A la persona, al cargo, al rostro, al mando, a la confianza individual, a la honesta reserva, al flanco protector de discreción europea de otra mujer como la aventurera francesa, tal cual en el caso del Capitán ocurrió?...

—No es el momento de pensar en él sino en nosotros —acota Marie-Louise, buscando mi apoyo.

Y claro que lo obtiene, y claro que esa simple frase nos devuelve a la consideración de las menudencias tangibles y presentes que a los tres nos conciernen. Les pregunto entonces si quieren comer algo o tomar un trago antes de que el coche celular vuelva por ellos; e inesperadamente aceptan. Llamo al conserje que vive a los fondos del Juzgado y le pido cerveza, cerveza y sandwichs, y le doy el dinero (ellos no tienen, la alcaidía de la cárcel no se los ha restituido) y el hombre parte.

—Van a estar los fotógrafos, como a la entrada —dice Marie-Louise—. Comamos algo para hacerles frente...

Vuelvo a las páginas del expediente, para darles y darme otra tregua; ellos van hacia el rincón opuesto de la pieza, buscando alguna zona de imposible penumbra en esta triste habitación desnuda, de luz pareja y amarilla y mortecina, irreal.

El Capitán allega ahora una silla, ella se sienta, él se inclina, conversan. Vuelvo a las hojas del expediente, donde toda esta historia ya sabida y escrita da lentas, lentas vueltas, como en un vientre mitológico de ballena. Siento que sobro y que sólo me retiene el equívoco de mi invitación y la cortesía; ¿los aburro?, me aburro.

Viene el conserje, dispone las botellas de cerveza y un par de bandejas de cartón. Los insto a que se acerquen: el conserje ha traído tres vasos y la ocasión me incluye. El Capitán se adelanta, sirve, ceremoniosa y pausadamente convida. Aquellas ocho de la tarde en mayo sobre los fondos del juzgado, hacia la noche fría y sin luna que cuadricula la claraboya cuando el conserje deja abierta la puerta al patio, donde en lo oscuro aguarda y cuchichea o dormita la guardia que los devolverá al coche y a las celdas, tiene también algo de tiempo voltejeante y aletargado, algo de la sustancia oleaginosa del vientre de otra ballena inverosímil y allí nosotros, momentáneamente de pie en la navegación que no progresa, momentáneamente de pie y bebiendo juntos y en silencio un vaso de cerveza no lo bastante helada. Una cerveza que no es Taquiña ni Centenario ni La Paz, le digo, y el Capitán siente pasar por su garganta opaca, terrígena, sin sed, la memoria de las cervezas del altiplano y sonríe desdeñosa y agradecidamente, apenas, sonríe como en un duelo, como forma de acusar una nostalgia o una simpatía pudorosa o el sentimiento vago de vecindad y compañía que en su situación actual le agencia el hecho de que yo conozca pedazos de su patria, nombres de sus brebajes, y prefiera ante él ese estilo menos pomposo de evocarla que la mención expresa de sus fastos, de sus guerras, de sus efemérides, que el inventario de sus socavones, de sus matanzas de mineros, que el recuento perdido de la sangre mestiza, de las razas, de los valles y cúspides de su tierra.

—Maître —se anima a preguntar ella, el vaso a medio tomar instilando un pequeño brillo tubular en la mano de tiza—. ¿Usted no podría pedir al Juez que retirasen a esos fotógrafos?...

—Es la calle, señora —de pronto está resuelto el punto de cómo tratarla— y el Juez ya debe haberse ido. Los abrigos de ustedes dos tienen cuellos bien anchos. Échenselos sobre los ojos, al salir.

El Capitán alza todo el gabán hasta lo alto de su crisma, queda un instante espiando por el oblongo ventanillo que abre en los bordes, entre dos prendeduras.

—¿Así?

—Bueno, ni tanto. Pero así está muy bien.

Eso los tranquiliza. Beben cerveza y, sobre todo, trituran acompasadamente los sandwichs. Yo a ratos bebo, como forma de estar con ellos; y también porque me gusta la cerveza, sea como sea, esté como esté.

—El hambre, Maître, tiene que ser una de las exigencias más nobles de la especie. No nos abandona en ninguna circunstancia. Jamás.

—*Él es la vida y la naturaleza* —recito.

El conserje viene a anunciarlo: está el coche celular a la puerta. Hay sólo dos fotógrafos, los demás ya se han ido.

El Capitán y Marie-Louise, de todos modos, ya han aprendido a encapucharse en sus ropas.

—Maître, muchas gracias —de todo corazón— por la asistencia y la merienda. A bientôt.

—¿Usted volverá a vernos... cuándo? —tantea el Capitán, a quien la posibilidad de que yo los olvide debe resucitarle miedos de infancia—. Me parece que tenemos todavía tanto por hablar...

—Voy mañana, mañana o pasado, les digo. Ahora descansen y sobre todo duerman: nadie les preguntará nada más, nadie los querrá para nada. Al menos, hasta que aparezcan los otros...

—...Y entonces tendremos que volver aquí —avanza temerosamente el Capitán.

—Sí, pero todo será en adelante más fácil —miento—. Para la Policía, ustedes han perdido todo interés desde el momento en que el Juez los ha procesado. No se envanezcan...

—Sólo nos siguen siendo fieles los dos fotógrafos —dice Marie-Louise.

EL CAPITAN

EL PADRE se llamaba Arquímedes y en tiempos en que trabajó en maderas y jangadas, cerca de la frontera con Brasil, sus peones le llamaban Seu Archimede, nombre que a todos hacía reír y era apenas más absurdo que el verdadero.

Se llamaba Arquímedes pero no había descubierto ningún principio famoso. Decía a veces no tenerlos, porque el dinero era crudamente su meta. Y se reía, con blancos dientes grandes de mestizo.

Pero, si no principio, tuvo a los cuarenta y tantos años un abrupto fin, en su fundo de las afueras de Cochabamba, al lado mismo de la población del fundo. Por una diferencia sobre tierras de labrantío y sobre el pongueaje en qué tierras, los indios se enardecieron y se aglomeraron —¿súbitamente, en maniobra pensada?— alrededor de las casas. Arquímedes los había convencido siempre. ¿Por qué no los convencería una vez más? Era la media tarde soleada y fría, salió en mangas de camisa bajo los soportales, pretendió hablarles, incluso conocía su idioma. Por un instante, pareció que su presencia había dominado y hecho retroceder a los más revoltosos. Pero en ese momento, un indio del montón —el más desdentado, el más flaco, el más desgraciado— se abrió paso entre todos y le disparó un pistoletazo en pleno pecho, casi a quemarropa. Los indios se desbandaron a los gritos y Arquímedes fue sentado en una silla, rodeado de sus siervos, domésticos y capataces, que seguían siéndole adictos. Y así, sentado en la silla, mirando con los ojos ya turbios a lo abierto de esos campos que le pertenecían, Arquímedes murió.

El Capitán era entonces un niño, un niño de cinco años que no supo ni entendió nada, cuando a toda prisa lo sacaron en carruaje hacia Cochabamba y lo depositaron en casa de la abuela materna. Simplemente, no vio más a su padre, dejó de ver por un tiempo a su blanquísima madre, a sus hermanos mayores. Del rostro de Arquímedes fue olvidándose poco a poco, refiriéndolo a fotografías mal tomadas, a instantáneas borrosas, a una pose de novios en que ni él ni la madre eran ya seguramente reconocibles y el trance tieso que aparecían viviendo sí lo era. Por abstracción y simplificación, al cabo de los años pudo llegar a olvidarse de haber tenido nunca un padre, de haberlo conocido, de haber estado alguna vez en sus rodillas, unas rodillas más hechas a la silla del caballo que a la silla en que murió, más dadas a volear una pierna sobre la montura que a sostener a un hijo.

La madre asumió imponderablemente los dos sitios, el propio y el de Arquímedes, y el niño fue a un internado de religiosos en Cochabamba y salió de allí, a los años, para ingresar al Colegio Militar, bajo el padrinazgo del tío abuelo materno, el General Recacochea, gran amigo y compadre del General Quintanilla, de quien había sido camarada de armas en la guerra del Chaco.

Tenía quince años, y no estaba aún en el Colegio Militar, cuando ocurrió la matanza de Catavi. Arquímedes había tenido andanzas entre los mineros, había trabajado una mina a pirquín, y alguien pretendía —sin decírselo jamás a la familia del difunto— que había salido curiosamente bien de la experiencia, él con fortuna y sus socios con un gran quebranto.

En Cochabamba las minas no están tan lejos, pero el joven que estaba destinado a abrazar la carrera militar vivía más en el mundo de los jesuitas que en la Bolivia verdadera de aquellos días, distrayéndose en lisos libros de historia que se detenían antes de Saavedra o de Montes, de Siles o de Salamanca, porque aquello era en cierto modo el presente, algunos de los actores principales o secundarios podrían seguir vivos y los jesuitas no querían ingerirse en la honra política

de las mismas familias entre las cuales reclutaban su influencia y sus discípulos.

En los mismos días en que los hechos sucedieron, hacia fines de diciembre de 1942, no supo nada. El año siguiente, ya en el Colegio Militar, algún compañero que lo aventajaba en interés por la realidad contemporánea de Bolivia le dio a leer informes —fuera del Colegio, en los regresos a la ciudad natal y a la familia— y el joven y tierno aspirante a soldado se sintió sobrecogido de que tan cerca de él y de todos los suyos, envolviéndolos sin que se dieran cuenta, ocurriesen hechos que merecieran frases tan impresionantes como "La multitud desenfrenada llevaba cartuchos de dinamita, tratando de alcanzar con ellos a los soldados, que hacían fuego para impedir que la muchedumbre avanzara"; o sentencias tan sencillamente horrorosas como la que informaba sobre el destino de los mineros asesinados: "Todos los muertos fueron enterrados en los ataúdes proporcionados por la Empresa".

¿De modo que el país se dividía trágicamente en dos partes, los que debían matar y los que debían morir? ¿Hasta cuándo? Y él, el hijo del confiado Arquímedes, asesinado por los indios, ¿se alistaría entre los que debían matar, entre los que tendrían que tirar contra los mineros y acaso empujar luego los cadáveres, hasta incrustarlos en las cajas suministradas por la minería?

En su casa de familia, entre desabridos hermanos mayores y mujeres silenciosas, aclimatadas al desaliento de provincia, rara vez se hablaba de política. El Capitán tenía catorce años cuando sobrevino la muerte de Germán Busch y quince cuando ocurrió la matanza de Catavi y dieciséis cuando, ya en el Colegio Militar, Peñaranda fue derrocado por militares más jóvenes y accedió al gobierno el Mayor Villarroel, "el geómetra Villarroel", como le llamaba con inquina el viejo y desafectado General Recacochea. Pero nada de eso parecía tocarlo, ni estar en el Colegio Militar era hallarse demasiado enterado de nada, fuera de los estudios y las marchas y las prácticas de tiro. En julio de 1946, el geómetra de ojos claros fue rodeado en el Palacio Quemado, acribillado a balazos, arrojado desde uno de los balcones y en definitiva, ca-

dáver ya, colgado en un farol de la Plaza Murillo, colgado entre cadáveres de colgados que habían sido sus edecanes.

El joven Alférez que era entonces (¿o que iba a ser en poco tiempo?) el Capitán, no vio a Villarroel colgado pero eso sí lo supo, no participó ni estuvo pero tampoco se sustrajo. Estaba destacado en Oruro, y sus inciertas opiniones iban desde la aprobación indocta y en grueso de los hechos hasta la salvedad de los detalles, la reserva y la reticencia ante tamañas crueldades, el escozor de escuchar que al cadáver arrojado por el balcón del Palacio Quemado, ensangrentado, roto, irreconocible, los anónimos justicieros hubieran tenido que alzarle un párpado para verificar el color verde de los ojos y, sobre esa certidumbre, colgarlo muerto, casi desnudo, involuntariamente impúdico, sólo en andrajos chamuscados y huracanados, colgarlo para que la turba vindicativa lo apreciase balanceándose en el aire de la noche y un exaltado impune le clavase un formón de carpintería en las entrañas heladas.

Pudo pensar entonces en su extrañeza a ese país, a sus gentes, a su misma profesión; y más aún lo sintió cuando supo que Villarroel había rehúsado prácticamente defenderse, había prohibido tirar contra esa multitud azuzada para asesinarlo, se había negado a huir cuando aún era tiempo, se había suicidado sin mover un dedo. ¿Entonces Villarroel no era el asesino que le habían dicho?...

La violencia, la sangre, las pasiones agitadas y truculentas, todo lo que venía corriendo como un río soterrado, al lado suyo (¿o dentro de él mismo?) desde la muerte de su padre a manos de los indios, ¿qué tenía que ver con él, con su natural dulce y tranquilo y pacífico y casi inerte? Arquímedes muerto boquiabierto sentado en su silla, Villarroel muerto a tiros y bayonetazos y colgando desnudo de un farol de plaza, todo parecía igualmente aludir —sin fascinación, con horror— a un país que él nunca había llegado a conocer bien, excepto en los beatos libros escolares de Historia donde seguía trotando el caballo de Melgarejo. Y así había elegido —o dejado que madre y tío eligieran por él— precisamente la carrera de las armas, el oficio de la guerra en aquel lugar donde la violencia estaba ahogando en sangre y enviciando en la sangre a los mismos civiles.

El Capitán que nadaba en la piscina de Olivos para flexibilizar su pierna corta y coja, el hombre de treinta y un años herido a los veintisiete sin estar convencido de que debiera haber dado el cuerpo ni la vida por nada o por nadie, el hombre que braceaba el largo de una piscina a cuyo margen, echada en la tumbona, se asoleaba una larga y casi albina francesa, ése era el verdadero, el que tenía por dentro otra historia que aquélla que narraban los hechos del país y aún sus propios hechos personales, un hombre muy poco parecido a las peripecias que le ocurrían; y ese hombre había sido dejado allí por algo, por un azar que debería tener algún sentido, cautivo en el agua de Olivos como en la casa de su niñez en Cochabamba, no consultado acerca de si quería u odiaba lo que estaba una vez más por imponérsele avasalladoramente desde afuera, por venírsele encima sin remedio.

En 1952, el año mismo de la Revolución Nacional, un par de meses antes de los días de abril, se había casado con Ana María, después de un corto y recoleto noviazgo colonial, de ésos que las paredes de la misma sala ya habían prohijado en el gazmoño siglo XIX de Bolivia y flotaban desde entonces entre los cortinados, los atriles, los sofás, el piano de cola, las alfombras, los jarrones de alabastro, los resquebrajados óleos de familia. ¿La había amado, había cedido a una composición de las conveniencias?

Ya no sabría responderlo nunca; era una pregunta de hoy que había perdido todas sus respuestas en el pasado. Los sentimientos de aquellos años vividos y transcurridos tenían que merecerle desconfianza o, mejor aún, un dubitativo juicio de ajenidad. Llegaban a no parecerle sus propios sentimientos sino los de alguien, los de otro que hubiera estado temporariamente dentro de él, mandando bajo su piel. Las cartas arrebatadas o convencionales (¿quién sabría lo justo?) se convertían en declamaciones inverosímiles que sólo se identificaban con él por los rasgos de su escritura. Las conversaciones y los votos y los besos que habían ocurrido en

una sala paceña, entre un joven invariablemente vestido de militar que había nacido en Cochabamba y una rígida niña de gran familia que había nacido en Tarija, parecían en la memoria un largo minué que alguien le hubiera descrito y él estuviera viendo con la imaginación, sin haberlo animado con el cuerpo. Todo lo hablado y prometido y besado en el remoto tiempo de los veinticinco años se disolvía en actos por los cuales el Capitán de ahora, el adulto de treinta y uno y treinta y dos años, no podría ni debía ser llamado a cuentas. Había algo de patética discontinuidad en su vida, como en la vida del país que lo alumbrara: sus gestos de ayer, insolidarios y enemigos de sus gestos de hoy.

Y Ana María había quedado fija —hiérática como siempre, estucada de oro mate en su tiempo virreinal de Tarija— quieta en esa edad que al Capitán le era tan hostil. Esto lo pensaba en 1958, en 1959. Pero... ¿qué había pensado en abril de 1952, recién casado de dos meses, cuando una ráfaga de ametralladora le había acribillado la pierna izquierda? Y ése sí que era un hecho pegado para siempre a su vida, un hecho del que iban saliendo, a lo largo del tiempo, todos los demás: sin la pierna coja, jamás se le habría destinado a la diplomacia, como financiación vergonzante de las clínicas quirúrgicas de Buenos Aires; sin la convalecencia de las operaciones, jamás se habría lanzado a una piscina; sin la frecuentación del club de Olivos, jamás habría conocido a Marie-Louise.

Y el mismo espesor de ese tiempo del herido, del anestesiado, del masajeado, del ultravioleta, del transferido, había cuajado un muro para que Ana María se quedase detrás. Ana María había estado algunas veces de pie junto a su cama, en el hospital de La Paz; había aparecido otras veces, vestida de calle, como traída por el viento de la gran ciudad hasta la clínica de Buenos Aires; se había asomado alguna tarde, poseída de la importancia de su hermano más que de las inexistentes ocupaciones de su marido, a los despachos de la embajada. Pero no había estado íntimamente en ninguno de esos sitios. El desentendimiento creciente del Capitán así lo creía, así lo quería. Era absurdo que, entre unas

y otras intervenciones, hubiesen engendrado un hijo. Un hijo que ella quiso tener en La Paz, mientras el Capitán se reponía en la pensión alemana de Palermo. Sólo tenían trescientos dólares para todo —vivir, operarse, parir— porque la Revolución sostenía al Capitán a regañadientes, como baldado de guerra y por su alianza política con el clan tarijeño. El clan financiaría el viaje y el parto, se apoderaría del niño, limitando los derechos del padre a un breve y placentero, venial mérito histórico de semental humano.

Todo salía de la pierna coja, como en una pesadilla de Goya o del Bosco o de William Blake. Era su cornucopia sangrante: el traslado al extranjero, un desamor, operaciones, un hijo; y al fin una mujer de lino, una mujer resplandeciente contra los fondos de la piscina.

Era el hecho central y genital de su vida, el hecho que engendraba los otros hechos, y sin embargo estaban perdiéndosele sus contornos, el color de su luz, su misma fecha. ¿Había sido el 9, había sido el 10? La Paz hervía de soldados, de carabineros, de camiones, de pueblo. Los nombres de Pura Pura, de Villa Victoria, de Miraflores, de El Alto, de San Jorge, de Sopocachi, de Tembladerani, de Obrajes, se mezclaban con los nombres de Hernán Siles, de Seleme, de Torres Ortiz, de Israel Téllez. La Revolución estaba perdida, la Revolución estaba ganando. Seleme se refugiaba en una embajada, Siles se reunía con sus comandos estudiantiles en la Universidad, Torres Ortiz intimaba la rendición con volantes arrojados desde aviones. Seleme salía de su refugio, Siles dictaba condiciones, Torres Ortiz estaba vencido. Todo eso en medio a disparos, tableteos, juramentos, corridas de gente, camiones pintarrajeados con las letras del MNR, armas repartidas como juguetes, noticias de Oruro, de Viacha, regimientos que llegaban, descuelgues desde El Alto a La Paz. ¿Fue el 9, fue el 10? El Capitán había sido edecán del general Ballivián pero, al tiempo de su matrimonio, buscando zonas de menor ajetreo, había gestionado que se le restituyera a sus antiguos cuadros de la artillería. Y ahora, en medio a la confusión, en medio al estupor, en medio a la pólvora, su suerte estaba en el mismo saco que la suerte de su Regimiento

Bolívar. ¿Fue el 9, fue el 10? Lo destinaron a un enlace con el Colegio Militar, partió en un jeep esquivando los centros de fuego; pasó por San Jorge, hizo un rodeo por Miraflores, iba hacia el Gallo de Oro. Allí había cadetes. Vio a uno de ellos, saltó del jeep. ¿Lo confundieron? Nunca pudo saber algo más grave que el día en que había sucedido; nunca pudo saber si lo habían herido los suyos por confusión, el enemigo por sorpresa. Poco importaba, en definitiva, una vez que el enemigo había triunfado y (no se sabía bien con qué voluntad) había cargado con su cura.

¿Fue el 9, fue el 10? Se despertó en el lampo de última tarde, un reflejo de sol rojizo en el almidonado birrete de una enfermera que sonreía; unos vidrios blanquecinos, una pared blanca, una cama blanca, una colcha blanca. Había posibilidades de conservar la pierna, le dijeron. Luego, en su sueño... ¿alguien había discutido sobre la alternativa de amputársela?

Así ingresó yaciendo al tiempo de los otros. La Revolución Nacional había triunfado, él era algo así como su cautivo entre edredones, su prisionero consentido y preservado. La Revolución Nacional había triunfado, regresaba Paz Estenssoro en el avión de Walter Lem; La Paz estallaba en petardos que ceñían la cama del hospital de sangre, pintando un resplandor lechoso en sus vidrios taponados de color sucio, de color enfermo, de color asilo, de color clausura.

La Revolución Nacional había triunfado, los hermanos de Ana María simpatizaban con el nuevo régimen, por un acto de reflexión intelectual que estaba contradicho por sus palacios, por sus fundos, por su dinero; Ana María se erguía intacta a los pies de la cama, alzaba una mano enguantada, decía su condición distante de visita. No había ninguna huella de sufrimiento en su gesto, su rostro era el mismo rostro impávido de siempre. ¿Hubo acaso algunas horas, horas sin rastro en que se dio por viuda, en que lo dio por muerto? Jamás se sabría.

Las operaciones siguieron a las operaciones. El hospital no bastaba y fue sustituido por la clínica de Sopocachi. Ana María apareció apenas con mayor frecuencia. Los osteólogos,

los traumatólogos, los cirujanos aconsejaron nombres de especialistas argentinos. El sueldo de Capitán de Artillería, que la Revolución había seguido pasándole, no alcanzaba para cambiar de país y de médicos. El clan de Tarija, que podría haberlo pagado, prefirió usar sus influencias. Y el Capitán fue designado Adscripto al Agregado Militar, en la embajada de Bolivia en Buenos Aires. La Revolución asistía a sus rivales.

Con tres operaciones ya hechas, unas muletas acolchadas en las axilas —porque su bisoñería de rengo le había desollado los sobacos —y Ana María despidiéndolo en El Alto, el Capitán trepó al avión de Braniff. El general Ichazo no estaba en Ezeiza, pero había enviado a su chofer y el chofer —investido de una de esas delegaciones descendentes, que hacen el secreto alivio de la diplomacia— lo saludó en nombre del general Ichazo. Ana María llegó días después, lo trasfirió desde el hotel a la pensión, desde la pensión a la clínica. Y a los cinco meses de estar con él, de acercarse sin amor visible a su yacencia casi desgobernada, le anunció que iban a tener un hijo. Un hijo que ella quería alumbrar junto a su familia.

El Capitán jamás se había opuesto. Desde los días del hospital de La Paz, la sentía indeciblemente lejana. ¿Cómo sus cuerpos podrían haber dicho otra cosa? Para la época en que ella se fuera, acaso él ya pudiera estar en pie. Había encargado su coche, en la esperanza de que la pierna lo dejaría conducir; era un modelo de cambios automáticos, por lo demás, y la pierna izquierda no tendría trabajo.

Trescientos dólares, la pensión alemana, los sanatorios, el automóvil que, encima de los catálogos, habían elegido de color marfil: la pobreza paseada de los diplomáticos menores, la pobreza en auto, la pobreza de whisky, una pobreza con los suficientes bienestares para sentirse culpable por inutilidad.

El general Ichazo lo visitaba en la clínica, sin aceptar nunca la silla que le brindaban. Avanzaba su poderoso vientre sobre los barrotes de la cama, prometía que el enfermo iba a marchar cada vez mejor, reía a carcajadas ante cualquier presunción de invalidez permanente; y cuando había creado el aire de la gran cordialidad, sacaba de su bolsillo algunos

papeles y los acercaba al Capitán, agenciándole también la estilográfica. Eran las liberaciones a que el Capitán tenía derecho, confundibles y emparentables con las liberaciones del General. Bolivia estaba más allá, aquello —la pierna estirada con un sistema de pesas, el papel que alineaba manjares y vajillas— era la vida presente, la vida compensatoria, la vida con sus contrastes, la vida inmediata. El Capitán firmaba.

Con Ana María en la pensión de Palermo, Ana María tan rígida y casi tan delgada en la gravidez como en la soltería, Ana María pariendo en La Paz y cablegrafiando el sexo y el nombre de la criatura, el sexo creado por ellos dos, el nombre familiar Federico repetido y elegido por el gran clan; con el general Ichazo trayendo semana a semana chismes de embajada, promesas de vida frutescente para después, más papeles para el hoy urgente, fueron en total doce operaciones, de penosa secuela. Porque la ráfaga de ametralladora le había seccionado el ciático y habían debido cortarle tres centímetros y medio del fémur izquierdo. Para los dolores que sobrevenían al desaparecer los efectos de la anestesia raquídea, novalgina, espalmagina y alguna vez morfina. "No, no me hice adicto, si eso es lo que quiere saber" —había dicho el Capitán al Comisario de Policía y luego al Juez, ante un mecánico alzamiento de cejas que era muy fácil descifrar como la previsible pregunta—. "Me han quedado dolores intermitentes, más agudos en los días húmedos. Pero sólo tomo aspirina para calmarlos". (Y esa escondida fuerza de voluntad que aquel ser débil ponía en un detalle de pequeño heroísmo físico, era la que —más allá de todos los envoltorios azules— daba una especial credibilidad a sus palabras. Era posible descubrir los surcos de ese sufrimiento aposentado en su vida, seguirlos como el encavado borde inferior de sus pómulos en torno a la nariz aplastada y bajo el brillo vencido e indulgente de los ojos oscuros.)

Las inyecciones que calmaban el dolor de la pierna le infectaron los brazos y hubo que hacerle otras dos operaciones en los brazos. "Sí, también me duelen a veces esas cicatrices, pero incomparablemente menos que la pierna coja".

Y después —oh, mediterráneo— después nadar. Nadar para flexibilizar la pierna, para recobrar los músculos. Ya existía el Impala color marfil y el general Ichazo le recomendó el Club de Olivos, con su hermosa piscina de losas verdes. En el mediodía ocioso de entresemana en el Club, estaban Marie-Louise y Marcel. Y para ellos dos una pierna coja era Europa y la Guerra, no Bolivia y La Paz. Se acercaron.

MARIE-LOUISE

SI ALGUNA vez ella tuviera que contar su historia, ¿por dónde empezaría? *Ah, seguramente comenzaría por mi infancia.* O por la guerra y la ocupación. *Yo nací el 13 de agosto de 1929, tenía justamente diez años cuando la guerra empezó; y algo más de quince cuando la guerra terminó.*

Sí, es cierto, ella tenía diez años en el otoño de 1939, nueve en los días de Munich. De algún modo, pues, la guerra y la ocupación referían su infancia. Una infancia de piernas largas, de trenzas largas, de trenzas doradas, de pollerita muy alta. Su hermano tenía cinco años más que ella, y para ese hermano el tránsito fue otro: de la adolescencia al *maquis*. Podría haberse pensado que, lejos del frente, allá en los Pirineos, la guerra le interesara muy poco cuando empezó y él tenía algo más de quince años. Era entonces cuando ella había dado el súbito estirón y tenía la marca de su crecimiento en las rodillas nudosas y desairadas, como dos bisagras flojas para sostener el alto y estrecho postigo del cuerpo. Era una niña ingrácil la Malou de diez años, la larga y fina, angosta desgarbada Malou. Aquel crecimiento irresponsable e insolidario hacia un techo propio, hacia un cielo propio cuando el techo de toda Francia empezaba a bajar.

Al muchacho no le interesaba la guerra cuando la cosa empezó; la guerra no había llegado al sur de Francia y nadie llamaba aún a su clase bajo banderas. Pero después vino la caída y vino Vichy y vino la ocupación y el muchacho que ya tenía dieciocho años se fue un día al *maquis* y sólo volvió cuando todo había acabado y su faz polvorienta y bar-

buda y sus ojos huraños y sus pantalones desgarrados y su camisa inmencionablemente sucia eran la imagen de la victoria y la victoria no traía las soluciones a una casa donde el padre claudicaba y la madre había dejado redondamente de hablar. *Pero primero yo tenía diez años y era ese palo rubio vestido y Jacques, mon frère, me bautizó La Girafe. Hacía unos dibujos muy graciosos, porque dibujaba estupendamente, y yo era lo bastante tonta para no celebrar la gracia de estas estampas donde parecía un híbrido monstruoso, una jirafa que remataba su infinito pescuezo en una cara monedita como la mía, en dos trenzas doradas, encima de las cuales corría una lengüeta al modo de la heráldica y decía "Malou la Girafe"; o, si se había enternecido al dibujarme, "Malou le girafeau". Y yo lloriqueaba, seguramente en falso, lloriqueaba de coquetería herida (eran mis únicas heridas, en medio de la Guerra) y Mamá reprendía a Jacques y Jacques dibujaba entonces un híbrido más misterioso, una especie de animal mitológico que se parecía a una jirafa sin serlo y que terminaba en una cara que era la mía sin serlo, y ahora pienso que era mi cara adivinada de mujer, la que después de la Guerra tuve, la que tengo ahora. Y entonces Jacques ponía La Girafe Marquet o Le girafeau Marquet. Yo me daba por aludida, de todas maneras, y volvía a lloriquear y a agraviarme y simulaba atacar a Jacques, y él me abrazaba riendo —también era altísimo, más alto que yo— mientras mis dos puñitos le golpeaban el pecho. Ahora pienso que ésa es una escena feliz (Jacques riendo a carcajadas, yo lloriqueando casi con hipo y dándole aquellos martillazos chiquitos que no lo dañaban) pero entonces no me dí cuenta. Estábamos trabajando para la memoria, ése es mi hermano que aún vive en Perpignan y ya no me hace caso ni me escribe. Pero él quería seguir llamándome jirafa de todos modos, y como yo tomaba para mí la ofensa familiar de La Girafe Marquet, él se ingenió para hacer uno de esos dibujos donde hay que encontrar, generalmente entre la fronda, un objeto dibujado a escondidas, tras haberlo buscado poniendo el dibujo patas arriba o después de haberlo mirado largamente, dándole vueltas. Pero la jirafa no podría estar demasiado escondida entre una*

techumbre, una palmera, unas nubes. Él lo hacía tan sólo para poder seguir bautizándome a su manera. Porque todo estaba imaginado para poder justificar el letrero: "Sur cette gravure, marquez la girafe". Y yo ya no podía decirle nada, aunque el dibujo apareciera olvidado en mi escritorio de escolar o a los pies de mi cama; y aunque, mirándola muy muy bien, la cabeza de la jirafa fuera una caricatura de la mía y sus orejas aparecieran inexplicablemente retorcidas hasta fingir una parodia de mis trenzas, levantadas por un gran vendaval.

Cómo le gustaría, ahora, tener uno de aquellos dibujos que en 1939 y aún en 1940 la hicieron llorar de vanidad zoológica; porque es la edad en que un niño, una niña, ya no admite que se la identifique con los animales de la infancia, y aún no ha aceptado que pueda parecerse a cualquier otro animal.

Ya antes de la Guerra propia, en Perpignan se había vivido la que sólo por ceguera podía haberles parecido ajena, una guerra tendida a los umbrales, una guerra llamando a las puertas, una guerra como un perro moribundo, el final como el vómito del perro moribundo, la guerra de España. Jacques se reprocharía después haber tenido tan pocos años, porque querría haber ido a combatir por la República; pensaba que todo había comenzado allí y ellos lo tenían tan cerca y no supieron verlo y entenderlo y entraron en la farsa nauseabunda de ser neutrales y se dejaron acogotar en el pescuezo de otros; oh, mucho peor, se echaron las manos al propio pescuezo, creyendo que simplemente cumplían un deber de no entrometerse. ¡¿Y cómo tú, Papá?! El padre se encogía de hombros, sin soltar su pipa, como si ninguna palabra valiese tanto como la bocanada de humo que obligaba a perder. Su padre era un francés de Francia, puesto a vivir a la orilla de su mundo. La guerra sobre Francia lo arrinconó después, lo hizo más pobre que a un español refugiado, que a un anarquista de la FAI en el vecino campo de concentración, lo hizo Nadie. Los nazis lo obligaron a usar sus tarjetas de consumos, a marchar por la acera de aquí o a cambiarla por la acera de allá, formas pequeñas y atroces de la vejación, una vejación que

no se detiene a averiguar el nombre y los documentos del ofendido.

Jacques vivió los años finales de la ocupación en la clandestinidad y no le pasó nada. Pero a Vladimir, que blasonaba de ser comunista y era hijo de rusos, a ése sí le pasó. Vladimir le Monomaque.

Pobre Vladimir, fue mi primer amor. Ese primer amor que no nos toca ni nos roza, ese primer amor al que no damos nada, el niño que sacrificamos.

Se llamaba Vladimir, iba conmigo a la escuela mixta. Iba a la escuela, era rubio como yo, de mi misma edad, y creo que me enamoré de dos cosas: de la semejanza de nuestros rulos y de ese nombre tan extraño y misterioso, Vladimir, tan diferente al que tenían los demás chicos. También tenía un apellido muy raro, pero importaba menos. Mi modo de interesarme por él, a mis diez años, sin decirle que lo quería —ah, él tampoco me lo dijo hasta muy tarde, hasta después de la Guerra— fue arrancar a escondidas la hoja del Larousse de Poche en que estaba el nombre de Vladimir, y llevársela para que la leyéramos juntos en el recreo. Era la página 1212 (la page douce douce, decíamos bromeando con sus números) y allí decía que Vladimir era el nombre de una ciudad de Rusia, cerca de Kliazma, y también el nombre de dos príncipes: Vladimir I, llamado el Grande o El Santo, y Vladimir II, surnommé Le Monomaque. Nos embrujó la palabra, que no comprendimos, que no estaba en el resto del diccionario. Y como si fuera el apodo de un caudillo legendario, Vladimir se sintió orgulloso de que yo le llamara Le Monomaque. Tal vez lo enorgullecía la mutilación del Larousse, la culpa que yo había contraído por él, el castigo a que me había expuesto por su causa, la existencia de un acto prohibido que nos ligara: Vladimir Le Monomaque.

Le Monomaque no hizo el *maquis*. Pero cayó, igual, en una redada de la Gestapo. Lo creyeron vinculado a otras células de la Resistencia y Marie-Louise (ya entonces detestaba que le llamaran Malou, su infancia y aun su doncellez habían quedado por el camino) no lo supo hasta que todo hubo acabado. Entonces encontró en la calle a un espectro que seguía llamándose Vladimir. Tenía los cabellos al rape y una cara tristemente gastada. La convidó a un café, le habló abruptamente. Los nazis lo habían torturado una vez y otra vez y otra vez. Él era muy débil y después lo pasaron a un hospital. Cuando salió, descubrió su drama. Ah, Malou —dijo, y ella toleró que él, único que tenía ese derecho de infancia, siguiera llamándole así—. Ya sé que éramos muy chicos, pero ¿verdad que nos amábamos? Marie-Louise (o no, lo que quedaba de Malou) bajó los ojos, consintiendo. —Y bueno, ya sé, los niños no se animan, todavía no lo sienten con claridad o no se atreven a hacerlo. Pero discúlpame, Malou, debimos habernos amado con todo lo que teníamos. Porque ahora, mi chiquita, sabrás que los nazis me han deshecho...

¿Hablaba de impotencia, hablaba sólo de la muerte de sus pasiones? Marie-Louise creyó entender lo primero y sintió una horrible languidez culpable, la futilidad de haber arrancado la página del Larousse en vez de haberle entregado su virginidad. Le Monomaque ya no existía, habría que olvidarse de él o recordarlo como si estuviera muerto. Oh, fue una ficción por poco tiempo, Vladimir acabó suicidándose. Y ella lo supo cuando había transcurrido una semana desde el entierro. ¿Llegaría siempre tarde a las citas del Monomaque, llegaría siempre tarde a las cosas de la vida que de verdad le importaran?

El Capitán fue su reconciliación tardía, algo así como un extraño Monomaque traído de las junglas. Y esta vez, oh Dios, no perdió el tiempo.

Monsieur Vincent era un hombre muy pulcro, con anteojos de montura de oro, una vasta cabellera de poeta (de falso poeta, según se descubrió después), una cara trabajada y casi dolorosa, que entraba en tensiones musculares inesperadas cuando atendía, cuando preguntaba, cuando esperaba algo. Monsieur Vincent era profesor de Letras en el Liceo y muy pronto distinguió a Marie-Louise Marquet, a quien sus compañeros llamaban Malou, como la alumna mejor dotada y predilecta. Monsieur Vincent celebraba las pequeñas composiciones literarias de la joven, la exhortaba a que escribiese, le con-

fiaba que él también escribía, que enviaba sus inéditos a París, que aguardaba con paciencia la Gloria.

Nadie sabía a ciencia cierta por qué, en plena guerra, Monsieur Vincent no había sido movilizado; alguien hablaba de una antigua dolencia pulmonar mal curada. Monsieur Vincent prefería hacer el patriota verbal y el escritor, dos papeles que le caían muy bien a la cara.

Parecía entonces un hombre maduro, pero debe haber tenido menos de treinta años cuando ella tenía catorce. La fascinó con sus historias enigmáticas y fastuosas: salía a caminar con ella por los alrededores de Perpignan (con tendencia a los sitios arbolados) y de pronto rompía a decir un poema. Era algo milagrosamente discreto, que no había que arruinar con precisiones explicativas. ¿Era eso lo que escribía Monsieur Vincent, estaba recitando lo que otros habían escrito? Él no lo decía; simplemente, lo daba a entender. Era un poeta púdico y a la niña ese pudor, del que parecía ser única destinataria, estaba abrumándola de admiración y de gratitud. *Je chante la grande joie de te chanter* —decía Monsieur Vincent caminando a su lado, una hoja otoñal del bosquecillo en la mano— *La grande joie de t'avoir ou de ne pas t' avoir, La candeur de t' attendre, l' innocence de te connaître, O toi qui supprimes l' oubli, l' espoir et l' ignorance, Qui supprimes l' absence et qui me mets au monde, Je chante pour chanter, je t'aime pour chanter, Le mysthère où l' amour me crée et se délivre. Tu es pure, tu es encore plus pure que moi-même.*

Ella no lo había aprendido de memoria pero pudo copiarlo años después en Río, de pie en una librería francesa, hojeando novedades: era Paul Éluard, era La Capitale de la Douleur, era un timo increíble. ¡Tan bien que parecía ajustarse a lo que habían conversado la tarde antes, de qué extraño modo parecía inspirado por cosas que ella misma había dicho y él recogido con sus ojos pensativos, con la crispación de sus mandíbulas atentas! Es claro que si Monsieur Vincent hubiera estado a tiro, podría haber jurado sin mengua que él jamás se había atribuido los versos ajenos. Simplemente, los había dicho. Era parte de un embaucamiento que, a los catorce años de ella, a los casi treinta de él, terminó del modo previsible: lo que Le Monomaque nunca había tenido. Allí, en el bosquecillo de otoño, con Perpignan a lo lejos y en el crepúsculo, ella vio el rostro de Monsieur Vincent sin sus lentes de oro, sus ojos desleídos y acuosos, su mandíbula por única vez floja. Y desde entonces él empezó —fue poco tiempo, Le Monomaque se suicidó pero a Monsieur Vincent ella lo había dejado con repugnancia— a llamarle Ma Lou, descomponiendo su nombre. Y entonces ya no simulaba estar diciendo poemas escritos por él y le recitaba Apollinaire diciéndole que era Apollinaire, poemas a una Lou a quien se le afirmaba (era otra guerra, eran otras armas, eran otras metáforas) *Nos 75 sont gracieux comme ton corps* y de tardecita en el bosque, para repetir por pocas veces el acto inicial —*Mon Lou la nuit descend tu es à moi je t'aime;* pero Apollinaire estaba metido hasta el pescuezo en la guerra del 14 y escribía desde su caserne, añorando a una muchacha ausente, mientras Monsieur Vincent —eximido del servicio por taras pulmonares, baboso de erotismo como el tísico vergonzante que era— vivía allí, en la misma ciudad que ella, y sólo se intrigaba por averiguar la razón de que el poeta pusiera siempre Mon Lou y ni una sola vez Ma Lou, como él le decía a ella. Llegaron las vacaciones, lo abandonó un día como cualquier otro, dio por perdida la historia de su virginidad y de su nombre infantil. Malou ya no existía, la Girafe Marquet había aprendido cómo lo hacen los hombres y las mujeres; lo había aprendido y no se sentía enriquecida por la experiencia.

Todas son pruebas hasta dar, así como el impresor tira las copias sucias o borrosas antes de llegar al grabado que satisfaga sus escrúpulos de artista. Marcel se sentó al lado de ella, en un avión de Air Bleu, en viaje de Argel a Perpignan. Él volvía (se supo después) de tramitar visas en el Africa, para viajar a América. Pero su pasaporte estaba casi vencido y en Dakar le negaron la visa.

Corpulento, inarticulado, frunciendo los párpados al humo ascendente del cigarrillo, ocultando sus ojos pardos sobre su rostro de carne cruda, comunicaba muy poco. *Ah, sí, eso es*

cierto, Marcel nunca comunicó nada. Parecía esperar los silencios ajenos para hablar contra ellos, y hablaba poco. Hablaba poco en un francés castigado, que era y no era su idioma natal; un lenguaje del que, en todo caso, no se servía como de una herramienta fácil, como de una gracia impune.

¿Por qué se habrá ocupado de la muchacha de dieciocho años, esa rubia esmirriada cuyos fulgores de cabellera casi se fundían a blanco, contra la ventanilla nubosa del avión? Le dijo algo, sin embargo: que descendería en Perpignan, para seguir a París recién al día siguiente. ¿Conocía ella algún albergue decente? Marie-Louise se sintió orgullosa de ser de Perpignan y de poder informarlo, ya que el extranjero parecía tan rotundo, tan cortante, tan victoriosamente seguro. *Oh, tuve que pasar días y pruebas con él para saber que era de Vilvoorde, a pocos kilómetros de Bruselas.* Eso, por el momento. ¿Y cómo se llamaba? Dijo "Marcel" y un apellido largo y con partícula, que ella no retuvo. Le pareció entonces muy poca cosa a saber de quien ya estaba postulándose para alojarse —por una sola noche, claro está— en casa de los Marquet. Después iba a darse cuenta de que, por el contrario, había sido inicialmente mucho: porque aquélla era una identidad raspada, un dato soterrado bajo pena de muerte. Entre tanto, el nombre en el portafolios y la maleta...

Marcel sonrió, y era visible —por el esfuerzo que le costaba— que tenía poca costumbre de hacerlo. "Mi nombre es ése, Marcel, el que le dije".

¿Por qué confió tan repentinamente en ella? Jamás se aclararía, Marcel jamás volvía sobre sus actitudes. para confirmarlas, para explicarlas, para corregirlas. Jamás. Descendieron. "Tú dirás en tu casa que nos hicimos amigos en Argel, durante tus vacaciones", y ella aceptó de un golpe el tuteo y la mentira. "No van a preguntarme nada", repuso.

Oh, sí, lo acepté en mí desde el primer momento, sin saber quién era, ¿adivinándolo?, ¿presintiendo un pedacito débil y frágil en aquel toro?, no sé, sé que lo acepté y no tanto que lo quise en seguida. Oh, dije que no comunicaba nada, nada de sí quiero decir, nada en confidencia, nada como alma individual, pero sí una fuerza. Bueno, digamos que acepté esa fuerza, que la precisaba, que jugué esa fuerza contra un padre caduco y una madre cansada, que Marcel —tomando el desayuno en mi patio de Perpignan— pasaba a ser una parte de mí misma a usar contra los otros, no sé.

Marcel se instaló en Perpignan, los viejos Marquet preguntaron muy poco y él la hizo su mujer a la segunda noche, como si sólo hubiese respetado la primera por una tradición relativa al peregrino y a la hospitalidad. La hizo su mujer con facilidad y sin asombro, como algo de la vida que se sabe de siempre y no conviene exagerar. La hizo suya con facilidad pero tal vez sin ternura, sin una sola palabra de amor, todo sobreentendido, ¿todo descreído, todo profesado?, los silencios de él no se inclinaban por ninguna carga de la realidad antes que por otra. *Y lo acepté así. En mi natural de jirafa sexual debía haber miles de preguntas, pero ¡qué curioso!, ninguna era para él, ninguna para ese tipo que me tomaba sin mayores miramientos y me derribaba sin mirarme a la cara y luego no gemía ni soplaba ni decía obscenidades mientras duraba la cosa.*

El verdadero acto de amor fue otro, fue a la tarde siguiente, caminando por el bosquecito de Monsieur Vincent. El verdadero acto de amor fue otro pero, en sus convenciones acerca de la lealtad y el secreto guardado, era evidente que él no podría haber incurrido en ese acto de confianza y de entrega —una entrega tácita, seca, inmencionable después, como todo lo suyo— si no hubieran existido primero la desnudez y la brutalidad, esas dos cosas juntas que en su lenguaje se llamaban amor. El verdadero acto de intimidad ocurrió a la tarde siguiente, caminando por el bosquecito de Monsieur Vincent, a donde ella lo había llevado con orgullo de hembra, para vengarse de la mala memoria del sitio, y donde él debe haber sido sensible a un olor a confesionario, a iglesia y a alcoba al mismo tiempo, un olor viciado y vicioso que no dependía de los pinos.

"Yo fui *réxiste* cuando era joven" —dijo bruscamente, como si ya fuera viejo a la luz del crepúsculo—. Y trató de explicarle (sin ver la mueca de ella, a la luz muriente) por que haber sido *réxiste* de Léon Degrelle no era exactamente

lo mismo que haber sido fascista en Italia, falangista en España, *croix de feu* en Francia, nazi en Alemania. "Era y no era", agregó, sin explicarse demasiado, y como si de todos modos la víbora ya hubiese mudado de piel y no valiera la pena hablar del asunto, que sólo mencionaba como antecedente. "Y después que los nazis entraron en Bélgica, yo me enrolé en la brigada belga de voluntarios antibolcheviques, y fui a pelear con los alemanes contra los rusos". ¿También diría que no era lo mismo que la Legión Azul? Malou (lo que quedaba de Malou dentro de Marie-Louise) supo de pronto que el pequeño bosque estaba maldito para ella, y que cuantas veces volviera a él sería violada. *Porque mi sensación de estar ligada a un fascista, mi impresión al saber que había sido la mujer de un fascista y que seguiría siéndolo (imposible dejarlo, bastaba ver su rostro rojizo de gallo de riña, a la última luz de la tarde) fue algo horrible, lo más parecido a una gran traición que yo haya sentido en mi vida. Oh, aquel día pensé en Jacques Le Maquis y en Vladimir Le Monomaque torturado por la Gestapo, y medí el pozo al que había caído pasándome a ser la mujer de un fascista. Alguien habría tenido el derecho patriótico de raparme la cabeza, pensé. Pero él no se dio cuenta de nada.* Sin embargo, el tono con que estaba diciéndose *réxiste* parecía alejar la convicción de que siguiera siéndolo. Lo contaba como algo que le hubiera sucedido a otro, hace años, y que ahora él tuviera que pagar: "Al terminar la guerra supe que era buscado por los tribunales militares belgas, para someterme a una corte marcial. Conseguí una documentación falsificada y me escapé por la frontera con Luxemburgo. Después supe que me habían condenado a muerte en rebeldía..."

Y sin embargo, no parecía abyecto como Monsieur Vincent, ahora que incrustaba su cabeza sobre el mismo paisaje. *Es raro, no sé explicarlo, pero todo parecía el cuento de una locura de juventud, que hay que perdonarse en la edad madura, si uno quiere seguir viviendo. Y, sobre todo, parecía algo purgado por la persecución de tres años y por el escondite y el anonimato. Pero yo, ¿qué perdón tendría?...*

Y entonces ella supo que él había pasado un tiempo en París, sin sentirse nunca seguro. Había decidido viajar a un país sudamericano y había elegido el Brasil. "¿Por qué el Brasil?", preguntó ella. Él no lo sabía. Por instinto tal vez, como hacía muchas cosas de su vida. Era un país con espesor, un país con muchos sitios para esconderse y desaparecer, la selva y todo eso...

Pensar que aquella tarde yo quería dar por cumplido su purgatorio ¡y faltaban como diez años y días hasta el día de hoy! Marcel le contó entonces que había pedido un pasaporte a un conocido en París y le había pegado una foto suya y con ese pasaporte se había dirigido a Dakar, con una recomendación para el Cónsul del Brasil. Pero primero había que pasar por Orán, Argel y Tanger y pedir visa de entrada al gobernador de Dakar. Y allí fracasó todo, no porque hubieran descubierto que el pasaporte estaba adulterado sino porque lo consideraron un documento demasiado viejo. "Hay que tener un pasaporte joven para internarse en el continente joven", sonrió a sus recuerdos.

Y por eso estaba allí con ella y por eso se llamaba Marcel y no como decían los papeles. Marie-Louise tenía que saberlo, ahora-que-era-su-mujer; es decir: ahora que iba a quedar encadenada al sujeto y a su misterio, que pasaban a ser una sola y misma cosa.

Los días siguientes estuvieron vacíos; dicho de otro modo, estuvieron destinados al acostumbramiento de ella, a su admisión de la realidad. Porque él había dado todos sus pasos: la había poseído, le había transferido su secreto como si fuera una enfermedad venérea, la había convertido a una suerte de ley del hampa de los perseguidos, de los condenados a muerte, de los proscriptos. Tenía que seguirlo, fuera donde fuese, y sin conceder demasiado espacio espiritual a la averiguación cotidiana del amor. Sin retocar las cosas.

Pasaron los días de Perpignan y él le dijo que se irían a Bélgica misma, en busca de otros documentos. Ahora que la tenía a ella —dijo— tentaría la entrada. ¿Iremos a Vilvoorde?, preguntó Marie-Louise, como si la boca del lobo fuera tan estrecha, tan circunscripta. No necesariamente —res-

pondió él—. Y fue la primera vez en que, a propósito del tema de su lugar natal, omitió cualquier referencia a su familia, a la circunstancia de si había alguien vivo y mayor esperándolo, una madre digamos. Marcel había nacido en agosto de 1921; después de todo, sólo tenía entonces veintisiete años. Pero no dijo nada, ni diría nunca nada.

¿Alguien sintió alguna vez la emoción de vivir con un condenado a muerte en el teatro mismo de su condena? O más todavía, porque era lo que me pasaba en Bruselas: vivir con el suspenso de que el condenado fuera descubierto, individualizado y arrancado de mí y llevado al patíbulo sin mayores ceremonias... Y él, en ese mismo momento, rehusaba disimularse: ni un bigote, ni unos lentes oscuros. Y desde la habitación del hotel hacía llamadas telefónicas y se citaba con viejos camaradas, otros tránsfugas seguramente, aunque no condenados a muerte. Buscaba un pasaporte, eso fue todo lo que pude saber, y lo esperaba de los otros réxistes, de sus antiguos compañeros de brigada o de partido, no sé.

Marie-Louise lo veía partir de la habitación, a la que virtualmente él la había confinado; y no sabía por cuánto tiempo ni con qué objeto ni si para volver. Y si lo capturaban, ¿qué podría hacer ella, a quién llamar? Él no le había dejado previsiones para ninguna contrariedad, como si suprimiera el contratiempo al no pensar en él. *Y ni allí, ni allí mismo, a pocos minutos de Vilvoorde, me dijo nada de él, del Marcel de antes, nada de sus padres, nada de sus hermanos (si es que los había tenido), nada de su infancia. Cero.* Y además, no salían. Ella, sobre todo, tendría que haberse hecho sospechosa a la gente del hotel: vivía encerrada en una pieza tristísima, cuya única ventana daba a un patio interior. Ésa fue su vida de Bruselas con lluvia, su visión neblinosa de Bruselas sin sol. *Una noche lluviosa me llevó a un pequeño restaurante italiano, donde comimos una pizza y mandó abrir una botella de Chianti. Aquello fue todo, y casi pareció ser la vida.* Hacia el final de la comida, sobrevino un individuo envuelto en un impermeable y le entregó un sobre. *Aquélla fue la primera vez, en una larga serie de muchos años, en que me presentó a los demás de un modo enteramente genérico: Un camarade, Ma femme.* Nadie tenía nombre, nadie lo tendría jamás. El camarada fue invitado a sentarse, a tomar un vaso de vino. *El tipo me miraba con evidente incomodidad, quería irse. Marcel le hacía preguntas distraídas, en cifrado, preguntas en que la gente aparecía llamándose Aquél, El Viejo, El Gordo, como los miembros de una pandilla de gangsters. El otro contestaba apenas. Cuando se fue, Marcel me dio a entender que le habían traído el pasaporte que precisaba. Pero tampoco me lo dijo a las claras.*

A partir del arreglo de ese pasaporte, Marcel pasó a llamarse Víctor-Hugo Hayden y a hacerse llamar Hugo.

Entonces él tramitó en Bélgica la visa del Brasil y la obtuvo. También me dijo que había conseguido una representación de máquinas de panadería, aunque otras veces mencionaba su oficio de diamantero, cuando yo, casi sin atreverme, le hacía una pregunta elemental: la de cómo y con qué viviríamos en el Brasil.

Vivieron tres años en Río y jamás se habló de las máquinas de panadería. Por lo que ella pudo saber, Seu Hugo —como le llamaban quienes venían a buscarlo— trabajaba en joyas. *Nos instalamos en Copacabana, en un apartamento de Baratta Ribeiro, y allí llegaban unos brasileiros afrancesados o unos franceses abrasilerados, cada uno de los cuales era, para mí, un simple "camarade" o a lo más "un ami", así como yo seguí siendo —sin nombre, sin detalles— "ma femme". Incluso cuando me pedía que les sirviese un café o un whisky, evitaba nombrarme, para que ellos no se enteraran. Y eso que él siempre me llamaba, cuando estábamos juntos, tan sólo Marie, y Marie era también una forma del anonimato. ¿Para qué agregarle que jamás llegué a hablar con esa gente?*

Y allí, en el clima de Río, Marie enfermó de los pulmones y él se preocupó por hacerla atender. Los médicos que la vieron, la gente que la examinó parecía tan clandestina de la salud como los otros compinches lo eran del negocio de joyas. Ni aún para curarla, Marcel sacó la cabeza fuera del mundo de los contrabandistas. Los contrabandistas, "Mes amis",

como llegó a presentárselos en redondo y sin nombres, cuando alguna vez fueron con ellos de pic-nic al Alto de Tijuca.

De casa no contestaban casi nunca mis cartas. Jacques debería haber sabido de algún modo que Marcel había sido fascista; o no, o solamente reprobaban que yo hubiera salido de casa anunciando que me iba simplemente a Bruselas y luego hubiera tomado el barco para Brasil en Marsella, sin haber pasado por Perpignan (Marcel no me dejó) a darles un beso. Enferma, sola con Marcel entre extraños, en aquel Brasil húmedo que cada vez se parecía más a una jungla, pensé que iba a morirme. Y sin embargo, ponía toda mi voluntad en curarme, aceptaba lo que me hacían tomar, seguía al pie de la letra las indicaciones. Y así, en esa situación absurda, vine a quedar embarazada...

Marcel nunca había dicho que deseara un hijo, ni tampoco que quisiera evitarlo. Como en tantos otros planos, el silencio y la espera parecían ser sus consignas. Pero debe haber consultado con sus médicos patibularios, con sus médicos contrabandistas de joyas, porque volvió un día con la decisión tomada. *"Il faut le faire glisser", me dijo. Recuerdo esas palabras porque al principio no las entendí. Eran una variante de su famoso "laisser tomber", pero esta vez señalaban una participación más activa de los otros, de alguien que intervendría. Y después, en atención a mi estado, se avino a argumentarlo y a asegurarme que lo hacía exclusivamente por mí, por mi salud. ¿Sería cierto? ¿Para qué decirle que nunca lo supe?...*

Cuando estaba en los tres meses de la preñez, la llevó —en el auto de "quelque camarade", como anunció que conseguiría— a un destartalado departamento de las afueras de Río, donde la atendió uno de esos médicos o practicones descalificados, que viven a la orilla de las sociedades, medrando con sus buenos oficios prohibidos. Un tipo parecido a una liebre. El individuo tenía el escrúpulo de explicarle de antemano cuánto le haría, "puisqu' vous êtes une femme intelligente", como decía con su atroz pronunciación franco-portuguesa. ¿Cómo sabía que ella fuera inteligente, quién podría habérselo dicho? ¿O era acaso una cortesía tradicional dirigida

al marido, para elevar los honorarios? Y así, en el centro de su miedo, de su encogimiento, de su falta de relajación física, ella oyó hablar de Trendelenburg y de las posiciones ginecológicas; y se pasó de la mañana a la tarde reposando en aquel sucucho, dejada allí por Marcel sin un beso ni una palabra, observada de tiempo en tiempo por el untuoso bicharraco, que ponderaba ese maravilloso fenómeno natural que era el crecimiento de la laminaria.

Cuando todo pasó y el tipo se declaró conforme, me dio la espalda, abrió un armarito y sacó de allí un teléfono que no había sonado en todo el día. Marcó un número y dijo simplemente: "Vous pouvez venir, elle est très bien". La sorpresa de que allí hubiera existido un teléfono escondido, al que nadie hubiera llamado, me pareció menor que la segunda: al otro extremo de la comunicación había un teléfono que yo no conocía, un teléfono desde el cual Marcel atendía, con tanta certidumbre de que estuviera allí que ni siquiera se había hecho necesario preguntar por él.

Marcel estuvo a buscarla en unos veinte minutos, la obligó a apoyarse en él por todo el largo de la crujiente escalera, casi no le dejó sentir la conmoción de los escalones. Y abajo estaba el mismo auto de la mañana, pero manejado por otro individuo.

Hay un momento que no voy a olvidar mientras viva, porque es la clave de toda mi relación con Marcel y a veces pienso que también con la vida. En todo caso, es el momento en que empecé a desprenderme de Marcel para siempre, aunque la ocasión verdadera de consumarlo haya llegado varios años después. Vamos por la avenida Beira-Mar, de vuelta a casa. Vamos los dos en la parte de atrás del coche, y Marcel me mira sin cesar, con una extraña expresión, no sé si protectora o irritada o de arrepentimiento. Me mira, me mira. Y allí, bajo su mirada, siento que voy a desmayarme y no se lo digo. Siento que voy a desmayarme y no sé si su mirada tiene una parte decisiva en el malestar que empieza a subir en mí. Y no se lo digo. No se lo digo pero lo nota en seguida. Y de pronto, sin dejar de mirarme, sin cambiar de gesto, con la mano izquierda me toma

el pelo a la altura de la nuca, como en un manojo, para tenerme sujeta. Y con el revés de la mano derecha empieza a abofetearme, primero con algo de suavidad y después cada vez más fuerte, pero sin perder el ritmo entre golpe y golpe. Quiero echar la cabeza hacia adelante, para volcarme sobre él, pero la mano que me sostiene el pelo de la nuca me tiene estaqueada. Y los golpes, siempre a la misma velocidad, con un mismo compás, cada vez más fuertes. Y yo no me desmayo.

Sí, le dijo que había notado que iba a desmayarse y que había comenzado a abofetearla para hacerle volver la sangre a las mejillas, para evitar el desvanecimiento. "Quisiste venirte hacia adelante, pero no te dejé", agregó, después que todo hubo pasado.

Como siempre, me quedé con sus explicaciones. Pero hubo algo que en ese momento de lucidez exaltada surgió ante mí, como con una absurda fuerza de odio: estaba abofeteándome a causa del bebé que yo había podido darle y que él no había querido... Sabría recomponer todo el detalle del paisaje: el océano a mi izquierda, verde detrás del gesto de la mano y del rostro rojizo, congestionado de Marcel. Autos pasando en sentido contrario, hacia el centro, a la altura de Botafogo. Y a veces, también, palmeras, palmeras que nacen de golpe, detrás de la mano que da las bofetadas o de la nuca del chofer, que no se da vuelta... Eran como las cinco de la tarde...

Los médicos que ella había insistido en ver —los profesores de veras, más allá del círculo de los amigos inverificables que ejercían la medicina— sostuvieron que la enferma no iba a mejorar en el clima de Río; y Marcel no experimentó ninguna contrariedad aparente. Días antes, había sabido que un ciudadano belga, en situación igual a la suya, había sido embarcado de regreso en Santos, al cabo de un juicio de extradición ventilado en Sao Paulo. Sólo pensó en hacer las maletas, después de haber elegido Santiago de Chile. Los médicos estuvieron de acuerdo en que era una ciudad aconsejable.

Allá en Santiago cambiaron las cosas: Marcel no quiso ya seguir viviendo agazapado y de incógnito, expuesto al primer timbre que sonara. Eran los días de González Videla, el famoso Gabriel. Estudió la Ley de Defensa de la Democracia y vio que esa ley lo protegía. Fue al Ministerio del Interior y refirió su situación, con pelos y señales. Sacó de no sé dónde —jamás se lo había visto —un ejemplar muy arrugado de un diario belga, donde se refería la condena a muerte. Hizo él mismo un escrito, que no me dio a leer; lo presentó junto con el diario y le autorizaron la residencia definitiva... Un día alguien dijo que le había caído en gracia al Ministro Pedregal... No sé. Ése fue el primer cambio. Pero hubo otro: así como estaba cansado de ser un fugitivo, parece haberse cansado de los trabajos ilegítimos: se puso a trabajar de diamantero, su antiguo oficio, con el respaldo del Banco Americano y la protección directa del dueño del Banco, un tal Sabid... Nos fuimos a vivir a Vitacura y ésa fue la época más tranquila de nuestra vida como pareja, aunque yo ya sintiera algo muerto dentro de mí, algo que no volvería a existir tan sólo porque él tuviera otros papeles y porque para mí hubiera otra paz...

Oh, ella sentía otros alivios: el teléfono no llamaba para los viejos diálogos cifrados o elípticos con gente misteriosa, esa gente no aparecía por la casa. Sólo a veces, en la tarde, una llamada de Marcel para anunciarle que se demoraba, que iba a quedarse a comer en el centro... Él, que en Río jamás le avisaba.

Hasta que un día vino el Señor Prebisch. Como en la obra de Priestley: llegó un inspector. Vino el señor Prebisch, a quien Marcel maldecía de la mañana a la noche, y ordenó al gobierno chileno cortar todos los créditos al comercio. Eso fue, por lo menos, lo que le dijeron en el Banco del Señor Sabid. Pero era también lo que él leía en los diarios... Marcel le había entregado unos cheques en blanco a un tal Robert, que le proporcionaba diamantes, y ese señor Robert llenó los cheques sin darle más tiempo y tuvimos que salir de Chile a escape... Porque Marcel había averiguado que la ley chilena de cheques es muy severa...

Llegaron a Buenos Aires con un millón de pesos chilenos: habían malbaratado el moblaje de una casa bien puesta; habían hecho arder el oasis, como decía Marcel.

Pero un millón de pesos chilenos era poco para instalarse en Buenos Aires, y menos aún si él empezaba por elegir un apartamento en la avenida Pueyrredón. El cerco de la persecución había cedido, y Marcel había empezado a forjarse ilusiones rumbosas: alternar con otra gente, presentarse junto a ella como un formal matrimonio extranjero, hacerse amigos, convidar a casa. Sí, pero eso recién sería posible —Marcel había exhumado la representación de las máquinas de panadería— cuando empezasen a vender las primeras máquinas. Y había dificultades y...

El club de Olivos fue una de las partes de esa ficción, de esa apariencia. *Yo lo seguía sin contradecirlo, con una voluntad desganada; o, mejor, con la voluntad maligna de dejarme resbalar a fondo, de caer con él, para ver qué salía de esa caída, qué costra frágil se rompería si empujábamos, qué iba a ser entonces de nosotros. La aventurera que los diarios de ahora dicen: ésa fue la que me apareció allí... Porque Marcel era otra vez el mismo de Río, sólo que con cara más honesta. Parecía haber hecho el voto de vivir siempre en el presente y empezaba a notársele más crispación, menos dureza que en Río para vivir así. Vivir el presente con el pedal a fondo, como si la condena a muerte le hubiese servido para purificarse del pasado y desentenderse del porvenir, al mismo tiempo... Como si Víctor-Hugo Hayden fuera otro individuo, sin ataduras con nadie, sin antigüedad, sin otro peso que el de su cuerpo, sin memoria... Pero eso mismo me fatigaba, me abrumaba: había que vivir con él en una sociedad demasiado estrecha, demasiado obligada, demasiado tirante... Y él tampoco ofrecía una vida fácil, una vida brillante... Era un desgraciado y un torvo, un pobre y un soberbio, y esas cosas no pueden andar mucho tiempo juntas... Para mí llegó a ser un misterio saber de qué vivía y para qué vivía: no digo el dinero, porque ése era poco y fácil de contar. Me refiero a sus líneas de tensión, sí, y sobre todo a sus líneas de ambición. ¿Qué quería, qué esperaba, contra qué cosas invisibles seguía luchando, mientras yo volvía a quedarme tan sola en Buenos Aires como lo había estado en Bruselas y en Río?... Porque yo sé muy bien, no puedo engañarme, que el amor físico no era todo ni siquiera mucho para él... y lo que hallaba en él no podía justificar esa loca obstinación... Sí, no creo que hubiera otras mujeres ni le importasen. A veces precisaba hacer el amor, eso era todo... y entonces me tomaba y lo hacía en silencio, en un silencio hosco, sin ninguna lascivia. Descargarse y seguir... ¿seguir a dónde? Oh, no lo sé. No hablaba de nosotros dos ni siquiera mientras aquello estaba ocurriendo, no volvía jamás a mencionarlo una vez que había ocurrido... No quería tener un hijo, no parecía precisarlo... y yo no iba a dejarme abofetear otra vez por eso... Oh, tampoco se divertía bebiendo o conversando... y apenas yendo al cine. No leía, jamás leía. Lo que pasaba en el país en que estaba viviendo, ni siquiera llegaba a saberlo, fuera de lo que le importase para sus negocios... Y como no hablaba de Europa, pienso que Europa había dejado de atraerle y que él, el antiguo réxiste, el antiguo fascista, ya no tenía opiniones políticas de ninguna clase... A veces, tendida junto a su rostro nato de condenado, me pregunté: ¿Pesará tanto la muerte en su vida?... Y la vida y la muerte de sus padres ¿eso le pasó antes, eso puede llegarle en una carta que en seguida rompa?... Oh, no sé, no sé. Sólo sé que buscaba desesperadamente el dinero, pero no me doy cuenta de lo que pensaba hacer con él. Además... ¡como nunca lo tuvo!...*

NINGUNO de ellos dos pensaba en lanzarse al agua pero, de todos modos, él les hizo un comentario sobre la temperatura del líquido y el frío de la piscina y ellos contestaron que lo mejor, después de bañarse y a esa altura del año en que no hacía calor, era un trago, ¿un trago largo, un trago corto?, estaban divididos, ella pensaba que un trago largo, Marcel que un trago corto, el bañista rengo no decía nada, se dejaba escurrir sentado al borde de la piscina, chispeando gotas a los pies de la pareja, pero las gotas se iban por el escurridero y ella no tuvo que retraer sus sandalias blancas ni él sus mocasines amarillos. Después el bañista pidió disculpas por estar casi desnudo, con su pantaloncito de baño, casi desnudo pero no impúdico, porque no era siquiera un hombre de contextura agresiva ni de pecho velludo ni desagradable en su figura desarmada y en su pierna coja balanceándose hacia el borde de la piscina. "Mis caracteres sexuales secundarios son muy débiles", pudo decirle meses más tarde, cuando el escenario no eran ya las baldosas verdes sino la alcoba en Pueyrredón. Pero ella lo supo desde ahora, y advirtió que esa suavidad de la presencia física (la estructura casi aniñada de ese cuerpo, al que la ligera y parcial invalidez daba un encanto inocente y pueril, todo lo contrario de la espesura hirsuta y maciza de Marcel) se correspondía con una fragilidad cantarina y pequeña, quebradiza y también menuda de la voz, la voz que mimaba una tonadita imprecisa y la dejaba, la tonadita que no era argentina, que no era chilena, que no era brasileña, que no era

ninguna de las tonaditas que Marie-Louise conocía, una mansedumbre corriente de agua clara y cauce estrecho en la voz, que a Marie-Louise le encantó, le pareció acogedora en su modestia de tonadita pobre, de tonadita sin pretensiones, casi con disculpa, llena de una titubeante escoria infantil, eso que los hombres prematuramente expulsan para siempre, eso que sin duda Marcel no había tenido, sentido, gustado, querido. Ah, no, no era un acento brasileño ni chileno ni argentino, porque ahora el bañista estaba diciendo que era boliviano, capitán boliviano, y estaba diciéndolo a propósito de los tragos y contándoselo a Marcel. ¿Nunca probó usted el yungueño? Es pisco y naranja, ¡verá qué suave y con qué fuego! Luego era posible creer, estando a sus palabras, que algún día él convidara, que hubiera un día del futuro en que él hiciera yungueño para ellos dos, verá-qué-suave-y-con-qué-fuego, sí, ella pensó que ésa era una definición apropiada para la voz de él, verá-qué-suave-y-con-qué-fuego, y ahora el bañista de la pierna retraída estaba agregando: Con su pizquita de malicia, ah, sí, y de golpe a ella le parecía que la voz de él también la tenía, bueno, una pizquita de malicia, ¿o era que ella había tomado ya tres gin-tonics y todo podía parecerle y ser o no ser? Marcel atendía mejor, atendía como si las bebidas le importasen demasiado y en verdad no le importaban ni poco ni mucho. Bueno, el bañista ponía en la ponderación de sus tragos nacionales la misma calidez que en la descripción del agua de la piscina, porque también decía (estaba diciendo ahora) que el pisco peruano —hay uno Montserrat, muy bueno— es mejor que el chileno —tengo uno Peralta, que no es malo— es mejor el peruano o eso dicen, y un boliviano puede ser juez imparcial porque está entremedio, aunque si falla a favor del pisco peruano dirán que es por la Guerra del Pacífico, ¿no les parece? Y ella descubrió de golpe que sus años de Chile no le habían enseñado bien contra quiénes había sido la Guerra del Pacífico, porque los chilenos sólo hablaban de ellos mismos cuando la mencionaban, de ellos y de Prat y nada de los vencidos. El Capitán proclamaba ahora, sonriendo, ser uno de esos vencidos, ¿Pero cómo, Señora, cómo es posible que usted y los

chilenos se hayan olvidado de nosotros? Y el Señora era suave como el yungueño, suave y con su fuego, suave y con su malicia. El camarero había traído un cuarto gin-tonic y ahora ella pedía que él se pusiera de pie y se agenciara una silla y se tomara un trago con ellos y él que así no, que le dieran unos minutos para la ducha y la ropa y ellos que así estaba muy bien, que se acordase de que aquél era un club de deportes, y Marcel se daba vuelta y encargaba, casi sin consultarlo, ¡otro gin-tonic! y el Capitán abría las palmas de las manos mojadas, como si aquello fuera un abuso, y en definitiva una de esas manos subía al pelo para enjugar un canalito de agua sobre la frente y la pequeña voz —oh, cómo sería este Capitán dando órdenes de artillería, porque había dicho que era de artillería, ¿cómo sería posible oírlo entre el estruendo de los cañones?— la pequeña voz decía que bueno, que tan amables y que con mucho gusto.

Así empezó la relación entre ellos tres, así entraron en ella Marie-Louise, zapatos blancos, Marcel, zapatos amarillos y el Capitán descalzo, pies mojados, el pie izquierdo casi sin tocar el suelo. Y luego el Capitán dijo que ahora le tocaba a él, pero ella alzó las manos aparatosamente al cielo (y en realidad, al techo de la piscina de Olivos) y exclamó que ¡Por-favor-más-trago-no!, y entonces él cambió la propuesta e invitó a almorzar en el mismo club o donde a ellos les gustara y ella repuso que allí mismo y que un almuerzo ligero y el Capitán que cada uno hiciera su gusto y Marcel nada, la corriente de la relación de los otros dos parecía estar arrastrándolo y él se reservaba, como siempre, su derecho inmemorial de no decir si no quería, de no decir que sí ni no, de no decir nada de nada.

Recordé muchas veces esa escena inicial, quise descubrir por qué me había enamorado de él tan de repente, y pensé que fuese porque yo tuviera —con tragos o sin tragos— la sensación infalible de haber encontrado lo que quería, lo que sin saber que buscaba estaba buscando, lo que Marcel postulaba implícitamente que no existía, una gracia alarmada y vacilante, no sé cómo decirlo, supe cómo sentirlo, una cortesía que prometía ser igual en cualquier sitio, una blandura,

sí, luego había una blandura de los hombres como una forma de su estado de gracia, una blandura de los hombres distinta de la blandura de las mujeres, pero de todos modos algo opuesto al desafío y al dominio y a la oposición, algo igual y emparejador en la entrega, la mutua entrega. Sí, ya sé, Marcel hablaba siempre de la madre que yo quería ser y a veces me distanciaba, me alejaba de sí con sus dos brazos largos y tiesos diciéndome Au revoir Ma Mére, en cuanto le parecía que yo estaba sintiendo por él alguna forma de afecto protector. Y el Capitán, en cambio, parecía estar pidiéndolo con un pudor comedido, anticipaba que iba a recibirlo, que iba a agradecerlo, que iba a quererlo.

Mejor es no seguirla, mejor es no explicarse la historia irracional de un sentimiento. Porque ella lo supo casi en seguida, cuando apenas se ponían a almorzar y él había pedido una botella de vino chileno para que vieran (dijo riendo, tenía una risa joven y de provincia) cómo sabía reconocer calidades debajo de los rencores colectivos, y votar por el vino de Chile a pesar de la Guerra del Pacífico; supo en seguida que él era casado, casado con una boliviana tradicional de Tarija (otra vez la risa, esta vez con la intención maliciosa de separarse de la imagen evocada y predicar que el matrimonio es un estado revocable de la especie) y que tenía un hijo, sí, un hijo nacido en La Paz, un hijo llevado a nacer en La Paz, que se llamaba Federico.

Supe todo lo que me convenía saber para no quererlo y me puse a quererlo sobre esos datos. Marcel debe haberlo adivinado en seguida, porque cuando el Capitán nos llevó en su largo coche, nos dejó en la avenida Pueyrredón y nos dio una tarjeta con sus señas y caímos a las tres de la tarde del día martes y estuvimos los dos solos, hizo un comentario de los que nunca hacía; dijo que el Capitán era un tipo amable y simpático pero simplón, uno de esos tantos nativos triviales que en América pueden llegar a generales o a doctores, y que en Europa no podrían estar al frente de una panadería... Eso dijo y yo, que advertí su intención de provocarme, no lo contradije. ¿Qué me importaba, después de todo, que tuviese su parte de razón?

Pasó el otoño y los encuentros en la piscina fueron sustituidos por los paseos. Lo bueno de los encuentros en Olivos es que podían considerarse impremeditados: ella iba sabiendo que lo encontraría, él iba sabiendo que la encontraría, pero Marcel —al menos— podría representar la imagen remolona del azar, la comedia de la casualidad. En cambio, los paseos debían ser concertados... no podían encontrarse de súbito los tres bajo la toldilla de un yate en El Tigre, tan sólo porque fuese un apacible domingo de sol. Era preciso que él hablase de un amigo que prestaba el yate, que ella fingiese un interés súbito por la navegación, que aguardasen con todo soterradamente organizado hasta la mañana misma del domingo y vieran salir el sol y abrirse el cielo y aplacarse el viento. Es cierto que probablemente el Capitán no tuviese otra cosa que hacer, pero aquéllos comenzaron a resultar los trabajos de su amor. Ella asistía al entramado frágil de esos proyectos y le gustaba luego desmontarlos en la conversación, para tener las pruebas de la perseverancia del Capitán, el vaciado elíptico de su pasión, eso que no llegaba a saberse con certidumbre, a pesar de las prolijidades menudas de cada empresa. "¿Y cómo consiguió este yate?", si era en El Tigre. "¿Y cómo hizo venir los caballos?", si era la equitación en Hurlingham o en el bosque de Palermo. "¿Y cómo adivinó que a Marcel le gustase tanto la cacería?", si se habían ido a una estancia de amigos del Capitán, lejos de Buenos Aires, y el antiguo *mitrailleur* descargaba su vieja puntería anticomunista contra ciervos o perdices, dejándolos momentáneamente solos, pero solos demasiado abruptamente, demasiado de manos a boca para que pudieran aprovecharse de su soledad. ¿Lo hacía él a sabiendas, la cacería que buscaba apuntaba hacia ellos, volvía luego con los ojos brillantes, tan sólo para espiar o adivinar lo que había ocurrido en su ausencia?

Ana María nunca fue incluida en los paseos. Y, lo que era mucho más elocuente, nunca había sido pedida por nadie. Ana María no había llegado siquiera a conocer a "los franceses" como, riendo, el Capitán le había explicado a Marie-Louise que su mujer los llamaba. "Los franceses", con un rancio dejo español y antibonapartista, que era la forma en que los

tarijeños lo habían heredado. "Gracias que no les dice los franchutes", había agregado el Capitán. Y ella, encantadoramente: "En ese caso, yo sería la franchuta". Y dijo la palabra con una linda redondez carnal.

Éstos eran los diálogos que hacían las veces de un avance sentimental, ese avance que los dos sentían, pero cada uno en su interior y sin poder comunicárselo al otro.

"Su mujer"... dijo una tarde Marie-Louise, y se quedó vacilando en la frase que iba a empezar, pero él la alentó con los ojos... "¿tiene poco que ver en su vida?" Y él aprovechó la ocasión de acercarse a ella con el pudor conyugal más aparente, pero con un tono totalmente objetivo, que quitaba a su respuesta todo carácter de lamentación y aún de infortunio: "Desgraciadamente, muy poco. Poquísimo".

Y luego, en otro instante en que —en medio del paseo— quedaron los dos solos, él historió sin rencor y sin queja su soledad en las clínicas, su parte de ausencia en el nacimiento del hijo, todo el inventario de su vacancia afectiva, todo lo que había ido cavando una zanja entre los dos. "A esta altura —dijo sonriendo pensativamente— nadie parece tener interés en echar tierra en esa zanja". Y tras un corto silencio: "Parece que tengamos miedo de haber puesto allí dentro el cadáver de nuestro antiguo amor y que podamos enterrarlo del todo..." Estaban frente al hermoso reloj de pasto en San Isidro, veían la hora en el boj y la sombra de ellos dos ingiriéndose en la hora. "Parece un símbolo", dijo ella, apuntando con el dedo hacia el suelo, reuniendo en el símbolo la conversación y el reloj y la sombra. "Sí"... dijo él, sin seguirla demasiado... "¿La zanja, este reloj?" Y ella: "Nosotros dos, dejando caer así las sombras en el tiempo". Y a él le pareció que aquello era demasiado importante para que él pudiera agregar algo de súbito, si no encontraba la frase justa. Y no la encontró.

Tejían así una relación traslaticia, en sitios cambiantes: Ezeiza y el camino a Ezeiza si él se encargaba de llevar la valija de la embajada; San Isidro, San Fernando, El Tigre, Hurlingham... Todos ésos eran los nombres de su itinerario sentimental. Pero esa relación así paseada, así cambiada

de escenarios y aireada contra cielos, contra fondos de casas, contra arboledas, sobre horizontes de río, sobre pisos de sudan, marchaba —lo sentía cada uno de los dos, pero era imposible aguijonearlo en el otro— de un modo lento y como vacuo y perezoso. Para ella: porque Marcel dudaba cada vez entre participar y excluirse, y en esa oscilación ella estaba como en suspenso. Marcel no decía nada pero la había abandonado como mujer en las noches, como dándole tiempo a elegir, a preferir, a pensar. Para él: porque ya había dado a entender (venciendo su timidez aborigen) que esperaba, que esperaría todo lo que fuese preciso, pero que no podía —por un sentido de hidalguía, referido a Marcel— hacer él la jugada.

Y Marcèl, finalmente, se comportaba del modo más extraño. Un modo que él se habría escandalizado de que alguien llamase paternal y sin embargo lo era. Parecía a veces dispuesto a dejar paso y otras montaba guardia. Parecía dispuesto a no olvidar el tiempo vivido con ella y asimismo dispuesto a no invocarlo como una fuente de derechos íntimos... Sí, pero no lo olvidaba ni lo invocaba, como el haz y el envés de una misma actitud: la de querer asegurarse, hasta que la evidencia lo traspasara, de los sentimientos de Marie-Louise, de la permanencia de esos sentimientos, más allá de la novelería de que hubiera aparecido en la vida de los dos un amigo (no lo habían tenido en Río, no había existido en Santiago) que los conociese por sus nombres, que apelase a Marcel, que apelase a Marie-Louise, en un estilo de confianza que si no equivalía al tuteo hacía, en cambio, las veces de la relación humana, del cotejo espiritual y de la amistad, eso que por años de años a la pareja le había faltado. Acaso Marcel considerase, demasiado tardíamente, que había sido un error haber dejado deslizarse a alguien en la cerrada sociedad vital que ambos traían desde los tiempos de Perpignan y de Bruselas, haber admitido la alternativa de una cara diferente, de una voz que terciase en la vida de puerta tapiada que ellos siempre habían hecho. Es cierto que el departamento de la calle Pueyrredón había quedado al margen de la historia, y allí no existían (no existieron, hasta la historia de la mano de llamador) huellas de la presencia del Capitán,

de su intrusión, de su reclamo. Y ellos tampoco conocían la pensión de Palermo, indicada cuando más —por el Capitán— con un brazo que marcaba a lo lejos, tan sólo la dirección, desde la ventanilla del Impala. Pero ya había demasiado sitios evocables para la historia de aquella amistad, y a Marcel ese espesor y esa frecuencia del trato (más allá del primitivo cálculo, pronto desechado, de aprovechar al Capitán como estribo para negocios) había empezado a preocuparlo.

Él debía estar luchando (eso dijo, al menos, Marie-Louise cuando Marcel decidió el viaje y se borró de sus vidas, cediendo paso) por persuadirse de que el Capitán era realmente el hombre que él no había sabido o querido ser para ella, el hombre que la haría feliz, que se correspondería a su apetencia sentimental sobrante, a su despegue ávido por las cosas y hacia las cosas que no ocurrían, eso que si Marcel hubiera leído a Flaubert habría podido llamar el bovarysmo de Marie-Louise. Tal vez hubiera estado dispuesto a ceder su sitio tan pronto como se hubiera convencido de que el Capitán podría hacerla vivir en las zonas quietas donde él se había por tanto tiempo recostado, en esa región que ella llamaba a veces, con un dejo de frustración y resentimiento, "las aguas muertas de nuestra vida". Pero seguramente pensaba, en toda una primera parte de la relación —y, consecuentemente, en toda una primera ambigüedad de sus actitudes— que ese hombre esperado, que ese hombre posible y convocado por la imaginación de Marie-Louise no era el lento nativo boliviano que tenían por delante, al que veía llegar tarde a las perspicacias, a los equívocos y a los aciertos, siempre con el peso tierno e inerte de sus inseguridades, de sus asombros y de sus candores. ¿No se daba cuenta de que ésos no eran valores tan puramente negativos (en el concepto de ella, claro está) como él suponía?

Hubo un momento que fue el del "clic" y ocurrió en Hurlingham. Ella podría seguir viéndolo en el tiempo con una exasperada memoria, una memoria de los detalles atmosféricos (el color de la luz, el cielo azul con gordas nubes blancas vagabundas de media tarde de invierno en el campo), del mismo pormenor de las hierbas, del brillo de las botas del Capitán, el puño plateado de su fusta, la camisa color kaki que ese

día el falso jinete se había puesto. Falso jinete porque luego de estar vestido para la cabalgata, indujo a Marcel a participar en ella y acto seguido se excluyó él. Una taimada picardía de indio, confesó con el tiempo, pero no habría confesado ese día. Marcel se había perdido a caballo detrás de la arboleda, radiante ese día —después del almuerzo, del ligero vino blanco, del café y del Cointreau— como nunca en todos aquellos meses lo había estado, locuaz de hablar en francés con otra gente de la cabalgata, cordial con el género humano como nunca lo era. Y ellos dos se quedaron solos y el sol orlaba las hombreras de la camisa kaki, sacaba de la espalda un coagulado resplandor sangriento; ella podría evocarlo como si estuviera viéndolo y lo había visto como si hubiera ingerido mescalina. Porque, según dijo después, también ella sintió el ligero chasquido del clic, antes de que el clic se produjese.

El Capitán hablaba lentamente, como era su modo, haciendo desmayados ademanes con la fusta en el aire. De tanto en tanto, en contra-escena, pasaba y saludaba un jinete. Y el Capitán, en primer plano, alzaba y abanicaba su fusta en respuesta. Después la bajaba y se daba a escarbar con ella en la hierba (la hierba bien tusada, un sudan de hojitas vigorosas y brillantes) recorriendo un camino de hormigas.

—Todos estos días —dijo abstrayéndose, como si lo importante fuese perseguir las hormigas— ...todo este tiempo he estado pensando en lo distinta que habría sido mi vida si en vez de encontrarme con Ana María me hubiera encontrado con usted...

Y ella, riendo nerviosamente:

—Pero ahora nos hemos encontrado.

Y él:

—Sí... ahora.

Y ella:

—Y yo estoy tan dispuesta a ayudarlo como si hubiera sido antes.

¿Por qué dijo "ayudarlo"? Se lo preguntó después muchas veces, pero la elección del verbo había sido tan repentina

como infalible: ayudarlo porque él era el más débil, incluso en la relación de la pareja; ayudarlo porque era el más precisado de apoyo, aunque su soledad fuese —de la que ambos podrían aducir— la menos pura; ayudarlo porque (Au revoir, Ma Mere) era la forma en que ella concebía el amor y nunca le habían dejado practicarlo.

Estaba dicho, de todos modos. Porque él había levantado los ojos del surco de las hormigas y había anunciado que aceptaba esa ayuda. Ella, que tan bien recordaba el color de la camisa, el brillo de la empuñadura de la fusta y la lejanía de los galpones metálicos y de los álamos, no podría asegurar si él había aceptado esa ayuda (esa ayuda llamada amor, eso pensaba) tan sólo con los ojos o asimismo con algunas palabras. Pero lo importante es que la había aceptado. Y era inequívoco que la había aceptado.

El episodio que culminó con la mano del llamador fue el decisivo, el que determinó que Marcel se alejara. El Capitán había despertado en Marie-Louise una forma de curiosidad esnob por las maravillas del sur dormido y colonial de Buenos Aires. Y una mañana de domingo, hacia la primavera, habían acordado salir los tres —"en excursión", había dicho Marie-Louise, "en promenade", había dicho el Capitán, por la galantería de expresarlo en el idioma de ella—a recorrer el barrio sur de Buenos Aires.

"Buenos Ayres le jour", "Le Sud le matin", "Son et couleur", todo eso habían dicho para amonestar lo retórico de la ocasión, el hecho de que su intención de pararse a admirar los viejos portales fuera demasiado deliberada y explícita; querían aventar de ellos tres (o de ellos dos, Marcel no decía nada) lo rebuscado y obvio de la empresa.

Fue en definitiva una mañana gris, la mañana gris y deslustrada en que la pátina del Sur quedaba mejor, en que los pretiles y los volúmenes de las casas encajaban como en un cromo. Caminaron admirando fuentes, torreones, mayólicas de patio, balaústres, portafaroles, rosetones, escalinatas, rejas, verjas, arcos romanos, florones, aljibes, estatuas, mamparas con dibujos rombales, dinteles coronados por medias lunas de vidrios en colores, ánforas, hornacinas, canceles, patios de damero, campanarios, bocatejas. Pero, sobre todas las cosas, los pasmaron las manos de llamador, manos con sortijas, manos en actitudes gráciles de levantar una esfera para dejarla caer en el llamado, manos más carnosas e inertes, descansando sobre paneles cuadrados, manos con bocamangas de encaje, manos con insinuación de pulseras en el sitio tronchado de los pulsos. Pensaron en ir por más, en dar más vueltas por ellas.

Marcel se había aburrido urbanamente, en el doble sentido de lo edilicio y de la cortesía. Cuando Marie-Louise y el Capitán, decididos a seguir, ya arrancaban, él se detuvo de improviso y dijo:

—Yo los espero en este café.

Pero volvieron, al cabo de un rato y con un par de manos más en el recuento antológico, y Marcel no estaba. No había salido para volver, se había ido. Marie-Louise lo comprendió en seguida, mientras el Capitán miraba hacia la puerta del retrete:

—Ya no viene, dijo ella, pero no importa.

Y pasando en limpio el sentido de esa importancia, agregó:

—No va a decirnos nada.

El Capitán fue sensible a esa frase que los unía, que los asociaba en el posible reproche, que los juntaba para afrontarlo si llegaba.

A la tarde siguiente, el Capitán recorrió anticuarios y se dejó voluntariamente esquilmar por un llamador de bronce, que no era —ni con mucho— tan hermoso como los que colgaban y servían en las puertas del sur. Un llamador de bronce verdinoso, un llamador quieto. Dispuso que lo arreglasen sobre un fondo abullonado de peluche y agregó su tarjeta.

Marie-Louise sintió el entusiasmo inocultable del objeto y el gesto. Marcel lo vio y, poniendo en la voz su mayor posibilidad de sarcasmo, comentó:

—Il t'appelle, Il frappe déjà. Toc-toc.

Y un par de días después comenzó a hablar de su viaje a Europa —concretamente a Francia, a Lyon— para encarar un negocio de telas. Ella sintió que sería absurdo e hipócrita

querer detenerlo. Él programaba un viaje tan sólo por dos meses, decía tener tomadas todas las precauciones para no ser sorprendido. Ella quiso saber, por debajo del fondo móvil de sus palabras, si serían en verdad dos meses, si no estaba anunciando algo más largo, algo absolutamente definitivo. Ni aún cuando lo llevaron a Ezeiza, en el coche del Capitán, y lo despidieron y ella le dio un beso en cada mejilla (hacía años, confesó después al Capitán, que no se besaban en la boca) pudo saberlo. Él hablaba de su regreso, casi más que de su partida. Te avisaré, te avisaré, decía, como si quisiera asegurar que no planeaba ninguna emboscada. De algún modo te avisaré, serán dos meses o muy poco más.

Cuando regresaron al centro, como tantas veces lo habían hecho en el itinerario de dejar la valija diplomática, evitaban hablarse, eludían por igual (se confesaron más tarde) tratarse de usted o repentinamente tutearse. Comentaron impersonalmente el buen ánimo de Marcel y ella volvió a desearle la mejor suerte, con el benemérito desinterés con que uno suele augurársela a un amigo cuyo éxito nos alegra y cuyos negocios no nos conciernen; comentaron la buena luz de Buenos Aires en primavera, fumaron en el coche.

Al bajar ella en Pueyrredón, él dijo:

—Mañana a las cinco nos vemos.

Marie-Louise comprendió que no lo proponía, que simplemente comunicaba una cosa resuelta.

—Bueno, dijo ella, ¿Dónde?

Y él, enemigo de las ficciones sobreabundantes:

—Aquí.

...“Y SIN DAR mayores detalles sobre su decisión, ya que se comprendía tanto que eran innecesarias las palabras, se embarcó para Europa, dirigiéndose a París, la capital de Francia”.

Era increíble que el tinterillo de la Policía, algún suboficial con aficiones literarias, hubiera comprendido (o recogido) tan cabalmente la situación: “ya que se comprendían tanto que eran innecesarias las palabras”. El parte policial no decía por cuenta de quién formulaba esta afirmación, si se desprendía de las palabras de Marie-Louise, si surgía del testimonio de Marcel o si había sido el fruto espontáneo de la convicción del amanuense. Un amanuense esmerado, que era capaz de esa agudeza y —al mismo tiempo— tenía que echar mano a la nemotecnia de sus días escolares para estampar, al lado de ella, la información pueril: “París, la capital de Francia”.

Pero era cierto, habían sido innecesarias las palabras y Marcel se había ido. Visto el asunto retrospectivamente, era increíble la forma en que él había perdido, dejado perder la partida. Parecía un jugador que se hubiese desentendido de golpe, por una apatía repentina e irresistible, en medio de una partida muy incierta, y la hubiera tornado clara y fácil a partir de su actitud de renuncia. ¿Había volcado el rey en el tablero? No, no lo había hecho. Más bien, había dejado vencer el tiempo del reloj sin mover ninguna de sus piezas.

Y ahora, con esa victoria que no les había costado nada, ellos eran dueños de sus personas, del tiempo y de una ciudad que no había dejado de serles extraña y desconocida. Y que

empezaba a serles deliciosamente extraña y desconocida. Tenían un día de veinticuatro horas, desaforado y vacante para gastarlo en plazas, en rincones, en cafecitos escondidos, ellos que no tenían necesidad de esconderse, ganas de esconderse, razón para esconderse. Marie-Louise, como para sentirse segura —de él, y más que de su persona del trato amable, de la blanda voluntad cortés, de la suavidad con que, por fin, podría disponer de los actos de otro ser— pedía e inventaba. El Capitán jamás recusó uno solo de esos pedidos, jamás pensó que algo fuese demasiado estrambótico, demasiado irracional, demasiado absurdo o disparatado. Y así corrieron por carreteras en días de entresemana, desayunaron en paradores de camino, almorzaron a la orilla de pueblos cercanos, demoraron un regreso o lo apresuraron sin motivo, disfrutaron una impunidad de solazarse en ellos mismos, cada uno en sí y en el otro, sin ser esperados para tener que pagarlo después. La sensación de estar recorriendo y probando un mundo sin orillas, conmovía a Marie-Louise. Eso era el Capitán, eso era el amor del Capitán, ¿era ésa la lenta sustancia de América, que el Capitán le traía?

Los barrios, las afueras, los parques: la cara de un Buenos Aires para turistas, para turistas que vivieran en él, que cursaran sin prisa sus encantos. Marie-Louise se sentía también dueña de las tardecitas y de las noches de la ciudad, de las exposiciones, de los teatros. El Capitán, sin tomar la iniciativa en estos campos, la acompañaba. Al cabo de los días y de los regresos nocturnos, él pasó a quedarse en Pueyrredón, y aquello ocurrió de un modo tan insensible, tan sin demarcaciones en el tiempo, que no fue preciso (también entre ellos, pero solamente en las zonas de la acomodación material, empezaron a hacerse innecesarias las palabras), que no fue necesario tomar ninguna determinación explícita.

El amor, en cambio, la conciencia del amor los ocupaba por entero. Parecían haberse puesto de acuerdo en que fuera, a esa altura de sus vidas, un sentimiento glorificado y expreso: se daban a la constante celebración de haberse encontrado, rememoraban hasta la saciedad los minutos de un tiempo en que aún no se pertenecían, intercambiaban con atraso los pensamientos culpables y codiciosos de ese tiempo, ahora que se sentían purificados, cumplidos e inocentes.

Volvían sobre los días de la piscina, sobre los silencios y los claros de los primeros paseos; y también sobre la memoria de sus pasados individuales, eso que cada uno de ellos sentía deberle con urgencia al otro, como si una reserva sobre la infancia, sobre un amorío de adolescencia, sobre la imagen de una ciudad inaccesible para el otro (Perpignan, Tanger, Cochabamba) fuese el equivalente de una infidelidad. Vladimir Le Monomaque, Monsieur Vincent, la primera Ana María pasaron en fila.

Y pronto se vio que a Marie-Louise le disgustaba el hecho de que las figuras del pasado del Capitán estuviesen, como un líquido derramado, como una materia de bordes perdidos, encima de su presente, en tanto las estampas de ella, sus láminas ofrecidas tuviesen un neto sabor de pasado, de otro mundo, de otro tiempo. Era como si eso le diera a él una ventaja ilegítima y provocase, por lo mismo, los celos de ella. Por ese efecto de desigual distanciamiento, el Capitán podía divertirse en pedir más detalles sobre Le Monomaque, y volcarse a sentir piedad por él, o podía dejar en su ominosa cátedra de provincia a Monsieur Vincent, extendiendo sobre él los beneficios de una prescripción extintiva.

La ruptura conyugal con Ana María tampoco fue un acto nítido. Ella se había ido por unas vacaciones a Bolivia, llevándose al hijo. El Capitán retiró un día su equipaje personal de la pensión alemana y pagó con anticipación unos meses, para que la reserva de hospedaje aguardase al regreso de Ana María. Ella volvió y de algún modo misterioso (¿o es que habían mediado otros informes?) no buscó al Capitán. Prefirió dirigirse al Embajador y el Embajador, como si fuese un amo de los bolivianos de la embajada, un señor feudal entre cuyos derechos estuviese el de fijar diezmos y gabelas, fijó la porción alimenticia que se detraería, mes a mes, de los trescientos dólares del Capitán, para entregársela a la mujer. Y el Capitán fue simplemente notificado y lo absorbió sin protesta y lo contó a Marie-Louise, como si aquélla fuese

un acta fundacional de su nueva situación; y Marie-Louise lo escuchó en silencio y no volvió a hablarse más del asunto.

Pero entonces, junto a la posesión plena del mundo de sus sentimientos, empezó a llegar la era de las dificultades.

Déjeme que le cuente este pedazo, que es muy importante. Usted ya conoce lo bastante al Capitán para haberse dado cuenta de que es una criatura absolutamente indefensa; indefensa y desinteresada. Así como aceptó traer el paquete de nylon y pasear por toda esta ciudad el envoltorio azul, sólo para que yo quedase en paz con mi conciencia y con mi sentido culpable del amor e indemnizatorio de la vida, había aceptado antes que Ana María dispusiese de lo que él ganaba, de lo que él podía haber juntado, de todo eso que —a partir del día en que me conoció— él prefirió dilapidar con nosotros y, luego y ya juntos, gastar para mí.

Y cuando sólo fueron ciento sesenta dólares y teníamos que vivir de ese dinero nosotros dos, con los altos costos de Pueyrredón y del Impala, la realidad empezó a desfondarse, por debajo del soplo poderoso del amor. Marcel no me había dejado absolutamente nada; mejor dicho, había dejado deudas. Y sus acreedores golpeaban a la puerta o llamaban por teléfono, con excepción de uno, que estaba dentro de la casa y no pedía nada: el Capitán, que le había prestado doscientos cincuenta dólares para el viaje.

El Capitán, como buen sudamericano, prefirió siempre que Cada Día fuera Cada Día, sin preguntar por el siguiente, sin que la cara del pasado, sin que la cara del futuro se asomasen a él. Y no porque creyera que el presente se enriquece con el pasado y contiene ya en él al futuro, sino por la convicción absolutamente opuesta: la de que es el día feliz e irresponsable en que no existen el pasado ni el futuro, en que uno puede sumergirse con todos los sentidos en el minuto que corre y no corre.

Pero cuando ese minuto llegó a estar comprometido, el Capitán se alarmó. Recién entonces. Yo le propuse trabajar en algo, en decoraciones, porque es lo que sé. Él se opuso. En su país, las mujeres no trabajan y el honor de los hombres

consiste en mantenerlas. En el país de él, ya no en el de usted, ya no en la Argentina. Y estábamos en la Argentina, eso fue lo que le argumenté. Y él que no: si con Marcel no había tenido que trabajar, con él tampoco lo haría.

Con ese sentido patriarcal del pundonor del Capitán y con ciento sesenta dólares, corríamos el riesgo de morirnos de hambre. Y él, funcionario diplomático, extranjero en el sitio en que vivía, no podía salir a intentar otras fuentes de ingresos.

Debe haber contado varias veces sus infortunios al general Ichazo, y entonces apareció la providencia del bazar de Galileo. Ya usted sabe quién es el general, aunque no lo haya visto: gordo, carnoso, casi lampiño, con guedejas de bigotes caídos. No sé si usted ha mirado alguna vez aquellas ilustraciones camperas de los almanaques de Alpargatas Rueda. Bueno, el general Ichazo —indio boliviano, con ese pelo que en la nuca les crece horizontalmente a los indios y esos remolinos que en la frente se les vienen como escobillas hacia adelante— es una figura escapada de los almanaques. Inmenso, con un abdomen portentoso, con una risa de volumen colosal, todo en él es grotescamente sensual y primitivo y rudo. Si bebe, lo hace hasta emborracharse; si come, hasta hartarse. Y si no es fácil verlo borracho ni harto, es porque tiene una capacidad formidable para los placeres del trago y de la mesa. Y es fama que tiene esa misma capacidad en otros dominios. Lucha de Sánchez, por lo menos, lo dice así.

El general Ichazo había convencido al Capitán, desde que el Capitán llegó y cuando estaba aún en la clínica, de que firmase todas las liberaciones que pudiera; y después él buscaba agentes que negociaran lo que había importado con su firma propia y con la del Capitán, y le daba al Capitán un tanto, seguramente menor del que se reservaba para él.

Cuando oyó al Capitán quejarse de su pobreza, le propuso dar un paso adelante y emprender el negocio en forma directa, eliminando al intermediario que se llevaba una parte de la ganancia. Pero puso una condición, ante la cual el Capitán vaciló largo tiempo: la de que yo dirigiese el negocio de ventas. "Discúlpeme, Capitán, pero yo no creo en usted.

Usted es un indio holgazán (aquí decía otra palabra) lo mismo que yo. Y perdóneme otra vez, Capitán, pero somos un par de brutos (exageraba sin duda, y no por él: el Capitán no merecía ser tratado de bruto). Además, siendo diplomáticos, no podemos dejar que nos vean en estas cosas. La señora, en cambio, entiende de compras y tiene mundo. Es francesa (esto le parecía una categoría milagrosa); es francesa y sabe tratar con la gente. Pongámosla a ella y vamos a entendernos muy bien".

Finalmente, el Capitán aceptó y ése fue el origen del departamento de la calle Galileo. Con cargo a los gastos generales del negocio, se alquiló el pequeño departamento, que era más barato que el de avenida Pueyrredón. Y entonces nos mudamos al estrecho dormitorio, al que quedó reducido todo nuestro mundo propio. Porque el living del departamento, a medida que fueron llegando las cosas y fuimos colocándolas en exposición, se convirtió en un bazar. El bazar... ¿Cómo dice usted? ¡Ah, sí, perfecto, perfecto! ¿Cómo no se nos ocurrió nunca ese nombre? ¡El Bazar de las Liberaciones, así debía haberse llamado!: porque se alimentaba, como usted sabe, con todo lo que el general conseguía liberar, en régimen de importación diplomática: a nombre de él, a nombre del Capitán; y con el tiempo, ¿qué quiere que le diga?, he llegado a pensar que también con lo que traía el Embajador y le deslizaba *sotto voce* al general. Pero éste debió ser un trato entre ellos dos; porque el Capitán, aunque lo sospechó, nunca logró que el general se lo dijese.

El general Ichazo se reveló más hábil —menos bruto— de lo que nosotros dos suponíamos: o, de lo contrario, alguien lo instruía. A partir de un momento, ya sé que fue Lucha. Pero antes de que el general conociese a Lucha, ya hablaba de perfumes franceses, de manjares delicados, de bebidas finas. Y no se confundía. La civilización consigue que las formas de la molicie desciendan hasta los indios: y ya se sabe que nadie es más refinadamente sensual, si llega al caso, que un indio o un mestizo. Y el general Ichazo no es otra cosa, al fin de cuentas, que un mestizo poderoso, con sus

impresionantes cinco sentidos como cinco garras velando su sueño.

Su predicción de que íbamos a entendernos muy bien, fue cierta gracias a mí: porque había que vigilar todos los precios y calcular todas las comisiones y balancear bien los gastos. De lo contrario el general, que es un lince, nos habría aventajado siempre. Yo lo marcaba, como dicen ustedes. Vaya si lo marcaba... Al Capitán se lo habría fumado en cachimbo, como le gusta decir al mismo Capitán cuando habla de otros. Porque la velocidad del general para las cuentas, y su innato sentido de la deshonestidad habrían abrumado al Capitán. Me imagino que en la primera época de su sociedad ocurrió así. Y, además como el Capitán sentía deberle la idea originaria y no podría nunca emular la desfachatada desenvoltura con que él abusaba de sus privilegios diplomáticos, seguramente habría creído justo —en el orden de su indulgencia y de su dejadez— que el general se llevase la parte del león. Pero yo no lo entendía así, y el general me respetaba...

Vendí porcelanas, cubiertos, telas, tapicerías, perfumes, té, conservas extranjeras, bebidas; vendí todo lo que el general podía traer y hacer que otros trajeran. Hasta vendimos un par de heladeras y un combinado estereofónico Gründig ¿A quiénes?, preguntará usted. A la gente más increíble. En parte, a revendedores. En parte, a señoras de sociedad, a amigos de los amigos, a recomendados que traían una simple tarjetita que decía "Mercaderías importadas" y agregaba la dirección de Galileo, sin ningún nombre. Al general se le había ocurrido hacerlas, o alguien se lo sugirió. Cada cliente se las llevaba para mandar a otros, con una recomendación de tino y de sigilo que todos acataron, porque a nadie le convenía matar la gallina de los huevos de oro.

En la puerta del departamento había una tarjeta que simplemente decía Marie-Louise Marquet. Yo no tenía cargos diplomáticos, y varias veces —hablando con el general— le había asegurado que ni él ni el Capitán tendrían ningún inconveniente, si la Policía llegaba a visitarme o se producía cualquier otro contratiempo de esa clase. No llegó a ocurrir na-

da. Unos clientes traían a los otros, las señoras a más señoras. Y la cosa se fue perfeccionando. Yo tenía un hermoso juego de té de Rosenthal, y solía convidar a las damas, cuando ya habían comprado, con una taza de té, del té chino que nosotros importábamos. Cuando le conté al general que el té era "un appât formidable" (y se lo traduje), a él se le ocurrió la idea. ¿Me animaba yo a que pusiéramos un saloncito de té, que funcionara en una misma planta con el bazar de ventas? Claro que me animaba, dije. Sólo que debíamos buscar un departamento más grande. "Hecho", dijo el general, que usaba siempre esa palabra para cerrar sus tratos. El Bazar de las Liberaciones daba espléndidamente para que nosotros viviéramos y para que el general, a partir de su cómodo sueldo, despilfarrase en restaurantes y cabarets, diera cauce a su insensata generosidad de gran convidador. Porque después que le he dicho que era tramposo y nos habría estafado sin el menor escrúpulo, tengo que agregarle: era un pródigo, convidaba a toda hora y con cualquier cosa, convidaba a los mismos compinches a quienes estuviera dispuesto a robar... Y además, como buen boliviano, le tenía terror a la noche; y hacía cualquier cosa por retener a sus amigos en la madrugada.

Íbamos a poner la salita de té, y habríamos ganado muchísimo más dinero. El Capitán ya estaba pensando en que, cuando le llegara el tiempo reglamentario, podría cambiar el coche. Pero fue entonces cuando le llegó la orden del relevo —seguramente intrigas de Ana María, allá en La Paz... —y lo vimos, de golpe, todo perdido. Porque aunque el general Ichazo había anunciado que nos mantendría en el negocio, en cuanto el Capitán y yo dependiésemos exclusivamente de él y el Capitán ya no liberase nada con su firma, iba seguramente a estafarnos. Con casa de té o sin casa de té, tanto le habría dado.

Fue entonces cuando se me cruzó Lucha de Sánchez, esa sirena camba que me cantó al oído. Y de puro desesperados, ya en el trance de tener que cambiar de vida, acepté el

negocio de la coca y persuadí al Capitán —que primero se resistió, con cierta fuerza— a que también lo aceptara. Haríamos una primera vuelta para indemnizar a Marcel, y las veces siguientes serían para nosotros. Pero, como usted muy bien sabe, no hubo veces siguientes...

MARIE-LOUISE

La portera de Pueyrredón le hizo llegar la carta. Y así ella supo que Marcel, al cabo de diez meses y no de dos como había dicho, estaba de regreso. Sí, de regreso, pero se había detenido ad portas: estaba en Montevideo y escribía desde allí. Daba un pretexto para no volver a Buenos Aires: sus acreedores. Ella pensó que, de acuerdo a lo prometido, él se detenía y golpeaba antes de entrar. "Il t'appelle, il frappe déjà", como él mismo había dicho.

Aparentemente, no le había ido bien en su negocio de las telas; pero ya decía tener otro en vista. Se abstenía de indicar su dirección en Montevideo: ella podría escribirle a Poste Restante. No se animaba a pedirle que lo hiciera, pero era visible que esperaba esa carta. ¿Dónde estaba ella? Había telefonado a Pueyrredón y una voz extraña le había dicho que la Señora Marquet hacía ya tiempo que no vivía allí; la voz ignoraba las señas actuales de la Señora Marquet. Entonces, decía, había confiado en la portera. Seguramente la portera tendría instrucciones *pour* faire suivre. O ella, Marie-Louise, pasaría por Pueyrredón de tarde en tarde, no tanto para recoger correspondencia de él sino por Perpignan; así llamaba a la familia de ella, con el simple nombre de la ciudad natal.

No había querido intentar otra vía —pensó ella—: la de poner unas palabras al Capitán, mandándolas a la embajada. No quería reconocer, mientras la realidad no lo obligase, la continuidad de aquella relación amistosa, su posible crecimiento hacia otras zonas. Si ella le escribía a Poste Restante y le

daba el número de su nuevo teléfono —no pedía las precisiones de calle y número de puerta— él podría hablarle por las noches y saber algo más de ella. ¿Lo haría? Esta pregunta era el agujero de su pudor, el hueco para mirar a través y descubrir que Marcel, en Montevideo, estaba momentáneamente vencido... "Il t'appelle, il frappe déjà"... ¿habría que abrirle? Era ya abril: ¿es que Marcel pensaba sufrir todo el invierno marítimo de Montevideo? Le escribiría, le daría su nuevo teléfono, sabría estas cosas directamente.

Le escribió: le dio el número de teléfono, pero no las señas de Galileo. Le escribió: se interesó cortésmente por él, fue aun cariñosa. Pero cuidó muy bien que no hubiera una sola frase que pudiera inducirlo a equívoco, revelar una ansiedad por él que no existía. En ningún párrafo aparecía el deseo de volver a verlo en persona, en ningún momento se decía haberlo echado de menos. "Telephone-moi, ça me fera plaisir", era lo más que Marie-Louise concedía. Y después de los años vividos en común —sabría razonar Marcel— era bien poco...

Llamó, sin embargo, la noche inmediata a su retiro de la carta en Poste Restante, según dijo. La voz sonaba llena y aún jovial a través del teléfono: componía sus reservas de virilidad y las mandaba por la línea, pensó ella. Marcel hablando desde Montevideo era un personaje menos abrumado que Marcel escribiendo su carta de llegada y pudoroso permiso. La comunicación dejó en claro que ninguno de los dos se movería de donde estaba: Marcel por los acreedores, Marie-Louise por su pasaporte vencido. Pero se hablarían, eso sí. Él consultó, como un ajeno a las costumbres de la mujer, su mejor hora para ser llamada. Aquélla misma, contestó Marie-Louise. La noche, aunque alguna rara vez pueda no haber nadie. Él se abstuvo de preguntar si "nadie" era la forma de una soledad que se creaba tan sólo porque ella no estuviese. El Capitán no contaba, la conversación jamás lo mencionó.

Pero también esa elipsis, pensó ella al colgar, era un modo de confirmación: Marcel no había querido saber a qué calle, a qué departamento, a qué habitáculo correspondía ese teléfono. Le pedía que viniera a Montevideo, pero no afirmaba

que hubieran de vivir allí; tan sólo parecía postular que se viesen, que liquidaran de un modo más explícito sus largos y abigarrados años en común... Ella prefirió no entenderlo: la historia de su pasaporte era como la historia de los acreedores, una forma de endosar la retirada a otros. Él volvería a llamar desde la T-T, una de estas noches. Ella siguió la ley del juego y la ficción de la absoluta libertad en que los dos estaban: no le preguntó dónde vivía en Montevideo, dónde podría localizársele si dejaba de llamar... Marcel, ¿no había advertido que toda la comunicación entre los dos se dejaba en sus manos, se depositaba en ellas sin un solo pedido? Hazlo si quieres, parecía decírsele. La voz llena y aun jovial prefirió no desanimarse al paso de estas comprobaciones: llamaría otra vez, sus negocios irían mejor, ella volvería a saber de él muy pronto. Marie-Louise quiso que "Au revoir" fuera sólo un saludo, una forma de fiar en los caminos del tiempo, no una mención del deseo de verlo. Era justamente eso.

El Capitán decidió fastidiarse. ¿Podrías creer que no fuera a aparecerse nunca más?, preguntó ella. Europa es bastante grande, dijo él. Y luego hizo una postulación asombrosa: ella estaba en completa libertad... ¿cuándo podría haber creído que no lo estuviera?, en libertad de irse con Marcel si quería, o de quedarse con él (el Capitán) por el resto de la vida. ¿Entonces, si te elijo, ya quedo prisionera para siempre?, bromeó ella, para contrarrestar los pujos del hidalgo español. Porque me pareció que tú también dabas un tajo con la espada en la tierra y me hacías elegir: de uno u otro lado del tajo... Bueno, por el momento (volvió a reir) me quedo de este lado. Y lo abrazó y Marcel quedó detrás del abrazo.

El impulso de gratificación, de todos modos, fue creciendo en ella: Marcel había perdido y sabido perder. Después de tantos años, tenía el buen gusto de no hacer caudal —ni una sola vez— de servidumbres de la vida vivida juntos, de invocaciones a la lealtad que son siempre formas de extorsión indirecta que siguen a la muerte del amor. Se retiraba sin un reproche, sin hacer una escena, sin dar —desde el aire del teléfono, no tendría otro modo— un solo portazo... ¿No

merecía que ella hiciera algo por él, ahora que —a pesar de la voz llena y aun jovial— se le adivinaba solo, fondeado en una ciudad donde no conocía a nadie, sin dinero, vencido?...

Para entonces, Marie-Louise había llevado adelante, a espaldas del Capitán, sus tratos con Lucha de Sánchez. Y después de las conversaciones con Lucha y del viaje de Lucha y del Capitán Blanco a Bolivia y de la visita de Marie-Louise al Capitán Sánchez, en el hospital donde su mujer lo había dejado al irse, llegó por fin la muestra: un sobrecito con unos gramos de polvo ligeramente amarillento, aquello que Lucha cotizaba en tanto dinero, aquel bien por el que prometía tantas ganancias.

Marie-Louise sintió, confusamente, la necesidad de progresar en el trato y la alternativa de tener con Marcel un modo de relación que el Capitán por el momento ignorase. Eligió el mejor tono de ligereza, de inconsecuencia narrativa, y redactó una carta en que ofrecía al antiguo réxiste participar en un negocio extraño (un drôle d'affaire), un tipo de asunto del que ella misma no tenía ninguna experiencia. Eligió cuidadosamente el tono, para que todo pasase como una broma si Marcel quería dejar caer; y para que cuajase, si él lo tomaba en serio. Tenía la falsa impresión de que, escribiendo en francés, se liberaba de toda censura que no fuese la de Marcel. Ni el Capitán ni el correo ni la policía podrían ingerirse en la propuesta.

Marcel llamó una de aquellas noches por teléfono y ella, asumiendo toda la velocidad de su francés (el Capitán estaba al lado, leyendo un diario de la tarde) le anunció que recibiría en esos días una carta y que meditara su contenido antes de responder. Esto sí que lo ponía verdaderamente en sus manos. Él parecía, dentro de su famoso aplomo, bastante perplejo; y ella, cuando colgó, tuvo la impresión de que había destruido el tono ambiguo de la carta, de que lo había empujado hacia el terreno de las cosas graves. Pero no retocó una línea y franqueó la hojita a Poste Restante.

Lucha de Sánchez sabía que Montevideo no era una plaza interesante sino un buen punto de enlace, en aquel tráfico. Y Marcel lo confirmó cuando una noche, apenas tres o cuatro días después de haber recibido la carta, la llamó de nuevo. Parecía entusiasmado, como ella no tenía memoria de que en muchos años hubiese estado. Esta vez era él quien hablaba con suma rapidez —y esa rapidez era acaso, pensó ella luego, la que daba una imagen de su entusiasmo— y decía demasiadas cosas. Había un repentino amigo, encontrado del modo más casual; había posibilidad de interesar a gente que se llevaría "las cosas" (dijo "les choses", ése fue todo su ingenio del disimulo) fuera del país. Sólo esperaba la pequeña muestra ("l'échantillon") para que el trato pudiera cerrarse. Ella la prometió, apelando otra vez al Poste Restante. Más que en todos los años en que habían estado juntos —pensó Marie-Louise, al colgar— había ahora algo que los unía, que los hacía participar en un riesgo asumido por los dos y cuya iniciativa ella llevaba; ella, que nada había sabido de los diamantes y de los relojes y del mundo clandestino en que él se había movido en Río, menos en Santiago y otra vez en Buenos Aires. El Capitán no entraba en aquella sociedad, porque ella había sentido (puerilmente, pensó después) que aquél era un consorcio de duros y que el Capitán no lo era.

Ahora ya sabía qué hacer con la muestra, ahora la enviaba por carta. La propuesta de Lucha de Sánchez —pensó Marie-Louise— se insertaba en el misterioso orden de las armonías del Universo: ella iría a Montevideo, vería a Marcel, haría el primer pase y le dejaría, como gratificación por los años vividos, toda la ganancia de esa vuelta. Tal vez aquello estableciera el puente, y luego todos —ella, el Capitán, Marcel, sus socios montevideanos y seguramente los brasileños— podrían quedar atados por ese cordón que parecía salido de la mano cobriza de Lucha de Sánchez.

Marcel habló a los varios días, días exigidos por el envío de la muestra desde Montevideo a un destino que no se mencionaba, y por el análisis. Juzgaban —dijo— que la muestra era excelente. Al precio que había dicho la carta inicial

de Marie-Louise (el precio sugerido por Lucha, 2.800 dólares el kilo) tomaban, siempre que la calidad siguiese siendo la misma, todo lo que se les mandara, sin ningún límite. Quedaban a la espera del primer envío. Marcel llamaría, para ir sabiendo de antemano fechas y formas del correo. Nuestro amigo P. R. —dijo (y a ella le llevó un momento comprender que le hablaba del Poste Restante)— ya no va a servirnos. Hay que buscar otro sistema. Ella prometió encontrarlo. Cuando dejó el teléfono y se sentó por un instante en un sillón, Marie-Louise sintió —por primera vez en todo el asunto— algo de miedo: "todo lo que se les mandara, sin ningún límite". Vio por primera vez la dimensión del túnel en que se metía; sí, tuvo la sensación de un túnel y no la más vertiginosa de un abismo. Marcel había sido siempre una oquedad, un hueco poroso que absorbía la realidad sin devolver un solo reflejo. Y eso era lo que ahora, una vez más, estaba demostrándole que sucedería.

Lo pensó largamente. Lucha estaba otra vez en Bolivia y no podía auxiliarla. Padeció esa peregrina orfandad que es quedarse sin cómplice a mitad de camino. Lucha y el Capitán habían sido, en distintos órdenes y en los últimos tiempos, esos cómplices. Marcel no, Marcel era un actor desesperadamente solitario.

Si Lucha no estaba, era forzoso hablar con el Capitán. Tanto más si ella decidía hacer el viaje, llevar consigo el primer paquete, correr directamente el riesgo.

El Capitán, a partir de su voz tan suave —aquella voz de la que Marie-Louise se había enamorado en seguida— fue subiendo hasta el escándalo, cuando lo supo:

—¡Vamos a acabar presos y estafados!— dijo, proponiendo la doble sanción de unos socios inescrupulosos y de una policía eficaz—. ¡¿Cómo se te ha podido ocurrir ese disparate?!... ¡Estás loca!

—Tu cargo se acabó —dijo ella, con un odioso acento de reproche, que fue la primera en detestar—. Tuvimos esa mala suerte —corrigió, dulcificándose— y ahora vamos a saber lo que son dificultades. A mí se me ocurrió que con dos o tres pases, como les llama Lucha...

Y le contó con detalles —liberándose retrospectivamente de la infidelidad del secreto— todos los tratos con Lucha, desde el encuentro inicial en la confitería de Flores (Lucha creía que las cosas secretas debían conversarse necesariamente lejos de donde uno vive) a la visita al canceroso Capitán Sánchez en el hospital del que ya no saldría, el viaje de Lucha a Bolivia, su regreso con el sobre y la inminente llegada de la mercadería, que ahora mismo ella había ido a buscar. Y luego, infidelidad más cercana y tal vez más enojosa, los tratos con Marcel, la ligazón de Marcel con un mundo desconocido de traficantes, a partir de una amistad casual hecha en Montevideo. El Capitán quería seguir buscando argumentos para oponerse: la invocación del compromiso con Marcel complicaba (estaba sintiéndolo) las posibilidades de una negativa. ¿Por qué le había hablado ella tan tarde?...

—En cierto modo, lo hablé delante de tus narices —dijo ella, sonriendo ante el recuerdo de una travesura pasada—. Sólo que en francés y corriendo...

—¿Podremos hacerlo una vez, dos veces y retirarnos después?, preguntó él, desde su debilidad ya vencida.

Ella le aseguró que sí. El lucro de unas pocas veces bastaría para hacer un fondo de reserva y ponerse en otros negocios más tranquilos. No con el general, por supuesto —agregó.

Él estaba ya por creerle, cuando ella dijo:

—Pero quiero que la primera vez, toda la ganancia sea para Marcel...

—¿Para Marcel? ¿Por qué?...

Ella explicó entonces su teoría de la gratificación amorosa: "De la indemnización por despido sentimental, si prefieres llamarle así. Voy a encontrarme con él en Montevideo, voy a confirmarle que todo se ha acabado entre él y yo, voy a confesarle lo que ya sabe —que te he elegido a ti— y voy a dejarle la ganancia de la primera venta en sus manos, para que no piense tan mal de mí, después de tantos años que pasamos juntos..."

—Puedes agradecerle hasta un aborto —dijo él, pero no con el acento de darle pelea sino sólo con el de averiar la idealización anacrónica del amante.

—De modo que voy... —aventuró ella.

—¿Que vas tú? —se alarmó él—. ¡De ningún modo!

—¿Y quién si no? —preguntó ella—. No hay tanta gente en este trato...

Fue entonces cuando él, obedeciendo al infalible reflejo de su caballerosidad, propuso y decidió:

—Voy yo.

Ella lo negó abruptamente.

—Te expones demasiado, y no es justo. Mis deudas son mis deudas...

—No es amable que me impidas pagártelas. Tendré ese gusto y además... —pasando en limpio como ventaja el mismo objeto de su aprensión— ¡tengo un pasaporte diplomático! Nadie va a revisarme. Corro menos peligros que tú.

Ella contrapropuso, como si los dos riesgos acollarados se anulasen:

—Entonces vamos juntos.

Una vez más, el Capitán se reveló el más sensato:

—No, tú tienes que quedarte aquí, incluso como una providencia por si me pasa algo...

Ella encontró de pronto la razón que la absolvía:

—Sí... Y mi pasaporte francés está vencido.

—Raison de plus —dijo él, aficionado a sus franceses amonedados.

—Hay que esperar que vuelva Lucha, de todos modos. Porque ella trae lo que habrá que llevar. Entre tanto, yo pasaré por mi embajada y veremos...

LOS TRAFICANTES

Sería imposible querer adivinar —sólo por el rostro de Lucha— en qué estuviera pensando. Una impenetrable condición mestiza alentaba más allá de sus palabras y su corta sonrisa, de sus silencios que podían llegar a parecer pensativos y ser simplemente vacuos, la nada existencial en que los indios y los cholos, masticando coca, filtrando un jugo verdoso por los rincones de la boca, dejan pasar la gente, los años, la vida.

Había citado a Marie-Louise en una confitería de Flores, entre espejos cuyo azogue se descascaraba, entre viejas y hermosas sillas de Viena, un venturoso sitio perdonado por el progreso. Y allí le había propuesto el asunto:

—El Capitán no sabe nada ni tiene que saber nada... Porque hay algo que el Capitán, por más que sea mi amigo y compatriota, no sospecha...

El Capitán no sospechaba seguramente muchas cosas, no era una naturaleza suspicaz como cualquiera de esas dos mujeres que estaban hablando. El Capitán no tenía ninguna necesidad de saber de qué vivía Lucha de Sánchez, con quién vivía desde que el Capitán Sánchez estaba ya incurablemente enfermo, qué astucias había discurrido para socorrerse y eventualmente para socorrer al enfermo, por más que —con un fatalismo indígena— lo hubiera abandonado sin una queja a lo principal de su suerte.

Era increíble, para los cánones de Marie-Louise, que Lucha hubiera querido alguna vez a Humberto Sánchez. "Y apasionadamente", como ella afirmaba sin interés de que le creye-

sen, porque en el tono de la voz había algo de misterioso desasimiento de la realidad, donde se postulaba que el pasado era otro mundo y ese mundo —desde que había cesado— ya no importaba. Había querido apasionadamente a Humberto Sánchez, sí, pero era como si eso hubiera ocurrido alguna vez en otro planeta. Había querido apasionadamente a un Humberto Sánchez joven, gallardo, seductor; y ese personaje ya no existía. Porque antes del cáncer, contaba Lucha, habían ido desmontándolo poco a poco. Por un diagnóstico equivocado sobre el origen de su dolencia, le habían extraído los dientes; y aquello, en un hombre de su risa (así fue como ella lo dijo) fue una forma de muerte anterior a la muerte y más visiblemente cruel que la muerte. Aquellas mejillas chupadas, donde se había instalado el desajuste sibilante de una dentadura, no dibujaban ya la forma del amor disfrutado. Lucha lo había acompañado en la primera fase de esa conversión progresiva a la nada. Lo había acompañado con una suerte de indiferencia calmosa en la que veía hundirse trozos de su propia vida. Porque ella también había dejado resecarse en su interior un pasado de camba descalza, con su chuspa de hojas de coca, ese pasado que detestaba que alguien creyese ver, en casa de Sánchez, simbolizado por una quena, por una zampoña, por una cabeza ritual de diablada, por nada que aludiese, desde paredes de Buenos Aires, al mundo ocre y polvoriento, de dormidas hojas carnosas, del que ella había salido de una vez para siempre, hacía ya muchos años.

Y cuando Humberto Sánchez había emprendido su camino hacia la total disolución, ella se había entregado a Orlando Blanco. Orlando era también un militar, pero un militar fuera de serie, un militar vagabundo y disponible, empeñado en oficios inaveriguables de frontera. Lo había conocido viviendo en un cuarto desmantelado de hotel en Santa Cruz, una habitación de mobiliario claudicante y cajón semivaciado de botellas de whisky a los pies de la cama. Orlando le ocultó por un tiempo sus correrías. Pero hubo un momento en que ella supo de qué se trataba y la razón de esos viajes tan frecuentes desde La Paz a Yacuiba o Corumbá; Orlando traficaba coca, amparado en su desvaído uniforme de teniente, cu-

ya vigencia verdadera nadie verificaba. Jamás se le vería sin uniforme en los pobres ferrocarriles de Bolivia. Soldados y aduaneros se cuadraban a su paso, porque había en su rostro atezado y en su sonrisa segura algo a la vez imperioso y negligente, de señorío indulgente y desdeñoso, que insinuaba un grado superior al de las jinetas, el resplandor asordinado de un personaje importante viajando de incógnito.

Lucha de Sánchez —y su nombre de nacimiento había desaparecido bajo ese estado civil de tan poca actualidad verdadera— debe haber sabido en seguida que Orlando Blanco era un ser igual a ella; igual a ella pero hombre, que era exactamente la fórmula única para que alguien pudiera manejarla, hacer uso de ella, aparejarla a su aventura, condenarla a los tranquilos infiernos.

Lucha se había casado con Humberto Sánchez; pero no se casaría, aunque pudiese, con Orlando Blanco. No quería agregar los poderes de la ley —decía— a todos los que aquel hombre ya tenía sobre ella.

La historia era muy escueta. Lo que el Capitán no sospechaba era que ella podría traer coca desde Bolivia e introducirla en la Argentina. Insistía en que era de muy buena calidad, y decía que en Bolivia —tiempo atrás— ella o Blanco (ella y Blanco) habían comenzado a prepararla. "Tenemos un pequeño alambique", había dicho.

—Pienso si tú no conocerás alguna persona a la que se pueda venderle cocaína en París...

—Conozco —dijo Marie-Louise, pensando en Marcel—. Pero... ¿cómo se hace llegar?

—Habría que tener un puente —dijo Lucha—. Montevideo, por ejemplo... Como plaza, parece que es insignificante. Pero es buena como puerta del Brasil y como puente hacia Europa.

—Como puerta del Brasil —dijo Marie-Louise— supongo que ninguna es mejor que Bolivia...

—No creas. O es una frontera pelada o es Corumbá, que es un lugar muy reducido, en que todo se sabe en seguida... El otro alambique de la coca son las ciudades grandes.

Y luego hablaron de lo que podría ganarse:

—Es una mezcla, que Orlando sabe —dijo Lucha—. Por ella, nosotros pedimos dos mil dólares el kilo, puesta en Buenos Aires. Pero tú puedes sacar dos mil quinientos y, si no hay muchos intermediarios, hasta dos mil ochocientos. Fíjate que con cada kilo te ganas...

Y dejó la frase inconclusa, para que ella hiciese el cálculo y se tentara. Eran los procedimientos de Lucha, pensó Marie-Louise.

—Yo te adelanto la mercadería —agregó Lucha—, por lo menos mientras no te hayas hecho de un capital... Después las formas del trato podrían variar, pero no el precio... Tú, en cambio, con esa inteligencia que tienes... y si no dejas que el Capitán se meta, puedes ir sacando más y más, a medida que te hagas necesaria a los intermediarios... Ya se sabe que el peor vicio de todo este asunto no es el de la coca... Mucho antes está el del dinero... ¿Aceptas?

Marie-Louise pudo haber dicho "Déjame pensarlo", pero advirtió en seguida que, pensándolo sola, en aquellas circunstancias en que la comisión del Capitán había cesado y Galileo ya no crecería, jamás encontraría dentro de ella una razón para decir que no. Cuando se ha vivido años en el peligro consentido —diría después— uno se embota, *cher maître*, y ya no tiene palabras para saber qué es lo más peligroso y lo más malo... ¿Y si lo hablaba con el Capitán? Lucha estaba pidiéndole expresamente que no lo hiciera: A nosotros los bolivianos, alguien más fuerte tiene que darnos siempre las cosas ya hechas: el Capitán tiene que aceptarlo cuando ya no haya remedio, como Orlando hizo conmigo... De modo que ella no lo pensó más y dijo:

—Acepto.

Entonces Lucha dijo que en unos días le entregaría una muestra: —Tú, entre tanto, vas buscando a quién colocársela.

—Ya está pensado —dijo ella y advirtió, recién entonces, que desconocía la ubicación exacta de Marcel en Europa.

El efecto instantáneo de aquella aceptación fue desinteresarla de las cosas de Galileo. Cada vez le costó más tomar

el té "con una dama" (como decía el General Ichazo), convencer a una dama, sorprender y sobornar la vanidad de las damas. Un asunto que diera ochocientos dólares por quilo, sin ninguna comisión para el general, era mucho mejor.

Pero, a partir de aquella conversación en la confitería de Flores, Lucha de Sánchez había desaparecido. No había vuelto a llamar al teléfono de Galileo y en la pensión donde vivía sólo supieron decirle que la puerta de su cuarto estaba cerrada desde hacía muchos días pero que aquello —vista la costumbre de viajar que tenía la señora— no podía preocuparles. Ya vendría, ya vendría —dijeron—. ¿La señora quería dejar algún mensaje apuntado?...

Marie-Louise no quiso. Acababa de recibir en esos días la carta de Marcel: estaba justamente en Montevideo, ella había visto claros los posibles enlaces y las puertas y los puentes de la coca, todo eso de que Lucha hablara en Flores y a Marie-Louise, sin conocimiento entonces de ninguna criatura que habitase en la ciudad de enfrente, le había resbalado como una fantasía. Tenía urgencia por saber de Lucha, de ponerse en comunicación con ella: un hacedor portentoso estaba poniendo a la gente en los sitios precisos del mapa, no había que dejarlo perder.

En busca de informes sobre Lucha, Marie-Louise se acordó del Capitán Sánchez y pensó en la posibilidad de encubrir —con una visita dominical al enfermo— la encuesta sobre el paradero de Lucha.

El Capitán Sánchez, sumido en su cama blanca de hospital, era casi el único de la sala que no tenía visitas; el único, en un rincón de la sala, a quien velaba —semiplegado, pronto a desplegarse sobre su agonía— un biombo de lona también blanca. No tenía fuerzas para ser amable, pero recibió a Marie-Louise con una disculpa urbana sobre su falta de dientes: "Me obligan a estar sin ellos para respirar mejor". Y en ese momento ella vio el balón de oxígeno en lugar de la mesa de noche. Por suerte, en aquel momento no lo precisaba.

—¿Qué tal va eso? —fue todo lo que se atrevió a preguntar Marie-Louise, porque aquel rostro hundido en un almo-

hadón y aquellos pómulos hundidos como llagas oscuras en medio de aquel rostro decían, mejor y más atrozmente que las palabras, cómo iba eso.

—Cómo quiere que vaya —dijo Humberto Sánchez—. Aquí estoy, moribundo y abandonado... Francamente, a mi edad no creí que pudiera llegarme esto.

Marie-Louise se sobrecogió al pensar que aquella edad era la del Capitán: Sánchez y él habían sido condiscípulos en el Colegio Militar, Sánchez había llegado a Capitán antes de la Revolución y, al producirse los sucesos de abril del 52, había preferido salir del país. Vivía de un modo impreciso, acaso de las astucias de su mujer.

—Ni moribundo ni abandonado —denegó insinceramente Marie-Louise—. Ni usted se muere ni sus amigos lo hemos olvidado... El Capitán (esto era mentira, el Capitán ignoraba que ella estuviese haciendo aquella visita) le manda sus saludos y le anuncia que vendrá a verlo pronto, en cuanto pueda... Hoy se ha ido con el general Ichazo fuera de Buenos Aires.

—Dígale que se apresure —dijo Sánchez— si quiere verme con vida... Porque al paso que llevan las cosas...

Se hizo un penoso silencio. Ella estaba sentada a los pies de la cama y el visitante del enfermo vecino le había allegado una silla de hierro y la había hecho sentar. Es evidente, pensó Marie-Louise, que le tienen la doble consideración de saberlo el más grave y el menos visitado.

—Cuando digo abandonado no me refiero a mis amigos —articuló penosamente Sánchez, entre sus carrillos desparejos y desinflados—. Me refiero a mi mujer, que ya parece haber tomado sus anticipos de viuda...

—Lucha tiene también sus problemas —balbuceó Marie-Louise, en tono de fútil disculpa, pero no supo seguir—. ¿Qué otro quehacer más urgente podría tener ella, en el orden natural de las cosas, que estar allí, a la cabecera de su marido?

Se hizo otro silencio y Sánchez, a quien la angustia de evocar a su mujer parecía haber agitado, le pidió que le pusiera el oxígeno e incluso la dirigió en el modo de hacerlo

y en la mejor apertura de la llave y en la observación del manómetro. Marie-Louise se sintió momentáneamente aliviada de los móviles iniciales de su visita, al poder servir para algo útil al lado de aquel hombre en retirada.

—La fatiga vuelve —dijo Sánchez, abriendo la boca, una boca desdentada y oscura, como si nadase contra el filo de muchas olas y necesitase ir arrojando su bocanada. Y volvió a callarse.

Marie-Louise se puso a alisar los flecos de la colcha, a ordenar las ropas de aquella cama donde las rodillas de Humberto Sánchez subían ahora como dos promontorios débiles, se desbarataban y volvían a aparecer. Recordó entonces una de las historias predilectas del Embajador del Perú, que había escuchado en casa del general Ichazo. Dicha como ligera historia de sobremesa, la impresionó como una suerte de alusión metafísica a la desintegración de los moribundos, eso mismo que ahora tenía delante de sus ojos. Un escritor chileno, amigo del embajador, un señor llamado José Santos, había ido a un hospital de Santiago, a ver a un amigo suyo, poeta y canceroso, que ya estaba en sus últimos días. El escritor había advertido, al saludar al enfermo, que tenía un pañuelo blanco atado, como venda, alrededor de la cabeza. Se sentó al lado de él y, después de los saludos, no hubo tema. Entonces José Santos preguntó, con un tono de cosa venial, para contrarrestar lo pavoroso de la enfermedad que había convertido a su amigo en un espectro: ¿Y para qué se ató ese pañuelo en la cabeza? Y el otro, que esperaba la pregunta y debía haber pensado largamente la respuesta: —Para tener una sensación de contorno...

Eso era lo que le faltaba a Sánchez, pensó ella: un contorno en el mundo y la vida que se le escapaban en plena juventud, un deslinde que extrajera sus brazos y sus piernas, ya casi enteramente óseos, su pecho subiendo y bajando en el oxígeno, su rostro de pichón o de pez en tierra o de monstruo cartilaginoso, fuera del amasijo acre de las almohadas que había que acomodar o torcer, fuera del sudario impreciso que le hacían los cobertores y las sábanas en aquella tarde de otoño. Él estaba sucumbiendo —esto era evidente— y sucumbiendo sin contornos.

Marie-Louise esperó que volviera la calma al enfermo y le hizo entonces la pregunta más obvia:

—¿Hoy no estuvo Lucha?...

—Lucha no viene hace varios días. Aquí en los hospitales se pierde el sentido del tiempo... Por su visita y por las flores en los vasos de los enfermos, sé que hoy es domingo. Pero no me pregunte a cuánto estamos del mes... Y bueno, querida: no sé cuántos días hace, tampoco, que mi mujer no viene... Mando llamarla por teléfono y las enfermeras, que son muy buenas, vuelven con excusas piadosas: había salido por un rato, ya le avisarán... Voy a morirme aquí, óigalo bien, y ella no va a saberlo...

Había vuelto a agitarse, jadeó algunas indicaciones para que Marie-Louise aumentara el paso del oxígeno.

Marie-Louise sintió que debía hacerle una promesa:

—Voy a buscar a Lucha (ya la había buscado, imposible saber de ella) y voy a traérsela aquí... No piense nada malo...

—No pienso nada —dijo el enfermo—. Y dentro de un par de días no voy a pensar más, como gran solución...

Marie-Louise fue interceptada al salir:

—¿Usted es familiar del enfermo Humberto Sánchez?

Dijo que solamente era amiga:

—Es amigo de mi esposo, especialmente —corrigió.

—Este hombre se muere, le dijeron, y no hay modo de dar con la esposa. ¿Usted tendría inconveniente en darnos su número de teléfono, por si pasa algo?...

Lo dio. Pero antes llamó Lucha para decir que acababa de regresar de Bolivia y que traía la muestra. Entonces, recién entonces Marie-Louise se sintió en condiciones de contarle al Capitán que había estado, el domingo en que él y el general Ichazo se habían ido a Mar del Plata, a ver a Humberto Sánchez; y que lo había encontrado moribundo.

—Tienes que ir a verlo cuanto antes... Te espera.

El Capitán dijo que pobre Humberto y que iría en cualquier momento. Pero Sánchez duró aún dos meses, y ella y el Capitán sólo supieron su muerte al regresar a Buenos Aires, "después del cautiverio".

EL CAPITAN

El capitan tenía razón: el pasaporte diplomático surtió efecto, y en Carrasco no revisaron sus maletas. La cosa entonces parecía comenzar muy bien: el hotel de Pocitos estaba al costado de una plaza y muy cerca del mar. Hasta que Marcel llamara, todo consistiría en aposentarse y descansar. De todos modos, duraría muy poco: porque Marcel iba a aparecerse de un momento a otro, en cuanto su telefonada a Galileo le confirmara el viaje del Capitán y su lugar de alojamiento.

La primera sorpresa, en las horas muertas del hotel, no fue Marcel sino Marta Luz. La relación empezó de un modo casual e insignificante, al acercarse a un revistero o al pedir permiso para hojear un diario dejado sobre una mesa. El Capitán, con los días, no habría de forzar la memoria para evocarlo. Marta Luz era una morena distinta a las que había en las tierras del Capitán, "una morocha" como dicen en el Río de la Plata; una mestiza de facciones ligeramente achatadas y de pelo espontáneo o artificialmente lacio. Sonreía con perturbadora facilidad y esa facilidad dio al Capitán la generosa ilusión de sus poderes de conquista. No tuvo la astucia de preguntarse qué estaría haciendo allí la mujer sino esperando esa conquista, el amor de algún pasajero, las especies de ese amor. Marta Luz sonreía y volvía a sonreir, parecía ligeramente extrañada de los requiebros cándidos y largamente traídos por el Capitán, que la rodeaba con una pompa inútil de precaución, cortedad y disimulo, una ceremonia de la cortesía y de la discreción a la

cual no estaba ciertamente acostumbrada. Al Capitán, en cambio, le gustaba el cantito casi gutural del habla de la mujer, sus palabras sorbidas, un rápido y repentino descenso en los tonos, por el que las últimas palabras se perdían en un inaudible movimiento de labios, como si a la película le faltase de pronto la banda de sonido.

El Capitán le preguntó cómo se llamaba y ella dijo que Marta Luz Silveira. Él, a cambio, le dijo nombre y nacionalidad. "Ah, boliviano...", dijo ella pensativamente, y él creyó que aquella palabra tironeaba en ella de algún recuerdo íntimo al cual todavía él no pudiera asomarse; acaso fuera más cierta la presunción contraria, y a ella boliviano, colombiano o venezolano le diesen lo mismo. Si su geografía sentimental no recordaba a otro boliviano anterior (y no son tantos), era improbable que pudiese situarlo en su olvidado y mal aprendido mapa escolar de América. Seguramente disimulaba el gusto de una novedad: boliviano, lo que se dice boliviano, no debería haber tenido ninguno...

El Capitán quiso saber más y ella dijo que el año último había ganado un premio. El Capitán lo celebró, pero no se animó a inquirir más detalles, en el temor de que ese premio no fuera el más alto (¿premiarán como belleza aquella desenvoltura felina del pequeño cuerpo y, en el lote, el prognatismo africano mitigado de aquel perfil?). Mejor no averiguarlo por ahora. El Capitán la invitó con un whisky y, temiendo que la relación progresase demasiado en una sola noche, después de cenar juntos en un restaurante muy cercano, sobre la rambla, pretextó un compromiso que no tenía. Ella pareció ligeramente apenada, pero estaba libre —oh, sí, podrían encontrarse— la noche siguiente. El Capitán quiso saber dónde. Ella prefirió el mismo sitio del primer encuentro, el bar del hotel. ¿Dónde vivía? Lejos de allí, "en la otra punta de la ciudad". ¿Cómo se iría ahora a su casa? "No se aflija por mí, me tomo un taxi". La acompañó hasta la portezuela del vehículo, le hizo prometer una hora precisa de la noche próxima y la dejó. Tenía necesidad de quedarse solo en su habitación y aguardar la llamada de Marie-Louise. Tendría que decirle que no había llamado Marcel; no tendría que decirle nada más.

Regresó al hotel. El muchacho del teléfono lo miró con cierta malicia.

—¿Conoce a esa chica?, preguntó el Capitán, como si hablase de otra pasajera y deslizara una pregunta ocasional, al solo título de no hablar del tiempo.

—Ah sí... —dijo el telefonista—. La conozco. Es Miss Uruguay.

—¿Miss Uruguay? —preguntó el Capitán, como si no hubiera escuchado bien, con el sobresalto retrospectivo de no haber sabido agasajar a una persona tan importante.

—Sí, Miss Uruguay o algo así... —retrocedió el telefonista—. Pero del año pasado.

Su acento postulaba que las bellezas mueren jóvenes, como los elegidos de los dioses. No pudo interrumpir el asombro del Capitán: y aquella Miss, con todas las invitaciones que tendría, ¿estaba dispuesta a concederle su tiempo, quién sabe si a regalarle sus noches?... Se sintió solitariamente orgulloso. Podía esperar la llamada de Marie-Louise y proclamarse indiferente a la demora de Marcel. Ya vería.

Pero fue Marcel quien llamó primero. "Un señor Hugo Hayden quiere hablarle", dijo la misma voz que había desestimado a la Miss Uruguay por ser del año pasado. "Deme con él".

Marcel había olvidado —perdido en su memoria, en el interregno de Europa— la forma en que antes se trataban. Y directamente lo tuteó. Sorprendido, el Capitán tuvo ciertas vacilaciones para responder "¿Cómo estás?". La voz de Marcel era cordial, no parecía dirigirse a un rival amoroso, suponía haber anulado todo agravio si es que (Marie-Louise decía que Marcel era un hombre indescifrable) alguna vez lo había verdaderamente sentido. "Placer de oírte", dijo el Capitán, luchando entre el flamante tuteo y las expresiones impersonales. Marcel dijo en seguida que acababa de hablar con Marie-Louise y que ella le había confirmado el viaje del Capitán. "¿Qué tal ese vuelo?", dijo, y el Capitán advirtió que el otro también lo indagaba, como si los reproches que hubieran decidido archivar pudiesen haber sido mutuos. ¿Qué le habría dicho Marie-Louise en las llamadas nocturnas?... Pero

Marcel ya estaba preguntando "¿Trajiste mi encargo?", con el acento deliberadamente trivial del que menciona una cuestión de detalle y no el objeto central de un negocio. "Sí, lo traje", respondió el Capitán, evitando —en homenaje a la misma ficción de liviandad —decir "Por supuesto" o "¿A qué crees que vine?" o alguna otra frase que hubiese descubierto la importancia del diálogo.

Quedaron en que Marcel pasaría a buscarlo al mediodía siguiente —"no te preocupes, conozco la ciudad mejor que tú"— e irían a almorzar al centro.

Sobre la medianoche, llamó Marie-Louise. "Una señora, por Larga Distancia". Marie-Louise no parecía interesarse en los pormenores del viaje, ni siquiera por la llamada de Marcel. "No quiero que demores más de lo justo", dijo. "Cumple con él y vuélvete en seguida". Y además: "No dejes dinero en la habitación: entrégalo en la recepción, bajo recibo". Marta Luz y su sonrisa y sus palabras sin eses y su gracia le parecieron más cercanas, al dar una última vuelta a sus pensamientos, ya en la almohada, que las prevenciones secas y comerciales de Marie-Louise. ¿La ambición, se preguntó, estará devorándola?

Al mediodía siguiente, Marcel llegó a buscarlo: estaba rejuvenecido, con el cabello cortito, emparejado a navaja, un traje sport más audaz de cuantos vistiera en Buenos Aires, un aire de playboy maduro que el Capitán jamás le había notado.

—Tengo aquello —dijo el Capitán, cuando vio que se irían sin mencionarlo ni buscarlo.

—Sí, por supuesto —dijo Marcel—. Pero no hay que precipitarse. Estoy tratando con la gente, pero tú tendrás que aguantarme este frente hasta que todo esté a punto. ¿No te animas?

El Capitán no comprendió muy bien a qué tendría que animarse, pero dijo que sí. Y Marcel pareció distenderse, a partir de esta réplica. ¿De modo que todo no estaba tan bien combinado como Marie-Louise, desde Buenos Aires, parecía suponer?

El taxi los llevó hasta la Plaza Independencia —así dijo Marcel que se llamaba— y entraron, por una puertecita increíble para un restaurante, por una puertecita como de servicio hacia caballerizas y no de pórtico sobre una plaza central, a la Gruta Sur ¿Será algo histórico?, aventuró el Capitán, deseoso de hallar tiempo en los muros de las ciudades. Marcel se encogió de hombros. Era un tema que, aquí en América, no le interesaba.

Marcel condujo la conversación hacia terrenos neutrales: su viaje, las dificultades para traer telas francesas, el gran auge que había encontrado en Europa ("l'essor européen", dijo para facilitarse la frase), la quietud y la pequeñez de esta ciudad, en la que todo el mundo hablaba, de la mañana a la noche, de las inundaciones, del Rincón del Bonete y de las restricciones de luz. "¡Qué poco estimulante!", comentó, pero en el fondo de sus frases el Capitán creyó advertir que no pensaba irse, al menos por un tiempo.

De pronto, Marcel saludó hacia una mesa vecina, donde comía un hombrecito pulcro y de ademanes precisos:

—Es un tal Dulaurier —explicó Marcel—. Un joyero francés, que vive aquí hace años... Muy buen orfebre, parece... y sobre todo, esto sí que lo sé, casado con una mujer espléndida. —Se rio, aparentemente arrepentido de la confianza que había acordado al Capitán, pero ya ahora decidido a perseverar en ella, no se sabía si como prueba de fidelidad dada a un amigo, como jactancia ante un rival o como semilla de un chisme que se quiere que viaje—. Una mujer espléndida, pero con uñas de gato en el amor... Y echó hacia atrás la cabeza y un corto flequillo bajó sobre su frente y lentamente Marcel, como si le costase trabajo, primero abrió la boca y luego, luego ruidosamente rio.

Hacia los postres, Dulaurier —que había ya concluido su almuerzo— se acercó a la mesa de Marcel y Marcel le presentó al Capitán, diciéndole quién era: militar, boliviano, diplomático, acreditado en Buenos Aires... Todo eso dijo Marcel, ignorante de que la misión del Capitán ya había terminado.

Los ojos del orfebre lo miraron con especial curiosidad:

—Realmente —dijo— mucho gusto de haberlo conocido.

Pero a media tarde, mientras el Capitán estaba echado en su cama del hotel, al margen del sonido de una radio que había encendido pero no escuchaba, hojeando una revista que tampoco leía —semisumergido en la digestión, en el sopor, en la pereza— la chicharra del teléfono estalló sobre la languidez de la música:

—Un señor Dilorié, dijo el telefonista.

—¿Por teléfono?

—No, señor: aquí, en el hotel.

—Dígale que espere, por favor. Ya bajo.

¿Qué podría querer el orfebre?, pensó sin ganas, poniéndose el saco. ¿Acaso fuera un socio de Marcel en el negocio y aquella presentación hubiera estado destinada a introducirlo en su trato? ¿O un soplón, o un policía o?... Bah, lo mejor era apresurarse y bajar, y en un ratito más se sabría.

Pero Dulaurier demoró cuanto pudo ese ratito. Mostró un misterioso interés en hacer amistad con un boliviano, diplomático, acreditado en Buenos Aires, que viajase algunas veces a Montevideo (el Capitán se abstuvo de decirle que era la primera, que sería la única), un hombre de mundo, un oficial del Ejército, un amigo del señor Hayden, un...

—Usted piensa, señor, que yo podría servirle en algo —cortó el Capitán, afirmando más que preguntando, avanzando hacia el hombre su torso, como para abreviar la distancia y también la conversación, que comenzaba a irritarlo, envuelto como se sentía por la untuosa plática del joyero.

—Bueno, señor, siendo usted amigo del señor Hayden...

—¿Cómo supo usted que yo alojaba aquí?... preguntó abruptamente el Capitán.

El joyero no se inmutó:

—El señor Hayden lo dijo mientras hablábamos, señor, cuando me lo presentó a usted. ¿Usted no oyó?...

—Bien —dijo el Capitán, a punto de perder pie—. ¿A qué debo el honor?...

—El señor Hayden debe haberle dicho que yo soy joyero —dijo Dulaurier—. El joyero se alimenta de piedras preciosas como los tigres se alimentan de venados.

—Sí, sí, pero yo no soy proveedor de piedras preciosas.

—Ah, no, señor —dijo Dulaurier—... Usted es diplomático, usted viaja...

El Capitán sintió que iba a perder la paciencia:

—Señor Dulaurier —dijo, con su pequeña voz que reverberaba una cantidad de ira que jamás cabría en ella—. Prefiero no entenderlo, o considerar que usted se equivoca muy gravemente... Lo que me extraña es que mi condición de amigo del señor Hayden haya sido la que lo haya llevado a equivocarse...

—No, señor Capitán, si usted me dejara explicarle...

—Tengo poco tiempo, señor Dulaurier, y prefiero que esto quede así. Voy a evitarme este asunto y voy a evitárselo a...

Iba a decir Marcel, y se detuvo. No dijo más.

El señor Dulaurier se puso de pie:

—C' est dommage, Monsieur... yo creía...

—No hablo francés, señor —cortó el Capitán—. Es otro error suyo. Le pido que me excuse... Buenas tardes.

Tuvo una tentación relampagueante, y también se contuvo. Iba a decirle "Saludos a su señora", sin haberla visto jamás. Primero se le ocurrió la ofensa y después razonó por qué se le había ocurrido.

Habría sido una ofensa de cáscara cortés, una ofensa invulnerable. Dulaurier pensaría en seguida que el Capitán no conocía a su mujer, y aquel saludo extravagante lo llevaría a dar con la confidencia de Marcel, y quedarían mano a mano... Bueno, mano a mano si la sospecha que le había pasado por la mente era cierta: la de que Marcel hubiera provocado el encuentro con Dulaurier, que ese encuentro de la Gruta Sur no hubiese sido casual sino preparado (¿por qué habría de levantarse Dulaurier de su mesa —ahora le parecía que después de haber abreviado su almuerzo, suprimiendo el postre y el café— para ir hacia la de ellos?... ¿Es que en Montevideo había costumbres semejantes?...) y que Dulaurier contase con un previo informe de Marcel, según el cual el tráfico de joyas pudiera interesar al Capitán? ¿Acaso le había contado que estaba aquí por un negocio de coca?... Sintió la imposibilidad de referírselo a Marie-Louise por telé-

fono: y él sabía que era incapaz, en este orden de la suspicacia, de otra cosa que de tanteos y borradores; ellos debían pasar después la prueba decisiva de que Marie-Louise los confirmase o desechara.

Marta Luz era otro mundo, un mundo que estas cosas no rozaban: un mundo de placidez, posiblemente un mundo falto de conversación para otro vínculo más durable (no era posible imaginarse la trama de los días junto a Marta Luz, como al lado de Marie-Louise)... Se asustó de estar haciendo cotejos: aquella relación tenía que ser forzosamente fugitiva y frívola, no estirar sobre el tiempo su sombra demasiado larga. Sólo la noche, sólo unas noches. Ahora era Pygmalion y, a pesar de la pierna izquierda del Capitán, bailaban. Volvían a la mesa, el Capitán ordenaba otra vuelta de whiskies, ella temía marearse, ya se tuteaban, ella apoyaba la cabeza en el hombro del Capitán y él se sentía inundado por una ola de perfume agresivo, demasiado fácilmente agradable (¿acaso ella también?), demasiado dulzón, inmediato, efusivo, empalagoso.

Y luego, cuando empezaron a salir en taxis por la noche, a conocer la ciudad o a besarse en las etapas en que ella hacía bajarse a los choferes, él añoró su Impala y se lo dijo. "Verías, si tuviera aquí mi coche"... y se dio a hablar exaltadamente de su automóvil, de los cambios automáticos, de la radio con dos parlantes, de los asientos reclinables, de los cinturones como de avión, etc. "Verías de qué modo, en estas noches que ya empiezan a ser frías, podríamos quedarnos horas... o dar todas las vueltas o ir a comer a merenderos de camino... Es una lástima... ¡Si yo hubiera sabido que íbamos a encontrarnos!..." Y ella sintió crecer su importancia en él y empezó a enamorarse de su candor más que de sus labios, de su candor más que de sus manos, porque su candor era más hermoso que el candor de ninguno y sus labios y sus manos eran iguales a todos los labios y a todas las manos.

El Capitán no hacía sus pruebas de sinceridad: ¿habría traído el coche, habría podido hacerlo sin el justo escándalo de Marie-Louise, habría valido la pena afrontar ese escándalo tan

sólo para que Marta Luz usara los asientos reclinables o pudiera apagar los faros y considerar, al débil resplandor de la noche, aquel balcón de mar llamado Plaza Virgilio? Cedía a sus facilidades, a su propósito de entregarse al momento y no revisar luego. Tal disposición de ánimo era semejante a la de los días de la piscina en Olivos, al tiempo de la parsimoniosa internación en el mundo de Marie-Louise. Sólo que la complejidad de aquel mundo era infinitamente mayor que la del mundo de Marta Luz, sólo que las tensiones de uno y otro ejercicio no podrían equivalerse y la profundidad de los descubrimientos tampoco.

Pero los días seguían a los días y él sólo pensaba en el espacio de las noches, en el instante de encontrar a Marta Luz, de tomarla en sus brazos, de besarla, de alcanzarle el regalo del día (un objeto, un cumplimiento, una flor); sólo pensaba en eso y en el lento empujón que una noche de aquellas, no se sabría cuál, los echase desnudos en una misma cama.

Eludía a Marcel, rehuía sus llamados —aventajándose de que Marcel nunca quisiese dejar sus señas y se hiciera imposible buscarlo— dilataba el minuto de concluir el negocio y marcharse.

Una noche, bordeando la playa, Marta Luz y él a pie a lo largo de la rambla, le había preguntado, por fin: —¿Es cierto que tú fuiste la Miss Uruguay del año pasado?...

Ella lo miró con recelo: —¿Quién te dijo eso? Yo sólo dije un premio...

—Bueno, no importa. ¿Es cierto?

—No, exactamente no. Después te contaré, con más confianza.

La respuesta era absurda: ¿podía precisarse, para tener la verdad acerca de un concurso de belleza, más confianza que aquella que bastaba, en cambio, para abrazarla y subirle una mano de la cintura a los senos?

Una noche, la noche de un día en que no había sido posible evitar a Marcel y en que Marta Luz había llegado al hotel acompañada de una niña de tres años, presunta sobrina, que a las diez de la noche habían debido restituir a una ca-

sita de barrio; la noche del día en que él había prometido a Marcel que a la mañana siguiente arreglarían todo y le había confesado que en las llamadas nocturnas entretenía a Marie-Louise con la historia de que estaban analizando el polvo y Marcel le había ofrecido cubrir esa mentira a trueque de que ya no hubiera otras; esa noche —de regreso de llevar a la niña, a la semidormida presunta sobrina de tres años, casi mulata y con un moño en el pelo— esa noche el Capitán —de puro desesperado, de puro urgido por el tiempo que fluía y fluía— empujó aquella mampara de respetabilidad que sólo él mantenía (y mantenía por gusto de la morosidad, por una extraña ilusión de importancia, una categoría de valores de la esperanza que la presencia de la niña había venido a desbaratar) y Marta Luz dio una rápida indicación al chofer y, rodeando una pared de ligustros, el taxi entró en la casa de citas.

Marta Luz desnuda era una mujer firme y mulata y turgente y, al liquidar la parodia de su pudor, infinitamente sabia. Él supo esa noche muchas cosas; no sólo cosas del amor, claro está, aunque esas fueran las más deslumbrantes. Supo entonces que ella no había sido Miss Uruguay sino La-Reina-del-Carnaval-del-año-pasado, distribuyendo besos con las manos desde su trono en mitad de una carroza; supo que la niña de tres años que se cayera de sueño en el bar del hotel era su hija; supo que ella vivía en la casita donde habían dejado a la niña; supo que, desde el día en que el marido le abandonara (¿y habrá existido alguna vez ese marido?, se puso a sospechar a su exclusivo riesgo el Capitán) ella había empezado a frecuentar los hoteles, algún tiempo en el centro, después allá en Pocitos. Y le agregó, mientras lo abrazaba y besaba y lloraba y le decía que después de todo, después de años de aquella profesión que le había hecho detestar las camas y pensar que ya nunca podría existir el amor en su vida, ahora estaba amándolo como una desesperada, queriéndolo como loca y que sí, que le pidiera alguna prueba, que haría cuanto él quisiese (y él no podía imaginarse qué otras cosas debiera ambicionar de ella y pedírselas en prueba) le agregó entonces —para que viese bien que le desnudaba

su alma tanto como su cuerpo— que era el dueño del hotel quien la había aconsejado que se acercara a ese señor, diplomático/tienen dólares/les gusta gastar/vienen por poco tiempo; y ella le había creído y ya no le importaba que fuese cierto sino sólo, sólo tan sólo que lo quisiese tanto, tanto como para ser su mujer, lo que él quisiese, su hembra, su sirvienta, todo lo que él pudiese mandar, todo lo que él pudiese desear y que ya ella, sólo por eso, sólo por eso ya quería.

Habían perdido objeto las ficciones perseverantes. El taxi que los sacó de la casa de citas se encaminó a la casita de barrio y allí ella pidió al Capitán que se bajase y se quedase a pasar la noche con ella y él que no, que esperaba a las tres de la mañana una llamada de la secretaria de la embajada, y ella ¿qué secretarias serán ésas que llaman a esa hora? y él que es cuando la línea está más libre y menos expuesta a interferencias, para asuntos tan delicados. Y ella no le creyó pero volvió a echarle los brazos al cuello y a jurarle que era verdad, verdad por Dios y la Virgen que lo amaba, que nunca había querido así, como una perra, y que ya ahora sí que no sabía nada de la vida; y al chofer "Por un momento, bájese" y el Capitán "Es ya muy tarde, está muy frío, dejémosle que vuelva" y ella que "Puedo darte cualquier prueba"; y había volcado su cabeza llorosa en las rodillas del Capitán y él la había dejado hacer vigilando el contraluz del chofer que fumaba sobre un borroso resplandor de esquina y ella le había dicho "Ahora más que nunca, ahora te llevo en mí para siempre", y él había sentido la obligación de besarla en los labios y acompañarla hasta la puerta y volver a besarla y prometerle la noche del día siguiente y quizás, no era seguro, alguna noche más.

Pero volvió al hotel, pidió la comunicación y se acostó a considerar la estafa. La voz de Marie-Louise sonaba a furia: ¿Dónde estabas? Te llamé a las doce, te llamé a la una, ¿dónde estabas? El Capitán resucitó instantáneamente a Dulaurier: Un tallador de piedras preciosas, orfebre o algo así. Después te explico. Ella no pareció apaciguarse: ¿Y cómo van las cosas? ¿Hicieron de una vez ese maldito análisis? Sí —dijo él—. Salió bien y lo aceptan. Mañana, con Marcel,

arreglaremos todo... Ella dio su ultimatum: ¡Mañana o voy allí! y él: Mañana. Y cuando ella iba a cortar: Una cosa, una sola cosa, mi amor. ¿Qué cosa?, dijo ella. Que ahora sé que te amo. No es el mejor día ni la mejor hora para creértelo, dijo la voz (que seguía estando áspera) Bonne nuit.

MARIE-LOUISE

MARCEL no quebrantó la promesa, a partir del momento en que la contrajo. Pero él sabía —y retuvo— que ya había dicho lo que tenía que decir, la noche antes. "¿Qué hay de esos análisis?", había preguntado Marie-Louise. "No creo en los análisis", había contestado Marcel. "¿Cómo que no crees?" "Sí, más claro: no hay tales análisis". "El Capitán me habla todas las noches de esos análisis... ¿me está mintiendo?" Y él, no podría nunca saber si para asumir su mal minuto de venganza: "Oh, no hay que tomarlo muy en cuenta. El Capitán está muy entusiasmado..." "¿Entusiasmado con qué?" "Bueno, mejor dejarlo..." "¿Entusiasmado con qué?, te pregunto", había endurecido la voz de Marie-Louise. "Bueno, no creo que tenga ninguna importancia..." "Te lo pregunto por tercera vez, si es que me oyes: "¿Entusiasmado con qué?" "Entusiasmado con una chica, que él dice que fue Miss Uruguay..." "Y tú ¿qué haces?, ¿por qué no vas y le arrebatas el paquete?", había replicado en seguida Marie-Louise, para no acusar ante su antiguo amante el golpe de la increíble revelación. "No puedo, no me deja entrar en su pieza..., se ve que no quiere desprenderse de las cosas hasta que él mismo pueda entregarlas... No se fía de mí, parece que tuviese algún temor... y nunca ha hablado de reconocer mi parte". "Déjalo por mi cuenta", había contestado Marie-Louise, sin más explicaciones.

Al mediodía siguiente, almorzando en el restaurante chino, Marcel no podía alejar el pensamiento de que acaso, a aquella misma hora, Marie-Louise estuviera disponiéndose a empren-

der el viaje. "Déjalo por mi cuenta" no podía tener otro sentido.

Él mismo, en ambiguo acto de contrición, había tenido la idea del almuerzo en los chinos; había llegado al hotel con una pelirroja a quien había presentado, simplemente, como "una amiga" (y al Capitán como "un amigo") y había propuesto "ir a buscar a tu chica", también sin mencionar el nombre (que seguramente ignoraba).

Marta Luz se sorprendió alegremente al ver llegar al Capitán. Aquello le pareció la aceptación de sus juramentos de la noche anterior. Estaba recién levantada, envuelta en un kimono; prometió estar lista en diez minutos y estuvo en quince. Se acomodó al lado del Capitán, reclinó su cabeza en el hombro de él, en una pose de cariño que no podía pasar por languidez ni cansancio a las doce y media de un día que hasta un rato antes había pasado durmiendo.

Ya en el restaurante, Marta Luz se dirigió al Capitán, pero proyectando la broma hacia todos: "¿Te rezongó mucho la secretaria?". El Capitán, siempre en las nubes: "¿Qué secretaria?" y luego, corrigiéndose sin habilidad: "Ah, sí, ya sé... No, no mucho. Pero había llamado ya dos veces en la noche". "La secrétaire est bien jalouse", dijo Marcel, utilizando el francés para que el Capitán lo comprendiese y Marta Luz no.

Marcel estaba muy jovial y pedía los platos de la comida china en su nominación francesa. El viejo chino, que decía haber trabajado en un restaurante oriental (que Marcel recordaba y describía como de paredes rojas) en la Rue Royer-Collard, de la Rive Gauche, sonreía y apuntaba en su angosto bloc: "Poulet aux amandes, Porc à l'orange, porc au bambou". Trajo asimismo las tazas de arroz y Marcel demostró una gran destreza al alzarlo con los palitos, que bailaban entre sus grandes dedos. El Capitán parecía más orgulloso y novelero que la pelirroja, ante las demostraciones de Marcel. Y cuando pidió té de jazmín y los obligó a tomar una insulsa infusión fría en lugar de vino (un pobre sucedáneo del agüita de coca, pensó el Capitán) Marta Luz condescendió a pensar que este señor era un gran caballero, un hombre de mundo, y

remató con un pensamiento ilustre acerca de todo lo que se aprende viajando.

Detrás de esa jovialidad de Marcel, el Capitán —renombrado por su candidez— advirtió una nota atolondrada y ficticia, una inseguridad, una ausencia de aplomo, una fiebre de prestidigitador que nunca le había visto ante él y Marie-Louise juntos, y que le parecía absurdo que ahora experimentase a causa de estas dos mujeres. "...El arroz es el pan y también comen una especie de tallarines fritos". Marta Luz hubiera querido probarlo todo, y Marcel insistía en las virtudes de la cocina china —"muchos platos, un poquito de cada cosa y, en conjunto, una cocina muy liviana, sin problemas para la digestión"— hablando y sorbiendo buchitos de un té de jazmín que dudosamente podía gustarle tanto como decía, si por detrás de sus palabras se atendía a su rostro. "Nada con cuchillo, eso sí. Todo en trocitos, nada con cuchillo..."

Y después del almuerzo propuso ir a tomar café a otro lugar y luego se le ocurrió en taxi ir hasta la Barra, en busca de un yate que decía haber apalabrado. "¿Apalabrado para qué?", preguntó la pelirroja. "Para algunos negocios que pueden requerir navegación", contestó maliciosamente Marcel, que parecía haberse emborrachado con té de jazmín, al punto de haber perdido la discreción habitual, ante una mujer que era visible que no le interesaba. ¿O es que precisamente quería alejar a las mujeres del centro de la sospecha, haciéndoles pensar en un contrabando marítimo? La idea de esta posible astucia pasó por la perpleja cabeza del Capitán.

En el viaje, Marcel se ocupó estrechamente de la pelirroja y echó al Capitán, contra su notoria desgana, en los brazos de Marta Luz. ¿Volvería ella a los fuegos engorrosos de la noche anterior?...

Al llegar a los accesos del puente, Marcel despidió el taxi con una declaración que sorprendió al Capitán: "Ya veremos en qué se vuelve, ahora vamos a pasarnos acá como dos horas".

Y, efectivamente, los llevó a enfangarse por la orilla izquierda, baja y cenagosa del Santa Lucía, preguntando por un yate "Oriflamme", que nadie conocía y que Marcel aca-

baba probablemente de inventar. Ponderaba el aire puro, la brisa que venía del río, la hermosa tarde que estaban pasando aunque el "Oriflamme" no apareciese. Las mujeres, cada vez más lacias y extenuadas, no parecían creerle. La tarde de mayo, al cabo de ese tiempo perdido, se puso a terminar a borbotones en un crepúsculo efusivo, en abanico sobre la otra margen del río y hacia los bajos de la barra misma. Entonces, olvidándose del "Oriflamme" y de la necesidad de encontrarlo, Marcel dijo de pronto que se hacía muy tarde y que debían regresar. Demoraron en hallar un taxi, dieron con uno frente al rosedal de Santiago Vázquez. Se hizo noche cerrada antes de que llegaran al centro y lo atravesaran, rumbo a Pocitos.

Marcel prefirió despedir el taxi en la rambla y abordar el hotel a pie. Había ofrecido la perspectiva de un whisky para reponer las fatigas del río —así dijo, de un modo taimado— y quería afrontar el hotel a pie, como último ejercicio. Como la confirmación de algo que había estado tratando de emboscar con palabras y ardides y barcas imaginarias a todo lo largo de toda la jornada, vio recortarse la inconfundible cabeza en una habitación del sexto piso, recuadrada por la luz de la ventana que daba exactamente encima de la habitación del Capitán. "Regarde —dijo sin admirarse demasiado— elle est là". Parecía aliviado de que al fin su predicción se hubiese cumplido y hubieran dilapidado tan bobamente el tiempo que los separaba de la amenaza. "Sí, sí", dijo el Capitán, sin atinar a nada, atribuyéndolo todo a su tardanza de la noche anterior.

"Los vi claritos en el centro de la calle, al pasar por la zona de un farol —diría después Marie-Louise—. Abiertos, como se avanza a la descubierta, tú y Marcel y la negrita y esa otra mujer chiquita, la única a la que el pelo le brillaba al pasar bajo el farol. ¡Lindas parejas!". Pero esto lo dijo al mucho rato, o acaso al otro día por la mañana, cuando ya su ira se había desvanecido por completo. Lo que el Capitán tenía ahora ante sus ojos era la silueta de la cabeza romana, espiando sobre un fondo de luz los movimientos de la noche y del mar, cerca y más lejos.

"Tomen ustedes ese whisky", dijo el Capitán. "Yo tengo que subir un momento". Se dirigió a la recepción del hotel, mientras Marcel y las dos mujeres entraban al bar. "¿Ha llegado una señora Marquet?". "Sí, señor, 607", dijo el recepcionista. "Ha dejado un mensaje para usted. Sírvase". El Capitán no precisó abrir el mensaje. Tomó el ascensor, subió al sexto piso y golpeó en la habitación 607.

"¿Por qué viniste sin avisarme?", preguntó, tratando de tomar una ofensiva imposible. "Para ver lo que he visto", dijo ella. "¿Qué has visto?" "Supongo que a Miss Uruguay", dijo Marie-Louise. "Aquí coronan a las mujeres pelirrojas, por lo visto". "No es ésa", dijo ominosamente el Capitán. "Oh, debí figurármelo, a las negras", dijo desdeñosamente Marie-Louise y echó atrás la cabeza, en el corto espasmo de una risa insincera, penosamente provocada. "¿Has venido por un chisme?", preguntó el Capitán. "Oh, seguramente Marcel... por eso hoy..." "No fue Marcel —negó Marie-Louise—. ¿Qué importa quién fue? ¿Es o no es cierto?" "Bah, dijo el Capitán. Es una pobre chica, ni Miss Uruguay ni nada. La reina del Carnaval que pasó..." Ahora sí Marie-Louise se rio con ganas. ¿Por celos de la reina del Carnaval que pasó había hecho ella su viaje? El Capitán se lanzó repentinamente a una actitud de fuerza: abrazarla. Ella no consintió pero tampoco lo rechazó demasiado. "¿Qué hay de los análisis?" —dijo— "¿Se hizo o no se hizo el negocio?" "Lo del negocio pregúntaselo a Marcel —respondió el Capitán—. "Habla de candidatos que no nombra, y me parece que no tiene más candidato que él..." "Eso no nos importa" —dijo ella—. "Habíamos convenido que esta vuelta era suya..." "Sí, pero ya lo verás desaparecer para las vueltas restantes: es un fracaso como hombre del hampa". El Capitán sentía —como nunca en su vida— una oscura necesidad de denigrar, porque ahora sabía con certeza que había sido espiado y vendido, y que Marcel había tenido ese sucio papel al lado suyo... "Y tú, ¿en qué viniste?" "En Aerolíneas", dijo Marie-Louise, "Insisto en que me expliques quién es esa mujer". Y el Capitán: "Quisiera saber antes quién te arregló el asunto del pasaporte vencido". "Lucha de Sánchez, con los amigos que tie-

ne... Entre los que figura últimamente, en primera línea, el General Ichazo. Lucha de Sánchez, ayer, en menos de tres horas... Cuando tú te empezaste a demorar por tus líos con Miss... Carnaval. ¿Qué me cuentas de tu negrita?" "Es una pobre chica, de ésas que corretean por los halls de los grandes hoteles. No te ocupes de ella..."

Quien se estaba ocupando de ella era Marcel. La pelirroja había advertido algo extraño y había resuelto irse. Sin hacer un solo esfuerzo, Marcel la había dejado partir. Hubiera querido que Marta Luz también se fuese, para poder subir a la habitación de Marie-Louise, presentarse a ella, verla cara a cara después de los meses del viaje y los días del teléfono y entrar a saco en el corazón de la historia suspendida, de la peripecia a medio hacer que ellos tres estaban viviendo.

Pero Marta Luz no daba muestras de querer retirarse. Marcel había pedido los whiskies y al cabo de un rato, ante sus grandes ojos abiertos de muñeca, estaba contándole un safari leído en París-Match como una aventura real vivida entre elefantes y leones. Se abominaba por estar mintiendo así, tan sin objeto, pero por suerte ella le parecía tonta, con sus monótonas exclamaciones en "o" (Oh, oa, oia) que filtraban indiscerniblemente admiración, cansancio, desapego, fastidio, impaciencia. De tiempo en tiempo, en medio de los leones, Marcel la veía echar miradas hacia la caja del ascensor. ¿Estaría esperando que el Capitán volviese?...

El telefonista pasó una llamada al bar: "Señooor Hugo!" Era el Capitán: "Dile cualquier cosa y que se vaya. Y tú sube al 607, que está Marie-Louise y tenemos que hablar los tres".

Marcel volvió lentamente a la mesa, se inclinó ante Marta Luz, demasiado ceremoniosamente para la actitud de ella, que lo miraba sin haber comprendido: "Me llaman desde arriba. Hay algunas pequeñas complicaciones... ¿Usted sería tan amable de esperar un momento?... ¿No tomaría otro whisky, mientras yo vuelvo?" Y ella asintió, con una pesadez que le venía seguramente de toda la tarde, del pollo a las almendras, del sol reverberante en la lámina del Santa Lucía, de la carga de fango en los zapatos, de la torpeza de no haber entendido la situación. "Sí, —dijo, ligeramente asombrada—. Si no es por mucho tiempo, yo los espero..." y él, viendo en otra mesa la solución salvadora y alcanzándole el mazo de cartas. "¿Qué le parece un solitario para acompañar el whisky y pasar el ratito?" Y ella, tomándolas y dejándolas: "Oa, no entiendo las barajas francesas..."

Cuando compareció ante Marie-Louise, Marcel debe haber sentido que se le echaba encima, de golpe, el cansancio de todo el día: también sus zapatos le parecieron más pesados y su voz más opaca: "Qu'est-ce-que tu fais?", preguntó. Y ella, suprimiendo el francés para que el Capitán, derrumbado en un sillón, no quedara excluido: "He venido, como te dije anoche". Marcel no se animó a decir que anoche no lo hubiera entendido así. Pero omitió mirar al Capitán.

Desde su posición desarmada, el Capitán advirtió que ellos dos se habían encontrado sobre zonas de emoción totalmente muerta. Habían pasado a ser dos socios, ni más ni menos. Dos socios sin afecto societario. Eso se había ganado y el Capitán estaba dispuesto a celebrarlo. No para festejar nada, sino para seguir expidiendo responsabilidades, Marcel quiso aplicar a Marie-Louise la receta que le había salido tan bien con Marta Luz: "¿Tomamos un whisky?" "Cuando lo hayamos conversado todo, a lo mejor sí. Pero ahora vamos a hablar de la cuestión que me ha traído, que no es por cierto la de tomarme una copa"...

Hablaron de la cuestión y Marcel volvió a invocar socios que no nombró; pero se animó por lo menos a caracterizar a uno de ellos, un francés gordinflón (y el acento despectivo no parecía cebarse tanto en la gordura como en la nacionalidad, como había hecho otras veces en el pasado para suscitar la ira patriótica de Marie-Louise y trabajar desde ese punto de partida), un francés gordinflón que sabe todo lo que hay que saber de estas cosas, un tipo que parece de ésos de la maffia, un gangster verdadero... "O por lo menos, con un irreprochable physique du rôle". Pero el francés, explicó, dilataba el momento de comprometerse, y acaso habría que acabar buscando otra gente... El Capitán sintió que aquellas vacilaciones de Marcel lo absolvían, a los ojos de

Marie-Louise. No era por los análisis imaginarios ni por haber andado paseando con la Reina del Carnaval... Y en ese momento, en efecto, Marie-Louise dijo: "Así que todo no estaba tan bien arreglado como me habías dicho por teléfono..."

Después, cuando en el Juzgado Marie-Louise quiso salvar al Capitán con la versión de que él era inocente de lo que ella había metido, en connivencia con Marcel, en los fondos de la maleta azul, y cuando quiso explicar que ella había intentado reanudar el trato con Marcel sin que el Capitán se enterase, pero que "el Capitán se había puesto entre nosotros dos como un perro guardián", ella había dado una imagen de tensión y de celos que en ese momento —y desde la entrada de Marcel a la habitación y su frío beso en la mejilla de la mujer— no había existido.

El Capitán había presenciado ese beso, que ni siquiera se había duplicado ritualmente en la otra mejilla, y había sabido desde ese instante que los tres podrían salir a comer juntos esa misma noche y errar acollarados por bares, por restaurantes y por cines, todos los días que demorase el trato con el francés de la maffia o con cualquier otro comprador. Y que las palabras celos, explicación, reconvenciones (y aun la que había usado Marie-Louise en Buenos Aires: "gratificación") tenían muy poco que ver con esta lenta historia de traficantes mal aprendidos que los tres, solidarios en el riesgo y la novatería, tendrían que obligarse a vivir juntos, juntos y en una ciudad desconocida, por fuerza de las estúpidas circunstancias. Como el día en que él había sido herido cerca del Gallo de Oro... y se dejó llevar por sus recuerdos y dejó de escucharlos y ellos pasaron rápidamente al francés y comenzaron a hacerse reproches, pero solamente acerca de los detalles del negocio que Marie-Louise había entendido mal (eso decía Marcel) o que Marcel había trampeado por impaciencia y ambición (eso decía Marie-Louise).

Marcel, visiblemente, ya estaba despedido como antiguo amante: despedido sin honores expresos, por simple obra del tiempo. Pero como socio, Marie-Louise podía aceptarlo sin ninguna emoción y (se veía ahora) con un desapacible desconcepto,

como si lo hubiese magnificado en el período de ausencia y ahora estuviera dándose cuenta de su error. *Ah, sí, esto es cierto. Le diré que me encontré a un hombre más desguarnecido, más lleno de titubeos y de miedos y de irresoluciones que el que yo había tenido junto a mí por años de años, actuando por sí y por mí, decidiendo por sí y por mí en todos los años de Río y de Chile... Ahora era yo la que debía decidir por ellos dos, poner una cabeza fría y tomar las determinaciones principales en un asunto que habían dejado borronear y casi perderse, los dos en el juego tonto de comer en restaurantes chinos y de pasear por la orilla del río en busca de lanchas imaginarias...Ah, qué tontos me parecieron los dos... Pero a uno lo quería y lo disculpaba... y en cambio al otro, con su pelito cortado a navaja, con su obstinación en no querer envejecer después de tantos años de mala vida, con su flequillo de joven y su cara gastada y semibarbuda después del día vacuo que había pasado y hecho pasar a los demás, me pareció más criatura aún que el Capitán, más patético, más caído en un pozo de miseria, más empezado a desnudar por la muerte...*

"¿Salimos a comer?", propuso el Capitán. Y Marcel, aprovechando que Marie-Louise había pasado al baño contiguo: "Todavía está ahí, no he conseguido que se vaya". Entonces el Capitán usó —por una sola vez— de la ventaja que le daba esa certidumbre de haber sido entregado en toda aquella parte de la historia: "Te damos media hora, vamos a esperarte aquí. Ponla en un taxi, explícale lo que quieras pero que se vaya. Media hora y te esperamos aquí... Por favor, que se vaya".

Marcel bajó sin protesta. Marta Luz estaba todavía allí, embrutecida, detrás de otro whisky. Marcel se sintió desfallecer de pronto, no quiso rebuscar explicaciones: "Usted y yo nos vamos —le dijo—. Ha venido la secretaria de Buenos Aires y está furiosa..."

"¿La secretaria de Buenos Aires?", preguntó la mujer. "Así que era cierto? Pero él no puede..." Él la fue llevando hacia la puerta, mientras le daba más razones, aproximando su cabeza al oído de la mujer. "Pero, pero...", balbuceaba la mujer, sin ocurrírsele las frases. "¿A usted qué puede impor-

tarle?", decía Marcel. "Un boliviano tan simple, que sólo sabe hablar de su automóvil..." Y sin embargo ella, mientras los dos se perdían en la noche, insistía en soltar "Pero, pero...", en la actitud de no querer resignarse.

MARTA LUZ

SI YA SABE esas dos cosas —que soy Marta Luz Silveira y que en el Juzgado, conmigo, no pasó nada —¿qué más quiere? ¿Que le cuente la historia de mi vida?... No creo que su amistad con el Capitán le dé el derecho... Ah, ¿la que tiene conmigo? Eso ya es mejor...

Bueno, si total esa parte él ya se la contó... y no sé cómo se la contó... Mire: lo vi en el hall del hotel y trabamos conversación. Así empezó la cosa. No voy a negarle que el hotelero, que es un tipo de lo último (ya no trabajo más allí, después de lo que le hizo al Capitán...) que es un tipo de lo último y un delator y un espía, me dijo que ese señor, y me lo marcó con el dedo, era un diplomático extranjero con mucha guitarra y que se ve que era un farolero y que le gustaba gastar... y gastar con mujeres, si le aguantaban la lata... Ellos dan estos datos y después van una comisión ¿usted sabía? Entonces —pero piense que yo no lo conocía al Capitán, y sacarle la guita a él era como sacársela a un desconocido— entonces me arrimé y me puse a esperarlo. Él vino hasta un revistero, hizo como que buscaba una revista y me habló. Así fue que entramos en relación...

Mire, al poco rato ya me gustaba. Me gustaba porque era un perfecto caballero, muy fino, muy cumplido... ¿cómo le digo?, muy comedido: se adelantaba a mis gustos para ofrecerme lo que pudiese estar queriendo y bueno, sí, cuando los días pasaron empezó a hacerme regalos... Plata no, pero regalos. Se asombrará si le digo una cosa: los primeros días no, los primeros días yo iba por los regalos. Pero cuan-

do los mejores regalos empezaron a venir —este anillo, por ejemplo— yo ya no me acercaba a él por interés, le juro que no. Sí, ¿para qué negarlo?, me enamoré de él. Y él decía que se había enamorado de mí... ¿Que si lo creo? Bueno, si tengo que contestarle por lo que hizo al final, no puedo creerlo... pero por lo que estaba pasando en esos días sí. Era cariñoso, era muy educado... yo digo era, era, era, como si estuviese muerto... Pero está preso y lo nuestro está perdido y yo supe cosas de él que él no me había dicho y mentirme así porque sí no es de enamorado, y yo tengo que pensar en él como si estuviera muerto, discúlpeme... Bueno, como le digo, por lo que pasó en aquellos días, para mí que fue amor de los dos... y si yo pienso bien y me olvido del orgullo, para mí eso sigue.

Seguro, el Capitán mentía. Mentía como obligado, no mentía por gusto... Él estaba en un lío y en algunos casos se ve que tenía que mentir. Por ejemplo: cuando le hablaban por Larga Distancia. Él no me decía nada, si yo no le preguntaba. Y si yo iba y le preguntaba, él me decía que hablaba con su secretaria de Buenos Aires, por negocios que estaban muy complicados. Tan complicados, decía, que no me llamara la atención si algún día, de golpe, él desaparecía... Yo no me ponía a llorar, no vaya a creer, pero los ojos se me ponían como húmedos y él se daba cuenta y me tranquilizaba: Que no, que no, que él tenía que buscar la manera de no desaparecerse nunca de mi vida... Y parecía sincero y como preocupado cuando lo decía... Que era difícil, porque el negocio, que nunca me dijo cuál era, pero que yo sospechaba que era una cosa medio sucia de ésas que hacen a veces los diplomáticos, contrabando o algo así, se había puesto muy complicado y a lo mejor, por una semana o dos, él tenía que desaparecer, pero que después volvía, que no fuera a llorar, que él me quería, que estar al lado mío lo ponía muy contento y que él no iba a ser tan bobo para perderme... Le digo que parecía sincero, pero también preocupado cuando me lo decía: como si tuviera que estar atando dos piolines al mismo tiempo, como si me tuviera a mí de este lado y algo allá, y no encontrara

modo de arreglo... Y entonces, ¿sabe qué pensé? Que el Capitán era casado con esa mujer que lo llamaba de noche, de madrugada desde Buenos Aires, y que él siempre quería estar en el hotel de vuelta para la hora que ella lo llamase... Que era casado y que estaban peleados y la mujer insistía en arreglarse. Y cuando apareció ese tipo que no me gusta y a lo mejor es el culpable de todo lo que ahora le pasa al Capitán, ese tipo con dos nombres que le llaman Hugo y también le llaman Marcel, yo pensé que era un pariente de la mujer o cosa así, y que venía a tratar de arreglarlos... y pensé entonces que mi felicidad duraría hasta que ese Hugo se saliera con la suya y los arreglara... Dígame cómo armé todo aquello en mi cabeza... No sé. Sé que lo creí y cuando lo creí todo empezó a parecerme claro: el Capitán tenía líos con esa mujer que era su señora y el cuñado ése, o lo que fuera, presionaba para que hubiera arreglo y por eso a veces el Capitán le tenía como miedo... Porque le digo que ese tipo del pelito corto, Hugo, lo dominaba, lo mandaba hacer muchas cosas y él no se jugaba... Claro, ahora sé que no lo dominaba para reconciliarse con la mujer sino que parece que al revés, que el tipo ése también tiene interés en la francesa y es el intrigante que la hizo venir a traición para quedarse con ella y sacársela al Capitán... Y ahora sé que cuando el tipo ése lo mandaba hacer cosas al Capitán y él se quedaba sentado o escondido, sin correr peligro, la historia no era una cosa de hombres y mujeres, como tantas veces, sino de cocaína y todo eso... Pero yo no sabía nada de eso cuando estaba saliendo con el Capitán y lo que puedo contarle y que a usted tal vez le interese para defenderlo, aunque no sé si le servirá para algo, lo que quiero decirle es lo que yo me imaginaba antes, las suposiciones que me hacía y el miedo que tenía de perderlo y por qué tenía ese miedo... Bueno, ya sé que dicen que el Capitán era medio bobo, y eso fue lo que me dijo el tal Hugo la noche que me sacó casi a prepotencia del hotel y yo estaba medio borracha, pero me acuerdo muy bien de todo lo que me dijo: que el Capitán era un estúpido, que se la pasaba hablando de su automóvil como si

fuera la única conversación del mundo, que tenía mujeres y no sabía tratarlas y las dejaba perder y que conmigo iba a pasarle lo mismo y que yo ya iba a sufrir un gran desengaño, y que ahora había venido la rubia ésa y le había armado un escándalo y él se había achicado y ni se animaba a bajar para despedirse de mí, y dale que dale... Mire, para mí el grandote ése, que tiene una cosa como desagradable por más que si usted lo mira bien es un buen mozo y viste bien y todo eso, quería tirarse un lance conmigo, como si estuviese tan caída de golpe, porque el Capitán se hubiera escondido, que tuviese que ir corriendo a caer en brazos de él, de ese Hugo...

Mire, ahora cuando lo pienso me doy cuenta de que yo jugué mal todo este asunto, y por eso perdí... Cuando vi que ese Hugo había entrado a dominar al Capitán, quise jugarme el todo por el todo, y entonces quise tirarme a la verdad... Pero lo hice como una idiota... Llegué al hotel con mi hijita y dije que era una nenita amiga mía, ¡y mire si yo iba a tener una amiguita de tres años, a quién se le ocurre!... Pero llevé la chiquilina sin pensar, porque yo estaba enamorada del Capitán y no quería perderlo y decidí jugarme la carta con ella, como si la llevara de mascota a un partido de fútbol, una cosa así, como a veces la llevo para que gane Peñarol, y le compro helados y pop y chorizos y café y cuanto hay y la chiquilina pide más cosas, porque está aburrida, y al final se empacha... Mire, así la llevé, si seré estúpida... como si aquello fuera un partido de fútbol. La chiquilina se aburría y el Capitán le dio un mazo de barajas francesas, como al día siguiente el coso ése, Hugo, quiso darme a mí, como si la chiquilina y yo tuviéramos la misma edad, fíjese... Y la chiquilina tiró arriba de una alfombra todas las cartas, con sus tréboles y esos corazones y esos cuadritos y esas figuritas como príncipes antiguos, y mientras tanto el Capitán me hablaba y me decía que él también tenía un hijo, aunque yo no le había largado todavía que la botija fuese mía, pero se ve que él lo pensaba desde el principio... y se ve que la vista de la nena lo enterneció, aunque después, esa misma noche, más tarde, me contó toda su vida y entonces supe que su mujer era otra y que el hijo de él era más grande que mi nena... Bueno, llevamos a la chiquilina a mi casa y en ese momento no le ofrecí bajar y seguimos, y cuando estábamos otra vez en viaje, él me agarró fuerte y empezó a besarme y entonces, pero recién esa noche, no antes, nos fuimos a un mueble... Mire, desde que mi marido me dejó —y ése es otro tipo peor que el Hugo, un tipo que no vale la pena ni nombrarlo, y que después fue preso por querer explotar a otras mujeres...— desde que mi marido me dejó, sin divorcio ni nada nos dejamos, yo empecé a hacer amigos... Una cosa discreta y por la noche, en el hall de los hoteles, primero en dos del centro y después en ése de Pocitos, una cosa que ya la gente sabe cómo se hace y en Norteamérica dice que mandan un billete de tantos dólares partido a la mitad y el cliente se queda con la otra mitad para cuando una venga con él y aquí eso no se usa pero hay modos, formas de hacer que todo el mundo sabe... una cosa discreta, no eso de hacer la calle, que es la miseria de las miserias... Y entonces, como empecé a hacer amigos, creí que ya no iba a enamorarme más en mi vida y que todo se había acabado y que tenía que cuidar a mi hijita porque el padre jamás iba a ocuparse de ella, y cuidarla y cuando tuviera la edad mandarla al colegio, y a un colegio bueno si puedo, porque ella es hija de matrimonio y todos los papeles están en regla, no vaya a pensar, y creí que todo lo que me quedaba en la vida era ser buena madre y cuidar a la chiquilina pero amor nada, amor con nadie nada, eso me parecía muerto aquí, muerto aquí arriba que es donde las cosas grandes mueren... Sí, todo lo que quiera, pero cuando esa noche me fui con el Capitán la cosa fue distinta... Porque primero desperté a la fiera y lo hice porque quise y con todas las ganas que tenía de más joven, mire, las ganas que yo había perdido para siempre, y cuando lo hice así y vi que él también lo hacía así me di cuenta de que nos queríamos de verdad, de que no eran macanas ni plata ni programa, que yo lo haría mil veces aunque no me regalara nada... porque igual lo que me regalaba nunca pensé en venderlo, y

que él no lo hacía por divertirse y pasar unos días, porque esa noche, tirado en la cama del mueble (y yo lo veía por el espejo y sobre el fondo de una pecera con luz mientras me hablaba) me contó su vida que es como una novela, el padre que le habían matado los indios y su mujer boliviana y sus heridas en la guerra y el montón de operaciones y el hijo... Bueno, todo menos lo que no le perdono: siguió haciéndome creer que la francesa era la secretaria... Bueno, yo no sabía entonces que era francesa y él me decía que era la secretaria de la embajada y yo pensaba que sería boliviana, igual que la esposa. Y también quiso saber lo del concurso de belleza y yo, que hasta entonces no había querido decírselo, se lo dije. Usted ya sabe la historia porque cuando se destapó este tarro, los diarios —que revuelven todo lo que pueden en la vida ajena— dijeron que el capitán "se había ligado con una ex reina del carnaval" y ésa soy yo. Son puros títulos y poca plata, porque hay gente que a usted le tira la coima y tipos con los que tiene que acostarse y porquerías del año que pida... pero una sale de noche, bien pintadita, rodeada de las otras que la odian porque usted gana más, y tirando besitos y flores por el corso... Mire, yo no sé si al Capitán le gustó pero yo tenía que contestarle la pregunta que él me venía haciendo dele que dele, y no sé quién le habrá metido en la cabeza que yo había sido Miss Uruguay y yo no quería mentirle porque yo lo quería, y cuando me doy me doy... Bueno, tampoco era cuestión de fijarse, porque él me habló del padre asesinado por los indios y de los chantajes de plata que le hacía su mujer en la Embajada, desde que estaban separados, y esa noche todo lo dijimos a suerte y verdad y a ninguno de los dos se le pasó por la cabeza mentir o cambiar las cosas para que le gustaran más al otro... Así es la vida y así la vimos los dos esa noche, que fue la noche más grande de todas, una noche de amor a todo lo que daba, a todo lo que daba el amor y a todo lo que dábamos nosotros como cuerpos, que... ¿para qué le digo?... fue bastante.

Ésa, ahora se lo digo, fue la única noche íntima con él, aunque en el Juzgado me hayan querido rebuscar con preguntas ridículas, como ésa de "Diga de cuánto databan sus relaciones íntimas con el procesado", como si hubiera sido toda una larga historia de amor y como si toda esa historia hubiera pasado dentro de la cárcel, y con un preso... ¡Hágame el favor!

Al día siguiente, fue la gran sorpresa: a mediodía aparecieron por mi casa, que el Capitán sabía dónde era desde la noche antes y yo le había apuntado bien la dirección porque pensaba, pobre de mí, que la noche siguiente, en cuanto la nena se durmiera, quería tenerlo allí y no en los muebles... aparecieron el Capitán, ese Hugo y una peticita pelirroja, que yo no había visto nunca en mi vida pero que hizo en seguida como si me conociera, porque se ve que era de las del yiro en la calle y le había hecho creer al Hugo que frecuentaba los hoteles... Bueno, esa vez fuimos a almorzar los cuatro al restaurant chino, y ese Hugo se hacía el chistoso y el sábelotodo y pedía platos en francés y nos obligaba a tomar un agua caliente con gusto a flores marchitas, casi casi que el agua del florero puesta a calentar, y el Capitán estaba como embobado. Le festejaba todo, parecía orgulloso de tener un amigo que hablaba de París y de la gran vida y no era ningún mérito porque es de por allá... y después el Hugo ése, que mandaba ese día más que nunca, decidió que fuéramos a Santa Lucía y cuando llegamos empezó a buscar un yate para hacer un paseo... La pelirroja que iba con él se ve que estaba encantada, pero yo no... aunque sé que el Capitán, por más dominado que el otro lo tuviera, me iba a proteger llegado el caso de que el Hugo quisiera pasarse... Sí, porque yo nunca he subido a yates —ni tampoco ese día, porque no lo encontramos y parece que al final era un cuento, como me dijo el Capitán bien al oído, cuando veníamos de vuelta— pero tengo amigas que dicen que es muy peligroso subir a un yate con hombres porque después el yate sale al mar y los hombres le hacen a una cualquier cosa —sí, eso que el diccionario dice torito o vaquita joven, pero que en boca de los brutos es otra cosa— y no tenés derecho a protestarla y no vas a tirarte al agua y ahogarte por una patota de ésas, sobre todo si en cuanto sale el yate se

ponen a chupar y se emborrachan... Pero el Hugo solamente nos hizo embarrar todos los zapatos, porque los tacos se hundían en el suelo blandito de la orilla y él preguntaba por un barquito de nombre raro que nadie conocía por allí... Esa tarde me afirmé en que eran contrabandistas pero que Hugo era el capo de la banda y el Capitán iba como obligado, no sé por qué pero iba como obligado... El Capitán quería tranquilizarme a la vuelta con eso de que el barquito no existía pero yo entonces sentía más miedo, porque pensaba que el Hugo era loco y tenía al Capitán en sus manos, y entonces me ponía a pensar cosas peores... Después vino la vuelta y la cabeza aquella en la ventana, que yo la vi, no vaya a creer que no la vi aunque al principio no me di cuenta de nada, era una mujer mirando y mirar es gratis, después, cuando subió primero el Capitán y después subió Hugo y me vino con la historia de la mujer que había llegado y estaba furiosa, empecé a despertarme, por más que ya a esa altura —por instinto, no sé explicar por qué— yo me había puesto a tomar como una desesperada, sin saber que estaba desesperada, sin sentir que estaba desesperada, pero debía estar, debía estar si tomaba tanto...

Lo que haya dicho el Hugo ése me entra por aquí y me sale por aquí, porque ese tipo nunca fue amigo mío ni me importa. Pero al Capitán le tengo que reprochar su cobardía, esa cosa que tiene la gente que no afronta las cosas, y eso a mí me hace sufrir mucho... bueno, yo sé por qué y usted no lo sabe.

Mire, dicen que las mujeres de la vida se ponen sentimentales en cuanto tienen un amigo, y empiezan a contarle su vida... Usted no es mi amigo en ese sentido que ellas dicen, pero en otro ya puedo creer que sí... Yo podría decirle, como todas, que tuve una infancia muy desgraciada y echarle todas las culpas a la infancia. Y óigame bien: no le echo las culpas a mi infancia, pero tuve —le juro que sí— una infancia infeliz, una infancia llena de miedo, qué sé yo. Mire: mi padre, que se llamaba Afranio Silveira, había matado a un tipo en el Brasil y había disparado para aquí, pasando la frontera. Y no llegó más abajo porque lo atajó

el mar. Vivíamos en la Unión y él vivía siempre con el revólver al cinto y a la hora de acostarse ponía el revólver bajo la almohada, como otros ponen una medallita o una estampita o un crucifijo. Y en cuanto alguien llamaba a la puerta, cuando yo era chica, Papá echaba mano. Nunca nos dejó tener amigas, ni a mi hermana ni a mí... A mi hermano sí, porque los amigos de los varones se hacen en la calle y se ven en la calle. Pero a nosotras dos nunca nos dejó tener amigas, ni en la escuela ni en ningún lado, porque siempre vivió esperando la venganza y parece que creyera que podía llegarle con la niña más inocente, si alguien la mandaba a casa para ir abriendo puertas, como quien dice, y detrás de ella venía el asesino... Papá vivió esperando a ese asesino y poniendo trancas en las puertas y en las ventanas y pasando el revólver del cinturón a la almohada y de la almohada al cinturón, y saltando cada vez que sonaba el timbre... Y nunca salía. Creo que vivíamos con dinero que tenía que ver con el crimen, o algo por el estilo, porque Papá nunca trabajó ni nosotros pasamos miseria... Eso sí, el carácter de Papá era muy extraño, casi el de un loco, a veces lo más bueno del mundo, a veces no se podía ni hablarle... Y mamá fue siempre muy desgraciada... Algunas veces yo pensaba si el hecho en que Papá había matado no tendría relación con ella, un rapto o cosa así... Y después Mamá murió de golpe, ya nosotras dos éramos señoritas y Papá le había puesto a mi hermano, que era mayor que nosotras, un almacén en el barrio; pero mi hermano era un inconsciente y donde lo pusieran la cosa se venía abajo... Mamá murió de golpe y Papá empezó a tomar y parece que aquello le agravó la locura y salía al patio y tiraba tiros en la noche y a veces venía la policía y Papá en la borrachera deliraba y decía que eran brasileros y quería pelear y mi hermana y yo teníamos que abrazarlo, porque mi hermano nunca estaba en casa, y mientras una lo sostenía y al final lo acostaba la otra trataba con los comisarios; y así fue como hubo comisarios en la vida de las dos, cuando todavía éramos jovencitas... Ah, recuerdo una cosa absurda, eso que la gente llama una mueca del destino: cuando Papá murió hubo un cor-

tocircuito en la capilla ardiente y se apagó toda la casa en pleno velorio y nosotras, en medio de todo, nos reíamos bajito, de puro nerviosas seguro, diciendo cómo habría saltado Papá, revólver en mano, si hubiera estado vivo... Bueno, fue una desgracia que muriera pero más desgracia había sido que viviese siempre pensando en su asesino y haciéndonos cuidar a todos de ese asesino, y causándole la muerte a Mamá con aquellas locuras... Y después la desgracia siguió rodando, porque mientras dura jamás se para, y nos quedaron dos casas, la que vivíamos y otra, y un conventillo y el almacencito, el negocio pero no el local, y fuimos perdiendo todo después que murió Papá... porque mi hermano se emborrachaba y nosotros dos caíamos en manos de procuradores y escribanos y esa gente...

¿Ve?, por todo esto que le conté tan largo es que detesto la cobardía. Mi viejo era un cobarde que había tenido un momento de decisión y había matado pero después se había pasado la vida disparando como una rata y haciéndonos esconder a todos, a mi madre que era brasilera como él y la había traído en la fuga y a nosotros que no éramos brasileros porque habíamos nacido aquí... Y el Capitán, por eso le digo, también es un cobarde y acabó portándose como un cobarde. Varias veces, al día siguiente de aquella nochecita en que Hugo me hizo salir, en que me puso en un taxi y creo que se volvió al hotel a estar con ellos, varias veces al día siguiente lo llamé por teléfono. Pero se ve que el telefonista tenía instrucciones y no me dejaba pasar. Eso al principio. Porque el día en que se ve que lo llevaron, me contestó: "Ese señor ya no está más en el hotel", con un tono como si el Capitán se hubiera marchado sin pagar la cuenta... Y después al otro día, casi me muero: abro un diario, al ir a hacer una jugada de quiniela, y qué veo: la cara tristona del Capitán en el diario. Se lo pedí y el agenciero me lo dio: me fui corriendo a casa y me encerré a leerlo. Ese día no decían mucho, fuera del negocio de cocaína y la francesa y otros dos sujetos prófugos, que uno de ellos era el Hugo, que se iba salvando pero después cayó... Pero al segundo día ya hablaban de una prostituta, y bueno, esta

gente no se para en chiquitas, vi que esa mujer era yo y pensé que el Capitán iba a dar mis señas y que vendrían a buscarme y me quedé quieta y así ocurrió... Mi parte es muy menor en esta historia, porque la Policía me preguntó poca cosa, se ve que yo no les interesaba, y después me mandaron al Juzgado y los fotógrafos ni se dieron cuenta que yo bajaba del celular para declarar en el asunto, y ni me tomaron... Estaban pendientes del Capitán y la francesa. Y declaré en el Juzgado y se ve que lo que yo había dicho era lo mismo que había dicho el Capitán, porque no me mandaron a careo con él ni nada... y por un lado yo tenía miedo del careo, porque a veces dicen que las cosas se complican en los careos, pero por otro lado era la forma de ver al Capitán, por lo menos allí... Pero declaré y el mono que me tomaba la declaración le dijo a la guardia que me pasaran al patio y me sentaran allí, en un banco, sin nadie más del asunto, solita entre otros presos que yo no conocía; y al rato vino el mismo mono y me dijo: "Usted... ¡se puede ir!", como si le hubiera dado rabia que yo me le escapara, pero era una orden de arriba y tenía que ponerme en libertad...

Y a los pocos días me fui a la cárcel central y dejé el carnet de identidad y pedí ver al Capitán, diciendo que era una amiga... Era la hora de las visitas y había mujeres abrazadas con tipos en los bancos... Me hicieron pasar a una piecita chiquita, toda pintada de verde, con un banco de madera; y fueron a buscar al Capitán, que estaba arriba, según me dijeron... El Capitán bajó en ascensor, muy afeitado como siempre, no barbudo como en la foto del diario, con una remera azul, no la camisa abierta de la foto del diario... Y me dijo "¿Qué haces aquí, por qué has venido?" y se ve que no le gustaba. Entonces me ofusqué como una guaranga y le dije "Sos un cobarde" y él sacó aquella voz tan dulce que tenía y me dijo "¿No te parece que lo estoy pagando?" y me dio la espalda para irse y le dijo al carcelero que lo llevara de vuelta y yo me quedé de una sola pieza, como una estatua, parada allí, y sólo me salió decirle "Adiós", adiós y él ni siquiera me miró ni contestó... No

me haga creer, después de eso, que voy a tener suerte si me pongo a esperarlo... Pero si sale a la conversación y él cuenta que yo le dije cobarde, dígale que sí, que le dije cobarde porque perdí la cabeza, pero que cuando pienso en él serenamente, le tengo un gran cariño, lo sigo queriendo...

EL CAPITAN

¿Por qué se había hecho cargo de transportar aquel envoltorio azul por el laberinto de una ciudad desconocida? ¿Por qué él, precisamente él, capitán boliviano, herido de guerra, pasaporte diplomático? ¿No habría convenido más que fuese Marcel, con su pasaporte apócrifo de Víctor Hugo Hayden, Marcel que no había sido aún invitado a conversar con la Policía, cómo él en cambio había sido? Todas éstas eran las razones de su debilidad, y lo pensaba en el taxi, transportando el envoltorio azul por los laberintos de la ciudad desconocida. Eran las razones de su debilidad, porque la noche antes habían cenado juntos en El Malecón y Marie-Louise y Marcel habían decidido que él, el Capitán, llevase el paquete, al día siguiente por la mañana, al escritorio del señor Maurice. Ese señor Maurice de quien el mismo Marcel se había adelantado a decir que era un tipo repugnante, de ésos que aparecen en las películas de pistoleros. Lo había descrito —Marcel, que era habitualmente tan parco, y sobre todo tan parco para hablar en español, a fin de que lo entendiera el Capitán, no en francés, como le era más fácil y como siempre lo habían hecho con Marie-Louise— lo había descrito como un sujeto pequeño y panzón, de grandes chuletas que le bajaban hasta pasada la mitad del rostro, al modo de dos grandes paréntesis negros enmarcando los pómulos sanguíneos de gordo bebedor y concupiscente, los ojitos rameados en rojo, que nunca miraban de frente. Y espeso y gordo y carnoso, el francés gordinflón. Dodu, trapu, crapule, había dicho Marie-Louise, y Marcel había festejado las aliteraciones y al Capitán casi se las habían explicado, aunque el

Capitán (pensándolo bien) recordaba una a una esas palabras, y fuera de un contexto ingenioso —siempre llegaba tarde, y con los ojos abiertos e inocentes, a la explicación de los contextos ingeniosos— sabía muy bien lo que querían decir. ¡Sí, sí, su famoso francés leído! ¿Por qué se lo habían adjudicado a él? Marcel decía que él prefería reservarse la negociación final con el tal Maurice, y para eso sería preferible hacerle creer que el Capitán era un intermediario y que habría que considerarlo en el precio. De modo, pensaba el Capitán en el taxi, que él estaba viajando a demostrarle al tal Maurice simplemente que existía, a hablarle y a convencerle de que era boliviano, de que tenía su parte en el negocio, a persuadirlo de que ni él (Maurice) ni Marcel podrían salteárselo, porque no había atravesado media América para llegar hasta allí y dejar el envoltorio sobre la mesa del señor Maurice y marcharse tan contento.

Pero ¿era bastante argumento? La policía le había invitado a conversar la tarde antes, había revisado el Pasaporte Diplomático Nº 58 de Bolivia, como si dudase de la autenticidad de los documentos que el Capitán exhibía, le había preguntado por Marie-Louise, la relación que tenía con ella, los documentos con que ella a su vez viajaba. Y él no había negado la relación y había dicho al Comisario que Marie-Louise se había venido detrás de él, por celos, dejándolo caer con un acento cómplice, como si el Comisario fuera ante todo un hombre y celebrara estas demasías femeninas que pueden provocar los hombres. ¿Los documentos de Marie-Louise? Ah sí, documentos franceses. ¿Vencidos? Francamente, no sabía. ¿Que por qué ella no tenía documentos bolivianos? Pero Comisario, no eran marido y mujer sino amigos, fíjese bien, amigos... y aquí le había parecido que el Comisario había sonreído por fin. ¿A qué se debía la investigación?, había preguntado a su vez el Capitán. Cosas de rutina, usted comprende, los hoteles... Y el Embajador, ¿qué diría si supiera que estaban interrogándolo por semejantes bagatelas? Ahora pensaba que el Embajador no había querido recibirlo esa mañana en su despacho: ¿ya estaría el Comisario olisqueando tras él desde entonces? Ni tampoco esa nochecita, después de

la visita a la Policía y antes de la cena en El Malecón, había querido recibirlo en la Embajada, allí, en Pocitos, a tres cuadras escasas del hotel. ¿Cuál era el papel, cuál era la actitud del Embajador en todo esto? Y antes de haberlo averiguado bien, ¿por qué había aceptado hacerse cargo del traslado del paquete? Claro, claro, había un detalle. A la hora de la cena sólo se sabía lo que le había preguntado el Comisario y lo que no había querido hacer el Embajador por él; pero no se conocía aún el registro de la habitación, el apresurado registro de la habitación, en que una de las bandas de cinta engomada, que retenía el paquete de nylon contra el fondo de la maleta azul, había quedado con una esquinita levantada o mal alisada, algo casi imperceptible pero que él había podido descubrir y no había atinado (miedo a los teléfonos del hotel, miedo a la ciudad desconocida) a comunicárselo a Marie-Louise, al saludarla por la mañana, antes de salir para este viaje en taxi, hacia Marcel y hacia el tal Maurice.

Y ahora, en el taxi, recomponía todos los detalles, compaginaba y ordenaba lo que estaba suelto, empezaba a sentir —como tantas otras veces en su vida, como la vez en que reconoció que no debería haberse opuesto a la Revolución Nacional estando ya en la camilla, en viaje hacia la sala de operaciones— el mutilado socorro de una lucidez tardía y desconsolada, la que le permitía juntar las piezas del rompecabezas cuando otros ya lo habían sacado y abandonado. Marcel le había dicho que no se confiara al propietario del hotel, porque en estos hoteles con boîtes y con menores y con tipos que se drogan, los dueños son confidentes, soplones de la Policía a cambio de quién sabe qué consentimientos. Y él, el Capitán, había sido lo bastante estúpido como para depositar el dinero en la Recepción y sacarlo luego en grandes manojos, jugando al potentado para deslumbrar a Marta Luz. Y luego, cuando había advertido el registro, la había completado: había ido hacia el dueño a preguntar si alguien había estado en su habitación, si alguien había andado revisando sus maletas. Pero Capitán —decía el hotelero, presentándose como escandalizado— ¿cómo se imagina que en mi hotel?... ¿Y con usted, que es diplomático, quién se atrevería? Y el Ca-

pitán había protestado y amenazado, como un simple. Marie-Louise, que le habría impedido seguramente comportarse de modo tan torpe, se había despedido de él un rato antes en el ascensor, había pretextado mucho sueño y la botella de Burdeos tomada en común, y acaso ya dormía en el 607 mientras él vociferaba, reclamando lealtad al hotel e invocando la protección del Embajador para la mañana siguiente. El telefonista del hotel lo miraba, por cierto que lo miraba, con un indescifrable sentimiento de indiferencia o extrañeza, pensando quizá en quién era su patrono y quiénes eran los huéspedes, en quién acosaba a quién.

La Policía había estado muy cortés la tarde antes, pero también era posible que contara con el asentimiento del Señor Embajador para haberlo invitado a un interrogatorio aparentemente tan innocuo y tan tonto. ¿Usted es diplomático acreditado en la Argentina? ¿Su comisión de servicio en Buenos Aires ha cesado? Y en definitiva, ¿cómo lo sabían, si es que lo sabían? ¿Quién les había dicho que aquel pasaporte diplomático era un remanente de su oficio a término y a término concluido, un documento a devolver o a cambiar, ya sin vigencia?... Y después de aquel interrogatorio y después de no haber podido pasar del recibidor de la Embajada, donde un mayordomo le había comunicado que el Señor Embajador no podría recibirlo sin audiencia previa, y que la audiencia debería pedirse en las oficinas de la cancillería, calle Rincón, ¿cómo se había dejado convencer de que él era el portador ideal del paquete envuelto en azul, sólo para que el Señor Maurice se persuadiera de que había un intermediario y esa intermediación debería estimarse en el precio? Marcel no había sido aún descubierto por la Policía, y Marie-Louise y él sí habían sido descubiertos. Marcel parecía incluso un poco molesto y miraba discretamente hacia uno y otro lado cuando, en El Malecón, a la hora de los fiambres, antes de que hubieran destapado la botella de Burdeos, él, el Capitán, contó la historia de su visita a la Policía y aquel interrogatorio blanduzco y errático que el Capitán no entendía muy bien pero que Marcel, mucho más fogueado en clandestinidades de toda clase, sí que podría desmenuzar, recelar y en definitiva entender y precaver. Porque Marcel no había sido aún detectado por la Policía ni tampoco, en rigor, por ellos mismos. Marcel hablaba a Buenos Aires, cuando Marie-Louise y el Capitán estaban allá, hablaba desde las cabinas de la T-T a horas y días fijos, que cada vez combinaba para la siguiente. Y cuando Marie-Louise desde Buenos Aires le comunicó el alojamiento del Capitán en Pocitos, él compareció y también combinó horas de llamada, que indefectiblemente cumplía, con disciplina de hombre duro, con el hábito que generan los oficios perseguidos. Pero nunca habían podido saber (¿lo sabía Marie-Louise y lo negaba?, ¿restaba aún alguna complicidad entre ellos?, ella decía que no) dónde se hospedaba Marcel. De modo que Marcel podía desaparecer de bares y restaurantes, si la persecución arreciaba, y ellos no sabrían dónde hallarlo, si es que se trataba de buscarlo, ni tampoco tendrían la posibilidad de delatarlo, supuesto que eso les hubiera servido de algo. Marcel se fastidiaba a veces —el Capitán memorizaba ahora, desde el fondo del taxi, su gesto de la noche anterior en El Malecón—, se irritaba hoscamente, como si el Capitán fuese demasiado pueril y Marie-Louise demasiado romántica o fantaseosa. ¿En qué juego estaba? Se irritó al saber que la Policía había invitado al Capitán a conversar en el despacho de un Comisario: ¿Y tú por qué fuiste, dónde están tus inmunidades, qué hace tu Embajador? Y dijo que había que sacar el envoltorio del hotel esa misma noche. ¿Hacia dónde? Bueno, nadie sabía dónde ubicar al señor Maurice por las noches, ni había que darle idea de tal apremio, porque el muy crápula lo aprovecharía en seguida para bajar el precio. En fin, reflexionemos, había dicho Marcel, como si la tarea de reflexionar solamente pudiera incumbirle a él, allí donde lo rodeaban la cabecita de lino de esa mujer con alma de pájaro (eso decía a veces de ella) y aquella especie de indio demorado y cándido que sólo había sido astuto cuando había tenido que birlarle a esa mujer. Y después de reflexionar habían convenido —Marcel mandaba— en que aquella noche no, pero a la mañana siguiente sí. A la mañana siguiente se encontrarían Marcel y el Capitán en la Confitería Americana (¿o había dicho que en el Café Armonía?, ¿empezaría a con-

fundirse ahora, en que era vital mantenerse claro? No, no, no, en definitiva habían dicho Americana) y el Capitán llevaría el paquete y se irían juntos al escritorio de Maurice, en la calle Misiones número tal, y también había dicho el número, pero ya el Capitán no lo evocaba con la misma nitidez que el nombre de la calle o el de la confitería. Todo esto lo habían dispuesto muy bien, y luego Marcel —siempre mirando hacia los costados— había dicho que, vista la indagación de la Policía, no era conveniente que se siguieran viendo, que alguien pudiera verlos tan a menudo juntos. Vino la botella de Burdeos, vino la carne y aquello pareció distender momentáneamente la crispación de Marcel, una crispación que era mucho más notable que la del Capitán, por más que hubiese sido el Capitán el encuestado por la Policía, y mucho más visible que toda tensión en Marie-Louise, quien parecía navegar en la insólita felicidad de que Montevideo los albergase también a los tres juntos, comiendo entrecôtes y bebiendo Burdeos en un restaurante tan lindo, a la orilla del mar. Después de tanto riesgo, de la condena a muerte en rebeldía, del frente ruso, de los años de diamantero ¿el réxiste empezaba a aflojarse? Había dos bolsas fláccidas debajo de los ojos de Marcel, unos ojos pardos cuyos párpados se fruncían ahora al golpe de la luz, como si negándose a ver bien pudiera uno evitar que lo viesen. ¿Veía algo más que ellos dos, llegaba a ver a través de esa simple soplonería sobre pasaportes bolivianos o franceses? Pero cuando volvieron y Marcel insistió en la cita de la mañana siguiente y en no encontrarse más para cosas superfluas como ir al cine o comer juntos, y cuando Marie-Louise besó al Capitán en el ascensor y él entró a su pieza y supo en seguida que alguien había estado allí, revolviéndolo sutilmente todo, comprendió de golpe el miedo o el viejo olfato o el escaldado instinto del condenado a muerte, del perseguido sin plazo que era Marcel. Aquello habría sido bastante para replantearlo todo, para correr hacia Marcel que erraba seguramente en la noche, con su paso calmoso y largo, de gran compás, las manos en los bolsillos y el cigarrillo consumiéndose fijo en su boca, para volver hacia Marcel que se había despedido precautoriamente

una cuadra antes de llegar al hotel y había dado la hora de las nueve y media de la mañana en la Americana y se había dado vuelta sin saludar, sin extender la mano, sin dar siquiera un beso en la mejilla a Malou, tan abstraído, tan preocupado estaba. No lo habría encontrado en la vastedad de la noche y no sabía dónde vivía Marcel, dónde llamarlo ni aún para comunicarle una novedad tan importante como ésta. Pero sí sabía dónde estaba Marie-Louise, habitación 607, y prefirió no llamarla, no enterarla de esta sorpresa o este peligro: estaba tan cansada y era injusto hacerle pasar otra noche en el sobresalto, tras las abominables noches de celos por Miss Uruguay... A cambio de todo aquello le hizo entonces la escena al dueño del hotel, al encargado de la recepción, a la pasividad impenetrable del telefonista. Y no consideró que el orden del día siguiente tuviese que ser retocado. ¿Y si hubiera abierto el paquete de nylon por una de sus puntas y lo hubiese vertido en el water y soltado la cascada de agua que se lo llevase? Bueno, podría costarle la vida, si es que Marcel no estaba dispuesto a perdonar los despojos de a dos. Y lo habría hecho pasar por un imbécil, si es que la punta del engomado estaba ya apenitas levantada desde un principio y él no lo había visto, si es que el dueño del hotel tenía en definitiva una correcta discreción y no colusiones infames con la Policía.

Y ahora el taxi se acercaba al cordón de la acera. Aquí es la Americana, señor —dijo el chofer—. Pagó sin esperar la vuelta, recibió una gratitud apenas escuchada, entró al salón de butacas de cuero rojo, donde a esa hora de la mañana no había nadie ni siquiera estaba Marcel. ¿O había dicho el Café Armonía? Miró hacia todos lados, custodiaba el envoltorio azul como algo que le doliese en la punta de los dedos. No, estaba bien seguro, habían dicho la Americana. Pidió un café, se puso a esperar. Marcel no aparecía. ¿Estaría preso a esa hora, le estarían preguntando sobre su pasaporte a nombre de Víctor Hugo Hayden? ¿Y Marie-Louise? Le entraron ganas de llamarla al hotel, pero se manejaba muy mal en el sistema de los monederos montevideanos y lo obsedía el envoltorio azul bajo el brazo, como una excrecencia

teratológica del sobaco; no podría decirle claramente nada, salvo que Marcel no estaba allí, y ella tampoco tendría información acerca de qué pudiera haberle pasado, y todo empezaría a sumirse en el caos y sobre todo en el pánico. Pánico de lo desconocido en una ciudad desconocida. También allí en la Americana había un water para arrojar el polvo y tirar de la cisterna al fin de cuentas, si los diarios decían algo de alguna pesquisa alrededor de la coca. El vendedor había llegado hasta él, atravesando la platea de sillones rojos vacantes, y él le había comprado dos diarios de la mañana (cualesquiera, los nombres le daban lo mismo) al azar. Revisados con lentitud que disimulaba mal la exaltación de sus manos —el envoltorio azul pesándole en las rodillas— los diarios no decían nada. En Cine-Club darían Nuit et Brouillard, el crítico recomendaba el ominoso documental de Alain Resnais. "Punzante" le llamaba. Pero nada se decía del atado azul que él sentía sobre sus rodillas, y que una mano bajaba a cada momento a verificar, en su intacta corporeidad. Pagó el ticket del café, abandonó los diarios. Se comportaba como un demente, iba regando su camino de papeles, de propinas, de señales de su delito. Salió. Entonces será el Café Armonía, dijo. Pero el vendedor de diarios, que conocía bien la Americana, desconocía en cambio el Café Armonía. Tres o cuatro personas, averiguadas tan febrilmente como si el Café Armonía fuese el lugar indicado por una consigna para poner una bomba y aquel envoltorio blandido en el aire para preguntar por el Café Armonía fuera esa bomba, tampoco supieron decirle dónde. Una quinta persona sí supo: en la recova de la Plaza Independencia, al costado del Salvo, nueve a diez cuadras de aquí, le dijo.

¿Esperaría un taxi? A esta hora... E ignorando las salidas y las entradas por donde los taxis se desgajan de una ciudad desconocida o penetran en ella... Mejor a pie, le dijeron. Era facilísimo orientarse. Hacia allá, la otra plaza y un caballo enorme, la estatua de Artigas. ¿La ha visto alguna vez? Sí, la había visto, quedaba enfrente de la Gruta Sur. Y fíjese, se veía el Salvo, a cuyo lado estaba el café Armonía.

¿Estarían siguiéndolo discretamente, Marcel habría caído y habría dicho ya —por duro que se considerase, por duro que se hiciese considerar por los otros— que el Capitán lo esperaba en la Americana, y estaba con el envoltorio aguardándolo? Aquel individuo que apoyado en la ventanilla de un quiosco lo miraba, parecía bajar la vista y mirar sus brazos, el envoltorio azul en sus brazos, ¿no sería?... Decidió no enloquecerse, asumió aquella resolución de serenidad como si la cordura fuera un acto de perseverancia, una forma voluntaria de la obstinación, un propósito razonable contra lo desconocido. En una ciudad que se ignora —y él sólo conocía Pocitos, y Marta Luz había dado las indicaciones a los taxis nocturnos hacia otros puntos también nocturnos y remotos de la periferia de la ciudad, sus otras playas, sus parques, sus refugios galantes, sus rinconcitos para echar una copa desde el auto o frente a la tenebrosa penumbra lunar de las olas— en una ciudad que se ignora, aún a las nueve y cuarenta y cinco de la mañana (esto decía su reloj) todas las caras parecen ser de espías, de confabulados, de alcahuetes, de soplones, de confidentes oficiosos del Comisario de ayer, todas las edades del espía, cualquier sexo del espía, cualquier indumentaria del espía son igualmente verosímiles, igualmente probables; es decir, igualmente disparatados. ¿Estarían torturando a Marcel y en este mismo minuto estaría por largar el nombre del Capitán y el sitio en que estaba?...

Pero él ya no estaba en la Americana, sino tres cuadras más allá hacia el caballo, hacia la estatua del Prócer y el caballo que miraban de frente a la estatua de la mujer con espadín en la mano. Y tendría todavía una pequeña ventaja, más la innumerable ventaja de ser un desconocido, un ignoto, un incógnito en aquella pululación de caras que la Policía tiene fichadas en sus archivos, registradas y al alcance de la mano. Sí, pero durante su larga conversación amable y errabunda con el Comisario, el pasaporte Nº 58 había cambiado de manos y había salido sigilosamente del despacho en que hablaban —para una consulta a Inmigración— y había sido devuelto; y acaso estuviera fotografiado igual que los miles, millones de rostros que a esta hora de la ciudad hendían el

mismo aire otoñal más bien fresco en medio del cual él, el Capitán, hombre hecho a otros cielos, a otras altitudes, a otras atmósferas, sin embargo se ahogaba y transpiraba. Transpiraba si se imaginaba a Marcel detenido, a Marie-Louise revisada por policías femeninas, a él delatado ante el Embajador, a todos envueltos en una red que todavía él no había sentido palpablemente cernirse sobre él pero que podía estar ya flotando sobre su cabeza. Pasaban escaparates, la pierna coja le subía y bajaba rostros a la altura del suyo, en dirección contraria (la gente venía desde el caballo hacia el Este, y no iba hacia el caballo y el Oeste, como él). Se arrimaban para ofrecerle al oído perfumes, estilográficas, cigarrillos americanos. ¿Nadie le ofrecería de una buena vez eso mismo que él ahora llevaba? Su traje blanco de hilo era anacrónicamente estival, nadie usaba ropas tan ligeras en el mes de mayo de aquella ciudad desconocida y balnearia; y aún así, de blanco entre gentes de oscuro, seguía andando. El envoltorio azul y el traje de hilo serían una referencia perceptible en medio de aquella multitud, si es que Marcel podía adelantar a sus torturadores (no habría tenido cómo saberlo) el color del papel con que el Capitán había hecho el atado, la clase de traje con que se había vestido esa mañana. Los relojes decían nueve y cincuenta y cinco, pálidos jubilados desplegaban al pálido sol unos carteles de letras rojas que decían su hambre y miraban hacia los nueve balcones de los nueve gobernantes de la Casa de Gobierno, pero desde ninguno de esos nueve balcones los miraba nadie. Averiguó aún, dio con el Café Armonía, donde más jubilados —insolidarios de los otros, seguramente sin hambre— tomaban café sentados junto a mesitas de hierro y se hacían lustrar los zapatos al aire de la mañana.

Ahora sí podría asegurarse que Marcel había caído preso: tampoco estaba esperándole en el Café Armonía. ¿Preso o en fuga, preso o con un pavor indigno de sus historias de mitrailleur réxiste, de cruzado anticomunista, de voluntario en el frente ruso? No estaba. El Capitán sintió que algo —una resistencia, un empecinamiento, el simple dinamismo de la primera época de un miedo— se derrumbaba en él. Sintió entonces el golpe de sus tripas, el acuciante empuje de sus tripas, un viejo reflejo visceral que hacía, en la memoria y en el cuerpo, el fondo de todas sus angustias. El envoltorio azul y el café, el envoltorio azul y los diarios de la mañana, sí, a duras penas sí. Pero... ¿y el envoltorio azul y el retrete? Supo ahora que transpiraba por el dolor de sus tripas, que no era solamente calor, que no era solamente desazón o nerviosidad o incertidumbre, estupefacción de haberse desencontrado con alguien, en medio de una travesía irreversible en una ciudad desconocida. Marcel no estaba, no seguiría buscándolo. Entró al retrete. Un simple agujero enlozado en el suelo, para ponerse en cuclillas, con la marca en cemento de dos zapatos, para afirmar los propios. Pero por suerte, providencialmente, un par de ganchos que habían sostenido algo (acaso una cisterna que había sido arrancada) servían para colocar, de través, el envoltorio azul. Las ropas colgando de uno de esos ganchos y el Capitán en lo oscuro, el Capitán en lo sucio, el Capitán en lo maloliente, en lo amoniacal, en lo lóbrego, sujetándose los faldones de la camisa, sintiéndose chicoteado en el rostro por las puntas de su corbata, acurrucado, atento a las feroces explosiones de su vientre. Y aquélla era también su memoria. Era en su adolescencia de cadete militar, era en sus vacaciones cochabambinas, era en el predio de una vieja cervecería, a cuyo fondo había un patio de losas desparejas, y al término de ese patio un retrete. Urgido por su vientre, a media tarde, había atravesado a toda prisa ese patio. Una hermosa muchacha rubia lavaba en una tina; cerca de la muchacha picoteaba un gallo blanco. Pasó tocándose apenas el quepis, en un gesto ambiguo, porque le había parecido absurdo saludar militarmente a una joven, mientras se dirigía a un retrete. Clavaba sus pupilas en lo oscuro, su vientre seguía manando sin tregua, sus ojos esforzados descubrían la tenue flotación del envoltorio azul en las tinieblas. La chica, sin dejar de mirarlo, había hecho también un gesto equívoco, para indicar la dirección de un sitio que acaso se le preguntaba, sonrojándose como si fuera ella la que debiese entrar allí y él quien le indicase ese sitio, sonrojándose acaso a las dos impresiones inconciliables, la cándida

admiración que le provocaba la estampa del cadete y la turbación de aquel trance tan desavenido con la consideración de un enamoramiento repentino. Y dentro de aquel retrete, aquel mismo vientre, sólo que veinte años más joven, se había puesto a explotar. Se había puesto a explotar y el gallo, que indudablemente lo había seguido, recogía y rebotaba con un cacareo encolerizado cada explosión. Una a una, sin perdonar siquiera las menores. También el pantalón, con el filete dorado y la casaca y además el quepis (veinte años más tarde, el Capitán no llevaba sombrero) pendían de un clavo, contra el revoque desconchado, rugoso y blanquecino que hacía una penumbra más clara que la del retrete del Armonía. Retrete boliviano con patio al frío, retrete con mirilla en forma de corazón, al aire frío, no retrete embutido, no retrete de ventanillo ciego sobre ciegos pozos túneles verticales, respiraderos de aire sucio en la ciudad desconocida. Y el vientre volvía a explotar y el gallo a cacarear, cada vez más oficioso, cada vez más engreído, cada vez más iracundo. Cuando él salió, la muchacha no lo miraba; había cesado de lavar en la tina y las dos manos cubrían su cara, la congestión encarnada de esa cara estallaba en claro como una orla alrededor de las manos amoratadas de lejía. Se sacudía en espasmos de risa, se vengaba seguramente, con un robusto sentido paisano de clase (pensaba ahora el Capitán), con ese sentido por el que el pueblo no se deja jamás seducir —o no se perdona después haberse dejado seducir— por los despliegues de los militares. ¿Y era acaso mejor este hombre vestido de hilo blanco que había dejado el paquete en el reborde de los ganchos en desuso, era acaso mejor ese hombre acosado de treinta y dos años que el cadete que colgó su quepis de otro gancho, lejos en el tiempo y la distancia? Las respuestas explosivas y depresivas del vientre seguían siendo las mismas, ¿pero el alma? El alma era seguramente mejor o más virgen o más pura en el muchacho, el muchacho que aún no había conocido a Ana María, ni la había hecho su legítima esposa, ni había recorrido el ciclo de amarla, desposarla y detestarla. Pensó ahora, mientras sus ojos se acostumbraban gradualmente a la oscuridad y el envoltorio azul, visible en los mortecinos destellos del ventanillo hacia el ducto, le avisaba que estaba allí y había dejado por un momento de perseguirlo, pensó que si tuviera una carbonilla, como en sus tiempos de escolar, dibujaría un gallo de pico abierto en las paredes del retrete del Armonía. Odiaba a los gallos desde esa tarde de Cochabamba, y el día de la Revolución Nacional lo habían herido muy cerca del Gallo de Oro. Echó de menos aquella misma perdida inolvidable carbonilla con que embadurnó las paredes de los retretes de Cochabamba, como otros muchachos embadurnaban ahora este retrete del Armonía, con los primeros descubrimientos puercos, con las primeras palabras luminosamente obscenas que aparecen junto a la masturbación, con la dedicatoria de esa masturbación a las niñas de la vecindad y de la misma familia. No tenía ya esa carbonilla en el bolsillo, hacía más de veinte años que no llevaba carbonillas en los bolsillos. Y, por lo demás, ¿sabría ahora, a los treinta y dos años de edad de su mano derecha, dibujar un gallo con el pico abierto, cacareando ferozmente a cada estruendo del vientre de un muchacho? Pero era absurdo, aunque comprensible como un efecto de la distensión de todo su ser a partir de aquella posición aberrante y servil que le había traído la calma, era absurdo que se hubiera puesto a imaginar el dibujo de un gallo en las paredes de un retrete de Montevideo, veinte años después. Ya no era un delgado cadete con diarrea sino un hombre maduro y muerto de miedo, de un miedo sin posible sublimación cívica, el miedo de los culpables a la Policía, un hombre maduro y de tripas barbotantes, un hombre con el grado de capitán, que rengueaba aún al ponerse desnivelado en cuclillas para defecar, un hombre que había padecido doce operaciones y quedado con una pierna más corta que la otra, con un nervio ciático seccionado y tres centímetros y medio menos en un fémur que en el otro, traspirando en un retrete maloliente, amoniacal y lleno de moscas, moscas rozándole la cara en la penumbra, retrete de una ciudad que desconocía, ciudad en la que súbitamente se había puesto a hacer un calor empozado, pozo por cuyas paredes resbaladizas él tenía que transportar, sin certidumbre de destino, un envoltorio azul de

dos quilos y medio que pulverizaba muchos dólares, dólares que precisaba para vivir ahora que iba a terminarse su comisión diplomática y no le bastaría ya su dotación de retiro e invalidez, dólares que necesitaba para estar junto a una mujer y lejos de otra, para mantener a un hijo y no tenerlo. ¿Qué sentido tenía, en esas circunstancias, ponerse a dibujar un gallo a carbonilla en las paredes de un excusado ignoto, al que jamás volvería cuando hubiera salido, sitios del laberinto de la ciudad desconocida que mueren, que morirán irremisiblemente en cuanto les demos la espalda?

El Embajador del Perú en Buenos Aires, cuando estaba por ponerse borracho y se sentía a sus anchas entre los íntimos (y el General Ichazo y el Capitán lo eran) acometía, repetía y ornaba su historia predilecta: la historia de la muerte de Abraham Valdelomar. Abraham Valdelomar, el autor de "El caballero Carmelo". ¡Nada menos que "El caballero Carmelo"!, decía. ¿Y qué era "El caballero Carmelo"? Un cuento, si, ¡pero qué cuento! Alguien había apuntado una vez, al pasar, que nuestros tristes países piden tan poco de su gente que un cuento inspirado o un soneto feliz dan para vivir de rentas de la fama por toda una vida. Sí, sí, alguien que no habría leído "El caballero Carmelo". Y bueno, el Capitán estaba acordándose de Abraham Valdelomar porque no quería seguir pensando en el gallo de Cochabamba (pero "El caballero Carmelo" era la historia de otro gallo) y porque la muerte de Abraham Valdelomar era un asunto de retretes y él estaba ahora en cuclillas en un retrete, no de Perú pero sí de Montevideo, no de frac pero con un envoltorio azul entre dos clavos, un envoltorio que —bien vendido al señor Maurice— daría para comprarse cien fracs. Una trágica historia de retretes y el Embajador del Perú la contaba como si esa historia de retretes fuera una cifra simbólica de esa pobre América pobre en que él vivía, en que él bebía. Abraham Valdelomar era, en el cuento del Embajador, una suerte de Oscar Wilde criollo, un mestizo de salón, "un piquito de oro". Vestido de frac, atezado, ladino o versallescamente cortés, ¿quién podría decirlo?, mantenía a las damas pendientes de lo que decía, frases, historias, sarcasmos, maledicencias, madrigales, retruécanos, anécdotas. "De sus agudezas y de sus donaires", le gustaba decir al Embajador, que se preciaba de haber heredado, como bien de familia, el español de los españoles y no el de los limeños. Él venía de los hombres de Pizarro: el Embajador, no Abraham, que tenía más posibilidades de venir de los incas. Y lo que Abraham Valdelomar decía esa noche era cada vez más deslumbradoramente brillante, a medida que el poeta iba poniéndose más y más borracho (y el Embajador, sí en alcohol pero no en frases, se proponía seguirlo). Esa noche, vestido como siempre de frac, esa noche en que había estado fastuosamente ingenioso, poético, tierno, divertido, chispeante, insolente de tanta inteligencia chola y resentida como la que brotaba desde el frac y bajo el pelo ensortijado, como la que bullía en su conversación o más bien en sus monólogos, esa noche en que ya estaba muy borracho pero aún pulcro e impecable, tieso, de frac, el corbatín impoluto, una guedeja motosa o rizada cayéndole sobre aquella frente que inventaba sin cesar en medio de las volutas del alcohol, se excusó ceremoniosamente y salió a una de las terrazas que bordeaban la casa, bajó muy rígido, los brazos ligeramente separados del cuerpo, crujiendo apenas sus zapatos de charol, bajó sin un temblor las escalinatas flanqueadas de tazas y balaústres y se adentró lentamente en la noche. Todos creyeron que salía por algunos minutos, todos creyeron que salía a orinar a campo o a refrescarse con el aire de la noche y que al cabo de una tregua necesaria —el ingenio de Abraham Valdelomar daba a veces, a pesar de la pequeña voz cantarina y modosa, una indescriptible sensación de aturdir— la reunión volvería a tenerlo como centro, por más que ya estuviera perdidamente borracho. Pasaron muchos minutos y Abraham Valdelomar no volvió, lo esperaron y lo dieron por prófugo, la reunión decayó sin él y a la hora los invitados se despidieron y se marcharon, con una impresión de noche trunca, de velada inconclusa, de chasco intelectual, comentando que Abraham Valdelomar se habría ido a su casa de puro bebido e imaginaban su trayectoria errante de borracho sin sombrero y de frac en la noche fría (señalaron su galera solitaria en

la percha, al irse todos en grupo) o lo hacían durmiendo a campo raso, derribado y de frac en medio del pasto, desagotándose de alcohol como una botella caída y sin corcho. Lo que nadie pudo suponer entonces fue lo que vino a descubrir la servidumbre de la casa a la mañana siguiente. Una mujer fue al retrete de los peones y en el agujero del pozo negro, al nivel flotante de los excrementos, vio un rizo humano que sobresalía. Otros habían estado antes en el retrete y lo habían usado a la poca luz del alba, sin hacer el hallazgo. La mujer gritó, corrieron, vinieron, lo sacaron inmundo y muerto. Abraham Valdelomar había entrado al retrete, en lo oscuro compacto de la noche y el sitio, había entrado al retrete que ya conocía, seguramente a orinar (pues vieron su bragueta desprendida) y con la borrachera y la tiniebla había perdido pie y había caído al pozo negro, había caído verticalmente, sin torcerse ni volcarse, sin curvarse siquiera; y allí había muerto ahogado por las materias del pozo. "Ahogado en la mierda, vestido de frac", concluía siempre el Embajador, como si fuera un versículo ritual, al final de un apólogo, la alegoría del destino de nuestros países o del destino de los poetas y de los intelectuales en nuestros países. Ahogado en la mierda, vestido de frac... nada menos que el autor de "El Caballero Carmelo".

Salió del retrete, arreglándose aún las ropas, el envoltorio azul subido otra vez a la condición de golondrino monstruoso. Marcel no estaba, algo tenía que haber ocurrido. ¿La calle Misiones sería muy lejos de allí? Pero, en todo caso, ¿qué credenciales y qué conocimientos concretos tenía el Capitán para tratar directamente con el señor Maurice? Lucha de Sánchez había dicho que podría cobrarse hasta dos mil ochocientos dólares por quilo y aquel envoltorio contenía dos quilos y medio. Siete mil dólares, en total. Después los compradores la estiran y sacan mucho más, había dicho Lucha. No hay que preocuparse por eso. La participación sentimental de Marcel sería la más importante, pero ahora las condiciones del riesgo se habían desplazado hacia el Capitán, y en definitiva el reencuentro de Marcel y Marie-Louise en Montevideo había dejado al descubierto el hueso de una cosa desabrida y muerta,

por la que no habría que pagar tan caro... Sonrió al pensamiento de que la codicia lo estuviera minando, en tanto correteaba y rengueaba alrededor de la gran estatua ecuestre, bajo la adusta mirada del Prócer, en la plaza central de la ciudad desconocida. ¿Dónde queda la calle Misiones? Hacia allá, le dijeron. Camine unas cuatro cuadras y pregunte de nuevo. ¿Y el número, en todo caso? Recordó que Marcel había dicho que en los bajos del edificio había una casa de maquinaria agrícola. Pero, ¿llevaría directamente el envoltorio a ponerlo en las fauces del señor Maurice, un gangster como ésos que se ven en las películas de pistoleros? Se lo imaginó por un momento, un solitario enorme en el dedo meñique, un habano a medio fumar, una cadena de oro transitándole el abdomen, una leontina refulgiendo como condecoración; el gesto indulgente, facilitador: Póngalo por ahí, ya hablaremos, como si fuera un paraguas, una máquina de coser, menos que eso. No, no se lo dejaría. Llegaría sí, para conocer al señor Maurice, para saber qué había sucedido con Marcel, para pedir incluso una telefonada que lo comunicase con Marie-Louise. Llegaría él pero no el envoltorio, no la fabulosa fortuna, no los siete mil dólares molidos que le habían comprado en mucho menos a Lucha de Sánchez. Sudaba otra vez, eran ya más de las diez de la mañana, Misiones quedaba a cuatro cuadras y después encontrar el edificio y todavía después dar con el departamento. Pero faltaba otra cosa mucho más importante: ¿dónde dejar el paquete, para que no cayera prematuramente en manos del señor Maurice, en manos del ritual pistolero Maurice, sin la asistencia tranquilizadora de Marcel? Pasó al costado de la Catedral, dejando de lado otra plaza, a apenas doscientos metros de la anterior. Allí se descubría de súbito un pedazo de ciudad colonial y española, no tan diferente de aquéllas en que había transcurrido su vida: una cara que la ciudad ignota no había aún querido darle. Se sintió bruscamente confiado. ¿Quién puede llegar a saber, a primera vista, lo que es un simple envoltorio azul en papel de forrar cuadernos de escuela? En definitiva el responsable era Marcel, por no haber acudido a la Americana ni al café Armonía: Marie-Louise sabría darle la razón, llegado el caso.

El Capitán tenía el prejuicio pueblerino y español de que las boticas son negocios honestos y los boticarios hombres de consejo y confianza. Por eso, por esa fe de infancia y pastillas de altea rondó la vidriera de una farmacia, fingió detenerse en bollones y potes de loza que ofrecían láudanos en latín, pócimas o hierbas milagrosas, viejos prodigios de la farmacopea y de la alquimia rebajados a detalles de simple decoración, en la era de los comprimidos y de las cápsulas. Rondó y espió, a la espera del momento propicio, como el adolescente que debe entrar a comprar preservativos y teme y se avergüenza por la cliente de barrio que lo conoce desde niño y tal vez lo cree virgen, por la casta mujer del boticario. Entró en un momento en que la farmacia, embalsamada en su olor neutro de almacén de remedios enfrascados y entubados, estaba vacía. La cara del farmacéutico miraba sin suspicacia, parecía Adán en la soledad original, era el primer rostro de la ciudad que no pudiera en modo alguno y a ningún precio pertenecer a las mesnadas del Comisario de la tarde anterior; y esos ojos lo recibían con indulgencia. Pidió entonces hospitalidad por un rato, sólo por un rato, para el envoltorio que llevaba. El farmacéutico demostró en seguida que no le costaba nada acceder, una vez que había comprendido que su peticionante era extranjero y precisaba aquellos minutos para orientarse en la ciudad desconocida. No valía la pena dar las gracias con tanta vehemencia como el Capitán estaba haciéndolo. Tal vez eso pudiera magnificar el favor, tal vez diera pábulo a interpretarlo más allá de su aparente trivialidad. El Capitán no insistió. El farmacéutico tomó el paquete y lo colocó en lo alto de un anaquel, sin conceder ninguna importancia al asunto. Volvería a buscarlo en un rato más, insistió el Capitán: acaso una hora, al máximo dos. No importa, no importa, decía el farmacéutico, más con sus ojos que con palabras. Haga su comodidad. Entonces el Capitán insistió en preguntar por la calle Misiones y el farmacéutico se la indicó como la transversal más cercana. Y ésta en que estaba la farmacia, ¿cómo se llamaba? Sarandí, dijo el farmaceútico, y el Capitán lo escribió en su pequeña libreta de direcciones y el farmacéutico corrigió la

ortografía del vocablo aborigen. No se olvidaría de aquel lugar en que quedaba —como un tabernáculo— el envoltorio azul. Pero volvió a mirar la vidriera, antes de alejarse.

El señor Maurice no estaba, una vez localizada su oficina. ¿No estaría o, a sabiendas de la prisión de Marcel, habría preferido esconderse? Pero él, el Capitán, no era gente de la Policía ni la chica tenía derecho a confundirlo. Su acento, en primer lugar... ¿Así que no está, de veras? La chica pareció irritarse. Señor, dijo, y no siguió la frase. Marcel no había comparecido, el señor Maurice no estaba. ¿Estaría Marie-Louise en el hotel o, a esta altura de la mañana, él se había convertido en el único prófugo de aquella cadena? Se atrevió a formular la pregunta: Dígame, señorita... ¿no ha llamado en toda la mañana el señor Marcel? La muchacha preguntó a su vez sobre la pregunta: ¿el señor Hugo?, y en seguida pareció arrepentirse de una imprudencia por la que pudieran responsabilizarla. Así que acá también lo conocen como Hugo... —pensó el Capitán. Sí, el mismo, dijo. No, no llamó para nada, cortó la empleada.

Marie-Louise estaba en el hotel, sin novedades. No había pasado nada. Había salido a caminar por la rambla, en la mañana tibia, de sol flojo. Se había entretenido observando a los pescadores. Al regreso, ninguna llamada en su casillero del 607. Nada.

¿A qué alarmarse? pensó el Capitán. Al lado de ella, todo volvía a ser como antes de la tarde pasada, como antes de la Policía; como antes de la noche última, como antes del registro en la habitación. ¿Se lo diría? La convidó a tomar un whisky, en el bar del hotel. Nadie para espiarlos. La impresión de que alguien pudiera haber entrado en su pieza la noche anterior, se desvaneció hacia el final del primer whisky. El dueño del hotel había saludado con toda amabilidad, profesionalmente olvidado del incidente de la madrugada. Mejor olvidarlo también, no decírselo por ahora a Marie-Louise.

Simplemente, le dijo que Marcel había faltado a lo convenido, y que temía por él. Ni en la Americana ni en el Café Armonía. ¿Y las cosas?, preguntó Marie-Louise. La tranquilizó. La historia del farmacéutico era una historia para ser

entendida por gente de pueblo, no por franceses que desconfían. Va a estar allá cuando vaya a buscarla. Que Dios te ayude —dijo Marie-Louise—. Está hecho. Pero vamos a buscarla hoy mismo. ¿De modo que ella iría con él? Aquello lo alegró.

Sobre el segundo whisky, el telefonista pasó una llamada del señor Marcel. Habló primero con Marie-Louise, adujo un desacuerdo de precios con Maurice como razón de su inasistencia. Quería que no se movieran de allí mientras él renegociaba el asunto; y no se alarmó demasiado por el depósito del envoltorio azul en la farmacia. El Capitán se acercó a la cabina, pidió el auricular, hizo salir a Marie-Louise. Marcel, dijo, como sin concederle importancia: anoche anduvo alguien en mi portafolios. Marcel no comprendió desde el principio. Después sí, y se alarmó. Él arreglaría con Maurice en seguida, no había ya tiempo que perder en regateos. No digas más, insistió, pensando sin duda que el teléfono del hotel pudiera estar intervenido. El Capitán no podía reprocharse nada; tenía forzosamente que prevenirlo de aquello, y Marcel insistía en no dar su dirección, ni siquiera un número al que pudieran telefonarle. Vuelvo a llamarte a las dos, dijo Marcel.

A las dos se supo que el negocio estaba concertado pero que habría que esperar a las seis para que el Capitán entrevistase directamente al señor Eme. Evitó, en la llamada, el nombre de Maurice y las señas del sitio. Tu le sais bien déjà n'est-ce pas?, dijo Marcel, hablándole en francés; y el Capitán se encontró de pronto respondiéndole: Oui, bien sûr.

Marie-Louise no debería saberlo, no debería desconfiar por ahora de la trampa del hotel, y lo mejor era mudar de sitio, salir de las huellas conocidas, de los restaurantes de Pocitos, del aire de ruedo que tenía todo aquello. Lo propuso como una aventura incongruente y ella aceptó encantada. Como al cambiar Vicente López por Hurlingham, en los primeros meses —dijo—. El bolichito de Carrasco que les recomendó el guarda del 104 tenía una rusticidad que les pareció bienhechora. Comieron churrascos, huevos fritos, el Capitán sintió que aquellos manjares simples y aquel aire salitroso de la tarde en otoño

aventaban el interrogatorio de la Policía, el registro de la maleta azul y los regateos de Marcel con el señor Maurice. Caminaron por la playa, se tendieron entre los tamariscos como los novios humildes que nunca habían sido, como los inocentes que no eran, como los ávidos que ya no eran, como muchachos, como turistas sin dinero que quieren olvidarse de que la ciudad que los espera para la noche es algo más hostil y amenazante que su orilla de mar y de cielo y de tormenta en el mar. Subieron a la rambla, tomaron un taxi: Marie-Louise quedaría en el hotel, el Capitán seguiría hasta el centro, hacia la farmacia y luego al escritorio del señor Maurice.

La ciudad desconocida se dulcifica algo a la luz del crepúsculo, aunque el error de ser sorprendido en ella (cualquiera sea, si no es la nuestra) se pronuncia entonces hasta un sentimiento de invalidez lánguida, casi dolorosa. El Capitán lo sintió, mitigado por el alivio de no llevar el envoltorio azul, mientras el taxi lo conducía al centro, hacia la aprendida dirección de Sarandí y Misiones. La farmacia misma tenía un resplandor más apacible, sus tubos de neón se conciliaban mejor con la hora, el farmacéutico parecía paradojalmente menos mustio, a favor de esa luz, al fin de su jornada de trabajo que a media mañana.

El Capitán sintió que la certidumbre volvía a sus manos con el envoltorio azul. En el arrobamiento de encontrarlo, incurrió en una exclamación estúpida, exclamación más que pregunta, una exclamación que era el aflojamiento de sus tensiones, que era como dibujar otro gallo en las paredes de otro retrete, distraerse irresponsablemente en algo, en una frase, en una hipótesis verbal sin sentido, para halagar la fidelidad del depositario: ¿No estuvo nadie por él?, dijo, y al concebir lo imposible de la frase, pero también el filo de sospecha que trazaba en el aire, se turbó; y como siempre que se turbaba, recurrió a la defensa infalible de su sonrisa, lo mejor que le quedaba de la niñez, de su familia y de la vida vivida en tantos sitios. Se sonrió y el farmacéutico ablandó su prevención de cordura ofendida.

El señor Maurice era como se lo habían descrito, o peor. Dijo haber hablado con Hugo a las dos de la tarde, savez-vous, y estar en todo de acuerdo con él. ¿Por cuánto?, dijo el Capitán, que había aprendido su papel de intermediario a comisión. On est tout à fait d' accord —insistió el señor Maurice con displicencia, hablando en francés, no se sabía si para excluir a la secretaria o para desechar la intromisión de un boliviano en aquel asunto. Y agregó que las instrucciones del señor Hugo eran terminantes. Dejar el envoltorio allí, para *pasar* esa misma noche el talco (aquí se sonrió, como si lo villano no fuera la mercadería sino el eufemismo; su sonrisa hacía un tipo diferente y acaso más joven, pero no menos desagradable); esa misma noche, esa misma noche, repetía. Entreabrió el envoltorio, con la cautela del que sabe, y deslizando dos sobrecitos de tarjetas, a modo de espátulas o cucharas, los cargó con un poco de polvo. Después los cerró y los lacró, pidiendo el sello a la chica. C' est très très bien —dijo— como si aquella operación equivaliera al análisis. Y el Capitán entendió "Ce traître vient", ese traidor viene... Tenía dos cajas abiertas, donde después pasaría el resto. El Capitán insistió, pero entre las buenas reglas del redomado oficio del señor Maurice figuraba sin duda la de no incurrir en la grosería de decir el precio, como si se tratara de un regalo de cumpleaños. On est tout à fait d'accord avec Hugo... (y, después de una pausa) Marcel comme vous dîtes, simulando que Hugo fuera el nombre verdadero y Marcel el apócrifo. ¿Sería Marcel-Hugo el traidor a cuya venida se había referido Maurice? "Ce traître vient"... ¿qué quería decir?

El verdadero alivio era salir de nuevo a la noche tras haberlo pasado, tras haberlo vendido, cotizado, malbaratado, regalado, ¿qué más daba? La verdadera liberación era haberse desprendido del asunto, sentirse desagotado de él como en el retrete, como si lo hubiera echado por el orificio del retrete y hubiera dejado caer el golpe de agua encima, el polvo y la fluencia de los intestinos todo junto, el polvo sobre la crisma motosa del Caballero Carmelo, haberse desagotado, haberlo excretado de abajo del brazo, por el ángulo de las

piernas, del vientre de una ciudad hostil o indiferente o atareada, haberse rejuvenecido enjugándose un cansancio de sol, un sudor, una fiebre circular de las sienes.

Y ahora no era difícil, allí, a aquella altura de la Ciudad Vieja (así le dijeron que se llamaba aquel pedazo donde quedaban el señor Maurice y su polvo amarillento, abrazados como el recaudador y sus monedas) tomar un taxi hacia Pocitos. Y lo tomó. La rueda azulosa de las luces de la noche y después la rambla y el mar encrespándose en lo oscuro. Mañana podría volver por la cita con el Embajador: lo haría para darle importancia y también para tener un resguardo eventual, aunque ahora la cosa ya había salido de sus manos y sus manos fosforecían sin mácula a la luz contraria de los automóviles en la rambla y la noche. El chofer fingió primero no conocer demasiado bien los sitios de la noche y luego empezó a decirlos: Pygmalion, Marecchiare, el Colmado... los conocía todos, pensó el Capitán. Bien podría hacer el gusto a Marie-Louise y llevarla finalmente —había llegado la noche para pagar esas deudas— a ver "El caso del Dr. Laurent". Marta Luz no volvería a llamarlo, podrían reir con Marie-Louise sobre sus celos también disipados: Miss Uruguay —como decía Marie-Louise— que vino a quedar en La-Reina-del Carnaval-del-Año-Pasado... Oulalà.

El taxi flanqueó la plaza de Pocitos, se detuvo frente al hotel. El Capitán no había visto al individuo insignificante que se hizo a un lado, para dejarlo pasar. Otros dos los esperaban en el hall del hotel.

—Va a tener que acompañarnos, señor —dijo uno de ellos, con un acento que era casi de consternación.

—Soy diplomático —dijo el Capitán—. ¿Qué pasa?

—Su Embajador ha declinado las inmunidades —insistió el individuo, que hacía verdaderos esfuerzos por mantenerse correcto, mientras el malhumor que le causaba esa cortesía continua iba averiando su voz, picoteando sus finales de frase.

—¡No es posible! —dijo el Capitán, alzando el tono y dirigiéndose al dueño del hotel. La cabeza hundida en papeles que debían ser muy urgentes, el dueño del hotel no lo miró.

—¿Y la señora?, dijo volviéndose hacia el telefonista. Alcanzó a ver la llave colgada en el casillero del 607. ¿Qué quería decir? El telefonista opuso el rostro insondable de la noche anterior.

—Acompáñeme —insistió el individuo, mientras el sujeto que se había hecho a un lado, en la puerta, había traído un coche oscuro hasta debajo de la visera del hotel. Lloviznaba.

Queda siempre un tramo más en el descenso. Faltaba algo peor que ver girar al revés las luces de la noche, que preguntar por Marie-Louise sin obtener respuesta. Faltaba todavía la llegada a Investigaciones, el tuteo de los tiras, la misma cara del Comisario de la noche anterior proponiéndole:

—Vamos, che, cantá: ¿dónde dejaste la falopa?

LA CHICA DEL TELEFONO

Voy a decir todo lo que sé y no me importa nada. Yo he negado antes a la Policía, pero ahora veo que me estoy hundiendo injustamente y tengo que pensar en mi madre, que puede morirse del disgusto si a mí me pasa algo. Así que voy a decir toda la verdad. Yo soy inocente y no quiero complicarme en nada.

Yo me empleé con el Señor Maurice para atender una oficina de compraventa de locales comerciales. Pero me aburría enormemente porque las actividades habían cesado, en especial después del despido de la otra muchacha. En los últimos tiempos sólo venían ese señor Hugo Hayden o Marcel Hayden, que ahora está preso, y un tal Asick Sur, que no sé si tiene algo que ver con toda esta historia. El rengo, el Capitán, sólo vino una tarde, la tarde de las dos cajas.

Lo único que había que hacer era atender el teléfono y recibir los cables. El señor Hugo o Marcel tenía un sistema de llamadas: llamaba y cortaba en seguida, antes de que atendieran; luego llamaba y había que dejar sonar la campanilla tres veces. Sólo entonces se daba a conocer. Generalmente lo atendía el señor Maurice. Pero alguna vez, por excepción, lo atendía yo...

—Por ejemplo, este papel que dice "El Sr. Hugo pide precio de la muestra que le entregó. Déjemelo apuntado así se lo paso por teléfono"... ¿fue escrito por usted?

Si, señor, y el texto me lo dictó el mismo señor Hugo. Fue antes de que apareciera el rengo, el Capitán, claro está...

—Y estos cables... "Prière cabler si marchandise vendue

Remerciements à bientôt, Chardon, Othonpalace", y "Très étonné votre silence et non reception transfert promis, Amitiés, Racovitza"... ¿los recibió usted?...

Bueno, yo en general no abría los telegramas. Además, no entiendo francés. Pero los nombres de Chardon y Racovitza me son familiares... y una vez el señor Chardon llamó desde Sao Paulo... creo que ese hotel, OthonPalace, es de Sao Paulo... y habló muy enojado, medio en francés, medio en portugués, y yo tuve que atenderlo, porque el señor Maurice no estaba... Entendí que se quejaba de no haber recibido algo y se lo dije al señor Maurice en cuanto vino. El señor Maurice se contrarió mucho, me parece que se contrarió de que yo hubiera tomado la llamada... pero él no estaba, ¿no?... se contrarió y me dijo que era un negocio de relojes que no había salido bien. Me llamó la atención, señor, porque no me daba cuenta de la relación que podría haber entre un negocio de relojes y los locales de comercio, como tampoco me daba cuenta de por qué, dedicándose a vender locales de comercio, el señor Maurice recibía tantos cables desde el extranjero... Y él también los mandaba, señor, sólo que prefería llevarlos él y creo que también ir a la T-T o a Italcable o a Western a hacer él mismo desde allí las llamadas de larga distancia o los telegramas.

—¿Qué es eso de la tarde de las dos cajas?

Bueno, una mañana, hará de esto tres o cuatro días, estuvo un rengo, vestido de blanco, preguntando por el señor Maurice, que no estaba. Yo no lo había visto nunca antes, parecía un hombre suave pero muy apresurado y nervioso. Miraba hacia todos los rincones, como si el señor Maurice pudiera estar escondido y no quisiera atenderlo... pero no era así. A primera hora de la tarde, ese mismo día, por el sistema de llamadas que él tenía, telefoneó el señor Hugo. Esta vez sí estaba el señor Maurice y lo atendió. Después que cortó, el señor Maurice me mandó a una papelería, encargándome comprar dos cajas del tamaño de un diario doblado en cuatro, un ovillo de un hilo fino pero resistente y dos barras de lacre. Y a la tardecita volvió el Capitán, es decir, ese señor rengo a quien reconocí en la Policía y a quien sé que

llaman el Capitán, por más que el señor Maurice nunca le dijo Capitán ni lo trató como si fuera un capitán... Sí, lo trató de un modo como indiferente, casi descortés. El hombre venía con un envoltorio azul y el señor Maurice, sin demostrar ningún interés por el asunto, sacó una muestra (no, no pude ver de qué eran las muestras, no sospechaba entonces de qué se trataba) porque me pidió dos sobres donde puso lo que sacó como muestra y creo que al final lo lacró...

—Pero el apunte de la llamada de Hugo o Marcel, que habla de muestras, ¿no viene de antes?

Ah, sí, Señor, ese papel es de antes. Habrán sacado muestras las dos veces, la primera para ver si al señor Maurice le interesaba el negocio, la segunda para ver si no había cambio... digo yo, me parece. El rengo, el Capitán, muy nervioso, le hablaba bajito de precios. Pero el señor Maurice no quería comprometerse. Hablaban para que yo no los oyera, pero en un momento me acerqué para traerles el sello de lacre, y además me intrigaba el modo de hablar del rengo, que parecía extranjero de no sabía dónde, y sin querer lo escuchaba con atención, aunque el tema no me interesaba... Bueno, el señor Maurice se hacía el indiferente porque se había dado cuenta de la agitación del Capitán. Y apenas el Capitán dejó el paquete y se fue, el señor Maurice tomó las dos cajas, repartió en ellas el contenido del paquete azul, envolvió y lacró las cajas y se fue, encargándome que cerrara yo, en cuanto fueran las siete de la tarde; y que, entre tanto, anotara muy bien las llamadas que pudieran llegarle. Pero sólo llamó, con el sistema del corte y de las tres veces, el señor Hugo. Me preguntó por el señor Maurice, y cuando le dije que no estaba, pareció fastidiarse. Me preguntó entonces si había estado allí esa tarde, con el señor Maurice, un señor rengo y si había dejado algo. Cuando le dije que sí y que el señor Maurice había salido casi en seguida, pareció más tranquilo y no preguntó más...

—¿Usted se anima a sostener todo esto delante del señor Maurice?

No es agradable, señor... usted no conoce bien el señor Maurice, las infamias que es capaz de decir... Pero ya tuve

que enfrentarlo en la Policía. Y si no hay más remedio, para demostrar mi inocencia, no tengo inconveniente...

Dodu, trapu, crapule, así había definido Marie-Louise a Maurice, "un gordo como ésos que aparecen en las películas de pistoleros". Pidió permiso al Juez, se sentó, no alzó los ojos hacia la chica, escuchó en silencio la lectura de las dos declaraciones.

—Lo de la compra de esas cajas es cierto —dijo—. Se las habían pedido a mi hijito en el colegio, para hacer colecciones de insectos... Esa misma tarde me las encargó mi señora, por teléfono.

La chica sonrió, desdeñosamente:

—Por eso usted las ataba y lacraba...

El señor Maurice miró al Juez, con su mejor rostro cándido —hoyuelos de semisonrisa interrogante en los cachetes, acuchillados por espesas patillas:

—Ya que sabe tantas cosas, señor Juez, pídale que le explique por qué utilizaba mi escritorio, cuando yo estaba ausente, para hacer cuadros vivos con su novio, los dos desnudos, y quién los fotografiaba...

—No interesa —cortó el Juez—. No estamos averiguando eso...

Y los hoyuelos desaparecieron de las mejillas del señor Maurice, lo restituyeron a su verdadera edad, diez años mayor que la de su sonrisa.

Y yo quiero agregar, señor, que nunca sospeché que aquello pudiera ser cocaína, aunque veía que era algo de precio y que seguramente sería contrabandeado. Yo no tengo experiencia...

Sin sonreir por su parte, bajó los ojos y ganó también varios años, o por lo menos se sacó de encima la infamia del señor Maurice, el estigma de los cuadros vivos hechos con el novio y fotografiados por un incógnito, acaso un rival del señor Maurice.

A mí sólo me tomaron para atender el teléfono y no tenía por qué estar al tanto de lo que pasaba allí... ¡Para lo que este señor me pagaba!... Antes éramos dos chicas, señor,

pero el señor Maurice quiso propasarse un día con la otra chica y como ella se resistió, él la despidió a fin de mes...

—Contigo, en cambio..., empezó a decir el señor Maurice, pero la mirada del Juez lo detuvo.

Yo tengo la impresión, Señor, de que él probaba a la otra chica, que es mucho más bonita que yo, y que si la chica hubiera cedido, él habría tenido muchos lugares donde destinarla, porque él nunca nos ocultó que estaba muy vinculado a los bares nocturnos, a las whiskerías. Él decía siempre que había sido dueño del Melody Club y de un restaurante exclusivo para socios, en Carrasco; y siempre que hablaba de eso lo dejaba caer como con intención, como a la espera de que una pudiese preguntarle algo, interesarse por esos ambientes... Y también tengo la impresión, señor, de que a mí me tenía últimamente a estudio con los mismos fines, y esto que dice ahora y que ya dijo en la Policía, sobre los cuadros vivos, que es una infamia, viene de que él me revisaba el bolso cada vez que me mandaba hacer una de esas compras como la de papel engomado, sobres, lo que fuera... Cosas que yo después veía que en el escritorio jamás se usaban, y que el señor Maurice ni siquiera sabía dónde estaban. Claro, alguna vez esos encargos podrían haber sido hechos para alejarme por un rato y hacer una llamada telefónica secreta o algo así... porque no me tenía confianza y me miraba siempre después que yo le trasmitía un mensaje telefónico o le entregaba un cable... Me miraba como si estuviera por decirme algo y no se animara. Aquella tarde de las dos cajas todo se hizo tan rápido, a partir de la llamada del señor Hugo, que no tuvo tiempo de alejarme...

—Señorita... ¿cómo consiguió usted ese empleo en la oficina del careado?...

¿Del careado?... Ah, sí... Por intermedio de mi novio, pero recomendada al señor Maurice por un amigo de éste a quien no conozco y que es a su vez amigo de mi novio. No recuerdo el nombre, y aunque lo supiera no desearía decirlo, para no comprometerlo en toda esta historia...

—Pregúntele si no sería el que sacaba las fotos... —dijo el señor Maurice.

EL HOTELERO

USTED me dice que es hotelero pero no soplón. Que ya sabe lo que dicen de usted, atribuyéndole haber entregado al Capitán (y también a la francesa), tras haberlos observado y haber descubierto en la habitación de él —en la maleta azul de él, para ser más precisos— un sobre de nylon. Del cual sobre usted sacó —dicen sus detractores y usted me cuenta y lo niega— un poquito de polvo, pasándoselo a la Policía para que lo analizara.

Sí, usted niega todo esto. Usted dice que es hotelero pero no soplón; que en la boîte de su hotel no hay drogas —puede probarlo— ni menores que tomen alcohol ni todo eso que algunos dicen haber sabido y denunciado al Consejo del Niño. Mentiras. A la boîte del hotel no vienen más que mayores, dice usted, aunque no se puede andar exigiendo documentos a todo el mundo, a parejas que vienen en tren de diversión, porque divertirse es una cosa antagónica a ser averiguado, y donde alguien es averiguado se pierde la diversión y donde se pierde la diversión —usted completa el silogismo con una sonrisa seductora— se pierde su negocio.

Usted rechaza la versión de que tenga que llevarse bien necesariamente con la Policía, y ofrecerle —de tiempo en tiempo— una pesquisa exitosa a expensas de algún pasajero, para que la Policía siga perdonándole la boîte y las drogas y los menores y todo ese tipo de vida nocturna de Pocitos que su hotel centraliza. Usted sabe que lo dicen, me dice, pero podría probarme que no es cierto, si yo se lo pidiera. ¿No quiero venir una noche cualquiera, caer de sorpresa, sin previo aviso, a la boîte?, me pregunta. Entonces yo vería.

Luego, usted me cuenta que pasó por épocas mucho más difíciles que ésta y nunca entró en tráficos semejantes. Y aquí usted vuelve a sonreir: también podrían haberse puesto a imaginar una historia de bandas rivales, la que lo surte a usted y la que cuenta con los servicios del Capitán y los franceses. ¿Cómo todavía no lo han dicho?, pregunta usted.

Pasó por épocas mucho más difíciles que ésta, que es la etapa del enbonpoint y de la prosperidad en su vida, me dice usted mientras arranca con los dientes la etiqueta del puro que va a fumar. Veo los espesos anillos en su mano y convengo en que ésta no debe ser para usted una época muy mala.

Usted las pasó mucho peores, y me lo cuenta. Cuando recién había venido al país... —¿de dónde? ah, sí, usted me dijo que era polaco, "polonés" dice usted, pero no exactamente de dónde venía cuando llegó aquí— gastó el poco dinero que traía (¿con que había podido escapar?) comprando un bar de camareras de la Ciudad Vieja, un bar que se llamaba "Las copitas". Fue hace años, me dice, y allí comenzó todo.

Oh eso sí que era duro —dice usted, y entrecierra los ojos al primer humo del puro y al primer humo de la nostalgia, porque esos años duros lo marcaron a usted y le gustaron, y seguramente le dejan el recuerdo de una mujer hermosa, hoy tristemente destruida, como debe hallarse siempre en las mitologías de tipos como usted —eso sí que era duro.

Y entonces me cuenta. Una vez estaba usted detrás del mostrador, y atendía las mesas una chica rubia, bonitilla (bonitilla, dice usted, poniendo en el diminutivo una capacidad de ternura que lo favorece), con el vestidito azul de fulgurante y la tiara impecable y el delantalito blanco que debían llevar todas, para que la Policía no confundiera camareras con prostitutas. Y la chica estaba ahí atendiendo y usted detrás del mostrador, cuando de pronto apareció un sujeto bien vestido (usted recuerda que estaba bien vestido, no pudo decir nada más de su filiación, y no sé si lamenta demasiado que el tipo no haya vuelto a aparecer jamás) y el sujeto

bien vestido primero se detuvo y lo miró a usted como si dudara de hacer algo o quisiera hacérselo a alguien aún no determinado, no sabía bien si a usted o a la chica, pero usted mantuvo una calma imperturbable y la chica, en cambio, gritó Ay y soltó la bandeja con las tres copas que llevaba, y entonces el tipo no vaciló y se dirigió a la chica y le dio dos cuchilladas en el pecho y salió caminando de espaldas a la puerta, cubriéndose la retirada, y usted ni aún así pudo recordar su rostro, reconocer a nadie en la galería fotográfica de la Policía. Y la chica murió, me dice usted, y era una chica muy hermosa, dice, y daba lástima verla allí tirada y muerta, porque usted no la dejó tocar por nadie hasta que vino la Policía.

Usted cuenta todo esto como una escena misteriosa, inexplicable: ¿por qué lo miró el tipo bien vestido, qué cuenta pendiente podría tener con usted?, usted no sabe. En esos sitios del Puerto la muerte ronda siempre, dice usted como toda explicación. Y después usted pregunta si yo recuerdo a Lázaro Bonilla. Usted menciona a gentes del hampa como si fueran celebridades para todo público. Bueno, yo no recuerdo a Lázaro Bonilla pero usted me cuenta que era un proxeneta tímido, de maneras suaves, que parecía incapaz de matar una mosca. Y ese proxeneta espiaba a sus mujeres mientras ellas buscaban clientes y una vez, en los alrededores de la estación de ferrocarril y en la madrugada, había estado espiando a una de sus mujeres detrás de un poste y cuando la vio recostarse a otro poste, bajo un farol, y relacionarse con un hombre, los dos de pie, aquella posición o el gusto malvado que la mujer encontraba en ella (usted no sabe, Lázaro Bonilla era también un sujeto misterioso) deben haber excitado la libido de Lázaro, que sacó un cuchillo (¿por qué no dice "extrajo de entre sus ropas un cuchillo", como escriben los partes policiales y las crónicas de los diarios?) y lo clavó a la mujer en la espalda, haciéndole un desgarrón inmenso en el abrigo (ah sí, comenta usted, ella estaba relacionándose con el abrigo puesto) según pudo verlo en la fotografía de ese saco, que al día siguiente publicaron los diarios. Y bueno, éste es el detalle que le interesa: ¿Sé yo —pregunta usted,

digo que no— que Lázaro Bonilla y la mujer habían estado en Las Copitas tan sólo un rato antes al momento del crimen?

Así que ya he visto que las pasó peores, me dice usted. Con toda esa experiencia, ¿va a meterse porque sí en el lío de denunciar a un diplomático, un señor tan amable, con gran gasto de bar, un cliente irreprochable? Usted me pregunta si lo encuentro lógico, yo contesto que no y usted supone que mi respuesta lo absuelve. Y ahora podría preguntarle yo: ¿usted está seguro de no haber hecho jamás algo ilógico en su vida?... ¡Contésteme! Sé que usted podría volver a usar aquí su seductora sonrisa, cargada de oro puro.

Cuando usted regenteaba el bar de camareras, me dice, vinieron muchas veces a ofrecerle polvitos como ése que el Capitán traía. Y usted nunca quiso entrar en ese asunto, me dice. Su negocio, juzgado por usted, rememorado por usted, era tan sólo el bar, con sus precios más altos que los bares de hombres, porque allí servían señoritas y aquello tenía algo de los viejos cafés cantantes que usted recuerda de Europa, aunque nadie cantaba... los uruguayos no cantan, dice usted, son gente triste... Su negocio, insiste usted, era el bar y sólo el bar. Usted sabe que no faltan canallas que digan que usted fue proxeneta en esa época, y que el bar de camareras era la fachada de un tráfico de prostitución. Usted, venido poco tiempo atrás de Europa, sin el deseo de regresar nunca más, recién venido y gestionando su residencia en Inmigración, ¿iba a meterse en asuntos de prostitución, para ir a dar a la cárcel y ser deportado? ¿Es lógico esto, tiene pies y cabeza?... No, usted no era proxeneta, dice, sino comerciante; y si el bar estuvo varios años en sus manos y prosperó y pudo sacar de él una buena llave y jamás tuvo líos con la Policía, ¿no me parece que está suficientemente probado que usted jamás anduvo en pogqueguías?

En fin, ¿a qué seguir?, pregunta usted, no es su conducta la que está en tela de juicio sino la de ese Capitán boliviano; aunque, claro está, ese hombre tiene influencias y amigos y esos amigos lo acusan a usted, andan difamándolo, incluso lo amenazan por teléfono desde que la cosa pasó. Pero usted

prefiere no dar cuenta a la Policía, para no seguir enredando más y más la madeja; y además porque sabe que estas denuncias no pueden probarse y sólo consiguen enardecer más a los acusados.

Usted me pide que yo me fije bien, para que si llega el caso pueda salirle de testigo: usted cree saber quién es ese francés todavía prófugo, del que hablan los diarios, ese gordo de patillas que parece que el Capitán ha confesado que se quedó con la coca. ¿Quiero yo que usted me diga el nombre, a ver si cuando el telón se descorre la cosa se confirma? No, mejor no, añade, falsamente arrepentido; ¿quién lo mete a usted?, reflexiona. Sí, por supuesto que puede usted obligarme al secreto profesional y ampararse en él, pero mejor es no crearme la tentación. Bueno, que yo me fije, dice usted. Va a darme sólo las iniciales (yo no he insistido, no he mostrado interés) y si el tipo cae yo voy a confirmarlo: ese gordo tiene estas iniciales, M.M. ¿Me acordaré, si llega el caso? Bien: eso me demuestra, dice usted, que usted no es un soplón sino un simple hotelero. Si hubiera rivalidades de maffia a maffia de alcaloides, dice usted, esas rivalidades existirían más entre M.M. y usted que entre usted y el Capitán. ¿No me parece ésa una prueba resplandeciente de que usted no acusó al Capitán? Bueno, por supuesto, usted está de acuerdo conmigo en que quien se hospedaba en su hotel era el Capitán y no M.M., pero usted no iba a denunciarlo porque se hospedara o no, sino porque le hiciese sombra o no le hiciese. Y para hacer sombra, ese gordo hace una sombra más ancha que el rengo, dice usted y se quita el habano de la boca y echa una carcajada redonda en humo. Así que yo ya veo...

Bueno, es claro que estoy viéndolo. También veo que sus explicaciones son demasiado largas para una corta inocencia, y que esta visita que usted me ha hecho yo no se la pedí ni nadie, nadie en todo este asunto, se la ha pedido. ¿A qué ha venido usted? ¿Teme usted acaso que el Capitán, a diferencia del hombre bien vestido, lo elija a usted cuando lo tenga enfrente? Tranquilícese, no es un gangster del tipo que a usted le pondría miedo.

Sí, ya sé, las explicaciones no son insensatas, cuando todavía hay gente sin pescar: el gordo y alguien más, seguramente. Pero entonces, ¿usted cree que yo me estoy viendo con toda esa gente en algún lado, en algún club nocturno, en alguna boîte no tan honesta como la suya, de mayores y novios solamente?

Ah, no, no, usted no cree nada. No sólo eso: usted pide disculpas de que yo haya entendido que usted cree. Es medio trabalenguas y su lengua polaca (su lengua polonesa) suele trabarse cuando la explicación se hace muy rebuscada. Pero usted tiene el viejo expediente de la simpatía (oh, el Capitán le llamaba amabilidad) y hace bien en usarlo.

Bien, bien: si lo creo oportuno, usted va a contarme la verdadera historia de su participación en todo este affaire (usted dice "afeg" como si fuese la palabra de una lengua increíble y no francesa) en todo este lío del Capitán y la mujer y la coca.

Una tarde en que el Capitán y la mujer no estaban, vino un comisario de Investigaciones que usted conoce. La policía había tenido informes de Interpol o algo así (este detalle usted no lo recuerda tan bien como querría) acerca de la existencia de una banda de traficantes de coca, con ramificaciones en Argentina, Brasil y Bolivia, y un teatro de operaciones circunstancial en Montevideo. Eso fue lo que le dijo el Comisario, me cuenta usted. El Capitán estaba sindicado como miembro de esa banda; aunque no el más importante, recuerda usted que le agregó el Comisario. Pero ese señor Capitán es un diplomático, dijo usted, recuerda ahora que adujo. No importa, replicó el Comisario. Había conversado con el Embajador y había obtenido el visto bueno para la posibilidad de que indagaran, siempre que lo tuvieran al tanto. ¿Dudaba usted de la palabra del Comisario, acerca de la actitud del embajador? Usted no se atrevió a dudar, me dice. Una cosa es ser confidente de la Policía y otra, muy tonta y muy distinta, hacerse gratuitamente enemigo de ella. No, si ellos decían eso usted no dudaba. Pero le parecía extraño —recuerda usted que dijo— y deslizó una frase bondadosa e indulgente hacia las costumbres del Capitán.

Aquí usted se detiene y me aclara: lo hizo de puro componedor que era, no porque las tuviera todas consigo acerca del Capitán. La morocha, para empezar —sí, esa Marilú o como se llame, que ahora está en el bando de quienes lo difaman a usted— le contó más de una vez que el Capitán gastaba a manos llenas, a lo loco, gastaba en taxis y en copas y en regalitos, gastaba hasta por gusto, y eso le llamó la atención, porque allí en el hotel se pasaba los días haraganeando (esta palabra sí que no se presta a su lengua polaca: usted dice hagaganeando) y por teléfono lo llamaba muy poca gente, casi nadie, aunque —eso sí— hasta que llegó esa señoga de Buenos Aires había todas las madrugadas una llamada nocturna de Larga Distancia.

Usted no estaba seguro de que estas vacaciones tan costosas del Capitán fueran trigo limpio, pero prefirió —me dice— inclinarse a la indulgencia: Cagamba, le dijo al Comisario, un hombre que paguece tan bien... Pero el comisario no atendió sus pareceres, y usted sintió (me dice) que estaba cumplido y que debía guardárselos. El Comisario lo interrogó sobre las personas que andaban con el Capitán y usted, requerido por la Ley, para no hacerse encubridor tuvo que mencionar a la señora y al otro francés grandote, del pelo corto. El Comisario tomó nota. En seguida le preguntó las costumbres del Capitán, en cuanto a hora de llegada, en cuanto a horas de salida, y usted le dijo que él y la francesa y el otro francés solían venir allí a la tardecita, a la hora del aperitivo, y luego ya se iban y volvían de madrugada. ¿El Comisario, acaso, quería detenerlos allí, esa nochecita? El Comisario lo tranquilizó, me dice usted. El pacto con el Embajador obligaba a andar con cautela. No se trataba de detenerlos sino de hacerles un registro en la habitación. Usted dio los números de las dos habitaciones: 507 el Capitán, 607 la señora. ¿Por qué están separados?, preguntó el Comisario. Y usted recuerda que respondió que estaban separados porque la señora había llegado después y había pedido alojamiento aparte, tal vez por algún chisme que tenía de las andanzas del Capitán con la morocha; todo lo que, recuerda usted, era una suposición basada en el hecho de que la morocha había llo-

riqueado y se había emborrachado el día, o mejor dicho la tarde en que apareció la francesa.

El Comisario insistió en que no habría detenciones, pero sí un registro en las maletas del Capitán, que era el que interesaba; porque si aparecía algo en esas valijas el Embajador se dejaba de joder —dijo el Comisario— y ellos tenían las manos libres.

¿Por qué esa confianza, podría preguntarle yo, por qué esa confianza si no eran compinches? ¿Cómo el Comisario se atrevía a decirle que un embajador jodiera o se dejara de joder, si no es porque usted estaba en otros hilos de la trama? Bueno, usted es polaco y no es posible llevarle cuenta de las palabras exactas. Retiro mi mirada de prevención y eso, me doy cuenta, lo tranquiliza a usted. ¡Adelante!

Bueno, se cumplió lo que usted dijo. Vinieron los tres, tomaron sus whiskies, la señora subió a la habitación, volvió y entregó la llave, se fueron. Y a eso de las once de la noche llegó el Comisario; esto me lo va a contar con cierto detalle, me dice usted, porque de aquí surge su inocencia.

Llegó el Comisario con dos tiras que lo ayudaban. Lo dejó a usted en el mostrador, hizo dejar el ascensor, en el piso quinto, con la puerta abierta. Y previno que el telefonista diera aviso a la habitación, en cuanto alguno de los tres —el Capitán, la francesa o el grandote— aparecieran. Usted dice que le parece que aquello duró horas, aunque debe haber durado minutos. Por suerte, nadie reclamó el ascensor en ese intervalo, y al cabo de esos minutos el Comisario y los dos tiras bajaron. Bajaron y no creyeron del caso decirle nada, aunque el gesto del Comisario —son todos medio sádicos, me dice usted— trasuntaba algo de complacencia morbosa, como si ya tuviese agarrado a alguien. De hecho, recuerda usted, el Comisario le pagó sus informes amenazándolo: si usted o el telefonista pasan algún dato, van a tener complicaciones. Usted le aseguró —me dice— que no las tendrían. El Comisario se fue.

Por la madrugada, llegaron el Capitán y la francesa; el grandote, no. Subieron juntos en el ascensor, que ya estaba funcionando bien desde hacía horas, y al rato bajó el Capitán,

hecho una furia. ¿Quién le había andado hurgando en las maletas? El Capitán, recuerda usted, sospechaba de usted y del telefonista, los miraba a los dos. Amenazó con quejarse, mencionó al mismo Embajador que el Comisario ya confiaba en que se dejase de joder, después de lo encontrado; el telefonista se mantuvo inmutable. Usted dijo que era imposible que alguien hubiera andado revisando, que el Señor Capitán era diplomático y cómo iban a meterse con un diplomático, etc. Puesto en la posición de usted, ¿qué puedo pretender yo que usted dijera, sino lo que dijo? ¿No era lo lógico? Podría discutirle su frecuente socorro a la lógica, pero prefiero seguir escuchándolo. La ceniza del puro mancha sus solapas, su mano acude a aventarla.

¿Y qué más? Al otro día, recuerda usted, fueron las detenciones. El Capitán salió ese día desde la mañana, parecía mucho más agitado que en tiempos anteriores, no parecía el mismo individuo que se pasara horas en el bar con la morocha, o haciendo solitarios con la baraja francesa, o armándole castillos de naipes en la alfombra a una mocosa de tres años, hija de la morocha. Ahora surgía como un hombre activo. Salió, llegó al mediodía, tuvo una telefonada que disputó con la francesa y le arrancó de la mano, salieron juntos, aparentemente a almorzar, y luego llegó ella a la tardecita, sola, sin él.

Aquí viene la parte más penosa de la historia. A poco de llegar ella, vino el Comisario con otros dos tiras, no los mismos de la noche anterior. Pidió por el número de habitación de la señora (seguramente habían estado espiándola desde la placita y la vieron entrar) y subieron. Al rato, al poco rato bajaron con ella. Usted sabía, me dice, que el Comisario y los tiras habían subido a la habitación 607 a buscarla. Si no los hubiera visto subir y hubiera comprendido que iban a arrestarla —así dice usted, éste es un verbo muy europeo, usted nunca diría, como un criollo, prender— habría creído que bajaba con tres amigos, para salir de paseo. Porque vino hasta el mostrador muy compuesta, vestida con su abrigo largo, bien peinada, entregó la llave, pagó su cuenta mientras los tiras no le sacaban los ojos de encima y el Comisario, en

cambio, se daba la tregua necesaria para encender un cigarrillo, y salió con ellos hacia el coche oscuro que los esperaba. Usted dice que aquello fue una demostración de gran clase, serenidad y toda una serie de valores a los cuales usted, en su azarosa vida, rindió siempre tributo. Usted la admira: Es una gran señoga, dice. Debe haberse sentido orgulloso de haberla tenido de huésped.

Cuando el Capitán llega, una hora y tanto después, la cosa es muy distinta y a usted le da mucha pena; o, mejor dicho, otro tipo de pena. Usted piensa que para la señora, el arresto tiene que haber sido más inesperado que para el Capitán. Porque el Capitán había sospechado el registro de sus maletas, la noche anterior, y la señora había estado ajena al episodio. Además, él es hombre y ella es mujer. Y bien: a pesar de todo eso, los papeles se dieron como cruzados: el Capitán quiso parlamentar, se le quebró la voz, pidió por su embajador y —cuando lo vio todo perdido— se puso a mirarlo a usted (usted siente todavía un estremecimiento al recordarlo) con unos ojos de cordero degollado. Fue él, dice usted, quien lo hizo sentirse culpable. No culpable de haberlos entregado, repite usted, sino culpable de una simple pasividad: la de no haber podido evitar que su hotel sirviera de trampa, de ratonera para gente que nada malo le había hecho. Esto pudo no sentirlo cuando la señora pagó, entregó su llave y se fue, como si marchara al aeropuerto y no a la cárcel. Pero inevitablemente tuvo que sentirlo —me dice usted— cuando el Capitán, viéndose perdido, echó los ojos (sí, echó los ojos, aquello era algo más que mirarlo... ¿no lo miraría tanto, aunque de otro modo distinto, como el hombre bien vestido?... tal vez hayan sido las dos miradas más intensas que usted sufrió en su vida) echó los ojos sobre usted, y usted bajó la cabeza. Era un hombre acorralado que va a perderse, como un perro encandilado que alza su cabeza hacia la luz de los faros antes de echarse mortalmente debajo del automóvil que lo deslumbra; era una mirada que hizo bajar la cabeza suya, que lo obligó a hundirse en los papeles del mostrador, usted ya ni recuerda qué papeles.

Usted sufría indeciblemente, me cuenta, porque usted es hotelero y no soplón, y aquel hombre estaba mirándolo como se mira a un soplón y no a un hotelero... ¿Qué creyó aquel hombre en aquel minuto?, pregunta usted, me pregunta: ¿Que el dueño del hotel, que la morocha despechada lo habían traicionado?... Usted todavía no puede imaginárselo, aunque anda por ahí la morocha —que no ha vuelto a pisar el hotel— diciendo que usted delató al Capitán y lo entregó a la Policía. Usted no entregó a nadie, me dice. Si alguien entregó al Capitán fue su embajador, que estando obligado... Pero usted no quiere seguir: deslindar responsabilidades entre diplomáticos es un asunto que no le incumbe. Usted solamente quiere sanear su nombre, su buen nombre, me dice, que ha sido como esos cisnes que pueden nadar en una charca sin ensuciarse la blanca pluma... ¿No me parece bien, de qué me sonrío?... Usted no puede imaginarse que yo lo considere, al fin de cuentas, un poquito poeta.

OIGAME bien, mi querido amigo: yo fui fundador del M.N.R., aunque El Chueco no me cite, en ese libro sobre Busch que a usted le gusta tanto... Ahora todos estuvieron allí, ah, sí. En aquel tiempo éramos unos pocos y nos llamaban nazis... Ahora es otra cosa: ahora la Revolución ha conseguido una patente continental... Ustedes mismos, con su doctrina Guani y todo lo que hostilizaron a Villarroel, aparecen entre los amigos de la Revolución... Demasiado, mi doctor, demasiado. Eso quiere decir que la Revolución, al cabo de siete años, ya se ha frenado y está vieja. El señor Jackson Eder, traído por el Doctor Siles, nos ha impuesto la estabilización... Ah sí, se lo digo con todo orgullo: fue el día en que yo empecé a estorbarles y me hicieron salir... Ésa es la historia de nuestra diplomacia de país mediterráneo, de país de encerrona: las embajadas son plazas de destierro dorado... Llega el momento en que molestamos y nos meten en la jaula de oro de una embajada... Nos becan para hablar mal de nuestro gobierno fuera de fronteras y eso mismo nos obliga a elogiarlo... Toda una paradoja. Óigame bien: el Doctor Siles es un hombre espléndido, de tremendo coraje físico, tan pequeño y enjuto como usted lo ve... En un país en que somos todos valientes, él llama la atención por una especie de valor tranquilo y dramático, desesperado y solitario... Cuando la Rosca montó su comedia de los juicios políticos a los movimientistas en el Congreso, el Doctor Siles, desterrado en Perú, cruzó la frontera y se presentó de improviso para ser juzgado... él solito, él frente a todos. Y en 1952, bueno... ¡en 1952 ganó una Revolución que

estaba perdida! Seleme ya se había refugiado en una embajada extranjera, otros compañeros querían largar las armas... y el Doctor Siles, a purito huevo, como dicen los chilenos, salvó una Revolución que estaba perdida, para entregársela en bandeja al Doctor Paz Estenssoro... Y ahí tiene: el Doctor Siles no tiene el coraje ideológico, el coraje de la concepción aventurada, le diría yo, eso que le sobra al Doctor Paz Estenssoro... Por eso se distancian, se reconcilian y vuelven a distanciarse... Es como si estuvieran llamados a encontrarse en los andenes de las estaciones, para tomar después trenes distintos... Hombre, vamos, no se quede con ese vaso muertito en la mano: el trago es para los labios y después para la garganta... Un hombre tan notable, le digo, de tanto coraje físico y con tanta cortedad ideológica: si va a pasar de la Revolución Nacional al Rearme Moral, espere un poco y lo verá... Y ahora ayuna, ayuna para que lo respete el Movimiento y para que lo respeten los adversarios... Pero un artista del hambre, como el del cuento famoso, es una cosa y un revolucionario es otra... Mire: la tragedia de nuestra Revolución ha sido la falta de verdaderos opositores... Y eso es como decir la falta de una verdadera purificación..., esa purificación que sólo se consigue de modo dialéctico, chocando con el enemigo, midiéndose con los obstáculos... Hemos tenido que inventar la oposición con las alas del partido: Lechín contra Walter Guevara, izquierda contra derecha, todo eso que usted sabe... Bueno, y después la corrupción precoz... Pregúnteselo al Contralor General de la República, que no sabe qué hacer frente a tanto compañero venal y corrompido y negociante... Después de tantos años de minería y gobiernos desgraciados, se ha creado la mentalidad suicida de que esto de ahora no puede durar, de que ya Patiño encontrará el modo... Y entonces, todos quieren sacar su tajada antes de que la cosa se termine... Y todavía hablan de la diplomacia y de la gran vida que se pasan en el exterior los embajadores... Y la gente nos atribuye cualquier cosa, que importamos heladeras llenas de medias para señora, que hacemos orgías con los amigotes más reaccionarios del Cuerpo Diplomático... Todo eso que usted habrá oído... Y

la verdad es que ahora este cargo de aquí es facilísimo y no hay nada que hacer, a menos que aparezca un Capitán perdido, como este pobre hombre... En los primeros tiempos de la Revolución, ah, en ese tiempo era otra cosa muy distinta... Pregúntele a Mario, que es amigo suyo... Pregúntele si no había que mantener garconnnières en Montevideo para los amigos políticos uruguayos, para ir catequizando a los senadores y a los ministros, a fin de que votaran con nosotros, a fin de que estuvieran de nuestro lado... Si yo no fuera embajador —y a pesar de que a mí me cuadra tan poco esto de ser diplomático, este oficio tan poco sentido y tan pasajero que ahora tengo... podría decirle los nombres de esos ministros y de esos senadores, que tenían la llave del... ¿cómo dicen ustedes?... sí, del bulín —ah, sí, mejor todavía, qué linda palabra, matadero, gracias: matadero, una especie de liturgia del amor y de la muerte, como si tuvieran que hacerse juntos... ¡es formidable!... Pregúntele a Mario, que ya no es diplomático: pregúntele quiénes eran los que tenían la llave para ir con sus mujeres —con sus minas, como dice el tango, las minas de ustedes que son apenas menos trágicas que las minas nuestras... ja, ja, ja...— para utilizar el matadero que sufragaba mes por mes, el alquiler pagadero en un banco, el embajador de Bolivia, para la diversión de sus buenos amigos uruguayos... Pregúntele. Y creo que la cancillería nuestra tenía un rubro..., claro que no decía matadero, algún rubro como de atenciones de cortesía, y era la llave para el amor de los senadores y de los ministros, porque con esa llave y con botellas de whisky se hacía más, lamentablemente se hacía mucho más que con buenas razones revolucionarias... Con eso y con las comidas, con eso y con los regalos, con eso y el par de botellas escocesas que el chofer les llevaba como recuerdo, sin ningún pretexto, de cuando en cuando... No, no, no vaya a pensar que yo hago lo mismo con usted, vamos, caro dottore... con usted es diferente... "A poco que no somos amigos", como dicen los mejicanos... Cuando uno es amigo es otra cosa y yo puedo ponerle dos botellas directamente en su coche y un rato antes, con cargo de que usted va a tomárse-

las lejos de mí, contarle mis cuitas, como ahora lo hago... Eso es lo que le digo... —sírvase, por favor, no me haga servirlo, usted es de la casa y por esta noche licencié al mucamo... Sí, también dicen que tenemos una cohorte de mucamos y choferes y servidores, nosotros los revolucionarios... Bueno, es tristemente cierto, mi doctor, y tristemente necesario: usted se imagina que no voy a servir al Nuncio o al Canciller de ustedes como me animo a servirle a usted... Tengo que disponer de ese aparato de servidumbre, porque otros lo tienen... No soy yo ni siquiera la Revolución quien debe tenerlo: es Bolivia, que es un país pobre pero no puede ser menos que nadie, en esta estúpida feria de vanidades que es el servicio exterior... ¿Para qué?, dirá usted... ¿Para qué?, digo yo... Porque en esa contradicción nuestra diplomacia revolucionaria no es revolucionaria ni es diplomacia, no tiene el antiguo estilo de la oligarquía y de la rosca ni ha conseguido hacerse otro estilo... Y además, mi querido amigo, es ineficiente... Fíjese el caso de este pobre Capitán... ¿Cómo desde Buenos Aires no me avisaron que venía, cómo no me contesta la Cancillería cuando le pongo un cable urgente pidiéndole instrucciones?... ¿O es que están descifrando el texto de cincuenta palabras y eso les lleva tres días?... Ésta es la desesperación, créame... Que a usted no lo informan en su fuente de origen ni en su sitio de destino... Bueno, y entonces cometemos los pequeños y los grandes errores: nos compramos un Jaguar rojo, muy bonito, eso sí, color lacre, muy bonito para que la señora se fotografíe con un lebrel, mientras abre la puerta, todo eso que aparece en las revistas extranjeras... muy bonito, claro que sí, ¿quién va a quitarle?... pero que el día en que tenga que venderlo... a toda prisa, porque nos remueven con muy poca anticipación en el aviso... ese día me va a dar muy poco más de la mitad de lo que dan por un Mercedes-Benz en esta plaza..., como vine a saberlo demasiado tarde... Y todo es así, mi doctor, todo es así... Fíjese el pobre papel a que me condenaron las circunstancias el otro día, con este lío del Capitán... El introductor de embajadores me pide, en nombre del Canciller, que reciba a un comisario de Investigaciones, por un caso delicado. Pienso entonces que es la secuela de un asunto pequeño pero muy lamentable, que hubo en la oficina de la embajada hace algún tiempo: faltaba dinero en la caja del consulado, y sospechábamos del portero, que es el portero general del edificio de departamentos en que están nuestras oficinas... El portero tiene llave y es una bellísima persona, que por suerte no llegó a enterarse de que sospechábamos especialmente de él... Bueno... llamo al introductor de embajadores y le pido que me manden un comisario aquí a la casa, sin decirle por qué... Quería que fuera aquí en mi casa, para no alborotar la oficina... El comisario viene, muy comedido, y se pone a mis órdenes, pensando en alguna ratería de la servidumbre... Le informo, me aconseja que por la noche haga un recuento y tome la numeración de los billetes en la caja del consulado, y que a la mañana siguiente, en un momento en que estén todos y haya hecho subir al portero, con cualquier pretexto, los retenga y convoque a un inspector, me da el número y todo eso... Bueno, lo hago, sorprendemos a todos, llega la Policía y revisa... El portero no tiene nada... ¿y sabe quién es el ladrón?... Un pobre chico, excelente chico, becado para estudiar Medicina aquí y a quien la Revolución le ha cortado la beca y yo le he dado un empleíto por las tardes, para que vaya manteniéndose... un chico excelente, hijo de un antiguo compañero de Universidad... Y entonces yo quiero terminar el asunto pero la Policía dice que es imposible y se lleva al muchacho y lo pasan a la Justicia y lo procesan y tengo que convencer al Juez de que lo ponga en libertad y esa misma noche lo embarco hacia Buenos Aires, para repatriarlo a Bolivia, cortándole la carrera para siempre... Bueno, yo pienso que es por ese asunto desgraciado, pero no: viene un nuevo comisario aquí a la casa, un individuo muy amable, todo un caballero, y me cuenta el viaje del Capitán y las vigilancias que ellos han puesto y las sospechas vehementes que pesan sobre el Capitán... ¡y me plantea todo un problema de Derecho Internacional! Ésta sí que es buena... Yo le pido hasta la mañana siguiente para reflexionar, y en realidad quiero disponer de ese tiempo para

telefonar al embajador en Buenos Aires y para poner un cable cifrado a la cancillería... El comisario me da plazo y queda convenido que ellos seguirán vigilando... Bueno, el comisario no quiere ofenderme, pero es inevitable que ustedes crean que Bolivia y la cocáina... —ah sí, nosotros sin querer decimos cocáina y no cocaína, como dicen ustedes...— que Bolivia y la coca sean lo mismo, que aquello sea un emporio en que todo el mundo se dedica a elaborar el polvito... una serie de alambiques en fila a lo ancho del país, como si la coca fuera para nosotros lo que es la lana para ustedes... En fin, mando el cable, trato de llamar esa misma noche a mi colega de Buenos Aires, está en una fiesta, pido que me telefonee aquí a la casa, a cualquier hora que llegue... y me llama a las cuatro de la mañana y bueno, tiene su mucho trago a esa hora y no me entiende bien y finalmente sí me entiende y me dice que el Capitán es un pobre diablo y que yo no me preocupe, que él va a hablar a la mañana con el general Ichazo, el agregado militar de quien depende el Capitán, y que después va a volver a comunicarse conmigo... Y pasa otro día entero y vuelve el comisario y nadie me ha informado de nada... Bueno, el comisario me da los datos sobre el pasaporte del Capitán, porque entre tanto lo han llamado a conversar al Departamento de Investigaciones... y me habla de esa mujer francesa y de otros franceses que al parecer están metidos en la diablura... y al ratito se va el Comisario y me anuncian al Capitán, que pide que yo lo reciba allí en mi despacho... Pero yo no tengo todavía las instrucciones, a pesar de que ha pasado todo un día en blanco, no tengo instrucciones y le doy una excusa y no lo recibo... y a mediodía vuelvo a hablar a Buenos Aires y el embajador de allá me dice a las cansadas que el destino del Capitán en Buenos Aires ya ha cesado y que han comunicado el cese y que ya viene en su reemplazo un capitán Líbera, así que yo haga lo que me parezca con las inmunidades... que él no tiene nada que ver y que no ha podido localizar al general Ichazo, que anda de viaje por Córdoba... ¿Se da cuenta? Y la cancillería, desde La Paz, muda como una piedra... Por la tarde me vuelve

a telefonar el Comisario y me pide que lo reciba dos minutos en la casa, y allí me dice que han podido establecer que hay un paquete, aparentemente de coca, en la maleta que el Capitán tiene en la habitación del hotel... y vuelve a preguntarme sobre las inmunidades... y entonces hacemos un pacto... No sé si estuve bien al hacerlo, usted dirá, pero yo estaba muy solo en el asunto y con la cancillería uruguaya ya seguramente sobre aviso y con el pensamiento puesto en defender a mi gobierno, protegiéndolo de cualquier escándalo... Bueno, pactamos que esa noche, cuando el Capitán no esté, harán un registro en la habitación del hotel y si hallan cocáina tendrán las manos libres, pero sólo si la hallan, infraganti delito como dicen ustedes... y si no encuentran nada yo mando buscar al Capitán y lo fleto a Buenos Aires de urgencia... A la tardecita, me he pasado varias veces la película, para saber si estuve bien... ¿usted me absuelve?..., a la tardecita se presenta el Capitán aquí en la casa, pidiendo ser recibido, y yo ya no puedo hacerle juego doble ni a él ni a la Policía y le mando responder que solicite audiencia en las oficinas de la embajada... y así lo reboto al día siguiente. Bueno, usted ya sabe el desenlace: le encontraron cocáina en la maleta... y entonces el pacto era entregarlo... ¿Usted puede pensar que me hace gracia todo lo que ha pasado?... Ahora tendré que enviar la valija con los recortes de los periódicos y un informe confidencial sobre la forma en que conduje el asunto... Ah, y a propósito, me gustarían unas pocas líneas suyas para incorporar al informe, como una evaluación penal del asunto... Sin demasiada profundización, sólo un pronóstico... Bueno, pero fundamentalmente lo otro: usted ocúpese de la defensa, por cuenta de la embajada... y haga algo, se lo pido como amigo, por ese pobre desgraciado de buena familia —yo conocía a su padre y también a un tío general y muy señorón que tenía—... haga algo por este desgraciado que vino a caer en las redes de la aventurera francesa... El clásico diagrama de espionaje, con oficial y Mata Hari, el clásico diagrama de espionaje, rebajado esta vez a contrabando de cocáina... ¡Qué quiere, mi doctor! Somos gente muy pobre...

EL FARMACEUTICO

Era un señor vestido con traje de hilo blanco, de estatura mediana, ni gordo ni flaco, pálido de cara y con unas patillas negras muy anchas, aunque no muy largas. Lo reconozco como el que acabo de ver en el patio de los detenidos, aunque ahora vi que renguea y entonces no me di cuenta, porque entre nosotros dos quedaban el mostrador y las vitrinas y yo sólo lo veía de la cintura para arriba. Hablaba con un cantito particular y me pareció chileno o peruano o algo así. Por sus preguntas, noté en seguida que no conocía la ciudad. Traía bajo el brazo un paquete envuelto en papel de embalar azul y me preguntó si podía guardárselo por un rato, mientras él daba con una dirección en la calle Misiones. Era muy amable y ceremonioso, exageraba la molestia de lo que me pedía. Me preguntó dónde era la calle Misiones y se lo dije. Acepté tenerle el paquete por un rato, porque me pareció una persona bien y, ¿cómo lo diré?, hasta excesivamente educada, si es que puede haber exceso en la educación... Imagínese que si hubiera sabido que se trataba de cocaína... No se olvide de que mi negocio es una farmacia y por una complicación de esta clase, si no queda bien aclarada, hasta podrían clausurármela y retirarme el permiso. Así que por ninguna plata... Pero, además, aquel señor me lo pidió como un favor desinteresado que yo pudiera hacerle, sin que se hablara nunca de dinero, qué esperanza. Era un extranjero que no conocía bien la ciudad y pedía que le tuvieran aquello por un rato...

—.....

No sé, no me imaginé qué cosa pudiera ser, aunque debo haber supuesto que era ropa o algo así. Ropa o papeles o libros o algo más pesado, no puse mayor atención...

—.....

Eso fue pasadas las diez de la mañana, en un momento en que la farmacia estaba sin clientes, así que no puedo recordar a ninguno que haya sido testigo del episodio de cuando hablamos y el señor me dejó el paquete...

—.....

Yo acepté hacerle el favor y a la vista de él puse el paquete en una estantería abierta donde había sitio, detrás del mostrador. A la vista de él y de cualquiera, sólo que para sacarlo de allí habría que pasar del mostrador para adentro. El señor de blanco transpiraba mucho y, en cuanto me dio el paquete y las manos le quedaron libres, sacó un pañuelo también blanco, grande, y empezó a enjugarse la cara, el cuello, sobre todo el cuello y la frente. Recuerdo que entonces me preguntó cuál era la calle de la farmacia, la calle en que estábamos. No me sorprendió que lo hiciese porque, como ya le digo, me di cuenta de que no conocía para nada la ciudad. Le dije que era la calle Sarandí y él sacó una pequeña libreta del bolsillo y, tirando de un lapicito que venía en el lomo de la libreta, escribió el nombre. Me lo dio a leer para estar seguro, era una letra clara y muy fluida y yo vi que había puesto Sarandy, con y griega. Le dije que era con i latina y él contestó: "Gracias, es lo mism".

Recuerdo que dijo "mism" y no "mismo", porque me quedé pensando quiénes hablarían así, si los chilenos o los peruanos o quiénes. Ahora sé, pero por los diarios, que era un boliviano. Se comía las vocales al hablar, eso es lo que le digo...

—.....

Cuando salió, miró mucho al frente de la farmacia, como para no olvidarse del lugar... y creo que anotó el número de la puerta. Pero tampoco me llamó la atención, porque alguna vez he estado en el extranjero y sé la inseguridad que a uno le entra cuando está en el extranjero...

—.....

Bueno. Me olvidé completamente de la historia del paquete, porque vino mucha gente a la farmacia, todo el resto de la mañana y en las primeras horas de la tarde. Ya sobre la tardecita, volvió el señor, que todavía no sé cómo se llama. Ahora pienso que su traje de hilo blanco estaba mucho más arrugado que por la mañana y él mucho más cansado y como envejecido, aunque no tan sudoroso. Cuando lo vi me acordé del paquete —¡querrá creer que me había olvidado!...— y lo bajé para alcanzárselo. No, no era muy pesado... Ahora me han dicho en la Policía que eran dos quilos de cocaína y... ¿qué quiere que le diga?, pesaba como dos quilos de cualquier cosa... Me di cuenta de que el señor parecía maravillado de que el paquete estuviera todavía en el mismo sitio. Lo tomó, me agradeció muchísimo, dijo que estaba a mis órdenes aunque sin decirme quién era ni dónde vivía. Así que lo de ponerse a mis órdenes era una pura fórmula, como corrientemente sucede. Era una persona que se expresaba de un modo muy educado y culto, y ¿cómo le diré?, con un tipo de cortesía algo complicada, lenta y ceremoniosa, que no es la que se usa aquí. Yo soy español, pero vine de muy chico al país y me considero completamente uruguayo...

—.....

Bueno, sí, el señor era muy educado pero esta segunda vez parecía muy nervioso, aunque no sé si atribuirlo a que siguiera desconociendo la ciudad o a que le hubiera pasado algo malo. Ya no transpiraba pero miraba continuamente hacia los costados, como desconfiando de algo, una o dos veces hacia la mampara coronada con bollones de vidrio y potes de porcelana que quedaba detrás de mí; y más de una vez hacia la puerta, como si esperara que por allí pudiera entrar alguien, en busca de él. Finalmente, me preguntó si nadie había venido por el paquete, pero en seguida se arrepintió de la pregunta, como si fuera una soberana estupidez, y por primera y única vez se sonrió y vi que tenía una dentadura espléndida, que le brillaba en el rostro, porque el rostro —ahora, a la luz de la tardecita— me pareció más oscuro o quemado, tal vez por la iluminación fluorescente, a filetes, que

corre por la mampara... o tal vez por el resplandor rojizo de la tarde, que entraba por la puerta a espaldas del señor, aunque él a cada momento se daba vuelta hacia allí y lo veía a contraluz y de perfil. Me preguntó si nadie había venido a buscar el paquete pero en seguida pareció arrepentirse, como le dije; y cortó, cortó la conversación sobre el asunto del paquete, dándome muchas veces las gracias y quedándose un segundo indeciso y como nervioso, porque se ve que no sabía si darme la mano o preguntarme si me debía algo en algún orden fuera del dinero o qué sé yo, pero lo cierto es que el hombre no sabía cómo acabar la conversación, porque apretaba el paquete contra su cuerpo y entreabría los labios, sin decir nada. Bueno. Por último se inclinó, saludó con una reverencia de la cabeza y se fue hacia la puerta. Ahora pienso que en ese momento tengo que haberlo visto de cuerpo entero, pero de todos modos estábamos entre dos luces y la verdad, la pura verdad es que ni aun en ese instante me di cuenta de que fuera rengo. La cara, en cambio, la reconozco sin ninguna duda. Y además, creo que él no niega que estuvo en la farmacia y que me dejó el paquete en depósito. Y supongo que no dirá que me dio dinero ni que me ofreció en venta su mercadería ni siquiera que yo haya sabido de qué se trataba. Porque si hubiera sabido...

—.....

No, no conozco a ese señor Maurice ni a nadie que responda a sus señas ni a nadie que trafique en cocaína ni nada de eso. Nadie ha venido nunca a proponerme negocios de ese tipo, ni yo me habría prestado... Tengo la farmacia a mi nombre hace más de veinte años y todos los vecinos y la clientela de la zona pueden atestiguar lo que le digo. Fíjese que si yo hubiera querido...

—.....

No, a ese señor Maurice no puedo reconocerlo aunque me lo muestren, sencillamente porque nunca lo vi. Y el señor de blanco tampoco me habló de él ni de nadie, ni siquiera me consultó sobre la dirección completa de ese tal Maurice, si es que es el tipo de la calle Misiones. Recuerdo muy bien

que me preguntó por la calle Misiones, pero no me dijo ningún número ni me preguntó por nadie en particular...

Nada más. Lo sé porque lo sé, y usted acaba de escuchar de qué modo. No tengo el menor interés de perjudicar a ese señor boliviano, que me pareció entonces una persona muy fina y muy correcta, pero tengo que decir toda la verdad, no sólo porque así lo he hecho siempre, como una norma en mi vida de trabajo, sino también porque me interesa que se aclare muy bien que yo y mi farmacia no tenemos nada que ver en todo este asunto.

EL SEÑOR MAURICE

YO A VECES hago reír a la gente, pero no es por mi voluntad. No soy humorista ni me he propuesto nunca ser payaso... aunque la cara y la gordura me ayudarían. Pongo un ejemplo: cuando en el Juzgado dije que, emigrado de Francia, había pasado por el Brasil y había resuelto no quedarme allí porque no me había gustado el idioma, el Juez se sonrió y me miró: ¿Le parece una excusa suficiente? Piénselo bien. Y bueno, ahora que él no está delante, podría decirle que ya lo ha pensado hasta el cansancio (oh, él me ha dado una buena celda para pensar) y agregarle que la encuentro una excusa suficiente. Más aún: una razón valedera.

No me gustó el idioma de los brasileños, ese idioma meloso y como afeminado, lleno de cortesías insinceras y de tratos ceremoniosos. No, no me gustó, fue entonces que decidí tomarme un barco y viajar a Buenos Aires. Bajé aquí, sí, señor Juez que ya no me oye, bajé aquí a dar una vuelta, por las ocho o diez horas en que permanecía atracado el transatlántico... Y me gustaron la gente y las playas y me quedé... ¿Que perdí el equipaje? No era mucho, y lo principal estaba en un bolso de mano que tuve la precaución de bajar conmigo.

No soy humorista ni payaso, pero parece inevitable que todo el mundo me considere un histrión. ¿Sabe lo que parece usted?, me dijo una vez una chica de cabaret. Un Edward Robinson sin luz en la cara. Bueno, amor, dije yo, estamos en lo oscuro de la sala. Y ella dijo: ¡La luz del alma!

Orden: hay que contar con un poco de orden: para empezar, el sitio de nacimiento. Nací en Montauban, al sur de

Francia, en el departamento de Tarn et Garonne, sobre el Tarn. Soy montalbanés, como se dice. Montauban, una ciudad que tiene una vieja facultad de teología protestante, una ciudad que se resistió a Luynes y se asoció con Luis XIII. ¡La patria de Ingres y de Bourdelle, pintura y escultura! ¿Qué más quiere? Ésa es la cuna ilustre a donde nunca volví, pobre peregrino que soy. Vivo en una ciudad que no es la mía, tengo una mujer que no es la mía, tengo un hijo que no es el mío... ¡y la gente me considera poco menos que un rufián!

Por lo menos tengo mi nombre, y ese sí que es mío. Porque mis padres tuvieron imaginación al ponerme Maurice, desde que ellos se llamaban François y Françoise y mi destino podría suponerse sellado. No, señor: Maurice; Maurice André. Mi apellido no lo uso nunca, porque en verdad suena como otro nombre: Martin.

Tengo cincuenta años, soy de enero de 1909. Y ahora que ya dije lo de la mujer y el hijo: soy soltero. Si estoy presentado, sigo. Vamos a lo que importa.

Cuando vine, no hablaba una palabra de español. Y el idioma francés, en lo que estaba a mi alcance (porque no se me ocurrió ir a la Embajada ni a l'Alliance) se hablaba en el puerto y se hablaba en la noche. Por allá me fui. Tuve primero un cabarecito de mala muerte, sobre la punta de la Ciudad Vieja. Apenas duró: la seccional primera es la peor de todas, bate el terreno de arriba abajo, no deja vivir. Pero allí, y en lo poco que duró la cosa, conocí a Larteguy y a Vivianne. Larteguy era un tipo affiché, el tipo del vividor internacional, con un pasado turbio en Casablanca y qué sé yo. Vivianne, que ahora vive conmigo, era entonces una muchacha rubiecita y vivaracha, que había ido a parar a manos de Larteguy después de una aventura con contrabandistas de la frontera, que pasaban autos robados al Brasil, y ella vistosa servía de pareja, daba la cara de la aventura galante, hacía pasar. Estuvo presa, se quedó en Montevideo cuando le dieron la libertad. Tampoco quería volver a Brasil, aunque hablaba muy bien aquel idioma de micos... Bueno, Larteguy quería hacer algo. Vivianne cocinaba muy

bien y podría servir para otra fachada más: la de un petit restaurant de socios, un petit restaurant exclusivo con dos o tres habitaciones contiguas, a la manera de un motel muy reservado. Si venía la Policía, encontrarían a Vivianne cocinando y a los socios comiendo, el socio y la chica, el socio y la chica, el socio y la chica, porque ahí se acababa la historia. Lo difícil era explicárselo a la gente, aunque Larteguy estaba entusiasmado: el proxenetismo como una de las bellas artes, me dijo un día. ¿De dónde habrá sacado la ocurrencia?

Alquilamos el chalet, pusimos una buena cocina y tratamos de hacer socios entre los hombres de negocios, explicando las cosas a medias, porque esta gente siempre que quiere entiende. Larteguy lo había visto marchar a maravilla en otras ciudades. Pero en esta Montevideo que es todavía très provinciale, el proyecto fracasó. Habíamos conseguido un tercer socio, una especie de babosa pálida y repugnante, con cara de rata de Juzgado, de tinterillo nocturno, un tal Dulaurier, que tiene casa de descanso en Solymar y es traficante de joyas. Al pobre iluso, Larteguy lo convenció de que era una buena coyuntura para vender sus alhajas... No debe haber vendido ni una.

Salimos perdiendo y Larteguy vino al poco tiempo a proponerme la compra de un taxi, que daba tanto y cuanto. Sí, era un taxi que hacía viajes para los bagayeros y llegó un momento en que hubo que ponerse al volante: Larteguy lo hizo pero yo no, y tuve que venderle mi parte... Bueno, ésa fue la perdición de Larteguy, que resultaba ser un tipo demasiado ambicioso: un día se complicó en un asalto y cuando supo que lo habían delatado transfirió el taxi de apuro, poniéndolo a nombre de Vivianne, y se las tomó. Para ese entonces ya tenían un chiquito y Larteguy abandonó todo. Tomé a mi cargo a Vivianne y al chiquilín: la hice deshacerse del taxi. Al tiempo, escribió Larteguy desde México, dando instrucciones a Vivianne para que vendiera el coche y le girara el dinero a la cuenta número tal. Le prohibí terminantemente que contestara.

Yo había vivido un tiempo de hombre solo, en los días del cabarecito del Puerto. Cuando caía enfermo, mandaba buscar una camarera por vez, para que se turnaran y me hicieran una tisana o un caldo. Las desgraciadas han querido ahora emporcarme, cuando todos me caen encima, pero yo digo todo lo que pasó, ni un poquito más, ni un poquito menos: allí con fiebre, tirado en la cama, envuelto sin poder tocarlas, las invitaba a que fuesen amables y me sirviesen el té paseándose desnudas por el cuartito. Sin tocarlas, desnudas y con los zapatos puestos. Sobre todo esas yegüitas que tenían zapatos de pulsera...

Pero desde que vivo con Vivianne, pas de bétises. Es una mujer joven y vivimos una vida matrimonial verdadera, el niño con nosotros, el niño que me dice Papá y ha tenido que verme ahora aquí... ¿A quién le parece justo?

Bueno, con la plata del taxi y otro poco que tenía Vivianne y otro poco que tenía yo, compré una parte en el Melody Club. Allí he vuelto a encontrar a Dulaurier, pero a encontrarlo como cliente, porque está hecho un vicioso y se droga y busca mujeres pero para hacer cosas raras... Y yo, yo soy el gangster, el Edward Robinson sin luz y todo eso... y él es el artífice de las joyas con grandes luces... Ése es el mundo.

Un día, hace poco menos de un mes, yo estaba almorzando en Sorrento y escuché, en la mesa cercana, a un tipo que hablaba francés. Un tipo grande, severo, un poco duro. Estaba con una mujercita pelirroja que lo entendía apenas, porque él tenía que hablarle lentamente mezclando palabras españolas y francesas. Y entonces yo, que estaba solo, sin querer escuchaba. En un momento, el tipo precisó una silla, porque la mujercita pelirroja quería quitarse el abrigo, y se allegó a mi mesa, para pedir la que a mí me sobraba. Entonces, al cederle la silla, le hablé en francés y el sujeto se sorprendió y entramos en conversación y me invitó a pasar a su mesa y acepté porque me di cuenta de que la pelirroja lo aburría. Y al poco tiempo le dije que yo era de Montauban y él me dijo con alegría que era de Perpignan y que éramos vecinos... Ahora sé que es belga pero que estuvo un tiempo en Perpignan, e hizo bien en mentirme porque ese tipo de mentiras ayuda en los principios de la amistad... Claro que a mí no me parecía un acento francés del sur y después he sabido que no era... Pero, entre tanto, éramos amigos. Al domingo siguiente, me invitó a ir a una playa y... ¿a dónde me llevó? A casa de Dulaurier, a una pequeña festichola que después se volvió medio orgía y el tal tipo de Perpignan, que se llama Hugo Hayden, se emborrachó de veras y agarraba a la mujer de Dulaurier y la besaba y la sacudía y el pobre joyero quería hacer algo y me pedía que me llevara a Hugo, pero yo tampoco podía. Y al final, Hugo y la mujer de Dulaurier se fueron en plena noche de luna a la playa y el muy cornudo de Dulaurier salió con mucha tardanza, por cumplir, y tiró unos cuantos balazos al aire, en la noche vacía del balneario; y después volvió a la casa, revólver en mano, y nos echó a todos los que quedábamos, a Vivianne, a mí y a un pobre individuo, amigo suyo, que no sé quién era ni he vuelto a ver...

Al otro día, Hugo vino a visitarme a la oficina, como si nada hubiera pasado. Porque, entre tanto, yo había puesto la oficina de venta de terrenos, en la calle Misiones. Y Hugo fue a verme allí: impecable, recién salido de la peluquería pero con arañazos en el pómulo izquierdo, caricias de amor de Madame Dulaurier, una mujer sin manos de joyera.

No me dijo nada de todo el lío, pero sí que quería hacer negocios conmigo: negocios de telas, dijo. ¿Contrabandeadas?, pregunté yo. No sé todavía, dijo Hugo. Negocios con buenas telas estampadas francesas... A mí no me gustaba, no sabía nada de eso. Le propuse —a cambio— el negocio que andaba dándome vueltas en la cabeza, el negocio que me gustaba desde los días del petit restaurant de Carrasco, el negocio por el que había puesto la oficina de ventas en la Ciudad Vieja: una línea de moteles, en el camino de Punta del Este a La Paloma... El amor de los que viajan, dije. Hugo dijo que iba a pensarlo, que tendríamos que ver lugares y calcular costos y todo eso. Es un sujeto metódico, que sabe de lo que se ponga. Y bueno, ésa es la historia de mi relación con Hugo, la historia de un buen negocio

que estábamos por hacer, cuando se vinieron con toda esa fábula fantástica de la cocaína y nos metieron presos.

Ya se lo dije al Juez: conozco a Hugo, nunca vi al Capitán, ese rengo que anda con la giganta... Tengo una oficina de propiedades, los cables —no lo niego— corresponden a la liquidación de un viejo negocio de relojes que estábamos haciendo con Chardon y con Racovitza; las dos cajas eran para insectos y me las pidió Michel, sí, el chico de Vivianne, mi hijito si así puedo decir... Y lo que diga esa putita de la telefonista es una sucia venganza, porque ella aspiraba a ganar más, trabajando en el Melody, y se ejercitaba haciendo desnudos y poses en la oficina, pero yo nunca le vi condiciones ni la quise llevar...

VLADIMIR

SI, YA SÉ que usted quiere que le hable un poco más de Vladimir, ya me ha dicho que le parece la parte luminosa de toda esta historia... ¿De toda mi vida? A lo mejor es así, usted no lo dice por miedo de humillarme. Si lo acepto, créame que lo acepto. ¿Por qué habría de ofenderme, con el sentimiento que le tuve y con el fin que llevó? Pero le digo una cosa: si usted alguna vez escribe una novela, le aconsejo que tome a un personaje misterioso y lo mate al salir de la niñez. Sacrifíquelo en el umbral de la adolescencia —sí, en la piedra de sacrificios de la adolescencia, si le gusta más así— y será infaliblemente patético. Pero Vladimir murió más tarde y más gastado. El no uso de uno por nadie, antes del uso que la muerte le dé, esa especie de horrible virginidad para la muerte es lo que hace la aureola. Y Vladimir no la tuvo.

Claro, le llamo Vladimir y no Le Monomaque, como a usted le gusta. Porque Le Monomaque suena muy bien en francés, aparte de ser una palabra enigmática que en español ya no es; suena mejor en francés porque no se presta a juegos de palabras que lo puerilicen, como decir el Mono Mac o el Mono Max; como una amiga mía, chilena, que le decía el Potomac al traste y me impedía pensar en el río con orillas de cerezos floridos, que yo había visto en las postales de Washington.

Lo primero que le digo es que no conservo ninguna foto de Vladimir, pero sí en la memoria su imagen, de un modo muy vivo. Me expreso mal: nunca tuve una foto de Vla-

dimir, no estaba en edad de haberle sacado las que nadie le tomó y hoy me gustaría tener. Porque si digo que no conservo tal foto o cual otra, pienso en fotos que estaban en casa y yo no traje conmigo. Acuérdese de que cuando nos fuimos a Bruselas, Marcel me había hecho creer que volveríamos a Perpignan antes de seguir para el Brasil; y después me engañó y me embarcó en Marsella, sin dejarme despedir de nadie. Y ahí sí que quedaron fotos que ahora me gustaría tener conmigo: una de mi padre muy joven, en una edad en la que no lo conocí aunque tal vez haya sido ya mi padre o, por lo menos, el padre de Jacques. Mi padre con grandes bigotes y el borde de los pantalones entubado en aros de ciclista, de pie al lado de una bicicleta de carrera. Y después nos reíamos en casa, y decíamos que los manubrios de la bicicleta habían sido torneados ex profeso, para que siguieran la misma curva que los mostachos de Papá. Y mi madre, del tiempo en que hablaba y hasta cantaba, con un ceñido traje largo y un abanico en la mano, un gran canasto de flores al pie, con motivo de una fiesta de beneficencia. Frente a esta foto bromeaba Papá, decía que en ese tiempo eran novios y que Mamá había cantado horriblemente en la velada y que el canasto de flores que lucía a sus pies lo había mandado él, y quién si no él podría haberlo mandado... Y otra en que estoy yo, sobre borrosos fondos de arboleda, con un quitasol (la foto era en sepia, el quitasol era de un hermoso y brillante color rojo oscuro, que siempre parecía tener los brillos de otro rojo embebido en agua), un quitasol abierto y muy empinado sobre mi pequeña silueta y una banderita francesa en la otra mano.

Bueno, ésas son las fotos que no he conservado. Pero con Vladimir pasa otra cosa: nunca tuve una foto de Vladimir, nunca en la vida. Y son fotos de Vladimir cuando niño las que quisiera tener. Porque del último Vladimir, destruido, roto, como excavado por la vida, de ése quiero olvidarme. Fotos de un niño que después, viendo en el tiempo otras fotos, encuentro parecido al niño Arthur Rimbaud. Un parecido de estampa y de actitud, le aclaro, no un parecido facial. Más bien un parecido psicológico, diría yo. O no, era un niño

todavía más misterioso, con su fondo legendario de estepa, de niño ruso, de todo lo que nosotros nos imaginamos de los rusos y después resulta que los rusos no tienen. Una figura fantástica y como en los aires, un zagal ruso del ruso Chagall, oiga qué juego de palabras más tonto... pero ayuda al mismo misterio.

Eso, todo eso. Era, para empezar, un niño muy vestido a la antigua, o muy vestido a la moda de otro país. Cuando miro en las revistas y en los álbumes fotos de niños franceses en 1939, al comienzo de la guerra, no puedo encontrar ninguno que esté vestido como Vladimir: todos muestran piernas desnudas, zapatitos bajos, cabezas despeinadas y francas, caras desfachatadas. Vladimir no: Vladimir usaba extraños levitones de paño, o unas redingotes apenas más livianas. Yo creo que se las fabricaba su madre, a la moda de los rusos. Eso y unas botitas altas y, en lo peor del invierno, unos gorros de piel que recuerdo como suavísimos, como hermosos al tacto de mi mano: él se los sacaba y me los dejaba utilizar como manguitos, para calentarme las manos moradas de frío. Y también tenía unos pantalones de sarga más largos que los que usaban los otros niños, unos pantalones cuyo borde le rozaba las rodillas, esas rodillas que eran su único pedazo de pierna descubierta, entre las altas medias que subían y el largo pantalón que bajaba.

Tengo un par de escenas con mi Vladimir predilecto de ese tiempo, y voy a tratar de decírselas.

Antes, déjeme agregarle algo: me gustaría saber dibujar para darle (en la memoria tengo todos los detalles) la cara del Vladimir que yo quise, no la del último Vladimir casi fantasmal que encontré cerca de su muerte, una cara triste y trabajada por el dolor, que no diferencio en mucho de la de Humberto Sánchez. No, ésa no. La cara del Vladimir niño: chata, lisa, angulosa en lo alto de sus altos pómulos que luego se volvían de un rosado fuerte, casi con estrías rojizas, como en las caras de Soutine, o se ponían blancos, muy blancos, como los del pastorcito de Chagall que le digo. Y desde ese ancho a la altura de los ojos, unos ojos claritos, entre verdes y grises, la cara iba luego estrechándose y pasaba alre-

dedor de una nariz fina y erguida, no respingona, recta, y de unos labios angostos y horizontales, sin una sola morbidez de trazado, unos labios que rara vez reían pero eran dulces y sensibles cuando bromeaban sin reír, y seguía bajando hasta rematar en un mentón ligeramente insinuado hacia adelante, al mismo tiempo con un pequeño filo de proa y una carnosidad de rabadilla de gallina, no sé cómo decirle, algo que daba ganas de besarlo allí. Ése es el Vladimir que yo prefiero, el que quisiera dibujar, de tan fresco que lo tengo en el recuerdo; pero la mano no me da.

Bueno; ahora le cuento, una por una, las dos escenas. En la primera no sé si es una tarde de sábado o domingo, un día en que no hay colegio... no, la rabona no, en aquel colegio tan chiquito en seguida se habría sabido, o nosotros debemos haber pensado que se habría sabido y habríamos temido que fueran a buscarnos a casa o llamaran a nuestros padres... no, eso no. Una tarde de sábado o domingo, en un pradito que Vladimir prefería, a unos trescientos metros detrás de la escuela, un sitio al que se podía llegar caminando desde casa... un sitio sin la memoria odiosa del bosquecillo de Monsieur Vincent... Todo lo contrario, todo lo contrario. Bueno, debe ser una tarde de primavera o de otoño, mejor de primavera, un aire quieto y como dorado, cantan pájaros en un borde de árboles... pero allí es puro pasto, una pendiente de césped con sus pequeños hoyos como lechos para tirarse y extenderse, con esos declives jugosos y tiernos y como de redondeces de mujer que con los años he reconocido en las canchas de golf... Pero no era una cancha de golf, de eso estoy segura. Era un campito, nada más, un campito, como dicen ustedes y a mí se me pega. Un pequeño prado, con un césped o un pasto que brota unas flores minúsculas, muy tenues, que de lejos se ven como una ilusión y luego apenas como flores... Mire, los impresionistas han pintado alguna vez esos prados con esa floración como de barbas en la hierba... Ve que en todos estos recuerdos voy y vuelvo sobre pintores. No sé, es que es una memoria de colores, y a veces también de olores y de un sonido como de percusión aguda y solitaria, el cantito metálico de un pájaro, que parece crudamente desesperado o insensible y mecánico, un quejoso puesto por la organización del paisaje, si es que Dios organiza estas cosas...

Y allí, en ese césped donde hemos elegido que es primavera, Vladimir está echado de espaldas, su cabeza de un rubio casi blanco, su cuerpo enfundado en algo azul, una tela, un paño, un traje a piezas, esto lo tengo como borroso, no sé bien. Está tirado en el pasto y toca una armónica, sin que el contragolpe del pájaro machacón parezca molestarlo. Solitario a pesar de mi compañía casi servil —no del todo servil, como en el segundo recuerdo que en seguida le digo —solitario y abstraído en su instrumento, una armónica que corre horizontalmente por sus labios horizontales y no sensuales, unos labios para sacarle cosas tristes y nostálgicas a la armónica, Vladimir toca. Toca melodías que yo no he vuelto a oír después, él dice que canciones rusas, él dice que aprendidas de sus padres, pero yo pienso que (como años después supe que ocurre con los grandes del jazz) a veces improvisadas a partir de recuerdos, a partir de frustraciones mezcladas a recuerdos, todo eso. Él toca sin preocuparse por mí y yo, sentada y con las piernas cruzadas y un regazo amplio que podría contener la cabeza de Vladimir pero no la contiene, juego en su pelo, hago rulos en los rulos deshechos de su pelo, dejo deslizarse las guedejas sedosas por mi mano, las miro, veo a Vladimir en ellas y en la pálida majestad de su frente y en el arco irisado de pelitos rubios casi blancos que vela mi visión de sus ojos, las cejas ralas de Vladimir tocadas por un rayo de sol, me parece, o simplemente por la simpatía del aire o por algo sutil y como de aureola, así como lo veo. Y yo estoy falsamente abstraída y a ratos verdaderamente distraída y como ensimismada en él, porque sé —tengo diez años y ya sé— sé que lo amo, sé que quiero casarme con él, pido que los rusos sus padres nunca se vayan de Perpignan y allí crezcamos Vladimir y yo juntos, y todo esto lo pienso a pesar de que son tiempos de guerra y cada día se sabe de alguien que ha muerto, el hijo de una familia vecina, cualquiera, de alguien que ha muerto o está preso, y la guerra puede durar y Vladimir ser un día

llamado a filas, como no pasó, o preso y secuestrado, como sí pasó. Es la guerra, pero la armónica de Vladimir y el contracanto estúpido del pájaro y el dorado con peso de la tarde y el pasto, ese pasto brillante que está mezclado a las imágenes de felicidad de mi vida —porque ya le conté lo del pasto de Hurlingham y la fusta del Capitán con su mango de plata y la camisa kaki del Capitán cuando en verdad nos prometimos compañía— todo eso crea una estampa quieta y como dormida y maravillosa, sin que haya nada de maravilla propia y verdadera. Porque Vladimir simplemente toca canciones rusas y de pronto retira la armónica de sus labios y vuelve la cabeza hacia mí, la vuelve tan suavemente que ni siquiera cambia el sitio de mi mano en su pelo, y entonces —con ese ligero dibujo de su boca entreabierta que no es sonrisa pero es gracia y es cariño y es broma, todo a la vez— me dice que ahora va a tocar algo que es de tal región o tal villorrio, nombres rusos y largos que apenas escucho, que ya no retengo, que no sé si no fueron inventados, porque Vladimir tenía un país imaginario, del que me hacía las historias, y ese país era calcado de la Rusia que sabía por los padres pero no era Rusia, sino algo habitado por él, visitado por él, a veces ofrecido para que yo lo visitara un ratito sin romperlo. Me dice que va a tocar algo que es de aquí o de allá, de tal parte del Cáucaso o de los Urales, pongo ahora más que recuerde de entonces estos nombres, y en seguida vuelve a sumergirse y toca, toca de un modo tan suave y melancólico e irreal que jamás desgarra el aire, el aire es como un cristal intacto que nos rodea, como si fuera una caja que el odioso pico del pájaro golpea en vano, para agujerear y llegar hasta nosotros. Ésa es la primera de las dos imágenes, el juego más quieto de los dos: él tirado de espaldas en el césped, tocando su armónica, y yo revolviéndole lentamente los cabellos, como si quisiera amasar algo, y sólo podía ser un sueño, un sueño amasado con ellos.

La segunda imagen es la de un juego más rebuscado y pomposo, un juego en que Vladimir ponía todo y yo simplemente lo ayudaba, como a un actor que monologa suelen ayudarlo un sillón, una revista o una pipa.

La segunda imagen son los juegos del balconcillo del ferrocarril. Vladimir había descubierto, en alguno de sus paseos, que en la estación, sobre una vía de maniobras que nadie usaba, había un viejo vagón descalabrado, que había sido coche de pasajeros. Y entonces inventó el pequeño drama, con argumento mínimo, y me invitó a jugarlo con él.

Esto ya era a otra hora de la tarde que la escena del prado, era más hacia la caída de la tarde, porque la hora más indefinida y vaga convenía mejor a la ilusión del asunto que mimábamos.

Vladimir se subía entonces al balconcillo del vagón, ese vagón quieto y con pasto entre sus ejes, y desde allí se despedía, agitando un pañuelo. Yo, entonces, debería ir retrocediendo de espaldas, sin dejar de mirarlo, sin dejar de saludarlo, y él iba adelgazando las voces de adiós y esa voz que bajaba y la forma en que yo me distanciaba hacían la comedia triste de la partida y del viaje. Me imagino que él pensaba en un viaje a Rusia, que lo alejase para siempre de todos, de mí en primer lugar, y aquello me contagiaba una indecible tristeza, una tristeza hasta el estrangulamiento de la garganta, una tristeza como crispada y sin lágrimas. De una a otra vez, en las oportunidades en que él hacía de viajero y yo de niña que lo despedía (¿de mujer, de amante, de madre?, no sé), Vladimir cambiaba los pañuelos. No me mostraba ese cambio hasta el momento del viaje, y hacía bien, por más que yo en el camino lo mortificase insistiéndole, "Muéstrame el pañuelo que trajiste hoy". No quería. Pero subía al balconcillo del vagón, me daba con la mano la orden de que fuese retrocediendo, y sacaba —recién entonces— la llamativa novedad del pañuelo. Traía pañuelos increíbles, hermosos y fascinantes en aquel momento, hermosos y fascinantes en el recuerdo que tengo de sus dibujos y de sus colores, de un tipo de pañuelos que yo nunca había visto. Robados por unas horas a su madre, tal vez, y después de terminado el juego —y aunque quedaba siempre descontento de mí, porque yo no sabía retroceder graduando la quietud del cuerpo en la pausa, para dar la doble ilusión de mi fijeza y de su distancia— me dejaba tocarlos, envolvérmelos al-

rededor de mis trenzas levantadas, sentir una clase de suavidad emparentable con la del pelo de Vladimir y no con el mío. Y entonces, cuando me veía frotarme en sus pañuelos, hundir en ellos las mejillas y hasta la boca, Vladimir separaba un poquito sus labios, de una manera lánguida, blanda y dolorosa, que hacía las veces de toda su sonrisa.

En otras ocasiones, además de su gorro de piel, solía conseguir un buen sombrero inverosímil (supongo que esta vez robado a su padre) y ese sombrero renovaba y acrecentaba la pretensión de su historia.

El juego era permutativo: a él le gustaba ser quien viajara y se despidiese, porque eso afinaba seguramente mejor con sus sueños infantiles de ojos abiertos, pero yo hacía mejor el papel simple de pasajera que se despide, sobre todo si había un buen pañuelo robado a su madre, y él hacía maravillosamente bien el papel del andén, el papel de la figura que se va distanciando y achicando. Lo que entonces también cambiaba era el adiós. Cuando él se iba, era el viajero quien lo decía. Cuando él se quedaba, era la persona del andén. O sea, era siempre él. Porque él, músico como era, acostumbrado a soplar agudos y graves en su armónica como estaba, lo hacía mucho mejor que yo, disminuía en gradaciones insensibles, sin saltos. Y aquella voz menguante y el virtuosismo de su desplazamiento hacían mucho mejor que cuando yo asumía el papel del que se queda, la ilusión del movimiento y de la marcha. Él se alejaba lentamente, deslizándose hacia la lejanía con el cuerpo hierático y los pies juntos, en un retroceso insensible y rígido, creando la sensación de una figura inmóvil y de un vagón en marcha; en vano trataba de que yo lo aprendiese (porque las veces en que él hacía la figura del andén me pedía que yo pusiese atención y lo aprendiese), poniendo en el empeño de enseñarme, una vez y otra vez, siempre sin el éxito refinado e irreprochable que buscaba, una clase de dulce paciencia martirizada que ahora me gustaría poder describir, porque la imagen de pequeños sacrificios silenciosos e inesperados es la que mejor cuadra a Vladimir, la que mejor dice la nostalgia como marchita y frágil de su condición de criatura y de ruso, de su condición infantil de desterrado que no encuentra la causa, de desterrado en el acto mismo de nacer... porque Vladimir había nacido en Francia.

El misterioso rito del vagón de ferrocarril mezclaba —pienso ahora— su gusto por la fantasía del pensamiento y por los objetos fantásticos y peregrinos, que en unas horas restituiría seguramente a ese otro pontón de viajes imaginarios, el arcón o el baúl de su madre que, no sé por qué, me lo imagino arrumbado al fondo de un granero, visitado a veces por al sueño frugal de las gallinas, manchado por sus líquidos excrementos blancos... Mezclaba tal vez todo eso con el gusto prenatal de un viaje que había hecho en el vientre de su madre (había nacido a los cuatro meses de que sus padres llegaran a Francia) y que en esos simulacros del vagón soñaba con emprender de regreso.

La verdad es que yo, al revés de lo que sucedía con la escena de la armónica y el pelo, me prestaba porque sí, por darle gusto. Pero el juego no era mío, yo no ponía nada de mí ni de la forma de mis ilusiones, que se limitaban a querer estar con él por siempre y no verlo irse solo, eso me disgustaba... No sé, yo ponía en ese juego una extraña condición de participar sin sentirlo, que empieza haciendo la generosidad y hasta una forma del amor de nuestra infancia y termina siendo la hipocresía y la antipática pasividad en nuestra vida de adultos... Porque pienso que, de entonces a hoy, he seguido del mismo modo otros sueños que no eran míos, y que no han sido siquiera tan inocentes como el de Vladimir y su viaje... y he trabajado en escenarios que yo no he elegido y me he prestado a gestos, movimientos y palabras que imperceptiblemente me han sido dictados por un apuntador egoísta y monstruoso, o dictados no por una determinada persona sino por todas, por las circunstancias, por el instinto femenino de avenirme a otros gustos como si fuesen los míos...

En la escena de la armónica —Vladimir tirado en el pasto, los ojos entornados y perdidos en lo alto, arrancando de la armónica viejas canciones rusas, con una musicalidad que aún hoy, en mi recuerdo de persona mayor, sigue pareciéndome

portentosa— yo participo, sí, yo participo aunque sólo haga el gesto repetido, mecánico, abstraído de revolverle los cabellos casi blancos contra un borrón luminoso de sol de media tarde. Yo participo, aunque sea en la sola medida de ser su oyente y de no estorbarlo demasiado. Y en la escena del vagón, en cambio, yo finjo, yo actúo pero no participo, la quimera no es mía, el sueño no es mío, el drama no es mío, la credulidad de toda esa ficción, ¿cómo le diré?, la rechazo, la odio, no la comparto...

Usted me ha escuchado con mucha paciencia, ¿tal vez le gusta? Se lo he contado, creo, para pedirle su absolución, aunque usted no sea mi confesor. Porque hay otra cosa más, y tengo que decírsela: la última vez, sí, la última vez del encuentro en el café y los relatos de las torturas de la Gestapo y la historia de la impotencia, yo me di cuenta de que Vladimir iba a matarse. ¿Debí impedirlo?, ¿tenía cómo impedirlo? Y sobre todo, esto es lo que me mortifica algunas veces, cuando pienso en Vladimir como en el hijo que no tuve en Río... ¿quise impedirlo? ¿No hice yo con Vladimir lo que le he dicho que hay que hacer con el personaje de la novela, sacrificarlo a cierta altura verde de la vida, para que sea más patético? No sé, a veces pienso monstruosamente, con un masoquismo que no voy a ocultarle, que yo dejé que Vladimir se matase porque quería al Vladimir de los levitones anticuados, al Vladimir de la armónica y ahora sí —cuando lo vi destruido y aún con vida— al Vladimir del balconcillo del vagón, despidiéndome con el pañuelo robado que fuera más hermoso, más alegre, más colorinche. Y entonces no hice el gesto de frenarlo, de convencerlo de que siguiera viviendo como la ruina en que había quedado convertido... ¿Alguien podrá condenarme porque no lo haya hecho?

EL ABOGADO DE BUENOS AIRES

Se sentó, cruzó cuidadosamente la pierna, tras correr la sarga del pantalón, en forma de evitar la rodillera. Vestía tal vez con excesiva pulcritud, pero esa pulcritud iba con su rostro fino y alargado, con sus patillas canosas, con su voz tan clara y llena de entonaciones razonables, acostumbrada al oficio de persuadir.

Vea colega —empezó— usted debe imaginarse a qué vengo. No, no soy el personero de la embajada de Buenos Aires, no... Conozco al Embajador, sí, y hasta he atendido algún asunto ocasional de la Embajada... que, por lo demás, no tiene pleitos mayores (aquí sonrió, como ante un defecto de la realidad). En este viaje represento tan sólo los intereses del General Ichazo... No sé si usted lo conoce... ¿Ah, no?... bueno: el General Ichazo es el Agregado Militar al cual su Capitán estaba adscripto... (parecía atribuir la propiedad de un hombre menor, tras haberse adjudicado la de otro más importante). Ah, eso lo sabía... por supuesto... Bueno, le digo que el Capitán *estaba* adscripto, no sólo porque ahora el Capitán está preso sino porque su comisión diplomática, precisamente en estos días, había cesado... Tanto que, de un momento a otro, llegará el sustituto. Bueno, empiezo por decirle, ya que usted no lo conoce y quién sabe lo que hayan podido decirle de él... ¿Nada? ¿Nada, de veras?... ¡Es increíble cómo la gente olvida en los trances difíciles!... Empiezo por decirle que el General Ichazo es un hombre estupendo, tremendamente generoso, amigo de sus amigos, decidido a proteger a quien se lo pida... Un hombre

muy liberal, vea, y de corazón abierto... ¡Sobre todo a sus compatriotas! Supongo que el Capitán no negará que es así, porque si lo negara sería un desagradecido y no tengo razones para suponer que lo sea... Al contrario, creo que sus defectos están en otro sitio... (Hizo el ademán pausado hacia un bolsillo interior, extrajo una cigarrera chata de metal, ofreció cigarrillos, encendió uno con su Dunhill reluciente)... Usted sabe cómo es esta gente, no son como nosotros. Bueno, vea, nosotros tenemos otro concepto de la vida, vivimos en países donde todo el mundo piensa de hoy a mañana. Ellos no. Nunca van más allá del día en que viven... y en especial (sonrió nuevamente, ahora a un recuerdo de francachela) nunca más allá de la noche en que viven y se emborrachan... Es que se emborrachan como un fin en sí: un rioplatense suele encontrarse la borrachera en medio de la diversión, un boliviano busca la borrachera desde el principio, como el destino metafísico de su sed... ¿No lo cree usted? Bueno, bueno, estamos de acuerdo... Es que tienen otra escala de valores, son más trágicos y a veces, querido colega, como objeto de observación —¡pero sólo como objeto de observación! —parecen más interesantes que nosotros. Allá la vida vale menos que la muerte y eso les dicta una serie de comportamientos que no sé si son el producto de naturalezas más generosas o la prueba de un espíritu desesperado... Bueno, dirá usted, este colega de Buenos Aires viene a darme la lata con su sociología de bolsillo... ¿Ah, no?, muchas gracias, sí, a todos nos incumbe, usted tiene razón, y más en esta hora en que América Latina, con esto de Cuba, se ha puesto de moda en nuestras preocupaciones... Sí, aunque nosotros, en el Río de la Plata, tengamos que hacer un esfuerzo de abstracción para pensar seriamente en América Latina como en un todo del que seamos parte... Porque somos más complejos y, en el fondo, menos puros, bueno, al menos con un concepto químico de pureza... Estos indios bolivianos, tristes hasta las lágrimas cuando tienen una copa, quieren u odian, son amigos hasta morir o detestan hasta matar, todo sin matices, todo sin salvedades, todo con cierto maniqueísmo, que llega

a ser patético, con cierta sinceridad... ¿cómo le diría yo?... con cierta sinceridad in extremis, consistente en pensar que la vida ya se acaba, que en cualquier momento algo puede súbitamente cortarla, y hay que vivirla entonces con intensidad y profesar los sentimientos más fuertes sin la sombra del regateo y menos aún de la mentira... ¡Ah, perdóneme el discursito!... Usted es muy amable... pero yo sé que usted conoce a esta gente tanto como yo, y en el Río de la Plata no somos tantos los que la conocemos así... Bien, bien: todo este prólogo es para ponernos en situación, para encuadrar los hechos... El General es eso que le digo, un hombre derramado hacia los demás —desparramado, habría que decir (una risita y una humada) pensando en su físico de gigante, porque no sé si usted sabe que es un jastial de cerca de dos metros— un hombre que, así grande como es, se da por entero a los amigos, sin ningún cálculo, sin ninguna previa estimación de conveniencia... Vea: el Capitán, desde que llegó a Buenos Aires, le cayó en gracia. Y no porque le sirviera, porque el Capitán —entre sus internaciones en las clínicas y sus curas y su convalecencia— ni siquiera iba regularmente al despacho del General en la Embajada... Seamos francos: en buen romance, el Capitán nunca hizo nada; jamás trabajó, por lo menos desde que llegó a Buenos Aires, que es la época desde la que conoce al General. En realidad, vea, lo que el Capitán tuvo fue una beca de su gobierno para atenderse en Buenos Aires, a expensas de los pocos dólares de un país pobre... Es claro, dirá usted, ellos lo habían herido, ellos lo tomaron a su cargo... Pero convendrá conmigo en que no siempre sucede así y que al Capitán le tocó el lado benigno, el lado favorable, digamos, del primitivismo de sentimientos y pasiones que usted, hombre casi europeo del Río de la Plata, advierte en cuanto pone un pie en Bolivia... Porque si le hubiera tocado el lado malo habría tenido que desangrarse donde lo hirieron o lo habrían rematado allí mismo con otra ráfaga de ametralladora o habría ido a dar a una inmunda cárcel de presos comunes... En fin, le tocó el lado bueno aquella vez y, por sus propios méritos y en un país que distribuye los fines de la cár-

cel con más sentido, le toca el lado malo de las cosas ahora... ¿En qué estábamos? (el resto del cigarrillo fue al cenicero, ardió por un momento allí). Ah sí, en que el Capitán se salvó y todavía le financiaron la cura, milagro que no siempre sucede. ¡Y aún más!... En la racha favorable —que no se le había cortado como el ciático— dio con el General Ichazo... Y déjeme que le diga: Ichazo rima con buenazo y el General lo es... El General, no sé si usted sabe, fue héroe del Boquerón, herido en la Guerra del Chaco, condecorado con los máximos honores, compañero de armas nada menos que de Toro y de Busch, que después fueron presidentes de Bolivia... así como amigo del General Seleme, a quien le debe el destino en Buenos Aires... Porque aquí viene algo que yo no sé si debería decir, pero al colega... (abrió los brazos, en ademán abarcatorio) y en su estudio y amparado en la doble reserva profesional y amistosa —sí, sí, por supuesto, gracias, los abogados somos esas tumbas y esta vez (risa) metemos un soldado en nuestra tumba... algo que al colega no debo ocultarle, decía, porque ayuda a medir el riesgo que el General ha corrido por el Capitán. El General Ichazo no es persona bien mirada por la Revolución Boliviana... Se le tolera, a lo más, y se le ha dado esa especie de destierro discreto, que nunca podrá cambiar por una embajada.. Porque usted convendrá en que, para un hombre de su curriculum, el puesto de Agregado Militar no es ciertamente una distinción muy señalada, la culminación de una vida. Bueno, en esas condiciones el General Ichazo conoce al Capitán y se deja ganar por una clase de simpatía insidiosa—... no le ponga al término nada malo, quiero decir no solapada sino ese tipo de simpatía especial que lo que hay de débil en uno mismo siente por la mayor debilidad de otro, como si dos personas afinaran sus instrumentos para tocar juntas... ¿no es así?— por un tipo de sentimiento de protección que el Capitán, según parece, despierta en seguida. Y entonces el General se compadece por las dificultades del Capitán, sobre todo cuando el Capitán se separa de su mujer, para juntarse con la francesa... Y entra a protegerlo... Y ahí, vea, el general está exponiendo su comodidad, no puede

negarse, porque la familia de la esposa del Capitán es muy influyente en Bolivia, según tengo entendido... Y el General no está en situación de malquistarse con nadie que sea influyente en su patria... Pero lo hace sin titubear, sí, lo hace y lo hará mil veces porque este pedazo de gigante tiene un pedazo de corazón a la medida de su cuerpo y se deja guiar por él... Y bien: lo único que el General veía era que el Capitán estaba pasando dificultades... Y entonces lo ayuda, poniendo ese departamentito de la calle Galileo y dejándolos instalarse allí... Usted sabe, con seguridad, en qué consistía la cosa: esta gente del Servicio Exterior puede liberar muchas cosas, que importa al país en régimen de exenciones, diciendo que son para su uso... Y luego una parte de esas cosas se vende. Es una corruptela admitida, casi una institución... No, no, ¡no vaya a creer que lo apruebo!... Simplemente, lo estoy refiriendo... Y aquí entra otra vez ese concepto diferente de la vida, de que recién hablábamos: lo que en el caso de nosotros sería un abuso deshonesto, en el caso de ellos, con los valores de ellos, quizá no lo sea... Porque allí estar y dejar de estar en el favor oficial es algo que se resuelve por golpes inesperados y caer en desgracia significa la miseria, la persecución, el exilio y aun la muerte... Entonces hay que precaverse para lo que pueda venir, estirando a todo lo que dé la posibilidad de hoy... Sí, sí, ya sé que en la realidad no se precaven, porque aquí entra el otro rasgo que decíamos, ese presentismo dramático de la idiosincrasia boliviana —esta vez sí que es la *indiosincrasia*, como decía el otro— ese vivir el hoy como si no tuviera bordes y no pensar en el mañana, como si el mañana no pudiera ser otra cosa que la muerte... Todo lo que se tenga hoy hay que disfrutarlo hoy, hasta la saciedad y el desborde... Pero vuelvo sobre el asunto: el General les puso el departamentito, los dejó vivir allí y les dio a vender las cosas que él había podido liberar... Y les dejaba una buena comisión sobre las ventas, todo eso arriesgando que un día cercano esta sociedad pudiera perjudicarlo en Bolivia y que la mujer del Capitán pudiera intrigar contra él, allá en La Paz... e incluso crearle complicaciones aquí en Buenos Aires...— Oh,

aquí, bueno, usted sabe, Buenos Aires y Montevideo son una sola cosa para nosotros—... Y como resultado de toda esta caridad, ¿qué pasa? Que el Capitán se mete en los tráficos de la cocaína, sin prevenirle nada al General, por supuesto, y con eso expone al General a la peor maledicencia: la de que pueda reprochársele ser socio en este negocio de estupefacientes... ¿Qué me dice?... No puedo imaginarme que usted, estimado doctor, no lo haya pensado... Ya andarán por ahí los enemigos del general Ichazo, que a pesar de su bondad y tal vez debido a ella los tiene, como todo el mundo... diciendo allá en La Paz y repitiendo en Buenos Aires que está metido en el tráfico de la coca... Sí, usted no se imagina con cuánta facilidad los bolivianos pueden creerlo, porque allá la coca es algo mucho menos exótico que aquí... Y el Capitán hace esto, que es enorme, sin haberse desligado previamente de un modo claro del General... Fíjese que es posible que a los ojos del propio Embajador, que hoy tiene que saber de la existencia del departamentito de la calle Galileo y seguramente tiene que elevar un informe a su Cancillería, el General deba explicarse y hacer un penoso deslinde... ¿Con qué necesidad, dígame, con qué necesidad?... Y el Capitán lo pone en esta situación ¡sin decirle siquiera una palabra! Ya sé, usted me dirá que quien se mete a traficar coca no puede andar proclamándolo a los cuatro vientos. De acuerdo. Pero el Capitán tenía obligaciones muy especiales hacia el General, y debía haberse confiado a él o, por lo menos, haberle propuesto antes el cese de toda esa sociedad sui géneris... Piense, querido colega, que la coca ha tenido que ser trasegada en la calle Galileo, y aunque el departamento esta puesto a nombre de la francesa, hay gente que sabe que lo pagaba el General... Yo no me hago suposiciones más injustas, le diré. Sé que el Capitán es un débil absoluto y que esa mujer, que tiene mucho más personalidad que él, lo jineteó. Pero, de todos modos, de hombre a hombre y de militar a militar, las obligaciones frente al General tenía que asumirlas el Capitán y no la francesa. Sobre esto creo que no hay duda, ¿no? Y bien: aquí está el General, llevado por su desabrochada generosidad al borde del escándalo y de la ruina... No, no, no le exagero nada, creamé. ¿Qué sentido tendría exagerar aquí, ante el colega, en una conversación mano a mano?... Está, en primer lugar, la sospecha de que el General tenga algo que ver con la coca... Y después están los vencimientos que se vienen encima, para pagar lo que se compraba con destino a Galileo... Y el departamentito cerrado y los clientes que le han tomado el olor a la cosa y se han esfumado, muchos de ellos debiendo casi todo, y el General no sabe siquiera quiénes son... porque eso sólo lo sabe la francesa... Mire, estimado doctor, todo el mal que pueda habérsele creado a la reputación del General es irreparable, y no vamos a discutir sobre algo que no habrá modo de arreglar... Pero yo, amparado en su amable hospitalidad y en un sentido de la mínima justicia que sus defendidos tendrán que hacerle a mi cliente en este caso, le pido dos cosas ¡sólo dos!: primero, que el Capitán me haga llegar las llaves de Galileo, para evitar cerrajeros y todo eso que sería muy desagradable... Ah, ya usted las tiene, ah, qué bien... y son éstas, ah, bueno, esto simplifica toda una parte del asunto, muchas gracias, esto es muy auspicioso, ya significa algo y se lo agradezco... ¿Quiere usted un recibo como que me las entregó? Ah, bueno, muy honrado por su confianza, que usted sabe que es recíproca... Nuevamente, muchas gracias... Bien (una pausa pensativa, como de vacilación frente a un pedido mayor, el llavero tintineando nerviosamente en el balanceo de la mano derecha del abogado de Buenos Aires)... lo otro es más de detalle, pero también me parece justo. Quizás algo complicado, pero la francesa tiene muy buena memoria y, en su situación actual, tiene todo el tiempo disponible para hacer memoria e ir escribiendo... Hasta puede resultarle un entretenimiento... Lo otro, querido colega, sería una lista de los deudores de Galileo, de ser posible determinando cuánto deben, por qué cosas lo deben y dónde viven... Usted dirá si es factible y... por supuesto, no se lo pido para hoy ni para mañana... Esta noche me voy, en el barco de la carrera... pero usted tiene la dirección de mi estudio de la calle Talcahuano.... Así que espero la listita, ya que usted ha hecho tanto por ir

remendando (se allanó al verbo doméstico, con una sonrisa), zurciendo lo que se pueda zurcir en este desgraciado asunto... Y finalmente, querido doctor, dígale al Capitán, pero sobre todo a la francesa —que es la más interesada y también la que va a presentarse como más estricta en todas estas cosas— que el General se olvida de lo que le han hecho y los perdona, a lo mejor a cambio de que a él no lo perdonen, y va a liquidarles al centavo todas las comisiones que ellos puedan tener pendientes en el negocio, por más que lo hayan traicionado de este modo...

Dispuestos los cuatro en semicírculo alrededor del escritorio del Juez, yo los miraba. Marie-Louise parecía más pálida, pero era el simple hecho de que en la cárcel central no se pintara; los labios irradiaban, en su caso, una luz sobre el rostro que esta vez no acudía. A su lado estaba el Capitán —camisa blanca, corbata azul, un ambo gris de franela, medias y zapatos marrones; parecía, por oposición a la mujer, mucho más joven que el día en que había sido procesado: ni el cuello abierto ni los islotes de barba de aquella vez, ni el gabán recatando un cuerpo friolento y destemplado. Afeitado, bien peinado, sin el cansancio facial de las ojeras, el Capitán parecía haber encontrado un status en su prisión, haberse hecho a una naturalidad del encierro, haber recobrado su equilibrio —y hasta podría pensarse que un equilibrio y una paz que afuera estaban faltándole— en el mes que ya llevaba de preso. Marcel estaba pasando a su vez ese período de aclimatación: un rompevientos negro cubría la mitad de su pescuezo, su cara aparecía rojiza y con un rastrojo incierto de barba, sus ojeras bolsonas y como inflamadas, la mirada torva. Su traje de sportex se veía muy desplanchado, como si hubiera tenido que dormir en un camastro de la prisión sin habérselo podido quitar. Y Maurice, finalmente, el señor Maurice resultaba mucho más insignificante de lo que todos habían hecho que yo me imaginase: un viajante de comercio caído en desgracia por un pequeño episodio de sordidez venial en una fonda de provincia, un buen señor mediocre y burdo que no había sabido, hasta ahora, explicarse, y que no habría llegado a esta situación si hubiera

sido un poco más astuto. Una pipa apagada temblequeaba en sus labios; miraba a los costados, era como si estuviese habituándose a la luz del despacho del Juez, una luz que entraba por el ventanal de vidrios taponados y parecía centrarse en la banderita nacional que marcaba el punto focal de la Justicia.

Ahora estaban todos, ahora podría saberse algo más de aquella historia; sí, podría saberse en un orden ideal, porque en el orden burocrático del Juzgado todo se limitaría a recoger cuatro o cinco afirmaciones encontradas, a estamparlas como tales en un acta y a seguir. Los cuatro estaban ya procesados, los detalles a sustanciar eran comparativamente menores y la tarea de armonizarlos, obedecía casi a un puro escrúpulo estético de adecuación. Era como si el Juez quisiese terminar de componer el puzzle, para luego mandar moler las piecitas y empezar otra historia. Ésta de la coca ya estaba decayendo en la atención de los diarios.

Los abogados de Marcel y de Maurice no habían comparecido a la audiencia. Yo consideré que debía sentarme cerca de Marie-Louise y el Capitán, pero el Juez me ofreció una silla a su lado, y ordenó al dactilógrafo que leyera las partes fundamentales de cada declaración, aquéllas que estaban marcadas con llaves en lápiz rojo al margen de las hojas. Eran los fragmentos que habría que aclarar.

Así supe otra vez que Marie-Louise había dicho: Que el acuerdo para traer el polvo se realizó por teléfono entre ella y Marcel; que el Capitán fue atraído a Montevideo con una expectativa de negocios referida a moteles en la costa; que ella colocó en los fondos de la maleta azul, oculto por la ropa blanca del Capitán, el paquete. Marcel tendría que hallar el modo de sacárselo sin que el Capitán se diera cuenta. Pero no supo hacerlo y sobrevino el registro en la habitación del Capitán y fue necesario imponerlo de todo el asunto. Porque ella no había podido saltearse la presencia del Capitán desde que vino a Montevideo; y vino alarmada por la incapacidad de Marcel para desempeñarse. Ella se había decidido al enfrentamiento directo con Marcel para romper definitivamente con él, después del viaje a Europa; porque antes, cuando él

había emprendido ese viaje, no se habían dicho nada, aunque había un sobreentendido de ruptura sin palabras. Pero ahora ella quería arreglarlo, hacer las paces de una amistad sin amor y entregarle, en forma compensatoria, el paquete de dos quilos y medio de coca. Quiso hablar con Marcel a solas, desde la tarde en que se encontró con los dos. Pero el Capitán parecía temer algo y se había puesto, entre ella y Marcel, como un perro guardián. Por último, cuando se conversó lo del registro y el Capitán halló el paquete, fue forzoso decirle la verdad. El Capitán se indignó mucho, abrió el paquete, virtió su contenido en el water de la habitación del hotel e hizo correr el agua. Ésa es la verdad y no lo que el Capitán pueda querer decir. Porque el Capitán tiene un sentido excesivo de la caballerosidad y quiere, a toda costa, asumir en la historia una parte de culpabilidad que no le corresponde.

—¿Es eso?, preguntó el Juez, cuando el oficinista hubo acabado de leer, con voz y tartamudeos que estropeaban ese canto de amor, ese canto de las intenciones del amor —con palabras cuidadosamente elegidas y dictadas— que era la declaración de Marie-Louise.

—Si, señor, es eso —dijo ella, y Marcel la miró, esbozando una sonrisa indefinible, que tal vez preguntaba: "¿Lo habrías hecho por mí?"

La declaración del Capitán coincidía con la de Marie-Louise en todo el comienzo: viaje a Montevideo por un negocio de moteles, descubrimiento del registro, explicación entre los tres y decisión de un encuentro con Marcel en la Americana. Al no hallar a Marcel en la confitería, impresionado por el hecho de que ya la Policía hubiese estado interrogándolo y la habitación hubiese sido inspeccionada en su ausencia, había tirado el polvo en el water de la Americana y había dejado correr el agua. Ésa era la primera declaración. Pero apenas cerrada y firmada, el Capitán había dicho que quería rectificar un punto: la coca no había sido arrojada al water de la Americana. A pesar del desencuentro con Marcel, había seguido en busca de Maurice, había depositado provisionalmente el paquete en una farmacia de la que daba las señas, había pasado horas más tarde a recogerlo allí, había vuelto al es-

critorio de Maurice a la tardecita y le había entregado la mercadería, sin cobrarla. Maurice había sacado unas muestras, las había pasado a sobres que había lacrado después, y también tenía unas cajas, para acondicionar en definitiva el polvo. Todo esto lo había espiado, más que presenciado, la secretaria del señor Maurice.

—¿Es eso?, preguntó ritualmente el Juez.

—Sí, señor —dijo el Capitán—. Lo último es lo cierto.

—¿Pero usted mantiene, de todos modos, que ignoraba el contenido del paquete envuelto en nylon, cuando llegó a Montevideo portándolo en su maleta?

El Capitán vaciló un instante, buscando la mirada de Marie-Louise; y recibió de allí la orden:

—Sí, mantengo.

—¿Cuál de los dos dice la verdad?, preguntó el Juez, seguramente a sabiendas que ninguno de los dos la decía del todo, y que en el acuerdo de los dos había un inocente fabricado o, mejor dicho, un débil convertido en inocente.

—Porque la señora dice que el contenido del paquete se arrojó en el baño del hotel y usted dice que lo llevó al escritorio de Maurice Martin, en la versión que ahora pide que se tenga por válida, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y bien... ¿cuál es la verdad? Ustedes dos tienen un abogado en común y esta contradicción parece dividirlos...

—Pero la versión de la señorita Marquet no agrava la situación del co-procesado —dije— sino lo contrario... No pensé que correspondiera la división de defensa —improvisé—. Si hubiera pensado...

Y por suerte el Juez me cortó, porque ya no sabría elegir entre ellos, aunque inicialmente me hubieran pedido tan sólo la defensa del Capitán.

—No, no digo eso, doctor —aclaró el Juez—. Digo sólo que sus clientes se contradicen y que algún día, si ellos no sustancian el desacuerdo, usted tendrá que pasar por la verdad de uno y consagrar así la mentira del otro...

—El Capitán dice la verdad —afirmó abruptamente Marie-Louise—. Yo mentí porque considero injusto que el simple hecho de haber querido ayudarnos a pasar algo que no era de él, que él no había querido traer ni haya sabido en su momento que traía, vaya ahora a perjudicarlo... Pero el Capitán tiene tendencia a perjudicarse... siempre. Ésa es la verdad, señor Juez.

—De modo que usted se rectifica —preguntó el Juez, y ella asintió con un movimiento de cabeza—. Ponga que la procesada se rectifica, y coincide con la versión del encausado...

El empleado hizo un movimiento absurdo de avance, como si fuera a encaramarse sobre la antigua máquina de escribir, "signo de la pobreza de la Justicia", según se había bromeado un rato antes. Pero luego, en vez de treparse a ella, soltó las manos sobre el teclado y escribió con una velocidad espasmódica, que en sus mejores momentos era vertiginosa y luego caía a fraseos decadentes.

Lea ahora las otras declaraciones —le ordenó el Juez.

Marcel decía que había vuelto de Europa y, no por temor a sus acreedores, como le había dicho a la señora Marquet, sino para no interrumpir el idilio de ella con el Capitán, se había quedado en Montevideo, alojándose en una pensión modesta, "El Jardín de Pocitos". Llamó varias veces a Marie-Louise, la interesó en un negocio de moteles en la costa, desde Punta del Este a La Paloma, negocio en que él estaba asociándose al Señor Maurice, a quien había conocido accidentalmente en un restaurante céntrico. Marie-Louise se interesó en el negocio y mandó al Capitán... Después, por un problema de celos, vino ella. No sabe nada de la coca, no cree que ese asunto haya existido nunca... Es una cosa imaginada por sus dos amigos, no sabe por qué; "ellos sabrán..." Lo que no puede entender es que lo hayan involucrado a él en esta historia, porque no alcanza el móvil por el que puedan querer perjudicarlo, desde que cree haberse portado bien con ellos, no sólo con la señora Marquet durante los años en que hicieron vida marital, sino también con los dos juntos, cuando él vio crecer la amistad que se profesaban, y decidió apartarse para que culminara...

Era una declaración lacónica, cuidadosamente medida; aparecía por primera vez "El Jardín de Pocitos", pero ahora ya no tenía sentido reservar ese dato; la relación con Maurice se limitaba a la mención de un restaurante, la del amor de Marta Luz a un problema de celos. El viejo adiestrado réxiste tenía el instinto de hablar lo menos posible.

Mientras leyeron sus palabras, con cuya escueta sequedad el oficinista parecía encontrarse mejor que con los largos párrafos de Marie-Louise, Marcel atendió concentradamente. Luego alzó la cabeza hacia la mujer y la miró, con toda su mutilada posibilidad de simpatía en los ojos.

—¿Es eso? —volvió a preguntar el Juez.

Y él hizo tan sólo una pequeña reverencia, que lo daba por obvio.

—¿Qué dicen ustedes?, preguntó el Juez, dirigiéndose a Marie-Louise y al Capitán.

—Nosotros no queremos perjudicar a nadie —dijo ella— pero es absurdo seguir negando ahora lo que la Policía ya ha sabido...

Se dirigió de pronto a Marcel, suprimiendo la ficción del Juez, el abogado y la audiencia:

—Tienes que entender que ahora estamos todos metidos en el mismo saco...

Y Marcel, captado por la alusión directa:

—Oui, je comprends, mais...

—De modo que usted se ratifica y los señores también —dijo el Juez—.

Y obtuvo, casi como un alivio, el asentimiento de los tres. El oficinista se volvió entonces al Juez, consultándolo "sobre la parte de los dichos del procesado Martin" que debería leer. Porque Maurice, a diferencia de Marcel, contaba toda su vida en el expediente, hablaba de lo desagradable del idioma portugués y de muchas otras cosas.

El Juez se puso los anteojos de leer y pidió un momento. Yo me levanté de mi silla y fui hacia Marie-Louise y el Capitán.

El señor Maurice preguntó entonces, con toda ceremonia, si se podía fumar y el Juez dijo que sí: —Yo estoy fumando...

Maurice metió la mano en el bolsillo, extrajo una tabaquera y se dio a rellenar su pipa.

El Capitán ofreció, con una cajilla de Chesterfield; y antes que nadie, le ofreció a Marcel. Marcel tomó un cigarrillo y dio las gracias. El Capitán procedió a encendérselo. Agotado el simulacro de sus versiones encontradas, ellos caían sin enemistad al fondo del mismo saco, como había dicho la mujer.

—¿Usted no conoce a Marcel?, dijo el Capitán, y me lo presentó. El belga se alzó rígidamente y pude considerar su estatura, que me excedía en mucho.

Volvió a sentarse y miró a Marie-Louise, con una mezcla visible de curiosidad y de ternura:

—Y tú... —dijo en mal español, para que su interés por ella no nos excluyese— ¿cómo estás?

—Tant bien que mal... En fin, todo lo bien que se puede —dijo ella, y agregó: —¿Cuándo fue para ti?

—No, a ver... el nueve... Los días también pasan adentro...

Excluido de la espontánea rueda, no presentado a nadie, Maurice había encendido su pipa y tiraba la primera bocanada de humo.

El Juez pidió atención y yo volví a mi sitio.

—Bueno, lea las partes marcadas —ordenó.

En la parte marcada, el exuberante señor Maurice refería cómo había conocido al señor Hugo e intimado con él, cómo habían ido juntos a una playa, cómo habian planeado un negocio de moteles, cómo el señor Hugo quería interesarlo en un asunto de telas estampadas, por qué se habían encontrado varias veces en su escritorio de la calle Misiones, qué deliberaciones habían tenido... Jamás habían hablado de nada parecido a cocaína ni en toda su vida él había tenido tráfico de esa especie. Había tenido un bolichito en la Ciudad Vieja y después un restaurante-club en Carrasco y después un night,

el Melody Club, pero jamás traficó en cocaína ni permitió que en sus establecimientos se consumiese... por lo menos en cuanto él podía controlar a los parroquianos. No ha visto nunca al Señor Capitán boliviano...

Aquí Maurice se sacó la pipa de la boca y con una ligera cortesía dijo:

—Ahora lo estoy viendo...

La mirada del Juez lo devolvió al silencio.

...ni, por consiguiente, trató jamás con él, ni de coca ni de ningún otro negocio. No sabe por qué se le acusa, porque su única relación —bien remota...— con todo este asunto, puede ser su amistad con el señor Hayden, que no niega ahora porque el señor Hayden pase dificultades ni negará nunca. Pero el señor Hayden jamás le habló de nada ilegal, y como lo tiene por un caballero correctísimo —tal es la experiencia de su trato— no cree tampoco que el señor Hayden esté vinculado a ningún negocio de coca ni...

—Basta. Hasta ahí —ordenó el Juez, y el oficinista frenó sobre las palabras siguientes del caudaloso discurso: "sabía que estuviese vinculado a bolivianos..."

—¿Usted dice eso?, preguntó el Juez, cambiando ligeramente la fórmula, en la intención de no tratarlo igual que a los demás.

—Sí, señor —contestó Maurice—. Digo eso porque es la pura verdad.

—¿Cómo se explica entonces las manifestaciones del coencausado?... —y señaló al Capitán.

—Sencillamente, no me las explico —dijo mirándolo—. Yo no había visto nunca a este señor, hasta hace un momento. Yo no sé si bajo presión policial el señor Capitán...

El Juez lo interrumpió, con impaciencia, y yo recordé una afirmación del Comisario: de toda la banda, el gordito es el único que parece uno de ésos de la maffia. Era la misma presentación de Marcel: un tipo de gangster, de ésos que se ven en las películas. Pero lo cierto es que allí, torpe, estropajoso, arrinconado, no lo parecía. Daba esa lástima nauseosa que dan las ratas muertas.

—Pero no es sólo el Capitán. También su secretaria...

—Ah, no —dijo Maurice—. Eso no es posible. Yo pido un careo con mi secretaria...

—Bien, bien, eso lo veremos después —dijo el Juez—. ¿Nadie más quiere decir nada?...

Tomó el silencio por una negativa en común. Y era así.

Marie-Louise, ahora que ya iban a firmar, se dirigió por primera vez a Maurice, a quien había ignorado a todo lo largo de la audiencia:

—Usted es el que sabe dónde está el paquete. Y si lo hace entregar a la Policía o depositar en el Juzgado, alivia la suerte de todos...

—Pero señora... —dijo Maurice, mordisqueando su pipa—. ¿por qué yo?...

—Porque usted lo recibió del Capitán, no se lo pagó a nadie y se ha quedado con todo... Usted es el único que sale con algo de esta historia.

—Sí, con un año o dos de cárcel, por culpa de ustedes —dijo Maurice, mostrando, ahora sí, su temple de gangster... Pero ya volveremos a vernos...

—Oh, no sé si esperarlo —dijo Marie-Louise—. Seguramente no vale la pena. Lo principal es que usted sabe que es un canalla... ¡Y mírese al espejo!

Maurice se dio vuelta hacia el Juez, pero no era para protestar:

—¿Así que sigo estando procesado?... —dijo, en su ficción de alarma.

—Su abogado es el que tendrá que explicárselo —repuso el Juez—. Pero le adelanto que sí, que sigue estándolo.

—Está bien, está bien —dijo Maurice, con engañosa mansedumbre.

Los vi salir —Marie-Louise y el Capitán se despidieron de mí, Marcel me hizo una reverencia distante, Maurice ni me miró— y pensé que cuajaban muy bien en todo lo que habían dicho, que eran ellos en sus mentiras, en sus fantasías,

en sus sentimientos, en sus reivindicaciones, en sus verdades, en sus silencios, que se comportaban según cánones que no podrían haber sido más minuciosamente articulados y que en el fondo de sus contradicciones estaban de acuerdo. Ésta era la historia, según la quería cada uno, y así tendría en el tiempo que ser contada. El Juez debe haber pensado lo mismo que yo porque, sobre el cierre del acta, me dijo sin mayores comentarios:

—Esto salió bien.

Y no aludía al progreso judicial del asunto.

MARIE-LOUISE

CHER MAITRE: le llamarán la atención el membrete piscatorio, con caracteres latinos y arábigos, así como el lugar en que está fechada esta carta. Estoy en Tanger, 21 rue Rembrandt, apt. 4. He vuelto... et on m' appelle ici l' Américaine. ¿Qué me dice? Estoy en Tánger, efectivamente, hace casi un año. Y bien, Maître: a falta de toda información cierta acerca del Capitán, he decidido escribirle. Usted fue muy bondadoso con nosotros en todo aquel desgraciado asunto que —como única compensación de la fortuna— nos llevó a conocernos.

Y ahora espero de su bondad algo que yo mismo no alcanzo a entender, algo que quizá sea imposible. Hace más de un año y medio, Cher Maître, que no sé nada del Capitán... Y ahora —recién ahora, dirá usted— me alarma. Hace algún tiempo le escribí a nuestra antigua dirección de Buenos Aires y a Poste Restante en La Paz. No he tenido ninguna respuesta. Hoy ya pienso que no podré tenerla.

Usted lo sabe todo acerca de nosotros, Cher Maître, o por lo menos puede seguirnos hasta la fábrica de artículos de goma que él y un socio rumano montaron en Avellaneda. El Capitán, dentro de la abulia que usted le conoce, parecía entonces muy entusiasmado y prometía inundar la Argentina con sus botitas de goma para niños. Usted lo vio en Montevideo por esos días y ¿a qué se lo cuento?

Entre nosotros, todo parecía seguir en el mejor de los mundos. Yo siempre amé al Capitán, usted sabe, y hoy creo que él se limitó siempre a dejarse querer, poniendo todo su encanto en ese papel de débil, que fue lo que más me gustó

en él: lo que me fascinó, diría. Hasta en el desgraciado asunto en que usted nos defendió, es evidente que actuó de un modo pasivo, como empujado por mí. Puede perderlo entonces, por las complicaciones en que lo metí, aquellas complicaciones que le costaron la prisión, el grado y lo que entonces creí la ruptura definitiva con su familia. Cuando reanudamos nuestra vida en libertad —usted lo vio en los primeros tiempos de Montevideo, fue igual después en Buenos Aires— el Capitán pareció más ligado a mí que nunca. Su mujer y su hijo, a raíz de la noticia de que el Capitán estaba preso en Montevideo, dejaron la pensión alemana de Palermo y se fueron a Bolivia. Cuando lo supo y pudo seguirlos, el Capitán ni pensó en hacerlo. La mujer había buscado el refugio de su poderosa familia, enterándola recién entonces, me imagino, de que la separación tenía ya años entre ellos dos y abandonando las estrecheces que había pasado en la pensión alemana, con la escasa mensualidad de 140 dólares que el Capitán le pasaba, sacándola de los 300 dólares que tenía por todo ingreso. Y en cuanto a lo que llamábamos con usted "El Bazar de las Liberaciones", mientras nosotros estábamos presos el General Ichazo lo abrió y liquidó. Presos en Montevideo o retenidos por el proceso en Montevideo, no podíamos atenderlo. Y cuando el imponente abogado porteño fue a verlo a usted en representación del General Ichazo y usted le entregó las llaves de Galileo, el gesto magnánimo con que el general correspondió a nuestra condescendencia fue el de trampearnos rigurosamente todas las comisiones pendientes, e incluso la parte que nos tocaba en la venta de artículos de propiedad común. Sévrès, Limoges, Bavaria, Rossenthal y otros nombres ilustres decoran graciosamente las estafas del inmenso General. Del Comendador de la Orden del Cóndor de los Andes, como usted le llamaba.

El regreso a Bolivia de la mujer y el hijo, decidido sin que el Capitán tuviera ninguna noticia, se produjo mientras nosotros estábamos presos o ya en libertad, pero todavía en el Uruguay. Creo que en el balance del pro y el contra, fue un alivio para el Capitán, aunque ahora ya no estoy tan segura de mis análisis de sentimientos con respecto a él. No

de los míos, Cher Maître. Me expreso mal. De *mis* análisis de *sus* sentimientos. Porque empieza a pesarme como una verdad de la que debí darme cuenta antes, aquélla de que hay un fondo misterioso en el Capitán, su costado quechua o aymara, su alma de nativo boliviano, que no se muestra a nadie, que nunca se me mostró del todo, que jamás vi desnuda a pesar de que él me haya parecido (¿nos haya parecido?) un hombre cándido y elemental; y esa parte de alma ancestral y misteriosa es la que debe estar ahora mandando en él.

Porque ¿sabe lo que me dijo cuando supe que la mujer y el hijo habían regresado a Bolivia? De la mujer, absolutamente nada. Del hijo, que él sentía estar faltándole como padre, descuidándole en el crecimiento y en años decisivos para el desarrollo de la personalidad. Pero que del mismo modo, y mucho antes que a su hijo y más radicalmente y para siempre, le había faltado a él su padre desde el día en que los indios lo habían asesinado. Y sin embargo él estaba ahí, el Capitán, y hasta había tenido la buena fortuna (eso fue lo que dijo) de haberme encontrado y el coraje adulto de haberse decidido por mí. Decía estas cosas y se quedaba largamente pensativo, como si dudara de ellas o como si le gustaran culpablemente demasiado. Yo lo atribuía a que estuviera pensando en su padre, más que en su hijo. Pero ahora, Cher Maître, ya no estoy segura de nada y pienso que fui una estúpida y que debí ver que estaba alejándose secretamente de mí. Lo cierto y definitivo es que, por detrás de los arrumacos del amor (que yo ponía, que él recogía) no supe retenerlo y perdí.

Usted no tiene por qué indagar, Cher Maître, lo que es un boliviano por dentro, aunque ya los conozca. Digo que no tiene por qué saber lo que es un boliviano en la gestación de sus decisiones o en el rumbo de sus indecisiones privadas. Y mucho menos, claro está, lo que es un boliviano en la relación de la pareja. Y le agrego: de la pareja con una francesa meridional y temperamental de Perpignan, que puso siempre la energía y la conversación y la voluntad y la compañía y dejó —tonta de ella— para él las flojeras, los

silencios, la inercia y la soledad. Porque en esos silencios, en esa inercia y en esa soledad lo fui perdiendo, lo fui dejando marchitarse de a poco y sin verlo, dejé que se incubara lo que pasó después.

Y lo que pasó, Cher Maître, ya usted lo imagina si le digo que hace diez meses que estoy en Maroc; porque yo soy más desgraciada que la mujer del Capitán y ni me atrevo a afrontar de regreso a mi familia en Perpignan ni tengo al Capitán a mi lado, como ella sucesivamente afrontó a la suya y creo que ahora lo tiene. Ya en Buenos Aires, cuando el Capitán acababa de abandonarme y yo estaba en la incertidumbre del camino a tomar —sólo aconsejada por Lucha de Sánchez, vous savez ce que celà veut dire— me llegó una carta de Francia, una carta muy seca de mi hermano Jacques, diciéndome que mi padre había muerto de cáncer y que Mamá —que sigue en su mutismo— ni se animaba a preguntar por mí. Entonces acordé vender todo en Buenos Aires y viajar a Tanger, donde tenía esta oferta de trabajo, procurada por amigos franceses de la Argentina: oficinista en una planta de elaboración de conservas de pescado y marisco. Desde aquí he escrito a mi madre y a mi hermano, para ver si me incitan a regresar al hogar, si surge de ellos. Pero el Hijo Pródigo fue siempre un hombre. Cher Maître, y a mí nadie me espera con los brazos abiertos, ni siquiera con los brazos cruzados.

Un buen día, o un mal día, sin ningún signo aparente, sin la menor señal de despedida a descifrar después que todo ha pasado, sin un beso más fuerte, sin un gesto fuera de la rutina de todas las mañanas, el Capitán se fue. Iba para la fábrica, al parecer, pero aquélla fue su huida. No se llevó nada consigo, ni una muda de ropa. Cuando ya estaba a punto de embarcarme, lloré al vender sus trajes, sus camisas, sus zapatos. Lo dejé para el final de los finales, pero tenía que hacer dinero de cualquier cosa, y estaba visto que el Capitán ya no regresaría. Vuelvo a pensar en ese día sin contornos, créame, y no encuentro ninguna causa de ruptura, la prueba de ningún agravio. Voy hacia los días anteriores y tampoco descubro la madurez de un proceso, el final de un

distanciamiento entre él y yo, algo que se haya podido ver venir. No preciso entrar en detalles íntimos para asegurarle, Cher Maître, que todo seguía como siempre, ni más ni menos. Ahora pienso que él estaría comunicándose con su mujer, aunque su socio de la fábrica no recuerda que recibiese allí cartas de Bolivia ni que las mandase nunca desde el escritorio. A lo mejor escribía desde un café del centro, dijo el socio, cuando salía con el portafolio y las muestras, a colocar su mercadería. Y tal vez se hacía escribir a Poste Restante, como Marcel. No sé. Acaso medió algún compatriota, mandado por el hermano de la mujer o por ella misma. Creo que usted recordará que el hermano de la mujer tenía una gran posición, y dicen que ahora —con Barrientos— su influencia ha aumentado. Quizá le ofrecieron la restitución del grado, una vida más fácil que ésa que yo lo forzaba —ahora me doy cuenta— que yo lo obligaba a pelear en Buenos Aires. Realmente no sé.

Lo cierto es que por la noche de ese día no llegó y en cambio vino el socio (no teníamos teléfono en el departamento de Belgrano) a preguntar qué le había pasado al Capitán, si estaba enfermo o qué. Prefiero ser ingenua, Cher Maître, porque al parecer en la vida me he pasado de suspicaz y así me ha ido. Prefiero ser ingenua y suponer que el socio no sabía nada y vino a casa a enterarse, de buena fe. Después tuvo lo suyo, porque yo prácticamente le malbaraté la mitad de la fábrica, que estaba a mi nombre para escaparle a Ana María. Pero prefiero suponer que no lo sabía, que el Capitán no enteró a nadie, increíblemente para su debilidad, para su necesidad de acompañarse con cualquiera en cualquier cosa de la vida; y bien que usted lo supo.

Yo me quedé anonadada, Cher Maître, porque —como en un relámpago— lo vi todo, lo supe todo. Terrassée, foudroyée, anéantie, usted sabe todas las formas de decirlo que tenemos los franceses, que somos tan exuberantes en la imaginación de la desgracia.

Lo supe todo. Pensé que el Capitán estaría ya en Bolivia, si se había ido por avión, o alcanzando la frontera, si se había ido por tierra. Fui al cajoncito en que guardaba su pasaporte —porque para andar por Buenos Aires tenía cédula argentina, pero ella no le serviría para volver a su patria— y efectivamente el pasaporte no estaba allí.

Pude haber hecho averiguaciones en listas de pasajeros, de trenes, de aviones, en la embajada de Bolivia, en muchos lados. Pero me quedé extrañamente quieta. En primer término, porque me daba cuenta de que no habría servido de nada. El Capitán se había ido y no volvería, eso era todo. Yo decía siempre en broma, hablando de él y presumiendo de haberlo descifrado hasta el fin, Moi je connais l' oiseau. Recién ahora completaba ese conocimiento, justamente cuando el pájaro se había volado. Y en segundo término, Cher Maître, no hice averiguaciones para no perjudicarle, como una última delicadeza en ese delicado pacto que fue nuestra relación à nous deux. Porque no me olvidé entonces de la caución juratoria y de la fianza solvente y de todo eso que usted tanto nos había machacado, Cher Maître, y pensé que acaso él estuviera tratando de entrar clandestinamente a Bolivia y mi inquietud diera un alerta que pudiese dañarlo. Así que me quedé quieta. Pero, además, una semana después Lucha me aseguró saber que el Capitán estaba en Bolivia, aunque no podía precisar —dijo— si en La Paz o Cochabamba. Yo me volqué varias veces sobre Lucha, sobre sus facciones embrutecidas de camba (como decía el Capitán) para tratar de averiguar si lo sabía de antes y había sido su cómplice o si lo sabía recién ahora y seguía siendo mi amiga. Lucha es muy inteligente, a pesar de su rostro abruti, a pesar de esa cara que Dios le ha dado. Y tiene que haber notado mi angustia por no juzgarla mal, mi malestar por desconfiar de ella cuando tal vez me estaba ayudando. Pero visiblemente no le importó nada. ¡Otra vez el alma quechua! Era como si aquello formara una parte sabida de su ley de las cosas, y tuviera que perdonarme una injusticia o no abrirme un resquicio, tanto daba.

Cher Maître: todo esto pasó hace un año y hace un año yo estaba en Buenos Aires, más cerca de usted al teléfono, por correo y aún personalmente. ¿Por qué no lo consulté entonces y por qué lo molesto ahora? Ésta es la parte más difícil de una carta dejada para un domingo, para un largo domingo vacío de Tanger, sin un solo ruido alrededor y con torrentes de luz blanca sobre estas hojas de papel de pescado en que le escribo.

Usted me ha oído decir muchas veces, aún delante de él y hasta diría que más especialmente delante de él, que siempre consideré que el Capitán era un niño. *Mon enfant* boiteux. Fue precisamente lo que me enamoró de él, después de años de vida y de crudeza junto a un hombre tan sólido, tan pétreo y taciturno como Marcel. Siempre consideré que el Capitán era un niño y eso tal vez haya facilitado el empleo de mi ternura en él, una ternura impaciente que Marcel no admitía ni quería ni dejaba brotar.

Al Capitán le gustaba que se lo dijera, como un mimo del amor. Era un niño, sí. Pero ahora, precisamente, estamos frente a los posibles juegos de un niño mal aconsejado, a los juegos de la falsa libertad de ese niño, de la irresponsabilidad de ese niño y de los compromisos absurdos y vanidosos de ese niño. Ahora Barrientos ya no es sólo Barrientos sino el carcelero de Régis Debray y sobre todo, mucho más terrible que eso, el verdugo del Che. Todos estos últimos hechos me han sobrecogido. No sabe con cuánto estremecimiento leo los cables de América Latina, Cher Maître. Con un frisson por mí, por todos ustedes y también, perdóneme el corazón, por las posibles culpas del Capitán.

Porque si su mujer lo recuperó y si ella y su hermano lo reinstalaron en el mundo que ellos prefieren, en el mundo por cuya perduración ellos votan, el Capitán podrá llegar a ser el Coronel y algún día el General y el Comendador de los Andes, si consigue que todos le perdonen el episodio de la coca (en Bolivia hay una especie de acostumbramiento o de insensibilidad o al menos de indulgencia frente a los tráficos que se hacen con los cristales molidos de su plantita nacional,... me decía a veces el Capitán) y si él deja

el alma por el camino y los ayuda a que se olviden de su pasado. De su pasado, tal vez menos vergonzoso que el presente y que el futuro.

Porque aquí viene lo que más me perturba, Cher Maître. Le he oído al Capitán hablar de algunas de esas regiones que estos días los cables han mencionado, a propósito de la guerrilla: las conoce muy bien, son su patria chica. Y ahora pienso con horror si el Capitán no estará mezclado en la lucha antiguerrillera, muy ufano de su experiencia sobre el terreno, convertido en un aprendiz de *ranger* o algo así, a pesar de su pata coja. Créame que puede llegar a serlo sin padecerlo en su alma, simplemente porque se deja deslizar, porque no piensa, porque se deja persuadir sin examen por los valores de quienes lo rodean, como un niño dócil, porque encuentra siempre el modo de agotar su ocupación y su preocupación con el mismo día que pasa, sin dar entrada a su conciencia en nada de lo que hace y de lo que es. No olvide que se batió frente a la Revolución Nacional sin estar contra ella, sólo porque ese día lo sorprendió en el Regimiento Bolívar y porque antes había estado en la escolta del General Ballivián, y para él era más importante e inmediato el honor guerrero del Regimiento Bolívar que el destino de su propio país.

Pero sería horrible, Cher Maître, que por no faltarle a su hijo desde lejos tuviera que quedar emplazado a rendirle cuentas como un tránsfuga, como un traidor, como un asesino, como todo lo que es Barrientos y no tiene por qué ser él. No sé, ni me atrevo siquiera a pensarlo. Es demasiado horrible.

Y aquí está lo más absurdo: ¿para qué le escribo a usted? ¿Para obligarlo a que vaya detrás de él, a que corra a recordarle sus deberes como antiguo preso suyo (¡qué horror!, digamos como antiguo defendido, como si una causa criminal creara supeditaciones para siempre, como las que genera el mayor grado en el cuartel...) o a tomarlo de la manga y a sacarlo de un brazo, a los tirones, del sitio vergonzoso en que se haya metido? Nada de eso Cher Maître. No me he vuelto tan estúpida. Soy, a pesar de todo, la misma que usted conoció. Le escribo, pienso ahora, como una especie de

alibi, para que usted se imagine el final de esta historia y me libere dentro de ella; tengo una necesidad egoísta de liberarme de ese final, como si precisara convencerme de no haberlo provocado. Sí, sí, liberarme del final de esta historia objetivamente crapulosa, que alguna vez usted afirmó que le gustaría escribir sin tocarnos, dejándonos ilesos. "Ilesos e ilusos", bromeó usted esa vez. ¿Será posible? Yo pienso que no, y fundamentalmente por eso le escribo, en este domingo tibio y vacío de la ventana abierta sobre el azul pastel de la Mediterranée.

Usted perdone, Cher Maître, y contésteme si tiene ganas de hacerlo. A la distancia, sólo me queda usted para conversar esta historia. Nadie más nos conoce, nadie nos conoce tanto como usted, al Capitán y a mí como pareja que fuimos. Y si pienso en el Capitán situado en la orilla opuesta a la del Che, tirando contra ellos, sufro más allá de un amor que he decidido guardar, por el resto de mis días, para mí misma y sin ningún comentario. Iba a decirle "sepultar en mí", pero sé muy bien que no está muerto.

Tengo treinta y tantos años, ya cerca de cuarenta, vous savez. No espero nada de la vida, ni tener un hijo como el que me hicieron perder en Río ni ver a mi madre ni tener nunca de nuevo al Capitán. Pero temo ahora algo concreto y espantoso de él y no contra mí, algo que sería infinitamente peor que la violación de la caución juratoria, que la burla de la fianza que usted prestó por nosotros, por si había que regresar alguna vez a dar cuentas a la Justicia de su país, todo aquello que usted nos repetía y rezongaba tanto que yo llegué a aprenderlo de memoria, como si el Capitán y yo fuéramos sus enfants terribles y, por detrás de los refunfuños, usted se divirtiera con nosotros y hasta sintiese un legítimo orgullo por la ocasión que le dábamos, de ser tan bueno. Sería mucho peor: sería la violación final de las cauciones humanas después de haber violado la caución tácita y eterna del amor. Perdóneme que se lo escriba, sin ruborizarme por la retórica, desde el otro lado del Océano y a esta altura de mi edad y de mi soledad.

Usted me dijo un día, comiendo con nosotros en Pocitos, lo recuerdo muy bien, que la verdadera mercadería que nosotros dos habíamos contrabandeado, en toda nuestra historia, no era tanto la coca sino, inconfesablemente, el amor. Yo nunca lo contrabandeé en mi vida, y sólo pienso ahora, en mi disculpa, que Marcel se dio cuenta de todo desde el principio, pero era demasiado duro, demasiado convencionalmente duro para que fuera posible jugar con él las cartas de la franqueza, a cara descubierta. Pienso que él volvió a Europa para desencadenar el engaño que nosotros dos estábamos por hacerle, para consumar en su contra lo que ya veía llegar. Así era de duro contra todos, contra sí mismo para empezar.

Pero lo que ahora no quisiera, Cher Maître, es que el Capitán estuviera metido en un tráfico mucho más vil que el de la coca, porque ése fue en definitiva un tráfico ocasional que resbaló por nosotros sin tocarnos las manos, como en un juego de criaturas insensatas o deseperadas. Temo que el Capitán esté ahora comprometido en un tráfico infinitamente peor y que ni yo ni votre Amérique Latine (la de él y la de usted, Cher Maître) podamos jamás perdonárselo. Por eso le escribo.

INDICE

El Abogado 7
El Capitán 17
Marie-Louise 29
Marie-Louise / El Capitán 49
Marie-Louise / El Capitán 61
Marie-Louise 71
Los Traficantes 79
El Capitán 87
Marie-Louise 99
Marta Luz 109
El Capitán 121
La Chica del Teléfono 145
El Hotelero 151
El Embajador 163
El Farmacéutico 171
El Señor Maurice 177
Vladimir 183
El Abogado de Buenos Aires 193
El Abogado 201
Marie-Louise 211

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 30 DE ENERO
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
SETENTA, EN LAS PRENSAS
VENEZOLANAS DE EDITORIAL
ARTE, EN LA CIUDAD DE
CARACAS